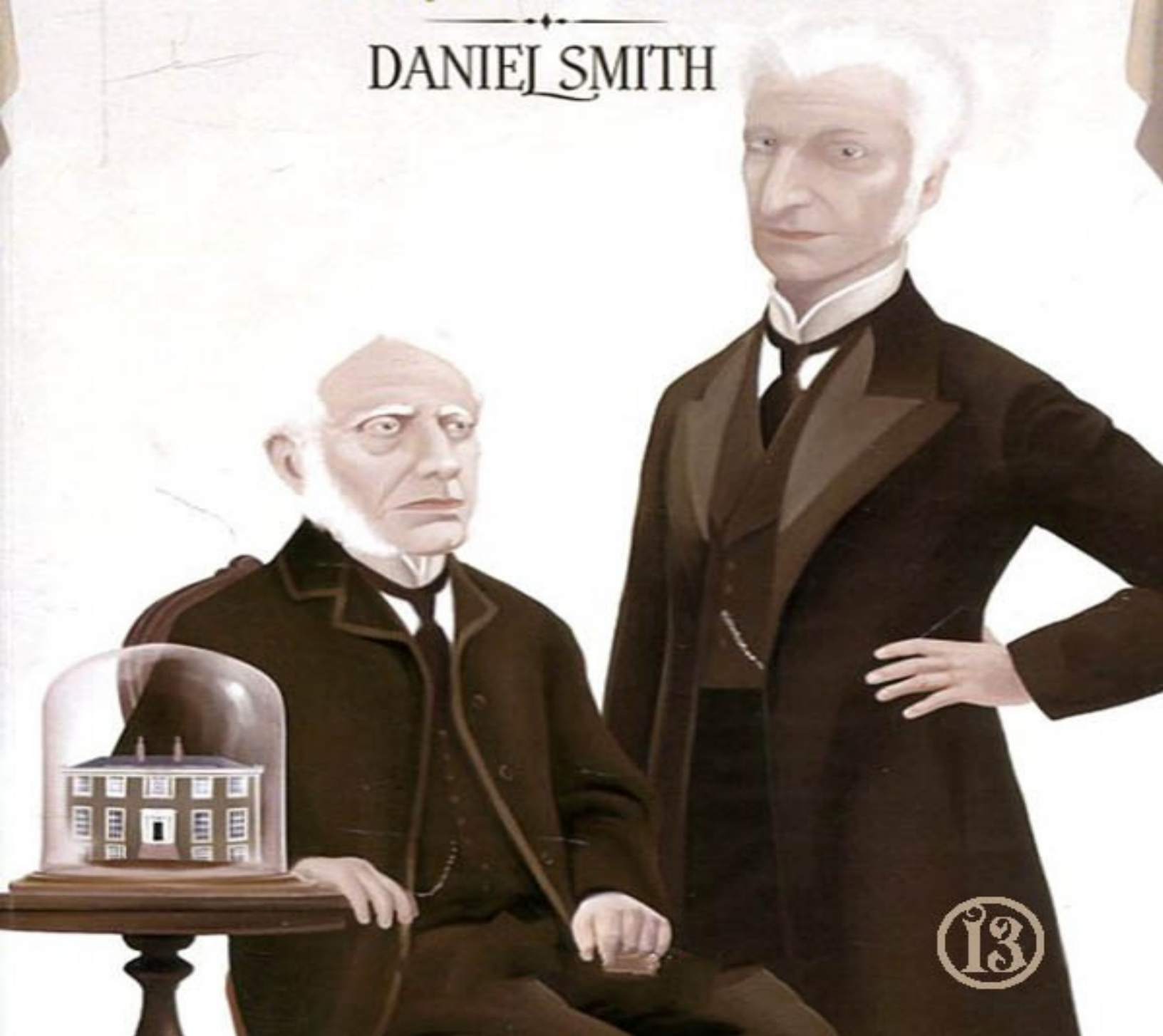


El misterio
de
ARDJAMONT

El caso que dio inicio a la criminalística moderna
en tiempos de Sherlock Holmes

DANIEL SMITH



Escocia, 1893. Un joven heredero aristócrata pierde la vida en un trágico accidente de caza. Apenas unos días después, las investigaciones policiales empiezan a sospechar de qué se trata de un asesinato que encubre una larga historia de deudas, estafas y avaricia. No tardan en aparecer en escena los dos médicos forenses más conocidos de la época, Bell y Littlejohn. Mediante la reconstrucción del escenario del crimen y del juicio que tuvo lugar en los meses posteriores, Daniel Smith nos transporta al siglo que vio nacer la criminología entendida como una ciencia y técnicas de investigación hoy tan conocidas como los análisis de sangre, las huellas dactilares o la imaginación como método creativo para comprender la mente de un asesino. Mediante una documentación exhaustiva que incluye diálogos verídicos, transcripciones del juicio y correspondencia íntima intercambiada entre los implicados del crimen de Ardlamont.

Daniel Smith ofrece un vivo retrato de la Escocia decimonónica e imparte una lección magistral sobre la lógica sherlockiana y su utilidad en el ámbito de la criminología.

Daniel Smith

El misterio de Ardlamont

El caso que dio inicio a la criminología moderna
en tiempos de Sherlock Holmes



Título original: *The Ardlamont Mystery: The Real-Life Story Behind the Creation of Sherlock Holmes*

Daniel Smith, 2018

Traducción: Patricia Losa Pedrero, 2019

Revisión: 1.0

Fecha

Para Rosie, Charlotte y Ben.

«[...] las más miserables y sórdidas callejuelas de Londres no cuentan con un catálogo de horrores tan terrible como el de la soleada y hermosa campiña [...]. Piense en los actos de crueldad infernal, las maldades ocultas que pueden estar ocurriendo, año tras año, en lugares como este sin que nadie se entere».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de Copper Beeches.

PRÓLOGO

Y como se refleja en el prólogo de la obra original:

... arrastraría a la pareja al centro de una encarnizada batalla entre la razón y el conocimiento, por un lado, y la duda y oscuridad del alma humana por otro...

Tienen entre sus manos el libro que lleva por título: *El misterio de Ardlamont*: 19 relatos datados en torno al año 1983, donde se pone de manifiesto como va avanzando la Criminalística en función de otras ciencias del saber en la averiguación de los hechos acaecidos.

Nos encontramos ante el caso que dio origen a lo que hoy se conoce como Criminalística moderna. La obra está escrita en tiempos del personaje Sherlock Holmes, creado por el escritor Arthur Conan Doyle. Es el sagaz detective que, entre sus cualidades más importantes, cuenta con la observación y el razonamiento lógico con los que consigue resolver todos los entresijos en los que acaba metido.

Como se ha dicho anteriormente, Holmes es un personaje de ficción inspirado en los cirujanos escoceses Joseph Bell y Henry Littlejohn, ambos figuras de la Medicina y pioneros en las Ciencias Forenses. De igual forma, hay otro personaje que aporta inspiración al origen de Holmes: se trata del detective Auguste Dupion, a su vez es reconocido como el primer personaje de ficción de este tipo de novelas. El autor del mismo fue Edgar Allan Poe sobre el año 1840.

Como se desprende de la obra, la importancia del doctor Joseph Bell en los orígenes de la Medicina Legal y Forense fue crucial. Estuvo involucrado en numerosas investigaciones policiales, destacando el asesinato del título de este libro *El misterio de Ardlamont*, ocurrido en Escocia en 1983. En aquellos años ya colaboraron los doctores Joseph Bell y Henry Littlejohn con Scotland

Yard en los asesinatos de Jack el Destripador.

Lo que hoy conocemos como Medicina legal, se puede datar hacia el año 1575, iniciada por el médico francés Ambrosio Pare, y continuada por Paolo Sacchias en el año 1651. Más adelante, surgió la denominación actual de Criminalística en 1892, por el doctor de Derecho Hanns Gross, mediante su obra *Manual del Juez, todos los sistemas de Criminalística*.

El autor tardó 20 años en escribirla y en la misma plasmó su trabajo y experiencias y sirvió de base para las generaciones siguientes en muchas cuestiones. Se trataba de un manual útil para jueces en el esclarecimiento de cualquier caso penal. A España llegaría en el año 1894 mediante la publicación del libro *Manual del juez, para auxilio del derecho*.

Hoy en día, deben seguirse utilizando las técnicas que utilizaba los doctores Joseph Bell y Henry Littlejohn, como la observación y su razonamiento lógico, pero también se cuenta con la posibilidad de obtener pruebas objetivas que hacen que la investigación resulte mucho más veraz: las pruebas de ADN, la triangulación de repetidores de telefonía para ubicar a una persona en un momento exacto o las cámaras de seguridad que aportan mucha información en un momento determinado. Sin ir más lejos, en los casos graves ocurridos en España, como los de Diana Quer y el pequeño Gabriel, dichas técnicas fueron utilizadas por la Guardia Civil para esclarecer los hechos.

Por otro lado, las técnicas actuales permiten tener un conocimiento mucho más aproximado del momento de la muerte de una persona, las causas que propiciaron esa muerte o los instrumentos utilizados. Actualmente, los laboratorios de Criminalística cuentan con los medios más modernos y son competentes para hacer pericias idóneas, con el objeto de desvirtuar una presunción de inocencia del autor de un hecho delictivo. En dichos laboratorios, se cuenta con departamentos muy cualificados: Balística, Dactiloscopia, Identificación, Medio Ambiente, Química, Biología... Estos laboratorios cumplen con los criterios de idoneidad más altos y con las normas ISO para laboratorios de ensayo, estos están a disposición de las Unidades territoriales para el apoyo en el esclarecimiento de los hechos para los que son requeridos.

En palabras de la doctora Julia Fernández:... la Medicina Legal es una especialidad médica que tiene por objeto la aplicación de los conocimientos

médicos, jurídicos y administrativos en la resolución de casos judiciales y criminalísticos, en coordinación con otras disciplinas forenses.

Pero nada de esto habría sido posible si no fuera por la valiosa aportación de aquellos hombres visionarios que emplearon su imaginación y el método deductivo de forma totalmente innovadora para reconstruir crímenes y llegar hasta el asesino.

Y para finalizar me gustaría recordar lo siguiente:

«NO HAY CRIMEN PERFECTO
SINO INVESTIGACIÓN MAL REALIZADA».

DR. ÁNGEL GARCÍA COLLANTES
*Decano del Colegio Profesional de Criminólogos
de la Comunidad de Madrid*

PREFACIO

Cuando la realidad viene caracterizada por la injusticia y olas de violencia, hay dos escapes, vivir lejos de esa realidad y mirar hacia otro lado, o batallar lo objetivo. Edmun Burke solía decir, en *Reflexiones sobre la Revolución Francesa*, que para que el mal triunfe solo se necesita que los hombres buenos no hagan nada. En esa misma línea Martín Luther King, a quien tantos nos inspiró, se alzaba declarando que no le preocupaba el grito de los violentos, de los corruptos, de los deshonestos... Lo que realmente le preocupaba era el silencio de los hombres buenos.

La obra *El Misterio de Ardlamont* trata de esos hombres buenos en la lucha por un mundo mejor. Se trata de un libro de viajes al terreno de lo inhóspito del misterio, interpretado de manera brillante por sus protagonistas de ficción que cobran vida y se convierten en la columna vertebral de las 19 crónicas.

Nos encontramos con actores y circunstancias que ponen de manifiesto las antiguas técnicas de investigación criminal, lo que hace la novela interesante y compleja. «Una ciencia exacta», «La prueba irrefutable», «El retorno del Jurado» son ejemplos de títulos que transitan por las páginas de esta creación. Cualquiera de estas cabeceras es lo suficientemente atractiva para adentrarse y viajar al desconocido mundo de la investigación detectivesca.

Este proyecto, materializado en 300 páginas, levanta y destapa terrenos frecuentemente ignotos, de una educada sociedad inmiscuida en un mundo plagado de incertidumbre.

Felicitar al autor por el esfuerzo realizado y transmitirle el profundo agradecimiento por su generosidad al compartir la información recopilada en esta cautivadora narrativa.

DRA. MARÍA JOSÉ GARRIDO ANTÓN
*Doctora en Psicología,
Capitán de la Guardia Civil
y especialista en Psicología Criminalística*

INTRODUCCIÓN

FINCA ARDLAMONT, ARGYLLSHIRE, ESCOCIA
10 DE AGOSTO DE 1893

No era día para salir de caza. Los truenos interrumpían el incesante golpeteo de la lluvia, los relámpagos centelleaban iluminando el cielo y una niebla húmeda cubría el entorno. Sin embargo, nada podría detener a los tres intrépidos que se encontraban al acecho.

Poco después de las siete de la mañana abandonaron la comodidad de Ardlamont House: un oasis de esplendor georgiano que se alzaba en medio de varios cientos de acres de terreno irregular sobre la península de Cowal. Dirigía el grupo Alfred Monson, quien llevaba viviendo en la propiedad desde principios de verano. Sus acompañantes eran un hombre conocido como el señor Scott, que había llegado a Ardlamont dos días antes, y un joven y apuesto teniente del ejército, Cecil Hambrough. Hambrough solo tenía veinte años y Monson, el hijo de un respetable pastor anglicano con impecables relaciones, se había comprometido con el padre de Cecil a ejercer de tutor del muchacho hacía unos tres años.

Conformaban, probablemente, un grupo de aspecto peculiar. Hambrough era de esos especímenes físicamente notables. Dos metros de altura, fuerte y bien constituido, con una mandíbula firme, los ojos azules y una buena mata de cabello rubio. Tal y como después lo describirían los diarios, tenía «una belleza de estilo sajón». Monson, por su parte, se jactaba de su pedigrí auténticamente aristocrático y se encontraba en la flor de la vida. A sus treinta y tres años, en buena forma, pulcramente afeitado y bien arreglado, irradiaba un aura de inteligencia y civismo.

Scott, por su parte, resultaba mucho menos impresionante. Le habían presentado ante la gente de la zona como un ingeniero de Londres y, con su sombrero de bombín orgullosamente colocado sobre la cabeza, vestía con un grado de estilo más que presentable lo que, no obstante, no conseguía eliminar una cierta impresión de tosquedad. Había algo imponderable en el señor Scott que hacía que todos los que se cruzaban con él durante su viaje no supieran muy bien qué pensar de él. Quizá fuera la escasa soltura con la que se movía por los amplios espacios que rodeaban Ardlamont; su bigote, ligeramente desgreñado o la forma en la que arrastraba la *h* al hablar. Fuera lo que fuera, no parecía adecuarse a la imagen típicamente asociada con un caballero.

La señora Monson, sus tres hijos pequeños y la institutriz habían dejado Ardlamont en barco, con dirección a Glasgow, esa misma mañana temprano. Los tres hombres se habían levantado poco después, a pesar de las peripecias de la noche anterior. Una aventura de pesca nocturna en la bahía de Ardlamont había estado cerca de acabar en tragedia cuando la barca que Monson y Hambrough habían tomado empezó a hacer agua. Los dos hombres se vieron obligados a nadar para salvar la vida. Y sin embargo, a pesar del peligro que habían corrido, y junto a Scott, que había permanecido en la orilla, volvieron a casa de muy buen humor y brindaron por su regreso sanos y salvos hasta bien entrada la noche.

Cuando Wright, el mayordomo, se levantó poco después de las siete, se encontró a Hambrough en el comedor y le sirvió un vaso de leche con pastas. Poco después, Monson, Hambrough y Scott salieron a practicar algo de deporte matutino. Tomaron el camino que discurría junto a la casa, cruzaron un terreno elevado y, desde ahí, llegaron al bosque colindante. Iban separados y en hilera, como si tuvieran intención de hacer una batida de conejos.

En torno a las nueve de la mañana, Wright se encontró con Monson y Scott ya de vuelta en casa, de pie en el comedor. Ninguno de los dos tenía con ellos sus armas, pero Scott cargaba con varios conejos que, por lo que dijo, había cazado Hambrough. Entonces Monson le dijo a Wright que su joven acompañante también se había disparado a sí mismo. «¿En el brazo, señor?», quiso saber el mayordomo, nervioso. La respuesta fue no. En la cabeza. Por lo que explicó Monson, estaba en el bosque, tendido, muerto.

Guiado por Monson, un apesadumbrado Wright acudió a ver el escenario

de la calamidad y, por el camino, arrastraron a Whyte, el jardinero, y a Carmichael, el cochero. Descubrieron el cadáver de Hambrough en la cuneta, junto a una zanja. La cabeza reposaba sobre el hombro izquierdo, con la sangre manando de una herida justo detrás de la oreja derecha y empapando el suelo a su espalda. Tenía el brazo derecho posado en el costado, mientras que el izquierdo le cruzaba el pecho. «¿Qué deberíamos hacer?», preguntó Monson, agitado.

—Lo mejor será ir a buscar un médico —respondió el mayordomo con rostro pétreo.

Entonces Wright, Whyte y Carmichael idearon la forma de sacar el cuerpo del bosque en una manta enrollada y llevarlo de vuelta al terreno de labranza, desde donde lo trasladarían a la casa en carro. De nuevo bajo techo, Wright ayudó a vestir al cadáver antes de la llegada del médico local. Aquel parecía el proceder correcto: una concesión al decoro frente al tumulto provocado por una muerte tan escalofriante y repentina.

Entre los aficionados al, por entonces, floreciente género de la novela policíaca, la misteriosa muerte de Cecil Hambrough podría haber evocado recuerdos de alguna de las historias protagonizadas por el más famoso detective literario de todos los tiempos, Sherlock Holmes. Dos años antes, la revista *Strand* había publicado la aventura de Holmes «El misterio del valle Boscombe», de la pluma de Arthur Conan Doyle. En ella, un joven al que se había visto recientemente en compañía de su padre informaba de la muerte de este, cuyo cuerpo aparecía «tendido sobre la hierba» en el bosque. Pero, si bien allí se arrestaba rápidamente al hijo, sospechoso del asesinato, y la localización de la muerte se trataba como el escenario de un crimen, en Ardlamont se dio por hecho que el fallecimiento de Cecil Hambrough había sido accidental. Con escasa consideración por preservar cualquier tipo de prueba potencial, así fue como comenzó uno de los casos más notorios de la era victoriana: un largo misterio que causó estragos en las vidas de sus principales protagonistas y en las de muchos otros aledaños.

Entre los más prominentes estarían dos destacados ciudadanos de Edimburgo, ambos figuras emblemáticas en el mundo médico y pioneros de la ciencia forense: los doctores Joseph Bell y Henry Littlejohn. Es más, estos dos hombres, casualmente, fueron la principal inspiración en la creación de

Sherlock Holmes. Aunque se les llamó para que investigaran con un retraso mucho mayor de lo que a Holmes le hubiera gustado, lograron, no obstante, proporcionar pruebas vitales sobre lo ocurrido en Ardlamont. La muerte de Cecil Hambrough arrastraría a la pareja al centro de una encarnizada batalla entre la razón y el conocimiento, por un lado, y la duda y oscuridad del alma humana por otro. Fue una representación real de la lucha a la que Doyle hizo a Sherlock Holmes enfrentarse en incontables ocasiones a lo largo de su ilustre carrera ficticia.

Tan desconcertante como cualquiera de los misterios con los que Holmes se encontró, el caso Ardlamont encumbró a Bell y a Littlejohn como el eslabón definitivo entre el mundo imaginario del 221b de Baker Street, con su tenue iluminación de farola de gas, y las emocionantes fronteras de la investigación criminal en el mundo real en lo que supuso la primera era dorada de la investigación forense. Sin embargo, el hecho de tratarse de la vida real hizo que, en este caso, fuera mucho lo que estaba en juego... para todos.

Capítulo 1

LA CONEXIÓN HOLMES

«El mundo está lleno de cosas obvias
en las que nadie se fija jamás».

SHERLOCK HOLMES,
El sabueso de los Baskerville.

En 1893, la fiebre por Sherlock Holmes estaba en pleno apogeo. De hecho, el mundo entero parecía estar cautivado por el primer y mejor detective consultor del mundo, con una notable excepción: su creador, Arthur Conan Doyle.

La problemática relación de Doyle con su hijo-detective tenía su origen en la esperanza del autor de que se le recordara como algo más que un *escritorzuelo* de relatos policíacos. Su mayor deseo era crear narraciones épicas de ficción histórica; una especie de Walter Scott para una nueva generación. Los relatos de Holmes le resultaban casi demasiado sencillos: eran pasatiempos bien pagados que lo distraían de obras más serias, como *Micah Clarke* o *La compañía blanca*. Conforme iba encadenando una tras otra todo un rosario de hazañas de Holmes para el ávido lector del *Strand*, su frustración por el encasillamiento aumentaba. Si tan solo la maldita revista dejara de regarle dinero por escribir semejantes pastiches...

Igual que un delincuente acorralado, Doyle solo veía una manera de

liberarse de la tiranía de su progenie de ficción. Planeó arrojar a Sherlock a su propia muerte por una catarata alpina; acto que ejecutaría antes de finales de ese año. Holmes se precipitaría aparentemente hacia su trágico final en las cataratas Reichenbach, en Suiza, dentro del relato «El problema final». Sería un evento literario de una magnitud extraordinaria que dejaría huérfanos a incontables lectores. De hecho, cuando se publicó la historia, una riada de jóvenes se reunió en torno a las oficinas londinenses del *Strand* llevando crespones negros como símbolo de luto.

Y sin embargo, mientras Doyle se preparaba para que su hijo más célebre fuera historia, los dos hombres que sirvieron de modelo más cercano en lo que sería la creación de Holmes estaban a punto de salir a la palestra de la opinión pública por su participación en uno de los juicios reales por asesinato más comentados durante años, el de Alfred Monson. Para echar más leña al fuego, recientemente se había «desvelado» a uno de ellos, Joseph Bell, como principal inspiración para el residente más querido de Baker Street. El que no se estableciera una conexión similar con Henry Littlejohn será prueba de la fluidez con la que Bell y Littlejohn unían fuerzas para investigar casos en la vida real. Así pues, ¿cómo se habían entrelazado las vidas de Bell, Littlejohn y Doyle?

La historia de su asociación dio comienzo cuando Doyle inició sus estudios de Medicina en la Universidad de Edimburgo, en 1876, donde Bell y Littlejohn eran dos de los nombres más respetados del profesorado.

Bell había nacido en Edimburgo en 1873, en el seno de una apreciada familia de médicos. Era del todo inevitable que él siguiera la estela familiar, pero su talento natural para la medicina (tanto como practicante como en el ámbito docente) era, en cualquier caso, asombroso. Concluyó sus estudios formales en la Facultad de Medicina en 1859 y, posteriormente, ejerció de cirujano residente junto al profesor James Syme, el gran pionero de la cirugía de su generación. Después, a la temprana edad de veintiséis años, se le encomendó que organizara clases de cirugía sistemática y operativa en la universidad.

Resulta impresionante que, a pesar del meteórico inicio de su carrera, mantuviera el mismo ritmo durante los años simientes. La Edimburgo de mediados de siglo era caldo de cultivo de una práctica médica progresista y

de una reforma social y, conforme Syme y sus coetáneos iban alcanzando el final de su Vida laboral, Bell se convirtió en una figura destacada que impulsaba nuevos avances. No solo proporcionaba a sus alumnos una formación al más alto nivel, sino que también pretendía refinar y mejorar los sistemas conforme a los cuales trabajaban los profesionales médicos. Fue, por ejemplo, un gran mentor de enfermeras que reconoció la importancia de estas para proporcionar los mejores cuidados médicos, en lugar de verlas como humildes sirvientas como había sido su destino hasta el momento. En su deseo de elevar la situación profesional de la enfermería se hizo amigo y confidente de Florence Nightingale e incluso le dedicó un libro, *Some Notes on Surgery for Nurses*, en 1887. Entre otros de sus muchos logros, fue elegido presidente del Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo, hizo campaña para lograr que admitieran a las mujeres en la Facultad de Medicina de la ciudad, fue el primer cirujano del Hospital Real para Niños Enfermos (institución que se inauguró en 1860 después de que Bell y buen número de sus compañeros, entre ellos Littlejohn, lucharan por ello) y todavía encontró tiempo para editar el *Edinburgh Medical Journal* durante casi un cuarto de siglo. Aparte de la medicina, fue un devoto miembro de su congregación, juez de paz y delegado de distrito (es decir, asistente elegido personalmente para ayudar al representante de la reina en el condado). En pocas palabras, era un hombre activo a gran escala, siempre impulsado por un deseo genuino de mejorar las condiciones de vida de sus conciudadanos.

Littlejohn, por su parte, no era persona menos enérgica, a pesar de ser once años mayor. Él también era oriundo de Edimburgo, pero su camino hacia la medicina no había sido tan claro. Su padre fue maestro repostero, y Henry, el séptimo de nueve hijos, pudo ser simplemente uno de tantos. Pero su pasión por el campo médico logró abrirse paso y se graduó en la universidad local en 1847. Pasó entonces un año trabajando en el continente, antes de regresar a su ciudad de origen como patólogo auxiliar de la Enfermería Real de Edimburgo.

Dentro de esta función, Littlejohn se familiarizó profundamente con la muerte en sus muchas, variadas y, con frecuencia, macabras formas. Fue, por tanto, una transición natural para convertirse en el cirujano de la policía de Edimburgo, en 1854. Era un puesto muy exigente en la época. No solo era responsable del bienestar médico de todo el personal de la policía y de los

arrestados, sino que también era uno de los primeros puertos de escala de los oficiales al investigar incidentes de gravedad, ya fueran causados por accidente o por un acto delictivo. Se le solía solicitar que realizara investigaciones forenses (en una época en la que la medicina forense estaba en pañales) y autopsias. Era también un rostro habitual en los tribunales escoceses, donde ofrecía testimonio como perito sobre todo tipo de cuestiones, desde catastróficos accidentes de tren hasta agresiones sexuales, pasando por infanticidios. Figura presente en prácticamente todos los procesos criminales de Edimburgo durante la segunda mitad del siglo XIX, logró una perspectiva de los bajos fondos escoceses con los que pocos podían competir y menos aún envidiar.

Su labor como cirujano de la policía le proporcionó un perfil público relevante en la ciudad, y su fama creció cuando en 1862 recibió el nombramiento como primer oficial médico para la Salud Pública de Edimburgo, cuya función consistía en promover la salubridad y seguridad de la ciudadanía. Este puesto se había creado, en parte, como reacción a una catástrofe el año anterior: el derrumbe de un bloque de viviendas de alquiler en la calle principal que se había saldado con treinta y cinco muertos. A pesar de tratarse ya de un hombre muy ocupado debido a su trabajo en la policía, Littlejohn abordó este nuevo empleo con un vigor extraordinario. De hecho, aún le quedaba por realizar buena parte del trabajo por el que más adelante sería conocido.

En 1865 publicó un estudio de referencia, *Report on the Sanitary Conditions of the City of Edinburgh (Informe sobre las Condiciones Sanitarias de la ciudad de Edimburgo)*. A pesar de la sobriedad de su título, este ensayo crítico promovió una revisión revolucionaria del paisaje edimburgués. Littlejohn pintó un vivo retrato de la pobreza y decadencia urbana de una ciudad desolada por la superpoblación y repleta de inmundicia, todo lo cual, como él demostró ampliamente, tenía como consecuencia directa una extendida insalubridad. Su informe fue el catalizador que las autoridades locales necesitaron para aprobar la Ley de Mejora de la Ciudad de Edimburgo de 1867, una reforma que dio lugar a la limpieza de los suburbios, la realización de un nuevo e infinitamente mejor sistema de alcantarillado y la construcción de las magníficas y amplias avenidas que siguen haciendo hoy en

día de Edimburgo una metrópolis particularmente elegante y atractiva. Littlejohn cambió la faz de la ciudad en la que vivía de un modo del que muy poca gente podría jactarse con legitimidad.

Le siguió un catálogo de otros logros notables. Por ejemplo, asumió la lucha contra aquellas enfermedades infecciosas que llevaban largo tiempo asolando a los más pobres de la ciudad, quienes, históricamente, se habían visto condenados a vivir hacinados. No solo estableció un hospital permanente para aquellos que padecían dichas enfermedades, sino que también fue punta de lanza en una modificación de la ley por la cual se volvía obligatorio notificar a las autoridades cualquier caso de contagio potencial. También fue asesor principal del Consejo de Supervisores, una organización que, desde 1873, fue la principal autoridad de la ciudad en materia de salud pública. Y, por si todo lo anterior no fuera suficiente, ejerció como presidente de la Sociedad Escocesa para la Prevención de la Crueldad Infantil y fundó la Sociedad Escocesa para la Cremación y la Reforma de las Inhumaciones. Sin embargo, quizá la mejor prueba de su eficiencia se aprecie en la estadística pura y dura: la tasa de mortalidad local descendió del 34% de la década de 1860 al 14% de final del siglo.

Tanto Bell como Littlejohn, por lo tanto, fueron grandes figuras al servicio del bien público y auténticos pioneros médicos: el tipo de personas sobre las que se construye un imperio. Pero para el joven Doyle fueron, además, maestros inspiradores capaces de las más extraordinarias hazañas de gimnasia mental. Bell, en particular, solía ilustrar sus clases con fascinantes demostraciones de razonamiento deductivo que, posteriormente, Doyle copió y adaptó a su personaje Sherlock Holmes. Littlejohn, por su parte, impartía clases de ciencia forense en la escuela de actividades extracurriculares de la universidad y le aportaba nuevos bríos a una asignatura que, en opinión de Littlejohn, se había ignorado profundamente hasta ese momento.

Littlejohn era un hombre-espectáculo nato. Incluso con el paso de los años seguía manteniendo una apariencia joven y vigorosa, y resultaba una imagen fácilmente identificable por la ciudad gracias a su sombrero de copa y levita, tan característicos. También gozaba de un contagioso sentido del humor y una mirada picara. Le encantaba aterrorizar a los curiosos poco precavidos, por ejemplo, colocándose entre las paradas del tranvía y lanzándose dentro del

vehículo cuando este aceleraba. Era una rutina tan frecuente que los conductores de los tranvías aprendieron a no frenar al verlo, convencidos de que lograría subirse a pesar de que los testigos temieran que estaba a punto de suceder una tragedia.

Su sentido del espectáculo se trasladó también a las aulas. Como experto en los campos de la patología, la toxicología y Otras materias médico-legales asociadas, comenzó a impartir clases de jurisprudencia médica (es decir, el derecho relacionado con la medicina) en 1855. Con un alumnado inicial de apenas veinte estudiantes, para la década de 1880 sus exposiciones habían logrado tal reputación que solía atraer a muchedumbres de más de doscientos cincuenta. Recurría a sus experiencias de primera mano en las investigaciones policiales y los procesos penales para llenar sus monólogos con las teorías e ideas más innovadoras: fue, por ejemplo, un gran paladín de la, por entonces naciente, ciencia de la identificación mediante huellas digitales y uno de los primeros defensores del uso de las pruebas fotográficas. Transmitía sus amplios conocimientos con humor y color y buscaba constantemente nuevas formas de dar vida a sus clases. Las excursiones a los tribunales y las visitas a escenarios del crimen reales constituían uno de los platos fuertes del año, tanto para Littlejohn como para sus alumnos.

Aunque Doyle nunca llegó a confirmar públicamente que había acudido a las clases de Littlejohn, resulta impensable que hubiera desperdiciado la oportunidad de asistir a estas charlas sobre jurisprudencia médica y medicina forense en el Surgeon's Hall. Littlejohn era, además, un buen amigo de Bell, y Bell, a su vez, fue el mentor más destacado de Doyle cuando este estudió en Edimburgo. Incluso si Doyle no hubiera logrado abrirse hueco por su propio pie en las clases de Littlejohn, por improbable que esto parezca, Bell se habría asegurado de que lo hiciera. Y, aunque Littlejohn era, posiblemente, el más extravagante de los profesores, Bell también tenía su propia reputación de teatralidad, capaz de iluminar los días de estudiante de Doyle y los de buena parte de sus contemporáneos.

Los rasgos duros de Bell, su mata de cabello blanco y sus penetrantes ojos azules hacían que se le comparara habitualmente con un águila. Era una comparación extrañamente apropiada, dada la forma casi sobrenatural con la que era capaz de abalanzarle sobre la verdad y los hechos como si estos

fueran su presa. Bell tenía la firme creencia de que un médico debía pulir su capacidad de observación hasta el punto de que, aparentemente, incluso los detalles más triviales pudieran ser de ayuda en el diagnóstico. Predicaba bien con el ejemplo y su capacidad de deducción se convirtió en legendaria.

Uno de los contemporáneos de Doyle, el doctor Harold Jones, escribió años después la forma en la que Bell se paseaba animando a sus pupilos a que «usen los ojos [...], usen las orejas, usen el cerebro, usen las percepciones repentinas y usen su capacidad de deducción». En una ocasión particularmente memorable, llevó a un paciente ante un grupo de estudiantes y ordenó a un alumno en particular que diagnosticara su condición médica. El pobre muchacho dio mil vueltas tratando de lograr la respuesta correcta, antes de llegar a la conclusión de que aquel hombre sufría una dolencia en las articulaciones de la cadera. Bell se recostó en la silla, con la barbilla apoyada sobre los dedos de las dos manos, que mantenía firmemente unidos por las puntas. «¡Ni cadera ni nada!», respondió, en un tono con el que garantizaba desinflar cualquier tipo de ego. «Este hombre no cojea por la cadera, sino por el pie. Si lo observa más de cerca, verá que hay unas rajaduras, hechas con un cuchillo, en las partes del zapato que ejercen mayor presión sobre el pie. Este hombre padece callos, caballeros, no tiene ningún problema de cadera. Pero no ha venido aquí para que se le trate de los callos, caballeros. Su problema es de una naturaleza mucho más grave. Este es un caso de alcoholismo crónico, caballeros. La nariz rubicunda, el rostro hinchado y abotargado, los ojos inyectados en sangre, la mano trémula y los músculos faciales espasmódicos, con las arterias temporales palpitantes y aceleradas, todo lo indica. Estas deducciones, caballeros, deben, no obstante, quedar siempre confirmadas por pruebas absolutas y concretas. En este caso, mi diagnóstico queda confirmado por el hecho de que veo el cuello de una botella de *whisky* saliendo del bolsillo derecho del paciente [...]. Nunca dejen sus deducciones sin confirmación».

Otro de sus golpes de efecto consistió en ir pasando un tubo de ensayo lleno de un líquido de color ambarino por la clase. Les informó de que era un poderoso medicamento con un sabor extremadamente amargo y, con el objeto de valorar la capacidad de observación de cada alumno, deseaba que cada uno de ellos la probara. Les dijo, no obstante, que tratándose él de un hombre

justo, no les exigiría nada que no estuviera dispuesto a hacer él mismo. Rápidamente introdujo el índice en el preparado y, tras llevarse el dedo a la boca, adoptó el correspondiente rictus de dolor. Cada miembro del grupo hizo lo propio, hasta que el aula se llenó de rostros en todo tipo de contorsiones y gestos. Conforme Bell les fue interrogando, se reía para sí. «Caballeros, caballeros. Me apena enormemente descubrir que ninguno de ustedes ha desarrollado la capacidad de percepción, la facultad de observación de la que tanto les hablo, pues si me hubieran observado de verdad se habrían dado cuenta de que, aunque ha sido el índice el que he introducido en esta terrible pócima, ha sido, en efecto, el dedo corazón el que, de alguna forma, ha acabado en mi boca».

Tal era la confianza de Bell en sus propias habilidades para la observación que estaba dispuesto a mantener su fe en su capacidad, incluso al hacer frente a pruebas aparentemente irrefutables. Por ejemplo, contaba la historia de cómo una vez había llegado a una serie de conclusiones preliminares sobre un paciente frente a un grupo de atentos estudiantes. Informó a la muchedumbre allí reunida de que aquel hombre bajito, que había aparecido caminando con cierto contoneo, era, probablemente, músico militar en un regimiento de las Highland.

Ese tipo de contoneo, por lo que explicó Bell, era típico de un gaitero, mientras que su conducta, en general, sugería un pasado militar. Dada su relativa falta de altura lo más lógico era un puesto como músico. Cuando se le pidió al paciente que confirmara si había acertado o errado, Bell se quedó temporalmente anonadado cuando el hombre contestó que, en realidad, era zapatero. Bell, no obstante, seguía convencido de que sus suposiciones iniciales eran correctas y le pidió a un par de sus asistentes que llevaran al hombre a una sala contigua. Una vez terminada la clase, fue al paciente y le pidió que se quitara la ropa de cintura para arriba. No tardó en descubrir una pequeña letra *D* de color azul tatuada bajo su pectoral izquierdo: la marca del desertor. Quedaron, así, inmediatamente explicadas las evasivas del paciente en cuanto a su carrera militar.

Bell y un Doyle aún estudiante no tardaron en establecer una relación amistosa, y las técnicas de Bell crearon un profundo impacto en el joven. Bell, por ejemplo, recordaba una consulta en particular:

Se divirtió mucho en una ocasión en que entré en la sala y me senté.

—Buenos días, Pat —le dije, pues era imposible no ver que aquel hombre era irlandés.

—Buenos días, excelencia —contestó el paciente.

—¿Ha disfrutado de su paseo de hoy por la explanada según venía del sur de la ciudad? —le pregunté.

—Sí —dijo Pat—. ¿Es que me ha visto su señoría?

Pues bien, Conan Doyle no fue capaz de ver cómo supe todo eso, a pesar de lo absurdamente simple que era. En un día tan lluvioso como había sido aquel, la arcilla rojiza de las partes desnudas de la explanada se pega a las botas y es inevitable que al menos una pequeña parte se quede allí. No hay en la ciudad una arcilla semejante en millas a la redonda. Pues bien, ese y otros ejemplos similares estimularon el mayor interés de Doyle y lo llevaron a experimentar en esa misma dirección, lo que, por supuesto, era justo lo que yo pretendía tanto de él como de mis restantes alumnos.

El doctor, a su vez, quedó profundamente impresionado por aquel estudiante y recordaría al joven Doyle: «Siempre le he considerado como uno de los mejores alumnos que he tenido. Mostraba un extraordinario interés en cualquier cosa relacionada con el diagnóstico y nunca se cansaba de intentar descubrir todos esos pequeños detalles que hay que buscar». El hecho de que Bell lo considerara no solo parte de la élite de aquella generación de estudiantes de medicina, sino nada más y nada menos que su protegido personal, se confirmó cuando lo eligió como asistente para las citas ambulatorias. Esto dio a Doyle la oportunidad de estudiar las técnicas del maestro de primera mano y, cuanto más veía, más impresionado quedaba. Tal y como Bell lo recuerda: «Doyle siempre estaba tomando notas. Parecía querer copiar cada palabra de lo que yo decía. Muchas veces, después de que el paciente saliera de la consulta, me pedía que repitiera mis observaciones de tal forma que pudiera asegurarse de haberlas anotado correctamente».

Doyle dejó Edimburgo en 1880 y sirvió durante un breve espacio de tiempo como cirujano de a bordo en un ballenero ártico, en el cual casi muere

a consecuencia de una caída al mar. El segundo viaje, embarcado en un navío de transporte de carga y pasajeros con destino al África occidental, no fue menos accidentado: el barco sufrió la violencia de las tormentas, Arthur cayó víctima de una epidemia tifoidea y, para cuando el barco regresó a la relativa seguridad de los muelles de Liverpool, el casco ardió en llamas. No es de extrañar, por tanto, que seguidamente optara por una vida mucho más tranquila como médico general en Southsea, cerca de Portsmouth, en la costa sur de Inglaterra. Sin embargo, la vida como médico no era del todo lo que él deseaba. Para empezar, el negocio no le iba tan bien como para olvidarse de sus preocupaciones económicas. Dado el propio contexto familiar de Doyle, con un padre ilustrador cuya carrera se vio truncada por el alcoholismo y los problemas psicológicos, el dinero era algo a lo que daba suma importancia. Cuando, en 1883, envió una declaración fiscal que demostraba que no ganaba suficiente dinero como para ser susceptible de pagar impuestos, la agencia tributaria se la devolvió engalanada con el comentario «muy insuficiente». Doyle la reenvió con una anotación de su propia cosecha: «Totalmente de acuerdo».

Además del hecho de que su trabajo no lograra proporcionarle seguridad financiera, Doyle ardía en deseos de ganarse la vida como escritor. Ya había logrado algún éxito, siendo aún estudiante al publicar su primer relato en el *Chambers's Edinburgh Journal*. En 1885 le rondaba la idea de probar suerte con las tramas detectivescas. Era muy aficionado al género, particularmente al legendario investigador Dupin creado por Edgar Allan Poe y, aunque la ficción policiaca aún no había logrado respetabilidad literaria, él tenía la sensación de contar, quizá, con ciertas aptitudes para ella. Bell brotaba una y otra vez en sus pensamientos mientras iba enlazando las ideas con las que conformar una novela de detectives. Doyle escribiría: «Pensé en mi antiguo profesor Joe Bell, en su cara aguileña, en sus curiosas formas y en su espeluznante destreza para detectar detalles. Si él fuese un detective, seguro que reduciría este trabajo fascinante pero desorganizado a algo cercano a una ciencia exacta».

En menos de un año, Doyle había generado el germen de una idea, de un concepto que tenía a Joseph Bell como centro, y lo había convertido en la primera historia de Sherlock Holmes, la novela corta *Estudio en escarlata*,

que se publicó en el anuario *Beeton's Christmas Annual* en 1887. Holmes aparecería por segunda vez en una nueva novela corta, *El signo de los cuatro*, en 1890. Pero el fenómeno Holmes explotó cuando Doyle pasó al formato del relato corto y comenzó a publicar en el *Strand* en 1891. Doyle no tardaría en convertirse en el escritor mejor pagado del país y cualquier cosa relacionada con su criatura literaria garantizaba un interés inmediato. Lo que incluía la cuestión de si estaba basado o no en un individuo real.

Si la intención de Doyle era la de mantener la pregunta en el aire, resulta peculiar que fracasara tanto en el intento. Cuando los primeros doce relatos se recopilaron en un único volumen, *Las aventuras de Sherlock Holmes*, publicado en 1892, se lo dedicó «A mi antiguo profesor, Joseph Bell», quien, a su vez, realizó una reseña favorable del mismo en el *Bookman*. No es necesario ser un maestro de detectives para trazar una línea entre el autor, su creación y su viejo mentor. Algunos meses antes, durante una entrevista en mayo de 1892 que realizó para *Bookman* un tal Raymond Blathwayt, Doyle ya había dejado alguna pista sobre la identidad del inspirador de Holmes: «Sherlock Holmes es la encarnación literaria, si se me permite, de mi recuerdo de un profesor de medicina de la Universidad de Edimburgo, que solía sentarse en la sala de espera de los pacientes con el rostro impassible de un indio americano e iba diagnosticando conforme las personas iban entrando, incluso antes de que llegaran a abrir la boca». Ese mismo mes, Doyle escribió a Bell para confirmar que le había inmortalizado en el papel impreso:

Mi querido Bell:

No cabe ninguna duda de que es a usted a quien le debo Sherlock Holmes y, aunque en las historias cuento con la ventaja de poder ubicarlo en toda suerte de situaciones dramáticas, no creo que la labor analítica que él realiza pueda en absoluto considerarse una exageración de cualquiera de los resultados que le vi a usted obtener en la sala de consultas. En torno a un eje edificado a base de deducción, conclusión y observación como el que le escuché a usted inculcar, he intentado construir la figura de un hombre que las lleva al mayor extremo posible (en ocasiones, incluso más allá) y me agrada

enormemente que el resultado le haya satisfecho, siendo usted el crítico con más derecho a ser severo al respecto.

Las pruebas se encontraban también en los relatos, propiamente dichos, al menos para aquellos suficientemente familiarizados con el *modus operandi* de Bell. No hay más que considerar las similitudes entre una de las exhibiciones deductivas más recordadas de Bell y el intercambio entre Holmes y su igualmente brillante hermano, Mycroft, en el relato de 1893 «El intérprete griego». En el caso de Bell, se le presentó, como era habitual, un paciente cuyo historial y orígenes desconocía. Su conversación transcurrió de la siguiente forma:

Bell: Bien, señor, usted ha estado en el Ejército.

Paciente: Sí, señor.

Bell: Se licenció hace poco, ¿cierto?

Paciente: Sí, señor.

Bell: ¿Del regimiento de las Highlands?

Paciente: Sí, señor.

Bell: ¿Es usted suboficial?

Paciente: Sí, señor.

Bell: ¿Destinado en Barbados?

Paciente: Sí, señor.

Bell: Como ven, caballeros, se trata de un hombre respetable que no se había quitado el sombrero. Eso es algo que no se hace en el Ejército pero, si hacía tiempo que lo habían licenciado, debería conocer de sobra las costumbres civiles.

Tenía cierto aire de autoridad y, evidentemente, era escocés. Respecto a las Barbados, vino aquejado de elefantiasis, que es una enfermedad típica de las Indias Occidentales y no de las Islas Británicas.

A pesar de que Doyle no utilizó directamente esta anécdota en «El

intérprete griego», se hace eco de esta de forma evidente. La escena sitúa a Sherlock y a Mycroft sentados junto al mirador del exclusivo club de Londres al que pertenece el segundo:

—[...] Este es el lugar perfecto para cualquiera que desee estudiar a la humanidad —dijo Mycroft—. ¡Mira qué ejemplares tan extraordinarios! Observa, por ejemplo, a esos dos hombres que vienen hacia nosotros.

—¿El marcador de billar y el otro?

—Exactamente. ¿Qué opinas del otro?

Los dos hombres se habían parado frente a la ventana. Unas marcas de tiza sobre el bolsillo del chaleco eran los únicos rastros de billar que pude ver en uno de ellos. El otro era un tipo muy bajito y moreno, con el sombrero echado hacia atrás y con varios paquetes bajo el brazo.

—Por lo que veo es un militar veterano —dijo Sherlock.

—Licenciado hace muy poco tiempo —señaló su hermano.

—Creo que sirvió en la India.

—Con graduación de suboficial.

—Artilería real, diría yo —dijo Sherlock.

—Y viudo.

—Pero tiene un hijo pequeño.

—Hijos, mi querido muchacho, hijos.

—Venga —dije riendo—, esto ya es demasiado.

—Seguro —respondió Holmes— que no es tan difícil adivinar que un hombre con ese porte, expresión de autoridad y piel quemada por el sol es militar, de un rango más alto que un soldado raso, y que ha llegado de la India hace muy poco tiempo.

—Que no haya dejado el servicio hasta hace muy poco lo demuestra el hecho de que siga llevando sus «botas de munición», como las llaman —observó Mycroft.

—No tiene el paso inseguro del soldado de caballería, pero aun así lleva el sombrero ladeado, como demuestra la piel más clara de ese

lado de la frente. Su peso no es el propio de un zapador. Ha servido en artillería.

—Además, resulta evidente, puesto que va de riguroso luto, que ha perdido a alguien muy querido. El hecho de que esté haciendo compras nos indica que se trataba de su esposa. Verá que ha estado comprando artículos para niños, uno de los cuales es un sonajero, lo que demuestra que uno de ellos es muy pequeño. La esposa probablemente murió al dar a luz. El hecho de que lleve un libro de ilustraciones bajo el brazo nos indica que tiene otro hijo del que ocuparse.

Es evidente que Sherlock es un Bell en su máxima potencia. Un sagaz reportero del *Strand* llamado Harry How fue el primero del que se sabe con certeza que atara los cabos, en junio de 1892. Doyle advirtió inmediatamente a Bell de que su anonimato se había venido abajo y que solo cabía esperar una oleada de atención, lo que incluía «cartas lunáticas de lectores compulsivos que solicitarán su asistencia para rescatar a sus tías doncellas de una muerte segura por inanición, encerradas en las buhardillas de vecinos homicidas».

No está del todo claro qué hizo Bell con su recién adquirida e inesperada fama. A los amigos y familiares les dio a entender que le resultaba bastante fastidiosa y algunos de los aspectos más ridículos de la «holmesmanía» probablemente pusieron a prueba su paciencia. Sin embargo, no le pareció tan molesta como para no conceder entrevistas a la prensa sobre su relación con el Gran Detective. También mostró su conformidad con escribir una introducción para la edición de 1892 de *Estudio en escarlata*. Entre bastidores, además, siguió alimentando la bestia de Sherlock al proporcionarle a Doyle la ayuda que este solicitó con sus tramas. Una de estas implicaba a un asesino que utilizaba gérmenes, algo que Bell aseguraba que conocía por un caso de la vida real que seguía el mismo patrón. Doyle la rechazó bajo el principio de que la opinión pública no estaba aún preparada para una historia tan terrorífica (aunque exploraría el tema en el relato de 1917 «La aventura del detective moribundo»). «Doyle es el cerebro. No tiene nada que ver conmigo», dijo Bell a un entrevistador en relación al papel que desempeñó en la creación de Holmes, si bien resulta evidente que no se trata

más que de falsa modestia.

Entonces, en el momento álgido de popularidad del caso Ardlamont, Bell decidió presentarse a la opinión pública y revelar que no se trataba únicamente del *alter ego* médico de Holmes, sino que llevaba décadas implicado en la investigación criminal en la vida real. A un periodista del *Pall Mall Gazette* le contó: «Bien, durante veinte años o más he estado involucrado en la práctica de la jurisprudencia médica en representación de la Corona, pero no hay mucho que pueda contarle sobre eso. No sería justo mencionar lo que es del conocimiento privado de la Corona y de aquellos asociados a ella...». Así pues, la inspiración real de Holmes tenía más en común con el detective de lo que originariamente se había sospechado. «Cualquier deducción, suposición y similares de las que he tenido los medios para poner a disposición de las autoridades ha sido sencilla, común y corriente», explicó, restando importancia a los hechos de una manera muy característica. Prosiguió después argumentando la forma en que los poderes de observación que Doyle presencié en tan numerosas ocasiones en la universidad podían utilizarse para llevar a cabo una investigación policial:

La amplia importancia de las pequeñas distinciones, la relevancia infinita de las nimiedades. La gran mayoría de la gente, de los incidentes y de los casos se parecen entre sí en las características más amplias y generales. Por ejemplo, la mayoría de los hombres tienen una sola cabeza, dos brazos, una nariz, una boca y un determinado número de dientes. Pero son las pequeñas diferencias, las nimiedades, tales como tener un párpado caído o no, lo que diferencia a los hombres.

Finalmente, dio la explicación de cómo se había convertido en un instrumento de la policía, su relación con Littlejohn: «He de explicar que es el doctor Littlejohn el que es asesor médico y que le gusta tener una segunda opinión. Es un íntimo amigo mío y es por ello que, durante más de veinte años, hemos colaborado mucho y se ha vuelto algo habitual para él llevarme consigo en sus casos. Pero no tengo una conexión oficial con la Corona».

Resulta curioso que Doyle reconociera tan rápidamente la influencia de Bell en la invención de Holmes, pero que no se guarde constancia de que acreditara a Littlejohn en vida de este. Simplemente no tiene sentido pensar que Littlejohn no fuera una presencia prominente en la imaginación de Doyle, mientras este acariciaba la idea de un detective literario. Es cierto que Bell fue el principal instructor y orientador de Doyle en Edimburgo, pero Bell y Littlejohn eran grandes amigos (en sus últimos años, Littlejohn le regalaría a Bell una gran copa de plata con la inscripción: «En recuerdo de una amistad constante») y, al tratarse no solo de un estudiante favorito de Bell, sino también de su asistente, Doyle no pudo sino haberse cruzado regularmente con Littlejohn. Como estudiante del crimen y de la investigación criminal, no cabe duda de que Doyle habría buscado activamente mantener contacto con un hombre que, al fin y al cabo, era el cirujano oficial de la policía y una figura predominante en la jurisprudencia médica escocesa. Además de lo dicho, debía haber sabido que Bell solía acompañarle en su labor policial. En resumidas cuentas, Littlejohn no puede sino haber sido otro de los principales modelos de referencia para Holmes.

Si bien Bell proporcionaba las directrices para las deducciones lógicas de Holmes, Littlejohn era el prototipo del pionero forense renegado. Tal y como Harold Jones reveló en 1900 en un artículo para la hace tiempo desaparecida revista *Tit-Bits*: «Aunque Joseph Bell es el Sherlock Holmes original, hay otro profesor en Edimburgo “metido en el ajo”, por así decirlo. Mientras que Joseph Bell fue el que le dio a Doyle la Idea del personaje de Holmes, el hombre que, quizá no deliberadamente, influyó a Doyle para que adaptara al personaje a la investigación criminal fue *sir* Henry Littlejohn». Sin embargo, la única aseveración de Doyle de la que se guarda registro relacionada con el cirujano de la policía proviene de marzo de 1929, de un discurso con poca publicidad dado ante un público compuesto por estudiantes graduados procedentes de Edimburgo y residentes en Nairobi. De acuerdo con un reportaje en el *East African Standard*, Doyle reflexionó sobre los poco satisfactorios métodos de investigación mostrados en tantos ejemplos de literatura policíaca que él había leído en su juventud, antes de concluir que «ni Joe Bell ni Littlejohn hubieran hecho las cosas de esa forma». Por lo que dijo Doyle a su público, fueron sus métodos lo que le habían llevado

originariamente a escribir un relato detectivesco desde el punto de vista de un científico.

Entonces, ¿por qué se ha mantenido a Littlejohn fuera de la palestra mientras a Bell se le subía a ella tan activamente?

¿Es posible que hubiera alguna rencilla personal entre Doyle y Littlejohn? ¿Algún motivo por el cual Doyle podría no haber querido que el cirujano de la policía gozara de la gloria reflejada de su héroe literario? Es posible. Pero quizá el silencio en torno a Littlejohn tuviera causas más nobles. ¿Y si, más que ignorarlo abiertamente, lo estuviera protegiendo sutilmente? ¿Se habría situado a Bell en primer plano para que Littlejohn pudiera permanecer entre bambalinas? Al fin y al cabo, Bell era el que tenía la deducción como afición, la «segunda opinión» de acuerdo con sus propias palabras o, dicho de otra forma, el detective consultor no oficial. Littlejohn tenía mucho más que perder, puesto que la investigación criminal se encontraba de forma más clara dentro de su jurisdicción profesional. De haber pendido sobre él la sombra de Holmes, su labor se habría visto inevitablemente perjudicada. Solo esto ya habría sido suficiente razón como para mantener en la sombra su asociación con Sherlock. Bell y Doyle eran de esa clase de individuos honorables que harían cuanto estuviera en su mano para asegurarse que el trabajo a vida o muerte que Littlejohn realizaba a diario no se viera perjudicado por la histeria colectiva en torno a un personaje imaginario. Sin embargo, no cabe duda del estrecho vínculo que une a Littlejohn, Bell, Doyle y Holmes.

En la época en la que Cecil Hambrough apareció muerto, tendido en el bosque de Ardlamont en agosto de 1893, Littlejohn, Bell y Doyle ya habían visto y pasado de todo en el transcurso de sus respectivas y prestigiosas carreras. Cada uno de ellos, a su manera, había hecho frente a los recovecos más oscuros de la mente delictiva mientras se les sometía al escrutinio público. Sin embargo, ni siquiera sus intelectos e imaginaciones combinadas podrían haber previsto el drama que estaba a punto de desencadenarse.

Capítulo 2

DESTINOS ENTRELAZADOS

«[...] de vez en cuando, uno se encuentra un cuervo carroñero entre las águilas».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de Shoscombe Old Place.

En 1890, Cecil Hambrough tenía todos los motivos del mundo para sentirse optimista sobre su futuro. Nacido en 1873, Windsor Dudley Cecil Hambrough era el hijo y heredero del mayor Dudley Hambrough. Joven, guapo y lleno de ganas de vivir, algún día (o eso creía él) se convertiría en el cabeza de una familia rica y respetada.

Los Hambroughs provenían de la isla de Wight, en la costa sur de Inglaterra, y allí habían residido en el gran castillo gótico de Steephill Castle, en las afueras del Ventnor, un centro turístico costero en plena expansión. Si bien aquel extraordinario edificio, con sus imponentes almenas cuadradas y una elevada torre circular, parecía construido siglos atrás, en realidad era de cosecha bastante más reciente. Aunque la finca Steephill había pasado por diversas manos aristocráticas a lo largo de los años, el principal alojamiento había sido siempre una casa de campo, si bien espléndida. Entonces, en torno a 1830, adquirió la propiedad John Hambrough, el bisabuelo de Cecil, que había hecho fortuna con la banca y mediante una serie de astutos acuerdos

inmobiliarios.

Hambrough hizo derruir la casa de campo junto con otros edificios de diversa índole para hacer espacio para el castillo con el que soñaba. Las paredes de la biblioteca y el estudio estaban adornadas con paneles de madera de roble y grabados de lo más extravagante, una vidriera iluminaba la grandiosa sala de billar y, en el comedor, se alzaba una gigantesca chimenea de mármol sobre el suelo de pino pulido. En el exterior, el camino de acceso pasaba por un arco en el que se habían grabado las iniciales de Hambrough junto con las de su esposa, Sophie Townsend. Hambrough había logrado una vida de éxito y no pensaba esconderlo bajo la alfombra: se decía que el castillo había costado un cuarto de millón de libras (cerca de doce millones de euros actuales) y su construcción había durado más de dos años.

Pero la tragedia acechaba a la familia. Hambrough no llegaría a ver nunca el fruto de su trabajo, puesto que quedaría ciego poco antes de la finalización del castillo en 1835. Steephill, no obstante, pronto se convertiría en el centro de la vida isleña y atraería a numerosos visitantes ilustres, entre ellos, la reina Victoria y el príncipe Albert, además de la emperatriz Isabel de Austria que alquiló el castillo en el verano de 1874. Sisi disfrutó tanto del tiempo que pasó en la isla, que le encargó a un joyero londinense la creación de una copa para el ganador de la carrera de obstáculos anual de Ventnor. La primera campeona fue una yegua llamada Beauty, que había sido en el pasado propiedad de Dudley Hambrough (padre de Cecil), quien pensó que era demasiado lenta. No sería aquella la única ocasión en la que apostarí por el caballo perdedor.

Para entonces, John Hambrough llevaba once años muerto y Steephill había pasado a manos de Dudley con la mayoría de edad de este, en 1870, pues su padre Albert, hijo de John y reputado botánico, había muerto en 1861. Dudley también heredó algunas propiedades en Middlesex (la hacienda Stanmore), que le proporcionaban rentas adicionales, y mantuvo ciertas expectativas acerca de la finca Pipewell, en Northamptonshire, con la presunción de que su anciano y viudo tío moriría sin descendencia. Sin embargo, si bien John Hambrough había sido un astuto hombre de negocios, Dudley era un completo inepto. Con la intención de mantener la posición social de la familia, desangró su patrimonio con tal de ser visto en el sitio

adecuado con la gente adecuada. Militar con rango de mayor de los fusileros de la isla de Wight, regimiento de Hampshire, también ejercía de juez de paz, pero su principal fuente de ingresos era el dinero generado por Steeplehill. En total, percibía cerca de 4500 libras al año en una época en la que la mayoría de las familias salía adelante con no más de unos cientos.

Sin embargo, Dudley no lograba hacer que el dinero le diera de sí. En su empeño de seguir entre la flor y la nata de la sociedad (por ejemplo, fue el primer capitán del club de golf de la isla de Wight) no encontraba la forma de controlar sus gastos. En 1885 contaba ya con una asfixiante deuda de 37 000 libras (algo más de dos millones de euros actuales). Como último intento desesperado de poner sus finanzas en algo parecido al orden, hipotecó los derechos de renta vitalicia sobre Steeplehill, que le aseguraban ingresos de por vida sobre todo lo generado por la propiedad, a la compañía de seguros Eagle Insurance Company por valor de 42 000 libras. Arriesgó todo sin ningún aval. En el transcurso de menos de doce meses ya había tenido que pedir prestadas otras 2500 libras y, poco después, incurrió en demoras en el pago de intereses. Con todas sus líneas de crédito agotadas, Hambrough se encontró en serios aprietos. En 1890, sus acreedores le embargaron y se quedaron con los derechos sobre Steeplehill.

Esto supuso, evidentemente, un varapalo para la familia. Dudley y su esposa, Marión, no tuvieron más elección que vivir temporalmente alquilados en una serie de viviendas cada vez más deprimentes en Londres. Mientras tanto, la vida seguía. Dudley estaba decidido a que Cecil siguiera sus pasos en el ejército pero el muchacho se encontraba en una edad difícil, era voluble y tendía a distraerse. Sus padres siempre le habían atado muy en corto y, en lugar de enviarlo a la escuela, habían hecho venir a un cierto señor Jackson, de Ventnor, para que se ocupara de su educación. El chico no era particularmente buen estudiante y prefería pasar tiempo al aire libre, con sus perros y sus caballos, cazando, pescando y disparando, en lugar de quedarse encerrado en casa. Solo su amor por la botánica le impulsaba a acercarse a los libros. Aunque inocente y algo cándido, estuvo más que dispuesto a soltarse de las faldas maternas tan pronto como le llegó la adolescencia. Para colmo de males, aunque sus padres pretendían inculcarle cierto sentido del deber y la responsabilidad, las circunstancias personales en las que se encontraban

lograron socavar seriamente su autoridad. Al final, decidieron que era necesaria algún tipo de influencia externa, por lo que se propusieron encontrarle a Cecil un tutor que le preparara para la vida en el ejército.

El señor y la señora Hambrough tenían, además, la idea de enviar a sus hijas a un colegio en el continente. Todo esto excedía con mucho sus posibilidades económicas pero Dudley mostraba siempre un optimismo irracional y mantenía su fe en el «ya surgirá algo». Una actitud así ayudaba poco a la hora de mejorar su sentido de los negocios o de juzgar la personalidad de los demás. Por el contrario, tenía una desafortunada tendencia a rodearse de cualquiera que pareciera ofrecerle una salida a sus problemas pero, con bastante frecuencia, las palabras de aliento que estos pudieran ofrecerle surgían más del propio interés que del puro altruismo.

Sin embargo, no todo estaba perdido para los Hambroughs. Ni mucho menos. La familia podría estar en la indigencia pero tenía todas sus esperanzas puestas en el hijo varón. Según los términos del testamento de su bisabuelo, las propiedades Hambrough tenían derechos vinculados. Es decir, que pasaban de generación en generación por la línea masculina, por lo que ninguna generación podía vender las propiedades sin más. Un individuo podía elegir ceder sus derechos durante su vida pero, a su muerte, la propiedad regresaría al heredero masculino. Para Dudley y Cecil esto era fundamental. Aunque Dudley había perdido sus derechos frente a Eagle Insurance, al cumplir los veintiuno Cecil, teóricamente, podría solicitar créditos con la esperanza de, en su momento, lograr recuperar la herencia. Padre e hijo incluso habrían podido elegir liberarse legalmente de esos derechos vinculados de tal forma que hubieran podido vender completamente la propiedad y empezar de cero. Había ciertas expectativas de que, con algo de gestión prudente, Cecil llegara a recibir una suma importante de dinero, incluso lo suficiente como para sacar a su padre del pozo en el que él mismo se había metido. Todo lo que Cecil tenía que hacer era seguir con vida. Tan sencillo como eso.

De haber sido Dudley una persona de disposición más paciente, con toda seguridad sus problemas se habrían resuelto o, al menos, aligerado. Es posible que la relación con el muchacho fuera tirante en ocasiones y, sin duda, este debía sentirse profundamente frustrado por unos padres tan derrochadores. Todos se lamentaban por aquel glorioso estilo de vida ya perdido, al menos de

forma provisional. Sin embargo, la situación no era tan mala como para pensar que Cecil no pudiera gestionar su herencia (que incluía Stanmore, en Middlesex, además de los derechos sobre Pipewell, en Northamptonshire) y restaurar su posición social a un rango similar al de antaño.

Pero, entre otros muchos defectos, Dudley no era un hombre paciente. En un momento en que lo mejor que podía haber hecho era permanecer sentado con los brazos cruzados, intentó poner remedio al desastre que había causado. El embargo por parte de Eagle Insurance debería haber sido el momento en que más bajo hubiera caído. En lugar de eso, solo sería el punto de partida de una serie de malas decisiones terminarían por provocar un daño inimaginable a los Hambroughs.

En una historia llena de «y si», Dudley Hambrough probablemente llegó a preguntarse qué habría pasado si nunca hubiera conocido a un caballero con el rimbombante nombre de Beresford Loftus Tottenham (o Tot, como le llamaban sus conocidos). Este agente financiero de la empresa Kempton & Co., con oficina en Westminster, lucía una impecable fachada de respetabilidad. Por ejemplo, aseguraba que Arthur Loftus Tottenham, antiguo miembro del parlamento británico por el partido *Tory* y uno de los terratenientes más poderosos del país, era familiar suyo. Sin embargo, Beresford Tottenham, hombre turbio e incorregible, encarnaba el prototipo del embaucador Victoriano.

Apenas estaba en la treintena cuando conoció a Hambrough, pero Tot ya contaba con una experiencia vital extraordinaria. Tras pasar algún tiempo al servicio del décimo regimiento de caballería de los húsares, había seguido a su antiguo comandante, Valentine Baker, hasta Turquía (a Baker lo habían licenciado con deshonor del ejército británico en 1875, después de que lo arrestaran por atentar contra la decencia de una joven en el vagón de un tren cerca de Croydon). Allí fue donde Tot se convirtió en un miembro de pleno derecho del ejército turco bajo el mando de Baker Pasha, como Valentine se

hacía llamar ahora. Tottenham se habituó a la vida como mercenario y apenas un año antes de conocer a Hambrough estaba ayudando a los otomanos a reprimir un alzamiento en Creta. También hubo rumores de que escapó a Venezuela durante algún tiempo. En 1889, no obstante, soñaba con hacer dinero en un entorno que no pusiera en peligro su pellejo de forma tan evidente.

Tras establecer sus negocios en Westminster, Tottenham se dedicó a proporcionar asesoramiento a una amplia lista de clientes en calidad de agente financiero pero, a grandes rasgos, no era más que un usurero con buen ojo para el dinero fácil. Al ver aparecer a Hambrough en escena se le debió dibujar el símbolo de la libra en cada ojo. Si lograba resolver los problemas financieros de aquel incompetente militar, quizá lograra recuperar Steephill para su agradecido cliente y obtener una comisión cuantiosa, quizá incluso desafortunada, en el proceso.

Tottenham logró rápidamente engatusar a Hambrough y ganarse su confianza. Cuando Dudley le explicó su esperanza de encontrar un tutor para Cecil, Tottenham se vio en posición de ofrecer una solución aparentemente perfecta. Recientemente le habían presentado a un sujeto de nombre Alfred Monson: un hombre que quiso la suerte que se hubiera dedicado los últimos años a hacerse un nombre como tutor personal de los hijos de familias bien relacionadas.

Para un padre con aspiraciones como Hambrough, Monson debió parecerle un sueño hecho realidad. Se presentaba como antiguo alumno de algunas de las instituciones educativas más exclusivas de Inglaterra, incluyendo la Universidad de Oxford, y su tío era lord Oxenbridge, quien llegaría a ser caballero mayor de la Reina en 1892, mientras que su abuelo materno había sido Lord Galway. Tenía también lazos familiares con la duquesa de Lincoln y, además, otro tío ejercía de embajador en el continente. El propio padre de Monson era el reverendo Thomas Monson, antiguo pastor de Kirby-under-Dale, en Yorkshire y, a su vez, hijo de un obispo. La respetabilidad era inherente en el linaje familiar.

Monson comenzó a trabajar como tutor, después de volverle la espalda a lo que parecía ser una prometedora carrera en el servicio civil como administrador colonial en Sudáfrica, a principios de la década de 1880.

Contenido, elocuente y listo, lo tenía todo a su favor para convencer al mayor Hambrough de que la búsqueda de alguien que guiara los pasos de su hijo había llegado a su fin. Ofrecía, al mismo tiempo, una impresión de modestia y formalidad. Como un conocido suyo diría después, exudaba la sensación de vastos conocimientos de un profesor, la exactitud de un abogado y la sabiduría de un filósofo.

Y si el carisma y los logros académicos de Monson no fueran suficientes, la presencia de su esposa, Agnes, bastó para cerrar el trato. Elegante, atractiva y siempre a la moda, estaba habituada a ser el centro de todas las miradas allá donde fuera. Ella también provenía de buena familia. Hija del propietario de una mina, un hombre hecho a sí mismo originario de Barnsley, Yorkshire, Agnes se había criado en el próspero municipio de Sherburn, en el seno de una familia considerada como uno de los pilares de la sociedad local. Su padre, William, había muerto en 1882 y había dejado a su esposa e hijos en una situación económica saneada. Pero para entonces Agnes ya estaba comprometida con Monson.

Perdidamente enamorada, en 1881 lo siguió hasta Ciudad del Cabo (por aquel entonces parte del Cabo de Buena Esperanza, en Sudáfrica), donde se casaron poco después y apenas antes de que Alfred decidiera que no estaba hecho para vivir en el extranjero. De nuevo en Inglaterra, había intentado poner en marcha toda una serie de negocios, además de su actividad docente, sin éxito. En el momento en que los Monson conocieron a Hambrough estaban residiendo en una propiedad llamada The Woodlands, cerca de Harrogate, en Yorkshire. Allí llevaban una existencia aparentemente cómoda, mantenían una amplia vida social con los locales y se iban ganando una reputación de generosidad. No podían estar más hechos a la medida para Hambrough, quien mostró su conformidad a confiar a Cecil a la supervisión de los Monson.

No tardaron en acordar los términos. Contrataría a Alfred por una tarifa de 300 libras anuales (una suma que indudablemente debió hacer que el mayor se retorciera de dolor en privado) y Cecil se trasladaría a Yorkshire para residir con los Monson. Tras una breve estancia en The Woodlands, Cecil y sus tutores se mudarían a un nuevo hogar: Riseley Hall, cerca de Ripley. Monson continuó gastando dinero a manos llenas en comida y bebida y animaba a Cecil a que se le uniera en actividades tan varoniles como montar a caballo y cazar,

algo para lo que no era necesario insistirle mucho al muchacho. Este no tardaría en comenzar a ver a los Monson no tanto desde una perspectiva *in loco parentis* sino, más bien, como auténticos amigos. El hecho de que le ofrecieran la existencia libre y despreocupada que sus propios padres ya no podían permitirse no hizo sino fortalecer su atractivo.

Durante un tiempo dio la impresión de que todo el mundo gozaba de los beneficios del acuerdo. Aparentemente Cecil se había integrado en la vida familiar de los Monson con suma facilidad, estos tenían un nuevo pupilo de pago y el mayor podía descansar tranquilo en la idea de que buscaba lo mejor para los futuros intereses de su hijo, incluso si las estrecheces financieras del momento eran un tormento. Sin embargo, las primeras grietas no tardarían en aparecer en aquella estampa idílica.

Capítulo 3

UN CABALLERO Y UN BRIBÓN

«Que un caballero inglés se comporte de esta manera es algo que escapa a mi entendimiento».

Sherlock Holmes,
La aventura de los planos del Bruce-Partington.

Aunque el mayor Hambrough aún no se había dado cuenta, Alfred Monson no era el tipo de hombre al que se debiera creer a ciegas. La imagen que presentaba al mundo era una composición de verdades, medias verdades y descaradas mentiras; tratar de desenmarañarlas era del todo imposible. Desafortunadamente para Cecil Hambrough, Monson y Tot se habían dado cuenta rápidamente de que el padre del muchacho era fácil de impresionar con el tipo de acento adecuado y alguna frase bien elegida y Alfred era un hombre con un talento natural para la palabrería persuasiva. Profundamente agobiado por las numerosas preocupaciones que lo asfixiaban, el mayor no tenía ni la inclinación ni la energía para realizar una investigación exhaustiva del pasado del hombre al que estaba a punto de confiar a su querido hijo y heredero. Monson parecía trigo limpio y, por el momento, con eso le bastaba.

Sin embargo, incluso las pesquisas más rudimentarias habrían bastado para levantar sospechas sobre la auténtica naturaleza del tutor. Cualquiera que

hubiera intentado localizar su nombre en los archivos de la Universidad de Oxford, por ejemplo, o en cualquiera de las escuelas más preeminentes del país, habría tenido problemas para encontrarlo. Además, estaba el curioso tema de su huida a Sudáfrica. ¿Por qué iba a tirarlo todo por la borda un joven caballero que iniciaba lo que parecía ser una prometedora carrera al servicio del gobierno? Y más para cambiarlo por un puesto menos seguro y potencialmente mucho menos satisfactorio como era el de profesor privado. Agnes y Alfred se habían enamorado siendo aún adolescentes y resulta evidente que, cuando él se mudó al otro lado del mar, ella creyó que iba a permanecer allí durante largo tiempo. De no ser así, ¿por qué se iba a molestar en recorrer ella misma medio mundo para reunirse con él? Y esto en una época en la que, para una mujer, en particular una joven hermosa, viajar era una actividad plagada de peligros. Si Monson la hubiera rechazado, habría sufrido un destino incierto, con su imagen eternamente mancillada frente a los ojos de los guardianes de la moralidad victoriana. Y, sin embargo, regresaron a Gran Bretaña en cuestión de semanas. ¿Qué había ocurrido que alterara de tal forma su supuesta trayectoria profesional? ¿Qué ocurrió en Ciudad del Cabo para que su estancia allí se volviera tan incómoda, si no imposible, que pusiera fin a su carrera como administrador colonial incluso antes de empezar? El rumor que circuló por Inglaterra a su regreso de que sencillamente se había cansado de vivir en el extranjero rozaba los límites de lo increíble, si bien las circunstancias exactas de su retorno jamás salieron a la luz.

Independientemente de todo aquello, durante un tiempo dio la impresión de que los Monson se ganaban la vida de forma bastante decente, a pesar de que Agnes, supuestamente, hubiera deseado que Alfred no se hubiera apresurado tanto a rechazar África. Una vez de vuelta en Gran Bretaña se habían mudado primero a Retford, una atractiva ciudad de mercado en Nottinghamshire, donde el capitán Jebb contrató a Alfred como tutor de sus hijos. Los Monsons no tardarían en convertirse en habituales entre la flor y la nata local. Para cualquiera que se encontrara con ellos por primera vez, debían parecer gente decente y absolutamente honorable. Sin embargo, el coste de mantener amistades con una clase social aparentemente comparable ya les estaba forzando a vivir por encima de sus posibilidades. Monson no se tomó a bien tener que preocuparse por el dinero y ya no disfrutaba enseñando: le parecía

una forma muy mundana de mantener las arcas llenas para un hombre que, sin duda, estaba hecho para algo mejor. Fantaseaba de manera constante con planes para hacerse rico, pero no lograba convencer a ninguno de sus amigos y conocidos acaudalados para que invirtieran en sus proyectos.

Conforme su frustración iba creciendo y su compromiso con sus pupilos decaía, Retford perdía su atractivo. Llegado 1886, Monson estaba listo para cambiar de entorno. Ese mismo año se puso en alquiler una formidable propiedad llamada Cheyney Court, cerca de Castle Frome, en el condado de Herefordshire. Construida en la época Tudor sobre las propiedades de un antiguo monasterio, la mansión (ampliada y mejorada en numerosas ocasiones durante los años siguientes, especialmente en el período jacobino) era propiedad de la familia Kier. Sin embargo, James Kier, que la había heredado ocho años antes, estaba deseando mudarse. La grandeza del edificio debió parecerle a Monson acorde con la percepción de su propia valía, por lo que reorganizó sus finanzas de tal forma que logró alquilar la propiedad. Cheyney Court se convirtió entonces en el colegio privado de Alfred Monson.

Sin embargo, sus esperanzas de que el colegio fuera un éxito empresarial no tardarían en extinguirse. A pesar del inicialmente prometedor número de alumnos matriculados, sus gastos excedían con mucho sus ingresos. Empezó, entonces, a beneficiarse de una nueva fuente de ingresos: las indemnizaciones de las compañías de seguros tras una serie de incendios (al menos tres) que se produjeron en la vivienda durante los dos años en los que residieron en ella. El peor de ellos, que consumió completamente el edificio principal, se produjo en 1888. No solo se destruyó la estructura, sino que también desaparecieron para siempre valiosas posesiones que incluían mobiliario antiguo y obras de arte. Los Monson recibieron cerca de 2000 libras en compensación por la pérdida de sus bienes personales y, aunque hubo grandes sospechas de sabotaje, las autoridades no lograron encontrar pruebas concluyentes que indicaran que el arrendatario fue el responsable.

Otra conflagración ocurrida algunos meses antes puso el carácter de Monson bajo una luz aún más turbia. En aquella ocasión, los vecinos habían visto el humo que surgía de los establos de Cheyney Court y habían acudido apresuradamente para prestar cualquier ayuda que pudieran. Se sorprendieron, no obstante, cuando descubrieron que Monson no había hecho nada por liberar

a los caballos atrapados dentro del edificio en llamas. «¿Por qué demonios no suelta a los caballos?», le preguntó un hombre. Monson le dijo que no sabía dónde se encontraba la llave del establo, por lo que tuvo que ser un grupo de fornidos autóctonos los que abrieran una vía a hachazos y rescataran a los animales. En términos financieros, aquello fue un varapalo para Monson. Los establos eran propiedad del arrendador, quien sería el que recibiría cualquier compensación en caso de daño. Sin embargo, los caballos le pertenecían a Monson y su destrucción accidental era la única manera en que hubiera podido asegurarse una indemnización. Monson llevaba siendo un jinete consumado desde niño, pero las pruebas demuestran que era capaz de dejar a un lado cualquier implicación sentimental con aquellas criaturas si había una libra o dos de por medio.

No es de extrañar que los vecinos no le recibieran bien en los días y semanas posteriores. Para cuando el incendio definitivo de la propiedad se hubo extinguido, llevándose el antiguo edificio con ella, el dedo acusador de la sospecha debió volverse insoportable incluso para alguien tan descarado como Monson. Su forma de escapar a esta incómoda situación fue lo que terminaría por convertirse en su estrategia a seguir: mudarse de nuevo y probar suerte en otro lugar. Monson cerró la escuela y huyó, dejando atrás una montaña de facturas sin pagar a los comerciantes y vendedores locales. Presuntamente, incluso el vicario local se había visto envuelto en la estafa después de aceptar hacerle de avalista para un préstamo de 300 libras.

Los años siguientes fueron una carrera constante en la que Monson se esforzaba por mantenerse siempre un paso por delante de sus numerosos acreedores. La situación se volvió aún más desesperada cuando Alfred y Agnes comenzaron a añadir miembros a la familia (en 1893 ya tenían tres hijos). En 1887 se produjo una complicación aún mayor cuando el padre de Monson murió, y con él se agotó la pequeña pensión que le proporcionaba a Alfred. Los Monson acabaron huyendo precipitadamente de un hogar a otro y realizando todo tipo de malabares financieros a cada paso.

Alfred, no obstante, se aferraba a la idea de que su vivaz ingenio terminaría por lograr que les sonriera la fortuna. Sin embargo, cada nuevo plan fracasado no hacía sino incrementar sus deudas. A través de su esposa, puso sus miras en una aventura financiera aparentemente prometedora en la mina de

carbón del monte Osborne, en Yorkshire. Había sido propiedad del padre de Agnes, William Day, quien le había comprado su parte del negocio a su hermano en la década de 1840. Bajo la firme guía de William, se había mantenido como una empresa rentable año tras año durante décadas pero, sin él al mando, había acabado por caer en desuso llegado el año 1884. Alfred y Agnes reclamaron entonces un octavo de la extinta mina y Alfred planeaba utilizar esa parte de las acciones para lograr créditos y atraer inversores bajo la promesa de relanzar el negocio. Sin embargo, como dolorosamente debía esperar, el plan no llegó a despegar. Para cuando Monson por fin se decidió a darlo por vencido, ya había incurrido en una deuda de 627 libras con un acreedor en calidad de «gastos promocionales» no especificados.

Los Monsons firmaron entonces un alquiler de seis meses en una propiedad residencial, aunque Alfred rompió prematuramente ese acuerdo basándose en que la casa tenía problemas de fontanería. Llegados a ese punto, había decidido invertir el dinero recibido por los incendios de Cheyney Court en algo que, a decir verdad, tenía muchas probabilidades de triunfar. Como amante de los caballos que era, al menos cuando no planeaba quemarlos vivos, Monson decidió establecer una granja de cría y, en 1889, encontró una propiedad adecuada para alquilar: la granja Gaddesley, en Horley, Surrey. Con una combinación de su propio capital, un préstamo bancario y la ayuda de 2000 libras de un inversor que aún no tenía motivos para desconfiar de él, Monson planeaba criar y vender caballos de guerra de gran calidad. Siempre había un mercado rentable para animales tan prestigiosos entre las clases militares, y su instinto para los caballos debía haberle sido de gran ayuda.

En esta ocasión, no obstante, la necesidad de hacer frente a las exigencias económicas más urgentes dieron al traste con sus ambiciones a largo plazo. Monson tomó la decisión, imprudente incluso para él, de solicitar un préstamo de doscientas libras a un prestamista de nombre Brown. A cambio, le ofreció un contrato de transferencia de los animales del criadero. El inversor de Monson, por supuesto, permaneció totalmente ignorante de todo aquello. Cuando Brown apareció el día señalado para reclamar los caballos, Monson no apareció por ninguna parte. Se había vuelto a trasladar, dejando atrás a otro acreedor furioso y a otro compañero de negocios aún más furibundo para recoger los pedazos. El hecho de que Monson estuviera dispuesto a sacrificar

un negocio potencialmente prometedor a cambio de una suma tan relativamente irrisoria como doscientas libras indica dos cosas: o bien que su incompetencia financiera iba a mayores o, quizá más probablemente, una creciente desesperación por hacerse con algo de dinero, el que fuera, y al diablo con las consecuencias.

El compañero empresarial de Monson, no obstante, no era un hombre al que se pudiera ningunear y llamó a la policía. En 1890, Monson fue arrestado y acusado de fraude: una acusación a la que tendría que hacer frente en el principal tribunal penal del país, el Old Bailey, en Londres. En esa ocasión, Monson fue absuelto por causas técnicas pero el caso vino a ser una advertencia de futuro: estaba empezando a forzar demasiado su suerte.

Después del juicio, los Monson regresaron a The Woodlands, en Yorkshire, donde habían estado viviendo desde justo antes del arresto del cabeza de familia y, para cualquier testigo casual, darían la impresión de estar viviendo la gran vida. Era una osada maniobra de Alfred, quien insistía en su farol convencido de que si se tenía la apariencia de un caballero, se podía vivir como un caballero aunque se careciera del colchón financiero necesario. De hecho, era de la opinión (compartida solo con algunos amigos cercanos) de que tan grande era el poderío de su apellido que podría «proveer un almacén de cinco pisos por su mera fuerza». Durante algún tiempo, esta confianza no iba del todo desencaminada. Compró provisiones a crédito en los comercios locales y contrató a trabajadores que creyeron que un hombre como él sin duda les pagaría a su debido tiempo. Ni siquiera se creyó en la necesidad de reducir su colección de caballos y pagó por adelantado lo suficiente como para asegurarse un establo en la zona.

Sus extravagantes cenas también continuaron, con invitaciones a potentados locales y basándose en el hecho, según le dijo a Agnes, de que nunca cultivaría una amistad de la que no pudiera servirse. Sus invitados, entre tanto, quedaban absolutamente encantados con su gallardo anfitrión, que se aseguraba de que siempre hubiera comida disponible y que fluyera la bebida, y contaba con su esposa, de indudable belleza y exquisitos modales. Lo que Monson no lograba conseguir a crédito, lo pagaba utilizando un descubierto de setecientas libras con el York City and County Bank. Monson era capaz de embelesar a un director de banco con la misma facilidad que a cualquier otra

de sus víctimas, al menos por aquel entonces.

Por supuesto la pantomima no duraría para siempre. En menos de un año comenzó a cundir la desazón entre aquellos que habían proporcionado a Monson bienes y servicios a cuenta. Al final, fue el banco el primero en perder la paciencia y envió a sus alguaciles a recuperar la propiedad a modo de pago por el descubierto. Sin embargo, cuando llegaron, Monson les aseguró que ninguna de las propiedades de The Woodlands eran suyas (había adquirido el hábito de realizar muchas de sus compras a nombre de su esposa para proteger al menos parte de sus bienes de los acreedores) y tuvieron que marcharse con las manos vacías. Mientras tanto, les dijo a sus amigos y asociados que sentía que el banco le había tratado como a un miserable harapiento. Lleno de indignación, proclamaba que, de haber esperado algunos días, habrían sacado partido de la rentabilidad de ciertos bonos que le vencían y que cubrían de manera más que suficiente cualquier importe pendiente. Por su parte, el York City and County Bank no aireó demasiado el asunto al creer que le haría poco bien a su reputación. Cecil Hambrough, joven, ingenuo y apenas recién llegado hacía unos meses a la casa de los Monson, al parecer creyó a ciegas la versión de su tutor. Sin embargo, Monson se daba cuenta de que se aproximaba la hora de volver a echar raíces en otra parte.

El velo de embarazoso silencio que cayó entre los estafados por este incuestionable timador permitió a Alfred tejer una nueva red de engaños; esta vez, en Riseley Hall. Para entonces, el número de propiedades en las que Alfred y Agnes habían residido desde que se casaron ya se contaban en números de dos cifras. La tarifa que Monson obtenía por ejercer como tutor, además de los ingresos que Agnes percibía de su patrimonio privativo (por cortesía de su padre), debían haber sido suficientes para que la pareja mantuviera un nivel de vida perfectamente aceptable. Simplemente eran incapaces de mantener a raya sus gastos.

Como de costumbre, se servía de sus maneras caballerescas para asegurarse el crédito y contratar a personal que satisficiera todas sus necesidades. Tenían un mayordomo, un cochero, una institutriz para los niños, varias doncellas, personal de granja y mozos adicionales que cuidaran de los caballos. Incluso contrató a un tutor para Cecil, con un salario de ciento cincuenta libras al año (además de alojamiento completo), a pesar de recibir

trescientas libras por hacer él mismo ese trabajo. Monson no se privaba de nada y, con tan poco de valor entre sus activos reales y una lista de acreedores a sus espaldas que crecía cada vez más, batallaba con ingenio contra sus arreglos financieros. Cada vez utilizaba más a Agnes como escudo en sus acuerdos, abría cuentas bancarias a su nombre y registraba posesiones como suyas para protegerlas de cualquier solicitud de cobro de deuda que se hiciera en contra de él.

No obstante, no pudo evitar lo inevitable y, en agosto de 1892, después de vender los últimos dos caballos que poseía y con mobiliario a su nombre por valor de treinta y cinco libras embargado por los alguaciles, se declaró en bancarota. Y, sin embargo, el juego aún no había acabado. La vida en Riseley Hall continuó un tiempo igual que antes. Cuando se abrió una grieta en sus finanzas, Tot, de nuevo en Londres, no tuvo reparos en arreglarlo, si bien dando a entender con claridad que algún día no muy lejano exigiría un pago por su «generosidad».

Para Alfred y Agnes, no obstante, la realidad del momento era que su calidad de vida parecía haber caído en picado y la desesperación de Monson por su situación iba en aumento. El Hall, donde antaño la pareja había entretenido a invitados de buena cuna en veladas culturales, se había convertido ahora en el escenario de tardes libertinas de alcohol y excesos. Monson era capaz de compartir sus botellas con los mejores de entre sus visitantes pero se cuidaba de no perder nunca la cabeza: solo lo que fuera necesario como para poder aprovecharse de cualquiera lo suficientemente ingenuo como para excederse en su compañía. Agnes, por su parte, lo recordaría como «un grupo de sujetos particularmente desagradables» que solían aparecer por su casa.

Mientras tanto, Alfred, que había caído ya de pleno en un mundo de engaño y fraude, descubrió que su confianza en los demás se iba desvaneciendo en consecuencia, como un adúltero preocupado porque lo engañen. Ni siquiera Agnes podía escapar a su ira y Cecil tuvo que interponerse para protegerla de la violencia física en, al menos, una ocasión. Hambrough, no obstante, permaneció como un amigo devoto de la pareja contra viento y marea. Incluso cuando el tutor que Monson había contratado resultó no estar a la altura de las expectativas, Cecil no tuvo reparos en perdonar el desliz. Estaba mucho más

interesado en darse esa gran vida de joven y vigoroso caballero, con su ocioso deambular por el campo durante el día y sus juergas por las noche, que Alfred le proporcionaba. Y, cuando se cansaba de tanta fiesta, ahí se encontraba Agnes para contrarrestar. Ella hacía todo cuanto estaba en su mano para hacerle sentir como uno más en la familia. Buena conversadora y con unos modales encantadores, solía dar un paseo con él de vez en cuando, y los dos, sin duda, disfrutaban de las espectaculares vistas que el paisaje de Yorkshire les ofrecía. Riseley Hall no era tanto una segunda casa para Cecil, sino una vida infinitamente mejor que la que había dejado atrás.

Sin embargo, su posición dentro del plan de Monson había cambiado en formas que excedían su imaginación. En lo que a Monson concernía, había llegado la hora de empezar a ver auténticos beneficios del tiempo y esfuerzo que había invertido en el muchacho. Cuando Monson se comprometió a ejercer como su tutor en 1890, lo hizo con la idea de explotar una nueva gallina de los huevos de oro. Las trescientas libras anuales que el mayor había aceptado abonar no eran de desdeñar. Además, existía la posibilidad de beneficiarse de las circunstancias económicas más amplias de su familia. Al ayudar al mayor a recuperar algo de equilibrio en sus finanzas, se le ofrecía a Monson la oportunidad de hacer lo propio con las suyas. Su motivación para involucrarse con los Hambrough nunca fue noble, por supuesto, pero, en los tres años que nos ocupan, su propia posición se había visto seriamente deteriorada. Ahora, en bancarrota declarada, con una serie de rifirrafes con la policía y antecedentes penales, su fe en su capacidad para abrirse camino por la vida a base de encanto había sufrido un duro revés. Cada vez le resultaba más difícil conseguir créditos gracias a su labia, y el castillo de naipes que se había ido construyendo a lo largo de la década anterior se encontraba en serio peligro de derrumbe, a pesar de que Cecil permaneciera obstinadamente ciego ante la situación.

Monson se encontraba bajo la enorme presión de tener que conseguir una cantidad notable de dinero. No las simples doscientas libras que algún prestamista le pudiera conseguir bajo falsas promesas, sino el tipo de suma que pudiera mantenerlo a largo plazo y permitirle conservar el modo de vida al que se había acostumbrado. Tal era la complejidad de los propios problemas económicos del mayor Hambrough, que ni Monson ni Tot guardaban

demasiadas esperanzas de obtener dinero rápido. Pero Cecil aún conservaba buenas expectativas: era un muchacho que, de haber alcanzado la mayoría de edad en abril de 1894, habría tenido la posibilidad de acceder a una riqueza considerable.

Capítulo 4

UNA RED ENREVESADA

«[...] vivimos en una época eminentemente práctica.
El honor es un concepto medieval».

VON BORK,
Su último saludo.

El desaforado deseo de Dudley Hambrough por recuperar, de alguna manera, algo parecido a su antigua riqueza y modo de vida hizo posible que él, Tot y Monson (ayudados por una variopinta banda de personajes secundarios) se embarcaran en una serie de planes financieros tan osados como fracasados. Sus acuerdos se vieron marcados por una creciente desconfianza mutua, cambio de lealtades y abierta deshonestidad. Y, lo que es más, la base de buena parte de las negociaciones en las que se involucraron era ilusoria. Las cifras solían surgir de la nada, se hacían ofertas y se garantizaban sumas de dinero sin ninguna base en activos reales. En el centro de sus diversos planes se encontraba la creencia común, compartida con un optimismo mucho mayor del que probablemente merecía, de que todos podrían hacerse con una buena fortuna, simplemente haciendo algunos malabares con las finanzas de los Hambrough con el objeto de lograr nuevas líneas de crédito. De la misma manera que Monson creía que la reputación de su familia era suficiente como para proveer un almacén, cada uno trabajaba con el delirio de que el buen

nombre del que antaño gozó Hambrough podía manipularse para conseguir dinero. Pero ¿fue esa sensación compartida de privilegio de clase lo que creó la cadena de eventos que llevaría a la muerte de Cecil Hambrough, como un hecho macabro pero inevitable?

Las finanzas del mayor Hambrough habían estado a cargo de la empresa Messrs Kyne & Hammond hasta algún momento de 1889, en que admitieron que no había forma de aumentar el capital para devolver la deuda a la Eagle Insurance Company y rescatar el patrimonio de Steephill. Después de que Eagle Insurance tomara posesión de los derechos de usufructo vitalicio del mayor sobre Steephill, en 1890, Hambrough y Tot comenzaron a discutir cómo se podría recuperar. Teniendo en cuenta que Hambrough apenas era capaz de conseguir un cuarto de penique a su nombre, era una tarea imposible. Pero Tot no era de los que dejaban escapar la oportunidad, y se le ocurrió lo que él esperaba que fuera una estrategia magistral. Hambrough tenía una serie de pólizas de seguros, que Tot creía que se podían intercambiar por otras nuevas ofreciendo mejores condiciones y primas menores. El mayor podía rescatar sus pólizas existentes y liberar así, según se le dio a entender, entre 5000 y 6000 libras de capital, para después pedir créditos usando de garantía las nuevas pólizas más ventajosas, utilizar el dinero para cubrir la deuda de Eagle Insurance y reclamar, así, Steephill (y su renta anual de varios miles al año).

Sin embargo, había un problema. El mayor no había cumplido aún los cincuenta, pero su salud no era lo suficientemente buena como para pasar el examen médico que las compañías de seguros le exigían. En su momento, la salud tanto del mayor como de su hijo se convertirían en objeto de especulación pública. El mayor siempre declaró que ni él ni Cecil sufrían de ningún problema médico y que su incapacidad para pasar el examen médico fue un mero percance provisional. Posteriormente se rumoreó que tanto el mayor como Cecil sufrían de la enfermedad de Bright, un mal que se caracteriza por la inflamación de los riñones y que con frecuencia se asocia a hipertensión y cardiopatías. Sin embargo, existen pruebas limitadas de que este fuera, efectivamente, el caso. De lo que no cabe duda es de que Tot no creía que Hambrough padre fuera un caso perdido. Contrató a un tal doctor Hambleton por tres libras semanales para que supervisara la salud del mayor y mejorara su forma física. Tot también proporcionó a Hambrough una pensión

de siete libras semanales para sacarlo provisionalmente de sus apuros mensuales. Casualmente, Hambleton tenía trato con Monson, a quien había conocido en 1882 o 1883 a través de un compañero del hospital en el que el médico había trabajado.

Cuando Tot gastaba su dinero en otros, generalmente lo hacía con la idea de que se lo devolvieran, y con intereses. En lo que, a efectos prácticos, no dejaba de ser un ejercicio teórico, el mayor le concedió préstamos hipotecarios por valor de 2500 libras sobre sus activos para cubrir cualquier gasto en el que Tot tuviera que incurrir, además de una buena comisión. El auténtico valor de esas hipotecas, dada la precaria situación de Hambrough, no está del todo claro, pero resultaban útiles como moneda de negociación, primero para Tot y, posteriormente, para Monson, en sus negociaciones con otras instituciones financieras. Sin embargo, conforme los meses de 1890 fueron transcurriendo, quedó claro que el mayor seguía sin estar en suficiente buena forma como para pasar el examen médico, por lo que el esmerado plan de Tot se vino abajo. Para entonces, no obstante, Monzon también había entrado en escena y estaba más que dispuesto a colaborar con el mayor.

Esto parecía una situación que, inicialmente, convenía a todas las partes. Monson, por supuesto, ya estaba contratado como tutor de Cecil por trescientas libras anuales, pero todos debían haber sabido que había pocas perspectivas de que llegara a ver ese dinero hasta que la situación de Hambrough padre se resolviera. De hecho, conforme las propias finanzas de Monson se fueron a pique, comenzó a depender de la financiación de Tot tanto como el propio mayor. Quizá por eso aceptó el desafío de reavivar la fortuna familiar de Hambrough con mucho más entusiasmo del que había mostrado por la educación del joven. Así, Tot pudo desvanecerse y dejar a Monson a la vanguardia de las negociaciones mientras él proporcionaba la *guita*, como solía referirse coloquialmente al dinero, para que los otros contrajeran profundas deudas con él.

Según relata el mayor, este tenía la impresión de que Monson iba a actuar como agente suyo en nuevas conversaciones con Eagle Insurance; una suposición hasta cierto punto razonable. Sin embargo, la dinámica de la relación no tardaría en cambiar. Durante buena parte de 1891, el mayor siguió esperando que Monson lograra un trato por el cual Eagle Insurance le

ofreciera un contrato que le permitiera reclamar su renta vitalicia: un contrato que, según él creía, estaría en la mesa durante varios meses y a cambio de un depósito cercano a la cantidad de seiscientas libras. Esto, en teoría, le daría tiempo para ponerse lo suficientemente en forma como para renegociar su seguro de vida y obtener el capital necesario.

Sin embargo, entre mayo y septiembre de 1891, el mayor le cedió a Monson una serie de préstamos hipotecarios adicionales sobre sus activos por un valor total de unas 1600 libras: mucho más que la tarifa habitual de un agente. Monson, a su vez, las utilizó como garantía para obtener diversos préstamos de varios cientos de libras cada uno, a lo que el mayor declararía que él solo llegaría a recibir de vuelta un pequeño porcentaje de esa cantidad. Para entonces, Monson se había convertido, además, en la principal vía del efectivo que Tot proporcionaba a Hambrough. Esto debió suponer una auténtica cura de humildad para el mayor, quien se vio degradado a mendigar por vía postal a un hombre que, en teoría, trabajaba para él. En respuesta, Monson saldaba algunas de las deudas menos graves del mayor y pagaba su alojamiento, además de enviarle pequeñas sumas de dinero, todo como parte de un proceso que le permitiría tener finalmente al a Hambrough a su merced.

El punto crítico fue cuando, más o menos por esa época, el mayor firmó un poder por el cual autorizó a Monson a negociar en su nombre, más que ejercer de apoderado. No resulta del todo claro el motivo por el cual Hambrough accedió, aunque es probable que recibiera asesoramiento legal dudoso que le indicara que, puesto que él (Hambrough) era sujeto de un proceso de bancarrota, sería necesario que Monson firmara documentos con su propio nombre. El mayor realmente veía todo aquello como un conjunto de medios para lograr un fin: quizá con demasiada candidez, creía que Monson se ocuparía de los formalismos legales para tomar posesión nominal de Steephill antes de cederle de nuevo la propiedad a Hambrough a cambio de una comisión. Morris Fuller, el nuevo abogado de Hambrough desde febrero de 1892, se percató efectivamente del peligro e informó de que, si se cedía la propiedad a Monson y se ponía a su nombre, «cuando el muchacho [Cecil] alcance la mayoría de edad, Monson y el muchacho se encontrarán en tal situación que Monson podría hacer lo que se le antojase».

Fue también en esa época cuando se sugirió por primera vez que, dados

los problemas del mayor para superar el examen médico, quizá deberían plantearse asegurar a Cecil en su lugar. Se propuso un plan por el cual se habría contratado una póliza por valor de 60 000 libras, a partir del cual se habría obtenido suficiente capital como para liberar la propiedad Hambrough y aún dejar algunos miles de libras extra para Monson. El mayor, no obstante, rechazó rápidamente este plan y la cuestión dio la impresión de cerrarse ahí.

A finales de 1891, los poderes de persuasión de Monson parecían haber logrado un principio de acuerdo con Eagle Insurance para hacerse cargo del patrimonio de Hambrough, conforme a los derechos que el mayor le había otorgado, pero para entonces Monson tenía un abogado, R.C. Hanrott, con aspiraciones propias. Hanrott había tenido recientemente algún rifirrafe con la ley, y en concreto había hecho frente a cargos a principios de año, aunque más tarde fue exonerado, por conspirar para estafar a un tal *sir* Eustace Piers y a los accionistas de Ormerod, Grierson y Co., una empresa de ingeniería de amplia trayectoria en Manchester. Cuando Monson se vio incapaz de abonar el depósito exigido por Eagle Insurance, Hanrott intentó sustituirlo y poner el acuerdo a su nombre. Monson emprendió acciones legales contra su propio abogado y los tribunales fallaron a su favor, lo que obligó a Hanrott a devolver el contrato a su cliente. Monson, no obstante, aún carecía de fondos suficientes como para cubrir el depósito, por lo que llegó a un nuevo acuerdo que proporcionaría a Hanrott un 25% del trato. Sin embargo, este acuerdo forjado sobre la desconfianza y las malas intenciones llegó a un punto muerto a mediados de 1892, y los fondos para la compra nunca se materializaron.

Para entonces, el mayor Hambrough ya estaba harto de Monson: la fe que había puesto en el tutor de su hijo se había agotado definitivamente. La correspondencia nos dice que el numerito de Hanrott había confirmado sus crecientes sospechas de que Monson solo velaba por sus propios intereses. Si bien hubo una época en la que parecía que el tutor aspiraba simplemente a una generosa comisión por renegociar los problemas financieros del mayor, ahora era evidente que pretendía hacerse con la totalidad de la propiedad: y eso era ir demasiado lejos, incluso para alguien tan crédulo como el mayor. El cisma se había venido fraguando durante meses. Por ejemplo, en febrero de 1892, el mayor había dado instrucciones a su abogado, Morris Fuller, para enviar una carta que exigiera una completa interrupción de los gastos en los que Monson

había incurrido en interés de los Hambrough. Monson despachó la solicitud sin contemplaciones. En una respuesta abiertamente hostil, sugirió a Fuller que debería considerar las ventajas de representar al mayor, dado que Hambrough estaba en bancarrota no rehabilitada y podía ser objeto de procesos penales por incurrir en nuevas deudas. Esto no era enteramente cierto: a pesar de que el mayor se encontraba en proceso de bancarrota, nunca se declaró como tal y, por tanto, aunque operaba dentro de un vacío legal, no quebrantaba ninguna ley. Además, no dejaba de ser significativo el hecho de que Monson realizara tales acusaciones cuando él mismo se declararía en bancarrota algunos meses después.

Monson, por su parte, también amenazó con poner fin a los limitados fondos que proporcionaba a los Hambrough con la pretensión de que podía ver la forma en que el mayor malgastaba dinero a espaldas en el alojamiento de la calle londinense de Jermyn, donde residía la familia en aquel momento. Fuller, no obstante, no vio motivo alguno para volver la espalda a su cliente y, en su lugar, buscó la forma de llegar a buen puerto con Monson. Sugirió que el tutor siguiera negociando con Eagle Insurance en su propio nombre mientras el mayor ponía en orden sus finanzas, pero con la condición de que Monson vendería cualquier acuerdo a Hambrough padre con posterioridad por un precio prefijado. El mayor se mostró lógicamente nervioso ante este nuevo acuerdo, al temer que Monson intentara echarle el guante a Steephill incluso bajo esos términos.

Existían igualmente otros focos de tensión. Hambrough padre no solo temía lo que Monson pudiera intentar para con Steephill, sino que también creía estar perdiendo a su hijo. Le molestaba particularmente que Cecil no se hubiera alistado, como era el plan, en el regimiento de la Hants Militia de Hampshire, en el cual, había servido. En lugar de eso, en mayo de 1892, Cecil se unió al regimiento West Yorkshire y contravino así directamente las órdenes de su padre. El mayor se sintió absolutamente engañado. Se suponía que Monson iba a comprarle a Cecil el uniforme del regimiento Hants, pero afirmó que su sastre de Londres no podía ocuparse del encargo. El mayor, entonces, dio su conformidad a que Monson llevara a Cecil a York a comprarse el uniforme allí. En lugar de ello, fue en ese viaje al norte cuando Cecil se alistó con los de Yorkshire. Conforme la ira del mayor iba creciendo, Cecil, a su

vez, reducía progresivamente el contacto con su padre y su madre y estrechaba lazos con los Monson. Rechazó una invitación tras a otra a visitar a sus padres en Londres, y toda acusación de malas artes contra Monson recibía un fuerte rechazo por parte del impetuoso vástago. El 24 de marzo, Cecil escribió a su padre para decirle: «No veo cómo ir a la ciudad puede aportarme algo bueno. No hay ningún bien que yo pueda hacer allí y solo os supondría un gasto a mayores, y sabe Dios que el dinero ya escasea lo suficiente...». Unos pocos días después, envió una nueva misiva:

Mi querido padre:

Lo lamento sinceramente si he agravado sus problemas y lo único que puedo decir es que no tenía intención alguna de hacerlo. Creo que comete un gran error en cuanto a las intenciones del señor Monson. Estoy seguro de que no ha tergiversado nada de lo que me ha contado y no soy capaz de ver qué clase de perversa finalidad podría tener en mente. Siempre ha sido muy claro y sincero conmigo. ¿Cómo iba a intentar estafarlo a usted? Lo único que pretendía era evitar que Eagle vendiera la propiedad. Si no hubiera sido por él, Hanrott la hubiera comprado. Le puedo asegurar que no pretendo faltarle a usted al respeto de ninguna manera. Solo hago lo que estoy convencido que es mejor. No quisiera abandonar ahora mismo mis estudios, pero en vacaciones será un placer para mí ir a visitarles. La Eagle, como ya sabe usted, nos ha embargado y ha hecho el embargo legal a través del Tribunal de Chancillería, por lo que es imposible invalidarlo. El señor Monson va a liquidar la deuda de forma que podamos liberarnos del derecho vinculado cuando yo alcance la mayoría de edad. Si no tiene éxito y pasa a otras manos, aunque yo cumpliera la mayoría de edad, no sé qué podría hacerse. No veo cómo sería posible hacer algo, si no es a través de él, por lo que considero que es una mala política, si no otra cosa, mantener con él ninguna disputa. Jamás olvidaré lo buenos que han sido conmigo mi madre y usted. Tengo por cierto que esto me entristece enormemente. Pero usted sabe que debo recibir una educación: no puedo permanecer profundamente ignorante durante toda

mi vida.

Decidido, el mayor prosiguió con sus intentos de, desde su punto de vista, liberar a su hijo de las garras de Monson. El 20 de junio le escribió:

Mi querido Cecil:

Ahora que tu entrenamiento con la milicia de York se suspenderá durante algunos días, te escribo para contarte que es nuestro deseo que te reúnas aquí con nosotros y no vuelvas a Riseley. Bajo ninguna consideración puedo permitirte que continúes tus estudios con el señor Monson. Tu madre y yo tenemos nuestras propias y buenas razones para esta decisión, una de las cuales es el repugnante e imperdonable engaño del que fuimos víctimas en relación a tu enrolamiento en el regimiento de Yorkshire. Hemos hecho nuestros propios preparativos en lo concerniente a ti hasta que cumplas la mayoría de edad, pero, por supuesto, estaremos deseosos y dispuestos a cumplir tus deseos en todo lo que nos lo permitan nuestro poder y obligaciones como tutores tuyos. Estoy organizando una prestación para tu educación y mantenimiento que nos permitirá darte todo lo necesario para tu comodidad sin, por supuesto, permitir ninguna extravagancia.

Pero Cecil no tenía intención de cambiar su vida de libertad y placeres con los Monson por otra de restricciones y privaciones como sus padres le ofrecían. Para entonces, el mayor especulaba ya sobre la forma en la que Monson había logrado hacer que Cecil cayera tan profundamente bajo su embrujo, e, incluso, había llegado a sugerir que el tutor había usado la hipnosis para subyugar al muchacho. La animosidad del mayor fue en aumento conforme el año fue avanzando. En octubre de 1892 escribió directamente a Monson para informarle de que «he escrito una vez más a mi hijo para exigir su presencia en la ciudad y le agradecería mucho si viera mis deseos obedecidos», a lo que añadió que Cecil proseguiría sus estudios «pero

ciertamente no con usted». Monson respondió: «Permítame decirle que no soy el guardián de su hijo», que repetía lo expresado en otra carta enviada anteriormente en julio: «Por la presente le notifico que no soy el custodio de su hijo, como parece usted querer sugerir en su carta. Su hijo tiene perfecta libertad de ir cuándo y dónde le plazca, en lo que a mí respecta».

Mientras tanto, las dolidas demandas al propio Cecil («Estás mortificando a tu madre y ocasionando incontables problemas», le dice en un telegrama) siguieron cayendo en saco roto. En noviembre, el mayor llegó al punto de amenazar con acciones legales a cualquiera que intentara obtener dinero de Cecil sin su consentimiento paterno. Cecil insistió: «No entiendo qué ha podido descubrir en contra del señor Monson, pero, después de haber hecho todo lo que podía por mí, creo que sería extremadamente perverso por mi parte actuar en la manera que usted propone». La sugerencia de su padre de que la «totalmente injustificable conducta» de su hijo no era obra «de su propio juicio o deseo» bien pudo no haber sino avivado las llamas del disgusto de Cecil. El mayor, aparentemente, no veía riesgo alguno en relegar a un joven deseoso de dejar su propia huella en el mundo al papel de incauto bobalicón.

El resultado definitivo de todas estas maquinaciones fue que, para mediados de 1892, había dos importantes alianzas que perseguían la antigua propiedad del mayor. Por un lado estaba el propio mayor, el doctor Hambleton (que había adoptado un rol similar al de un fideicomisario para el mayor), y un abogado llamado Prince al que se había llamado a reemplazar a Fuller. Por la otra parte, estaban Cecil y Monson, con Tot como un espectro oculto entre bastidores, ocupado en surtir periódicamente de dinero a Monson (y, por extensión, a Cecil y el mayor). Tras su declaración de bancarrota en agosto de 1892, Monson necesitaba la *guita* de Tot tanto como el mayor necesitaba las aportaciones económicas de Monson. Era una situación indudablemente insana: Monson y el mayor, con el cuchillo entre los dientes y luchando por preservar un estilo de vida que se vendría abajo de no ser por la generosidad del titiritero que movía sus hilos, Tot.

En torno a esta época, una nueva y misteriosa figura entró en escena: Adolphus Frederick James Jerningham. Al igual que otros dentro de esta historia, provenía de noble linaje: los Jerningham habían ostentado la dignidad

de *baronet* de Cossey, en Norfolk, desde el siglo XVII y, en época más reciente, habían reclamado también la baronía de Stafford. Sin embargo, este hombre estaba muy por debajo en la línea de sucesión y pasaba por circunstancias delicadas. Aunque apenas un pariente lejano del *baronet* titular, Fitzherbert Stafford-Jerningham, por inesperados giros del destino sería el hijo de Adolphus, William, el que, tras la muerte de su primo segundo, pasaría convertirse en el último *baronet*, en 1913, antes de la eliminación del título.

Adolphus era ingeniero civil pero no había ejercido como tal desde 1876. Antes que eso tampoco había tenido una carrera particularmente estelar: por ejemplo, una empresa de construcción con la que había estado asociado quebró en 1869. En 1892 residía de alquiler en las afueras de Londres, donde se ganaba la vida con las ganancias generadas por cierta propiedad en la capital que había adquirido al casarse. No sabía a ciencia cierta cuánto producía aquella propiedad pero tenía la esperanza de no depender de esta para siempre, puesto que creía tener buenas expectativas en cuanto a «lograr una posición buena y distinguida». Huelga decir que Jerningham, un hombre ya en la cincuentena, vivía ajeno a las restricciones de lo específico. Los términos de su relación con Monson y Cecil se caracterizaron por la vaguedad. Conoció a Monson a principios de 1892, cuando Monson intentó conseguirle un crédito a Jerningham. En cuestión de semanas se incorporó a las negociaciones por los derechos de herencia del mayor. Los motivos para ello nunca se aclararon del todo. Cabe suponer que su aire de caballerosidad, aunque sustentado sobre cimientos inestables, convencieran a Monson de que podía ser de utilidad. A pesar de ello, sigue resultando una decisión extraña. Según el propio Jerningham recuerda: «Monson me pidió que Hambrough fuera fideicomisario y tutor de Cecil, pero no se llegó nunca a establecer nada formalmente; jamás llegué a oír que se me nombrara como tal». Monson, no obstante, así lo presentó en negociaciones relacionadas. Tampoco llegó a aclararse nunca qué fue lo que le ofrecieron a Jerningham como contraprestación por su labor como rostro visible. Por lo que él mismo admitió, no tenía perspectivas de poder aportar dinero a la compra, también alegó que Monson nunca discutió una posible remuneración con él. Asimismo, llegaría a opinar que Cecil «sabía muy poco de negocios y no hacía más que lo que el señor Monson le dijo». Era, en su conjunto, un acuerdo extraño.

Aun así hubo otro giro en los acontecimientos a principios de 1893, cuando Agnes Monson llevó a Cecil a los tribunales y estos fallaron a su favor, otorgándole una compensación de 800 libras en concepto de alojamiento, dietas y educación. El proceso transcurrió sin oposición ni defensa, y Agnes se apresuró a vender la deuda a Tot a cambio de 200 libras al contado. No hay indicativos de que el proceso hiciera mella en el afecto de Cecil hacia los Monson y, de hecho, existen sospechas de que este se mostró más que dispuesto a colaborar. Para los Monson (y, por extensión, para Cecil), constituía una nueva forma de obtener capital de Tot, mientras que este, indudablemente, estaba más que satisfecho de soportar los golpes temporalmente a cambio de los ingresos que más tarde recibiría. Cuanto más endeudados estuvieran los Hambrough con él, mayores serían las recompensas potenciales si era capaz de recuperar ese tesoro preciado que era Steephill.

Sin embargo, las esperanzas del eje Monson-Tot sufrieron un duro golpe a principios de abril de 1893, cuando la Eagle Insurance aceptó volver a transferir los derechos sobre Steephill al consorcio del mayor gracias a un acuerdo que debía completarse el 1 de agosto. La desesperación se evidencia en la carta presuntamente enviada por Cecil (aunque la voz de Monson resuena en cada palabra) a Henry Richards, abogado de la Eagle Insurance, el 29 de marzo de 1893:

La cuestión, por lo que parece, es si los directores aceptarán la oferta del señor Herningham o la del señor Prince [abogado del mayor]. Espero, no obstante, que los directores tomarán en consideración mi opinión y aceptarán la oferta del señor Herningham, y que distinguirán la gran diferencia de *bona fides* existente entre las dos ofertas. La efectuada por Jerningham, con un depósito de 5000 libras, es una oferta sustancial realizada por un caballero de posición considerable, y de la que yo me beneficiaría; mientras que la otra, ejecutada a través del señor Prince, con un depósito pequeño, no es más que especulación en nombre de alguien sin ninguna posición y con perspectivas de hacer dinero a mi costa cuando alcance la mayoría de edad, aparentemente en beneficio de mi padre, pero, en realidad, en

beneficio de otros. De aceptar los directores la oferta materializada por el señor Prince, me vería absolutamente privado de toda renta vitalicia sobre la propiedad de la que soy usufructuario vinculado, porque, al alcanzar la mayoría de edad, me vería obligado o bien a liberarme de los derechos vinculados o a hacer frente a las consecuencias, que pueden ser muy graves. Mi padre cuenta con los beneficios de la renta vitalicia y, además, ha establecido dicha herencia como prenda para una anualidad por valor de 400 libras anuales para mi madre, que, a su vez, se ha empleado para contratar una póliza de seguros sobre la vida de ella; también ha establecido el patrimonio como prenda a cambio de 5000 libras en beneficio de mis hermanas y mi hermano y, de esta forma, me ha dejado carente de fondos y obligado a hacer frente a las consecuencias.

Atentamente, W.D.C. Hambrough.

El acuerdo con el mayor era, en esencia, un acto de buena voluntad por parte de Eagle Insurance, que podía haber optado por cumplir con la legislación al pie de la letra y retener la renta vitalicia para disponer de ella como consideraran mejor. Entre tanto, se rechazó una contraoferta en nombre de Jerningham y, con ella, la posibilidad de hacerse con la renta en caso de que el mayor no lograra realizar los pagos requeridos antes de la fecha de expiración. Para finales de julio, Monson descubrió que se habían hecho pocos progresos en la facción del mayor y vio un destello de oportunidad de la que, esta vez, se excluiría a Jerningham. Monson le escribiría a Richards: «Entiendo, por lo que extraigo de una carta del doctor Hambleton, que nada se ha hecho por parte de ellos en relación a la compra del usufructo vitalicio sobre la herencia Hambrough. Por tanto, supongo que sus clientes estarán abiertos a otras negociaciones en cuanto a la venta, puesto que la fecha mencionada es en agosto». Lo que proponía era un acuerdo con fecha de cumplimiento en junio de 1894, por el cual su esposa pagaría un depósito del 5% sobre un precio de compra total de 40 000 libras. Añadió: «Cecil Hambrough se encuentra con nosotros. No veo que sea de la incumbencia de sus clientes a qué acuerdos llegue la señora Monson con Cecil Hambrough,

siempre y cuando se muestren ustedes satisfechos con que hay una compra *bona fide* en beneficio de sus clientes, y que se realiza depósito por una suma sustancial». Lo que nunca llegó a explicarse era, dado el estado de bancarrota de Monson y su esposa, quienes, llegados a este punto, se habían visto obligados a empeñar sus utensilios domésticos para ir tirando, de dónde pensaban sacar las 2000 libras para el depósito. En cualquier caso, Richards no estaba del todo convencido y rechazó la oferta. Lo que es más, le informó de que el acuerdo con el mayor se había postergado únicamente, porque la secretaria de Eagle Insurance había estado tan sobrecargada de trabajo que se les había acumulado el papeleo.

Cecil y los Monson se habían trasladado a Ardlamont en mayo de 1893 y habían alquilado la propiedad a su dueño, el mayor John Lamont, por 450 libras la temporada. Edith Hiron, la institutriz de los niños Monson, también se había trasladado con ellos y, poco después, se había ampliado el personal doméstico para incluir a una cocinera y una camarera, una doncella, un mayordomo y una niñera, por no mencionar los jardineros, guardabosques y más personal de la finca a sueldo de Lamont. Tot le aseguraba a Cecil una pensión de diez libras semanales y cubrió buena parte de los gastos implicados en el traslado. Después de que la vida en Riseley Hall se hubiera vuelto tan desagradable, esta hermosa y recóndita vivienda en la impresionante península de Cowal les prometía un nuevo comienzo. Se mantenía, así, a Cecil conveniente y absolutamente protegido de sus padres, y los Monson se asentaban en su papel de familia adoptiva. Allí, el joven podía entrar en comunión con la naturaleza, como le encantaba hacer, mientras disfrutaba de la libertad personal que anhelan la mayoría de los jóvenes cuando están descubriendo su lugar en el mundo, al tiempo que tenía acceso a las comodidades de un hogar agradable y bien atendido.

No es de extrañar que no tardaran en empezar las conversaciones sobre la posibilidad de considerar Ardlamont como una opción más permanente. En julio, Tot acudió hasta allí desde Londres para discutir el procedimiento a seguir. Poco después de su regreso a la capital, recibió un mensaje de Monson por el cual declaraba haber llegado a un acuerdo para comprar la propiedad a nombre de Cecil por 48 000 libras. Sugirió que él y Tot deberían añadir 1000 libras más por sus gestiones para lograr la propiedad, por lo que Cecil tendría

que reunir un total de 50 000 libras para completar la compra. Si Tot podía proporcionar el capital para el depósito (apenas 250 libras), entonces tendrían hasta junio de 1894 para obtener el resto. De hecho, puesto que la propiedad se encontraba sometida a 37 000 libras de deudas que Cecil tomaría para sí con la compra, solo necesitaba encontrar otras 13 000 libras para cubrir el precio de la casa y la comisión de Monson y Tot.

Todo esto podía haber funcionado perfectamente si no hubiera sido por una cosa: que Monson no había llegado a tal acuerdo con los representantes del mayor Lamont. De hecho, ni siquiera habían hablado con él para ofrecerle la propuesta. Lo que pedían eran 85 000 libras y, más tarde, revelarían que jamás se habrían planteado una cifra tan baja como la que citaba Monson. Lo que es más, incluso de haberlo hecho, hubieran exigido un pago inmediato de varios miles de libras, no de varios cientos. Pero tampoco fue esta la primera jugada arriesgada que Monson había realizado en relación a Ardlamont. Como después se filtraría, el alquiler se cerró con la firma del «tutor» de Cecil, Jerningham, quien de hecho no había visto nunca el contrato y ni mucho menos sabía que Monson había falsificado su firma en él.

Por tanto, ¿qué motivación podía haber tenido Monson para fingir ante Tot, precisamente, la potencial compra de Ardlamont? Resulta difícil ver otro propósito más, que el ardid de esquilmar una nueva suma al hombre que ya estaba financiando la mayor parte de los dispendios de Monson. Pero ¿con qué fin? Para entonces, Monson ya había trazado un nuevo plan: contratar una póliza de seguros para Cecil y poner a su esposa de beneficiaria. Pero necesitaba una inyección de capital para cubrir la prima. Era un plan arriesgado que se complicaba por el hecho de que Cecil era menor, y de que la ley exigía que, si se contrataba una póliza de seguros a favor de terceros, se debía demostrar interés asegurable: es decir, que la parte favorecida debía probar que se beneficiaba si el individuo que contrataba el seguro seguía existiendo. No siempre había sido así. Hasta 1774, literalmente, cualquiera podía contratar una póliza a favor de otra persona, sin importar si tenían relación y cuál. Aunque fuera razonable pensar que este sistema provocara el temor a un incremento de los asesinatos cometidos a manos de individuos que pudieran lucrarse con la muerte de completos desconocidos, en realidad fue la preocupación por el juego lo que provocó un cambio en la ley. Apostar sobre

la muerte de desconocidos, habitualmente de celebridades, se había convertido en un pasatiempo popular entre los caballeros de la segunda mitad del siglo XVIII. Se decía que, en algunos clubs de Londres, dichas apuestas constituían hasta una cuarta parte de los beneficios en la década de 1770. La Ley de Apuestas de 1774 tuvo por objeto reprimir este «perverso tipo de juego».

Monson, por tanto, debía demostrar que él o, más específicamente, Agnes, tenía un interés asegurable en Cecil. Esto no debía suponer ninguna dificultad. El muchacho había recibido alojamiento y cuidados y, al menos teóricamente, también educación de manos de los Monson, quienes, por su parte, no habían obtenido ningún pago de su padre. La cuenta crecía mes a mes y los Monson podían legítimamente haber creído que se saldaría cuando Cecil alcanzara la edad adulta y tuviera los medios para mantenerse por sí mismo. Monson y Agnes podían haber argumentado de manera muy convincente que tenían gran interés en que Cecil siguiera con vida y, de dejar este de existir, merecían una compensación. Las 250 libras obtenidas ilícitamente de Tot cubrirían ampliamente las primeras primas.

Pero la tentación de llevar al límite su legítima demanda de intereses daría al traste con los primeros intentos de Monson de contratar la póliza. Acudió, por ejemplo, a la Scottish Provident Institution en busca de una cobertura por valor de 50 000 libras, a pesar de saber que no tenía ninguna probabilidad de demostrar un interés asegurable tan grande. Con el tiempo reduciría la cifra hasta las 10 000 libras, para, de acuerdo con sus propias palabras, «cubrir la suma a deber del señor Cecil Hambrough al momento de su llegada a la mayoría de edad», pero tampoco llegaría a demostrar un interés por esa cifra. Inició, entonces, conversaciones con la Liverpool, la London y la Globe Company, a las que solicitó las variables cantidades de 15 000, 50 000 y 26 000 libras, respectivamente. El 31 de julio de 1893, Cecil llegó a enviar una carta a la empresa en la que declaraba: «Le escribo por solicitud de la señora Agnes Maud Monson para informarle de que tiene interés en una póliza sobre mi vida por valor de 26 000 libras. Le he prometido entregarle dicha cifra cuando yo alcance la edad de veintiún años, si he de vivir hasta entonces». «Si he de vivir hasta entonces...». Esas palabras adquirirían un matiz devastadoramente dramático apenas una quincena después de que Cecil las

escribiera. La solicitud, entre tanto, se rechazó en una reunión con Monson en Glasgow, el 2 de agosto. «Es una pena», le dijo Monson al secretario de la empresa.

Tras su poco fructífera reunión en Glasgow, Monson se apresuró a visitar la cercana oficina de la Mutual Life Insurance Company, de Nueva York. Para entonces, había adoptado un nuevo rumbo y buscaba una póliza que estuviera directamente a nombre de Cecil. En una reunión con John M'Lean, el director de distrito de la empresa, Monson se presentó a sí mismo como fideicomisario y tutor. Su protegido, por lo que Monson dijo, iba a recibir una fortuna de 200 000 libras al cumplir la mayoría de edad y tenía la presente intención de comprar la propiedad Ardlamont. Con objeto de no perder la oportunidad al postergar la compra hasta cumplir los veintiuno, por lo que Monson comentó, Cecil iba a recibir un adelanto de 20 000 libras de parte de Agnes. Cecil necesitaría, por tanto, una cobertura de 20 000 libras sujeta a examen médico, que se aprobara antes del 8 de agosto, que era la supuesta fecha de la venta.

Queda la cuestión de la validez de las pólizas de seguro, teniendo en cuenta que Cecil era menor de veintiuno. Tal y como estaban las cosas, si moría antes de llegar a la mayoría de edad, la póliza se abonaría a sus parientes más cercanos: sus padres. Para que pudiera ser de otra forma, era necesaria una reasignación de las pólizas que requeriría el permiso del mayor Hambrough. Cualquier reasignación llevada a cabo a cuenta propia por un menor, como Cecil, carecía de validez legal tanto en Inglaterra como en Escocia. El hecho de si Monson era consciente de esto o no se convertiría en una cuestión de vital importancia. En cualquier caso, Cecil empezó por nombrar a la señora Monson como beneficiarla de las pólizas. Escribió a la Mutual Life con la siguiente petición:

Le agradecería que tuviera la bondad de entregar mis dos pólizas de seguros de 10 000 libras cada una [pues así fue como se estructuró la cobertura de 20 000 libras] al señor y la señora Monson, puesto que he asignado las pólizas a nombre de Agnes Maud Monson para las cuestiones oportunas. La señora Monson será, por tanto, la persona a la que deba abonarse el importe del seguro en caso de mi fallecimiento.

Le ruego notifique la recepción de este mensaje y actúe en consecuencia,

Atentamente, W.D.C. Hambrough.

A Agnes le envió una nota diferente. Escribió: «Estoy dispuesto a que seas tú quien seas titular de las pólizas como garantía de las sumas que te debo y como garantía de todos los gastos en los que has incurrido por mi causa y, en caso de que muriera antes de abonar estas sumas, serías la única beneficiaria de esas pólizas».

El 8 de agosto, Mutual Life aprobó las dos pólizas por valor de 10 000 libras cada una con la condición del pago de una prima de 194 libras, tres chelines y cuatro peniques. Esta cifra se extrajo de la cuenta bancaria de Agnes, al dar por sentado que Tot les extendería un cheque de 250 libras a cuenta del inexistente depósito que Monson le dijo a este que iba a expirar. Tot lo había pospuesto hasta el 10 de agosto, puesto que estaba teniendo problemas de liquidez. Por lo que dijo a Monson: «Tengo un montón de fuegos encendidos y la *guita* no siempre aparece cuando se la espera». Únicamente después de cerrar el acuerdo con Mutual Life, Monson viajó a Edimburgo para encontrarse con William Murray, de Messrs Anderson, los agentes que llevaban la venta de Ardlamont. Murray enfatizó el hecho de que la propiedad estaba disponible por 85 000 libras, a lo que Monson explicó que Cecil Hambrough no podía abonar más que 60 000. Las negociaciones terminaron antes de empezar. No se sabe a ciencia cierta qué pretendía conseguir Monson con este encuentro ligeramente surrealista. Quizá creyó que serviría para satisfacer cualquier pesquisa inicial de la Mutual en torno a la historia de la compra de Ardlamont por parte de Cecil. Es probable que Monson considerara esta reunión como un paso necesario en unas negociaciones prolongadas con los agentes inmobiliarios. Posiblemente, esperaba que la reunión contentara a Tot, si quería comprobar para qué se estaban usando exactamente sus 250 libras. De hecho, en un momento dado, Monson incluso sugirió a Tot que expidiera el cheque a nombre de los agentes antes de decidir ponerlo a nombre de Agnes.

Sin embargo, era evidente que Tot tenía sus dudas acerca de lo que su

socio empresarial se traía entre manos. Ciertamente, Monson había alcanzado un nuevo nivel de osadía. El 8 de agosto, por ejemplo, se reunió con James Donald, de la empresa naviera y de ingeniería Hanna, Donald & Wilson, para tratar la compra de un barco de vapor, el *Alert*, en nombre de Cecil. El precio propuesto era de 1200 libras, una cantidad que Monson no tenía esperanza alguna de reunir. Aparentemente Tot notó que había gato encerrado, pues no solo pospuso el cheque de 250 libras, sino que terminaría por cancelarlo, aunque no antes de que el banco de Agnes lo aceptara sin albergar sospechas.

La situación, a 9 de agosto, era tal que los Monson estaban en posesión de dos pólizas temporales de seguro sobre la vida de Cecil por valor de 20 000 libras: pólizas logradas basándose en un acuerdo inmobiliario fraudulento y pagadas con un cheque devuelto. Estas pólizas, además, no tenían prácticamente valor alguno para los Monson hasta que Cecil cumpliera los veintiuno y pudiera reasignarlos legalmente. Pero ¿entendían esto Cecil y los Monson? Si sabían que las pólizas no se podían activar, ¿por qué se dieron tanta prisa en conseguirlas? ¿A qué creía Monson que le estaba hincando el diente? ¿Una indemnización que le cubriera las espaldas por su considerable inversión en el joven en caso de que al muchacho le sobreviniera una tragedia? ¿O es que creía que había puesto en marcha el plan definitivo para hacerse rico de la nada?

Capítulo 5

COMPAÑEROS EN LA LUCHA CONTRA EL CRIMEN

«Oh, un camarada en quien uno puede confiar siempre es útil».

SHERLOCK HOLMES,
El hombre del labio torcido.

A pesar de todos los años de sórdidas negociaciones y conspiraciones viles, en agosto de 1893, Monson todavía no había tenido que rendir cuentas de verdad ante la ley. Cabe suponer que esto se debía más a la buena suerte que a una magistral mente criminal. Llegados a este punto, Monson era un estafador de tres al cuarto que se aprovechaba de la buena voluntad ajena y sacaba partido de la extendida creencia de que un hombre de buenos modales y buena apariencia era alguien de fiar. Cada vez que el cerco se estrechaba a su alrededor, como tras los incendios de Cheyney Court, se limitaba a huir y empezar de cero en otra parte. Monson no mostró indicio alguno de ser precisamente un Moriarty, la gran Némesis de Sherlock Holmes al que el detective bautizó como «el Napoleón del crimen». En lugar de eso, su carrera se había caracterizado hasta el momento por una serie de planes chapuceros y una aparente sobrevaloración de sus propias capacidades. Delitos tales como la piromanía y la estafa al seguro, a duras penas, podían considerarse como un

sofisticado *modus operandi*, y solo había logrado escapar de la justicia porque era difícil encontrar las pruebas necesarias entre los ardientes rescoldos de su ambición. El uso abusivo de créditos concedidos por los mayores incautos de la banca y el comercio era un proceder igualmente básico, y únicamente lograba salvarle el hecho de que siempre estaba dispuesto a abandonar el escenario antes de que el dedo acusador se convirtiera en el puño de hierro de la justicia.

Bell y Littlejohn, por el contrario, tenían décadas de carrera a sus espaldas, que les habían proporcionado una habilidad y sutileza inéditas en la detección del crimen. El intrépido doctor Watson comentó en una ocasión, a propósito de Holmes: «[...] no podía dejar de pensar en qué terrible criminal habría sido, si hubiese volcado su energía y sagacidad en contra de la ley en lugar de ejercerlas en su defensa». Lo mismo podría haberse dicho de este par. Durante más de veinte años habían colaborado aplicando sus agudos poderes de observación y raciocinio, al tiempo que adoptaban las últimas innovaciones forenses, de las que hubo muchas en su época. Al enfrentarse a cómo (y a manos de quién) se había cometido un delito, trabajaban dando una serie de pasos lógicos que los retrotraeran hasta el escenario del crimen, a través de las diversas circunstancias que hubieran llevado hasta él. Su método ya presagiaba el de Holmes, tal y como se describe en *Estudio en escarlata*:

Al resolver un problema de este tipo, lo importante es que uno sepa razonar hacia atrás. Es una habilidad muy útil y muy fácil, pero la gente tiende a no practicarla. En el día a día es de mayor utilidad razonar de atrás hacia delante, y por eso se deja de lado la otra forma [...]. La mayoría de las personas, si se les describe una sucesión de hechos, le dirán cuál será el resultado. Pueden ordenar esos eventos en su cabeza y deducir de ellos que algo sucederá. Sin embargo, hay muy pocos individuos que, si se les da un resultado, puedan hacer el camino contrario, es decir, ir del resultado a los pasos que condujeron a él. Me refiero a esta habilidad cuando hablo de razonar hacia atrás o analíticamente.

Littlejohn y Bell vivieron una época emocionante para la ciencia forense, conforme esta evolucionaba de ser una actividad marginal habitualmente despreciada en los tribunales a convertirse en un elemento vital en el sistema judicial penal. De hecho, estos dos hombres fueron fundamentales en esa evolución, por lo que Edimburgo llegó a considerarse la capital de la disciplina, al menos en Gran Bretaña y, quizá, incluso en el mundo. Fomentaron particularmente la patología forense: la capacidad de determinar la causa de la muerte tras examinar el cuerpo. Al hacerlo, le otorgaron una nueva consideración a la figura del perito científico forense, particularmente del médico.

Hasta bien entrado el siglo XIX, el perito científico había disfrutado de un estatus peculiar. Es cierto que los médicos llevaban mucho tiempo desempeñando una función dentro de la resolución de los casos penales, al ofrecer su opinión, por ejemplo, en cuanto a la causa de la muerte. Sin embargo, no gozaban de ningún privilegio especial como testigo pericial. Su opinión no tenía más peso que la de, digamos, cualquier testigo sin formación médica que ofreciera su opinión sobre la causa de la muerte, basándose en sus propias observaciones personales. Curiosamente, fue un proceso judicial en 1782, en torno a la responsabilidad sobre la decadencia de la dársena del puerto de Wells-next-the-Sea, en Norfolk, lo que llevó a una reevaluación del papel del perito judicial. Desde entonces se reconoció a los peritos científicos la capacidad de expresar su opinión en el tribunal, tanto si habían observado directamente los hechos del caso como si no. Se abrió así la puerta a un nuevo gremio de peritos profesionales.

Como cabía esperar, los resultados fueron desiguales. La visión de los denominados expertos, colándose en los tribunales y contradiciéndose unos a otros cada dos por tres, no ayudó a cimentar la fe de la opinión pública. Existía también el problema del creciente número de testigos que buscaban apuntalar los, a menudo, exiguos ingresos del investigador científico con intervenciones en los tribunales. Estos «opinadores a sueldo» difícilmente podían disipar las dudas de la sociedad sobre la valía del perito judicial. En 1862, el respetado químico y físico inglés William Crookes sintió la necesidad de escribir en el *Chemical News*:

Las pruebas periciales son, en el momento presente, objeto de escarnio general. Periodistas espabilados y deseosos de componer un artículo revelador seleccionan las discrepancias en las pruebas periciales sobre un mismo tema; nobles señores, ansiosos por avivar los insípidos debates de nuestros legisladores hereditarios, no encuentran nada que mueva más a la risa que el relato de las diferencias entre los «doctores chiflados»; y los abogados, dispuestos a defender cualquier causa y deseosos, quizá, de conservar el monopolio de la «promiscuidad de bando» al enfrentarse al jurado, se pierden en una bien simulada indignación sobre el hecho de que científicos eminentes puedan subir al estrado de los testigos desde bandos opuestos.

Sin embargo, a pesar de que la figura del perito científico se denigraba por sistema, esta fue, sin duda, una era dorada para la ciencia forense. La primera gran obra británica de la medicina forense, *Elements of Medical Jurisprudence* (*Elementos de jurisprudencia médica*) del doctor Samuel Farr, se publicó en 1788 y, desde la década de 1790, Andrew Duncan el Viejo comenzó a impartir clases sobre la materia en Edimburgo. En 1807, su hijo (Andrew Duncan el Joven) se convirtió en el primer catedrático de ciencia forense en Gran Bretaña. No fue hasta 1831 cuando la primera cátedra inglesa se estableció en el King's College, en Londres, lo que aseguró a Escocia una ventaja prominente para entonces. En 1821, Robert Christison tomó la cátedra de Edimburgo y procedió a publicar una serie de obras pioneras entre las que se incluía su *Tratado sobre venenos*, de 1829 y, en 1836, en colaboración con Thomas Stewart Traill y James Syme, un escrito titulado *Suggestions for the Medico-Legal Examination of Dead Bodies* (*Sugerencias sobre el Examen Médico-Legal de los Cadáveres*). Esta segunda obra proporcionaría el marco sobre el que los peritos médicos asentarían su práctica y aportaría un rigor al campo que ayudaría en buena medida a librarlo del desdén, tanto por parte del público como de la abogacía, que amenazaba con sepultarlo. En su momento, Littlejohn tuvo a los tres autores como profesores en la universidad. Bell, incluso, llegó a ejercer de asistente de Syme al inicio de su carrera. Llegado

1869, Syme había llegado a tener tal respeto a las capacidades quirúrgicas de su antiguo asistente que, al jubilarse, pidió a Bell que se hiciera cargo de sus clases de cirugía clínica. Bell y Littlejohn estaban, por tanto, muy involucrados con la cultura de la innovación forense que Edimburgo llevaba fomentando desde el cambio de siglo.

La Universidad de Edimburgo, su *alma mater*, fue importante no solo por la innovadora investigación que fomentaba, sino también porque sintetizaba las nuevas técnicas e ideas de otros centros formativos y las volvía accesibles. Henry Littlejohn era el perito forense de la vida real más famoso del país, ya en la década de 1890, porque era la personificación del *ethos* de Edimburgo. Combinaba un cerebro agudo y un ojo experto con la predisposición a adoptar los métodos más novedosos, y todo ello lo presentaba ante los tribunales sin escatimar en profesionalidad. Mientras otros muchos peritos arrastraban reputaciones dudosas, Littlejohn elevaba la categoría de la profesión. Sherlock Holmes, al mismo tiempo, estaba llevando la ciencia forense a gran escala ante el público de una forma que ningún académico hubiera podido emular. El hecho de que el detective de ficción utilizara métodos, a menudo, mucho más avanzados que los utilizados en la vida real no hace sino demostrar que su creador había aprendido de los mejores.

Tomemos, por ejemplo, la emergente ciencia de la identificación de huellas digitales: un método del que Littlejohn fue pionero en sus aulas. Un administrador colonial británico en la India, William James Herschel, está considerado como el primero en utilizar las huellas digitales como método de identificación: una práctica que quiso emplear en los tribunales penales de Calcuta ya en 1877. Entre tanto, en 1880, un escocés, Henry Faulds, sugirió que podían utilizarse para identificar (o, en lugar de eso, exonerar) a un sospechoso, guardando un registro de las huellas dejadas en los escenarios del crimen y comparándolas con las de los criminales conocidos. Más tarde, en 1892, un polímata inglés, Francis Galton, realizó una clasificación sistemática de los diversos patrones evidentes en las huellas dactilares, y calculó que la probabilidad de que dos personas compartieran huellas idénticas era una entre 64 000 millones. Ese mismo año, se abrió en Argentina la primera oficina de identificación de huellas dactilares, específicamente con propósitos legales. Pero Scotland Yard no adoptaría la identificación con huellas dactilares hasta

1901, y hasta 1905 no se utilizó para capturar a un asesino (dos, en realidad: los hermanos Stratton, condenados por asesinar a un tendero y a su esposa en Deptford, Londres, gracias a una huella de suciedad encontrada en una caja registradora). Sin embargo, Doyle ya mostraba a Sherlock Holmes utilizando rutinariamente este método para atrapar delincuentes desde principios de la década de 1890: se mencionan como pruebas las huellas dactilares en al menos siete de sus casos y fueron fundamentales para aprehender al malhechor de «La aventura del constructor de Norwood».

Holmes fue también pionero en lo relativo a los análisis de sangre. Hacía tiempo que identificar con precisión las manchas de sangre se había vuelto un problema, particularmente cuando las muestras eran antiguas. Era difícil, por ejemplo, diferenciar una mancha de óxido de otra auténtica de sangre y, entonces, quedaba la cuestión de identificar si la sangre era humana o animal (la idea de diferenciar tipos de sangre humana entre ellos aún quedaba muy lejos). El primer análisis fiable de presencia de sangre se desarrolló a principios de la década de 1860, y utilizaba peróxido de hidrógeno como agente. Y, sin embargo, vemos a Holmes en *Estudio en escarlata* (1887) proclamando: «He encontrado un reactivo que precipita con la hemoglobina y solamente con ella». Era, por lo que él decía, «el descubrimiento en el campo médico legal más útil de los últimos años. ¿No se da cuenta de que es una forma infalible de examinar manchas de sangre?». Según sus conclusiones, esta prueba podría identificar sangre en una solución en la que la proporción de sangre fuera de no más de una en un millón. Resulta difícil imaginar que Doyle hubiera podido estar tan adelantado a la situación de la ciencia forense del momento como para escribir un pasaje así, de no haber sido por su íntima interacción con Bell y también con Littlejohn.

Existen otras pruebas que corroboran su influencia en Doyle. Littlejohn, por ejemplo, escribió e impartió clases con profusión sobre el tema de los venenos y la toxicología. Holmes, mientras tanto, le decía a Watson: «soy un aficionado a los venenos», mientras que Stamford, el hombre que presenta a Watson y Holmes, señala que este último no se lo pensaría dos veces si tuviera que administrar un «alcaloide vegetal» a un amigo con tal de evaluar sus efectos.

Littlejohn se encontraba también en la vanguardia de aquellos que veían el

potencial de la prueba fotográfica y especialmente el uso de las fotografías en el escenario del crimen. Espoleado por las mejoras técnicas en las cámaras e impresiones, las pruebas fotográficas se utilizaron por primera vez en los tribunales europeos a finales de la década de 1860, pero el sistema judicial británico siguió mostrándose escéptico al respecto durante muchas décadas más. Resulta revelador el hecho de que Scotland Yard, en 1901, se preocupara por contratar fotógrafos adiestrados por ellos mismos, en lugar de los fotógrafos comerciales que habitualmente se dedicaban a plasmar retratos de familia y similares. De hecho, en este sentido, Littlejohn se adelantó tanto a su tiempo que incluso Doyle se le quedó atrás. No fue hasta el relato de 1926, «La aventura de la melena de león» (ambientada en 1907), cuando Holmes realizará una ampliación fotográfica de las heridas sufridas por la víctima de un ataque y señalará: «Es un método que empleo en casos como este». A lo que su acompañante dirá: «Desde luego, hace usted las cosas a conciencia, señor Holmes». A lo que él responde: «No sería quien soy si no fuese así».

La segunda mitad del siglo XIX también fue testigo de un período de esplendor en el campo de la balística forense: el estudio de las armas de fuego, su munición y funcionamiento. Este es el tema al que Bell y Littlejohn dedicarían buena parte de su tiempo en los últimos meses de 1893 en relación a lo ocurrido en Ardlamont. Holmes utilizó de forma impactante su propia experiencia en balística, particularmente su conocimiento de los residuos de los disparos, en historias entre las que se incluyen «Los hacendados de Reigate», «La aventura de los bailarines» y «El problema del puente Thor». En esta última diría: «Haremos un experimento. Si sale bien, el asunto quedará aclarado. Y el experimento dependerá del comportamiento de esta pequeña arma». Sus palabras, sin duda, reflejaban lo que Littlejohn y Bell debían sentir al enfrentarse al misterio de Ardlamont.

Tras la práctica forense de Littlejohn, Bell y Holmes se encontraba la pasión compartida de los tres por la observación meticulosa. Si se examinan los más ínfimos detalles con rigor científico, la verdad sale a la luz. Tal y como Bell lo expone en su reseña de *Las aventuras de Sherlock Holmes* para la *Bookman*, en 1892:

El doctor Conan Doyle ha logrado un merecido éxito con sus historias de detectives y ha hecho del nombre de su héroe el favorito de los muchachos de este país gracias a la maravillosa inteligencia de su método. Demuestra lo fácil que es, con solo observar, descubrir mucho del trabajo y de la forma de ser de tus inocentes e ingenuos amigos y, por una extensión del mismo método, frustrar los planes del delincuente y exponer el modo en que cometió el delito.

La propia habilidad de Bell iba más allá de los teatrales diagnósticos con los que asombraba a sus alumnos. Se decía, por ejemplo, que era capaz de identificar cualquier especie de ave por sus alas. Pero, ante todo y sobre todo, era un observador de gente. Para él, la detección forense era, en esencia, un proceso de la lógica aplicada a la observación. «Se debe enseñar al alumno a observar», escribió en una ocasión en una carta publicada en el periódico *Tit-Bits*:

Para interesarlo en este tipo de trabajo, nosotros, los profesores, encontramos muy útil mostrarle al alumno lo mucho que el uso entrenado de la observación puede descubrir en cuestiones ordinarias, como el historial previo, la nacionalidad y la ocupación del paciente. El truco en conjunto es mucho más sencillo de lo que parece inicialmente. Por ejemplo, la fisionomía ayuda con la nacionalidad; el acento, con el distrito y, para un oído entrenado, casi hasta con el condado. Prácticamente cada clase de trabajo físico o artesanal deja su marca característica en las manos. Las cicatrices de un minero serán diferentes de las de un peón de cantera. Los callos de un carpintero no son iguales que los de un albañil. El zapatero y el sastre son muy diferentes.

Bell debió disfrutar mucho con las habilidades de Doyle en ese sentido que el autor, a su vez, transmitió a Holmes. Al conocer a Holmes en *Estudio en escarlata*, Watson queda asombrado por todo lo que este desconocido

parece saber de su pasado reciente en Afganistán. Holmes diría:

Nada por el estilo. Yo sabía que venía de Afganistán. Gracias a años de práctica, mis pensamientos corren a tal velocidad que llegué a esa conclusión sin ser consciente de los pasos intermedios. Sin embargo, esos pasos intermedios existieron. Mi razonamiento siguió este camino: «Aquí hay un caballero con aspecto de médico pero con un aire militar. Un médico del ejército, sin duda. Acaba de volver de los trópicos porque su cara es oscura, y ese no es su color natural, ya que sus muñecas son blancas. Ha sufrido privaciones y enfermedades, como muestran claramente sus facciones cansadas. Recibió una herida en el brazo izquierdo. Lo mantiene rígido y en una postura poco natural. ¿En qué lugar de los trópicos podría un médico del ejército inglés haber sufrido tantas penalidades y haber recibido una herida en el brazo? Sin duda, en Afganistán». Todo ese razonamiento no duró ni un segundo.

Al igual que Bell, Holmes también era un experto en dialectología e intentaba ubicar al individuo según su acento y otras peculiaridades vocales, un atributo del que también hacía uso cuando tenía que adoptar uno de sus múltiples disfraces; una lista que incluía italianos, franceses e irlandeses americanos, por no mencionar ingleses de toda condición, desde «vagos y maleantes» hasta libreros, pasando por marineros y clérigos. Además, Bell tenía una gran fe en los análisis grafológicos, y creía sinceramente que era posible deducir mucho de quien escribe algo simplemente estudiando las características de su escritura. Lo mismo ocurría con el célebre residente de Baker Street, quien en «Los hacendados de Reigate» asegura: «Es posible que no sepan que los expertos han logrado, con una precisión considerable, averiguar la edad de un hombre a partir de su escritura. En casos normales, uno puede ubicar al hombre en la década que le corresponde con una seguridad aceptable. Digo en casos normales, puesto que la mala salud y la debilidad física pueden reproducir las señales de una avanzada edad, incluso cuando el inválido sea joven».

Littlejohn no estaba menos ansioso que Bell por inculcar a sus pupilos la importancia de los detalles. Con este propósito, alababa las huellas de pisadas como una forma vital de identificación, particularmente en entornos rurales, puesto que «la gente que comete crímenes nunca va descalza», por lo que lo esencial era «comparar las marcas de pisadas con las botas de los sospechosos». Holmes era, claramente, de la misma opinión y utilizó las huellas como pruebas en al menos veintiséis de los relatos de Doyle, e incluso escribió un monográfico sobre el tema y su uso en la identificación criminal.

En su introducción a la edición de 1892 de *Estudio en escarlata*, Bell dijo de Doyle que había «creado a un hombre astuto, inquisitivo, de mirada despierta, mitad médico, mitad virtuoso, con gran cantidad de tiempo libre, una memoria prodigiosa y, quizá, el mayor de todos sus dones: el poder de liberar la mente de toda la carga que supone recordar detalles innecesarios». Aparte del tiempo libre, del que con seguridad apenas disponían, esta descripción podría haber servido perfectamente para Bell o Littlejohn.

Las notas sobre las clases de Littlejohn en materia de jurisprudencia médica recalcan el perspicaz enfoque que aportó a la asignatura. Enseñaba, por ejemplo, una sencilla lista de comprobación que todo examinador forense debería tener en mente al intentar establecer si una muerte se había producido a consecuencia de un accidente, un suicidio o un asesinato. El investigador, por lo que él decía, debería considerar:

1. La posición del cuerpo.
2. La naturaleza de sus lesiones.
3. La dirección de sus heridas.
4. La posición del instrumento.
5. Las marcas de sangre.
6. Las evidencias de lucha.

Lo habitual era que fuera capaz de dar vida a herramientas potencialmente

tan abstractas al extraer ejemplos de casos reales: su conocimiento enciclopédico del mundo criminal y las muertes sospechosas, sin duda, podría rivalizar incluso con el de Sherlock Holmes. Aliñaba sus clases con relatos como el de la muerte, en 1868, de Teodoro II, emperador de Etiopía, al que encontraron muerto por una herida de bala recibida cuando las tropas británicas superaron sus fuerzas en la ciudadela de Magdala. Littlejohn recordó a su público la necesidad de establecer la distancia a la que se realiza un disparo en muertes como aquella. En este caso particular, el patrón de quemadura en el bigote y las cejas del emperador parecían indicar sin asomo de duda que murió por su propia mano. Otra historia de tinte más local servía para advertir sobre el impulso de extraer conclusiones precipitadas tras un análisis preliminar de las pruebas. Littlejohn les habló de un caballero anónimo que sufría de alucinaciones por las que pensaba que estaba pasando por un proceso judicial en los tribunales penales de Edimburgo, a pesar de residir en Glasgow. Convencido de haber recibido la notificación de su encarcelamiento, se fue a su habitación, se golpeó la cabeza contra una caja fuerte, se clavó varios clavos en la frente (con la consiguiente laceración completa de su lóbulo frontal izquierdo) y después se apuñaló repetidas veces con un tenedor. Casualmente había establecido en su testamento que su ama de llaves recibiera una gran suma de dinero, por lo que Littlejohn conjeturaba que, indudablemente, se habría juzgado a la mujer por asesinato de no haber sido porque varias personas fueron testigos del extraordinario arrebato de violencia suicida de aquel hombre.

Tanto como profesor de jurisprudencia forense como en su papel de cirujano de la policía, Littlejohn divulgó un enfoque fríamente analítico de la investigación criminal que sentó precedente en el futuro. El trabajo policial, tal y como lo entendemos ahora, se encontraba, por aquel entonces, en una relativa infancia, por lo que todo lo que hizo Littlejohn (con la capaz ayuda de Bell) fue vital para definir la buena práctica. No se limitó a reescribir las reglas del juego, sino que prácticamente las redactó desde el principio, y fomentó un grado de sofisticación en cuanto a su enfoque que hasta entonces no había existido en absoluto.

Es un hecho bien conocido que Robert Peel supervisó el establecimiento de la Policía Metropolitana de Londres en 1829 (en realidad, sucesora de la

organización a menor escala de los Bow Street Runners, que habían estado operando desde mediados del siglo anterior), pero de nuevo Escocia le había ganado por la mano. Ya en 1800 se había establecido la Policía de la Ciudad de Glasgow, que se convirtió en la primera fuerza policial profesional financiada por fondos públicos. Más tarde, en 1805, Edimburgo obtuvo su propia versión a partir de la Guardia Local, que, desde 1682, se componía, según señaló un escritor de la época, de «viejos oriundos de las Highlands de aspecto y habla zafios, vestidos con desastrados uniformes rojos y sombreros de tres picos». Aficionados a la bebida y con tendencia a hacer uso de la violencia, especialmente cuando se les pedía vigilar los toques de queda, la guardia se ganó el apelativo de las «Ratas Locales» y, a principios del siglo XIX se les despreciaba y se hacía mofa de ellos casi en igual medida. La introducción de las fuerzas policiales profesionales fue, sin duda, un paso adelante pero, conforme el siglo XIX fue se aproximando a su final, la práctica policial aún tenía problemas para alcanzar un nivel algo menos rudimentario. Los casos solían resolverse solo si se descubría al sospechoso con las manos en la masa o si se podía lograr una confesión, o bien si se daban suficientes testimonios, aun estando basados en rumores, como para convencer a un jurado.

En un debate con la *Pall Mall Gazette* en 1893, Bell mencionó su frustración con la policía; unos sentimientos que, cabe suponer, Littlejohn le confió, pero para los que quizá no encontró una vía cómoda de hacerlos públicos. Decía Bell:

Sería fantástico si se entrenara de forma general a la policía para observar con más detalle. El plan que podría seguirse sería ofrecer mayores recompensas para los hombres más formados. En el momento presente, los incentivos sobre la formación especial no son demasiado grandes, por lo que creo. El error fatal que el policía común comete es ese: que primero crea la teoría y después hace que los hechos se adapten a ella, en lugar de obtener primero los hechos y extraer todas sus pequeñas observaciones y deducciones hasta que estas le lleven irresistiblemente a una elucidación en una dirección que

originariamente jamás se le hubiera ocurrido contemplar [...]. No se puede esperar que un *bobby* [policía local] ordinario, aunque sea un tipo espléndido en lo concerniente a coraje y honestidad, pase ocho horas de pie y luego desarrolle una gran fortaleza mental. No le llega al cerebro sangre suficiente que se lo permita. El único plan factible que me convence sería elegir a un buen hombre y darle *carte blanche* para elegir a sus ayudantes y proporcionarles una educación especial.

De nuevo, un vistazo a las propias declaraciones de Holmes sobre la policía profesional revela que él, Doyle, Bell y Littlejohn estaban cortados por el mismo patrón. Incluso los policías a los que Holmes más aprecia apenas reciben algún tibio halago. Se describe, así, al inspector Gregory, de Scotland Yard, como «competente» pero «falto de imaginación». Lo que es más, Holmes dice de Gregory, Athelney Jones y del más famoso de los policías holmesianos, el inspector Lestrade, que «les viene grande». Lo que más le enfurece es llegar a la escena del crimen después de que la policía haya hecho su trabajo. En cierta ocasión, le murmura a Watson: «Oh, qué sencillo hubiera sido todo si yo hubiera estado aquí antes de que irrumpieran ustedes como una manada de búfalos chapoteando por todas partes». Mientras Holmes ayudaba a cambiar la percepción pública de lo que un detective era capaz de hacer, Bell y, especialmente, Littlejohn lideraban las mejoras en la práctica real.

Bell y Littlejohn comenzaron a colaborar juntos en investigaciones criminales reales en algún momento de principios de la década de 1870, cuando ya hacía varios años que se conocían. En 1878 cooperaron en un caso que mantuvo a Edimburgo en vilo durante algún tiempo: un suceso que consolidaría su reputación entre los pocos elegidos que conocían su implicación conjunta. El 2 de enero de 1878, una joven madre, Elizabeth Chantrelle, fue descubierta en la cama y padeciendo lo que parecía una grave intoxicación por carbono. El médico de la mujer solicitó la presencia de Littlejohn, si bien no resulta del todo claro si en calidad de cirujano de la policía o como viejo amigo y respetado colega, pero, a pesar de todos sus esfuerzos o los del dispensario en que se la atendió, la mujer murió al final del

día. Littlejohn expresó su desazón sobre la supuesta causa de la muerte y, tras consultarlo con Bell y realizar un extenso examen *post mortem*, descubrió que Elizabeth no había muerto por inhalación de carbono sino por intoxicación por opio. Las sospechas pronto recayeron en su disoluto marido, un profesor de origen francés llamado Eugene Chantrelle que, de hecho, había sido profesor de Doyle cuando el autor era un estudiante de siete años de edad en la Newington Academy de Edimburgo, y que había conocido a la víctima a los quince años cuando esta era aún su alumna. El juicio, aunque sumario, causó sensación y llenó incontables columnas en los periódicos, aunque se mantuvo en el anonimato la implicación de Bell. Bastante tiempo después, un antiguo alumno de Bell, un tal Z.M. Hamilton, recordó la mañana en la que se colgó a Chantrelle, con Littlejohn presente en calidad de cirujano de la policía. Hamilton registró que Chantrelle se quitó el sombrero y le dio una última calada a su cigarro antes de volverse hacia el médico. Según Hamilton, Chantrelle dijo: «Adiós, Littlejohn. No se olvide de felicitar a Joe Bell de mi parte. Ambos hicieron un gran trabajo para llevarme a la horca».

Hubo muchos más casos de gran repercusión después de aquel. Entre ellos se contó el de Jack el Destripador, quien es de todos conocido que desató su reinado de terror en Londres durante el año 1888, cuando asesinó y desmembró al menos a cinco mujeres. Aunque el caso permanece oficialmente sin resolver, Bell mencionaría años más tarde que él y un colega (que ciertamente no podía ser sino Littlejohn) habían realizado un análisis de las pruebas para Scotland Yard. Tras un minucioso estudio de la información disponible, cada uno de ellos escribió de manera independiente el nombre de la persona que consideraban como el principal sospechoso. Los dos concluyeron que era el mismo sujeto (cuya identidad, por frustrante que esto resulte, se ha perdido en los anales del tiempo) y trasladaron sus ideas a la policía de Londres. Por lo que se dice, en cuestión de semanas la ola de asesinatos llegó a su fin.

El año 1889 resultó ser también notable para la sociedad Littlejohn-Bell. En marzo, se celebró el juicio de William Bury, acusado de asesinar y mutilar a su esposa en Dundee. Tras confesar inicialmente el crimen, después optó por declararse no culpable y fue un examen *post mortem* (el tercero realizado a la víctima), efectuado por Littlejohn, la clave para lograr una condena. Los Bury

se acababan de mudar a Escocia a principios de año. Anteriormente habían residido en Bow, al este de Londres, cerca del coto de caza de Jack el Destripador, lo que desató las especulaciones de que Bury podía ser realmente el conocido asesino.

En noviembre se celebró otro juicio que hizo que la opinión pública hiciera literalmente cola alrededor de los juzgados. En esta ocasión, se centró en la muerte de un inglés, Edwin Rose, en la pintoresca isla de Arran. Se descubrió su cuerpo en un *howff*, una especie de cabaña tallada en la roca, apenas bajo la cima del pico más alto de Arran, el Goatfell. Llevaba desaparecido unas tres semanas cuando se descubrió su cuerpo en descomposición con calamitosas heridas en la cabeza y la espalda. La policía cayó como una exhalación sobre el compañero viajero, al que la víctima había conocido recientemente, un escocés llamado John Laurie. Laurie era en muchos sentidos un personaje desagradable y admitió haber robado a Rose, pero negó con vehemencia haberlo asesinado. La defensa sugirió que la muerte se había producido por una caída accidental. Littlejohn volvió a ser decisivo en el proceso, al sugerir que dicha caída no pudo haber tenido como consecuencia las violentas lesiones sufridas por Rose. Laurie, por consiguiente, fue hallado culpable por mayoría del jurado. De nuevo, el nombre de Bell se mantuvo alejado de la cobertura del proceso, pero su implicación como «segunda opinión» de Littlejohn, que actuara entre bambalinas, es más que probable. Su anonimato no duraría mucho, no obstante: el misterio de Ardlamont se produciría cuatro años más tarde y le arrastraría a él y a Littlejohn al centro de la opinión pública, tanto si les gustaba como si no.

Capítulo 6

EL CUERPO EN EL BOSQUE

«De lo grotesco a lo horrible solo hay un paso».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura del Pabellón Wisteria.

Mientras James Wright, el recién llegado mayordomo de los Monson, esperaba junto a la mesa la tarde del miércoles 9 de agosto de 1893, todo parecía perfectamente normal en Ardlamont. Poco antes, ese día, en torno a las tres de la tarde, Monson y un visitante habían llevado a algunos de los niños a una excursión en barca por la bahía. Cecil y la señora Monson, entre tanto, se fueron a dar un paseo juntos por los acantilados que vigilaban Ardlamont Point. Sentados ya a la cena estaban Cecil, Monson y Agnes, además de la institutriz, la señorita Hiron y el visitante, un hombre que respondía al nombre de señor Scott. Había llegado en *ferry* la tarde anterior y Monson acudió en coche a recibirlo. Scott se presentó como un ingeniero que venía a inspeccionar el barco que Cecil pensaba comprar. A su debido momento, Monson sugeriría que apenas conocía a aquel hombre, y que Cecil había sido el que había solicitado sus servicios. Sin embargo, parecía que todos tenían una relación cordial y la conversación transcurrió fluida durante toda la cena.

Surgió el tema de una posible excursión de pesca por la noche. Según Monson, fue idea de Cecil. El muchacho había tomado afición a la pesca al

embalo en las semanas anteriores y creía que, justo en esa época, las aguas se llenarían rápidamente de salmones.

La pesca al embalo suele implicar una red larga, fija por un extremo en la orilla por medio de una piedra pesada. El otro extremo se amarra a otra piedra y se carga en la popa de una barca. Una persona, entonces, va llevando a remo la barca hacia aguas profundas y, seguidamente, de vuelta a la costa, mientras el compañero introduce la red gradualmente en el mar. Finalmente, el segundo extremo de la red se fija a otro punto de la orilla de tal forma que la barca se queda dentro de un semicírculo formado por la red. La tripulación de la barca comienza, entonces, a chapotear o «embalar» para conducir dentro de la red a cualquier pez que pase. Cecil había pescado anteriormente con una red de algo menos de 150 metros, pero aquella noche, por lo que Monson dijo, el plan era combinar dos para lograr una red de casi 300 metros. Ya no era, por tanto, solo el embalo el que hacía que se acumularan grandes cantidades de agua en una pequeña barca de remos, sino que el efecto se amplificaba al arrastrar una red tan poco manejable.

Tras pedirle a Wright que aguardara despierto, Monson, Scott y Cecil se dirigieron a su escapada nocturna, pero no tardaron en meterse en problemas. Por lo que declararon los miembros del servicio de la casa, Monson y Cecil, que no sabía nadar, se encontraban a cierta distancia de la costa cuando la barca chocó contra una roca y ambos se precipitaron al agua. De acuerdo con Monson, él se enganchó en la red o en la cuerda del ancla y casi se ahoga, pero, afortunadamente, tanto él como Cecil lograron encaramarse a una roca y pudieron regresar a casa a base de fuerza bruta. Scott, que había permanecido en la playa, fue corriendo a la vivienda para procurarse una luz con la que guiarlos. Finalmente, nadie sufrió daños y el trío regresó a casa en torno a la una de la madrugada, donde Monson y Cecil se cambiaron la ropa empapada y se reunieron con Scott en el cuarto de fumadores, para disfrutar de algunas horas más de parranda.

Considerando los dramáticos sucesos de la noche, quizá resulte algo sorprendente el hecho de que los tres decidieran reunirse apenas algunas horas después para marchar en su fatal jornada de caza, particularmente dadas las inclemencias del tiempo. Sin embargo, sobre las siete de la mañana del 10 de agosto, Monson llamó a George Lamont, el segundo guardabosques, y le pidió

una escopeta para Cecil, un arma del calibre veinte, algo menor que la de Monson, de calibre doce. En algún momento antes de las nueve, James Dunn, un relojero de Newcastle que se encontraba casualmente de vacaciones por la zona, vio pasar a Monson, Cecil y Scott. Mientras miraba por la ventana de la despensa observó cómo Hambrough saltaba una cerca para recoger un conejo que le cedió a Scott. Un par de minutos más tarde, Dunn vio al grupo salir de la carretera, esquivar un alambre de espino y entrar en el bosque al este de la casa principal. Era de esperar que allí encontrarán gran cantidad de conejos y palomas. Tras dar algunos pasos, Cecil dio un giro brusco a la derecha y se marchó solo, mientras los otros dos se dirigían hacia la izquierda. No tardaron en desaparecer de la vista de Dunn pero, unos tres minutos más tarde, este oyó un disparo.

¿Qué ocurrió entre el momento en que Dunn perdió la visión de los tres hombres, y aquel en que Wright se encontró con Monson y Scott de nuevo en la vivienda con la noticia de que su joven acompañante había muerto? Esa es la pregunta que mantuvo en vilo a la nación durante los meses siguientes. Sin embargo, por el momento, la presuposición era que se había producido un terrible accidente. La principal preocupación era recuperar el cuerpo y asegurarse de que la cuestión se manejaba de la manera más adecuada.

El jardinero de la propiedad, Archibald Whyte, se encontraba en compañía de Hugh Carmichael, el cochero, cuando se encontraron con Monson y Wright que salían nuevamente de la casa después de la noticia de que Cecil había muerto. Monson le dijo a Whyte: «El joven Hambrough se ha disparado. Mira a ver si encuentras algo para traerlo de vuelta a la casa». Así pues, Whyte recogió una alfombra y la llevó al bosque. Para entonces se había concentrado una multitud en torno al cuerpo, que yacía en lo alto de una zanja: junto a Monson y Wright se encontraban Hugh Carmichael y su padre, labrador y de nombre también Hugh; John Steven, el agente de cobro y, a efectos prácticos, gestor de la propiedad; Stewart M’Nicol, el carpintero de la finca, y otro hombre llamado James Lyon. Entre todos, colocaron la alfombra a los pies de Cecil y la arrastraron bajo su cuerpo. Así lo alzaron sobre el carro que Steven había traído al escenario y lo llevaron de vuelta a la casa, donde le cambiaron de ropa y lo colocaron en la cama. Ya eran cerca de las diez.

Cuando Steven volvió a encontrarse con Scott y Monson, estaban juntos

fumando y parecían agitados. «¡Qué labor más terrible!», señaló el gestor. Scott se mostró de acuerdo, y después le dijo a Steven que él no había llevado rifle porque no era cazador y le parecía más seguro dejar las armas en paz. Dadas las circunstancias, era un pensamiento que quizá hubiera sido mejor no expresar en voz alta. Monson, entre tanto, no parecía muy seguro sobre lo que debía hacer a continuación, por lo que le sugirieron que llamara a un médico. Tras regresar brevemente a su propio hogar, Steven volvió a la casa principal en torno a las once. Monson le acompañó entonces al punto donde se había encontrado el cuerpo y le explicó que Cecil había estado caminando sobre una turbera, mientras Scott avanzaba ligeramente por detrás y Monson todavía más atrás cuando, de pronto, oyó el disparo. Monson declaró haber exclamado: «¡Vaya, Hambrough! ¿Dónde está? ¿Qué ha encontrado?». Un momento después, por lo que dijo, Scott y él dieron con la atroz visión del muchacho tendido en una cuneta con un disparo. Y continuó: «Para serle sincero, señor Steven, no sé de dónde lo levantamos, pero lo levantamos».

El médico local, el doctor Macmillan, llegó algo más tarde, entre las once y media y el mediodía. Steven lo llevó a ver a Monson, pero este se mostraba notoriamente poco predispuesto a acercarse al cuerpo, por lo que Steven guio a Macmillan hasta el dormitorio, donde Carmichael estaba limpiándole a Cecil la cara con una esponja, agua y jabón. La ropa de cama estaba profusamente empapada en sangre. El doctor, cuya experiencia en heridas de bala se limitaba a un disparo de pistola en un dedo, una herida por rifle en un tobillo y algunas lesiones menores por perdigones, se dispuso a examinar el cadáver y comentó que, de haberse dado el impacto una pulgada y media a un lado o al otro, la herida no habría sido mortal. Tanteó con el dedo el agujero en el cráneo de Cecil y también inspeccionó la chaqueta de la víctima, que tenía algo de sangre en el cuello. También notó la ausencia de cualquier ennegrecimiento o abrasión en torno a la herida y estimó la hora de la muerte en torno a las tres horas previas. El cuerpo aún permanecía caliente, pero el *rigor mortis* ya mostraba sus efectos. Tras finalizar el examen, vendó la cabeza, limpió la sangre y ayudó a volver a vestir al muchacho.

El médico, Steven, Scott y Monson comieron juntos. Fue en este momento cuando Scott mencionó que tenía una reunión importante en Glasgow y, por tanto, deseaba tomar un barco cuanto antes. Se evitó a toda costa el asunto de

la muerte, aunque Monson señaló que, de haber sucedido en Inglaterra, se habría puesto en marcha una investigación forense. Se preguntó si ocurriría algo similar en Escocia. Macmillan explicó que el procurador fiscal (el equivalente escocés al investigador forense inglés) realizaría una investigación privada, pero, puesto que la muerte había sido claramente un accidente, era poco probable que se produjera un análisis *post mortem*.

Después del almuerzo, Monson relató al médico lo que había ocurrido para que este lo incluyera en sus registros. A grandes rasgos era el mismo relato que le había proporcionado a Steven, y Scott lo corroboró en lo general. Monson, Steven y el médico se dirigieron al lugar donde se había encontrado el cuerpo. En un gesto bastante macabro, Monson trajo consigo a uno de sus hijos pequeños. Se mostraba muy agitado, por lo que recayó en Steven señalarle los puntos de interés que Monson le había mostrado en su visita anterior a la zona. El médico también le dijo a Monson que no veía motivos por los cuales Scott tuviera que quedarse, pues estaba convencido de que su informe del accidente satisfaría a las autoridades. Así pues, en torno a las dos de la tarde, llevaron a Scott en la carreta de Steven a tomar el barco, no sin antes dejar como señas de contacto la dirección del hotel Central Station de Glasgow.

Agnes Monson regresó a casa, de su viaje a Glasgow, ya más entrada la tarde. Al contarle lo que había ocurrido, se marchó inmediatamente a su cuarto, demasiado perturbada como para comer en la planta principal aquella noche o al día siguiente. Tot también hizo su aparición al día siguiente y se quedó a pasar la noche antes de regresar a Londres: Monson se había asegurado de enviarle inmediatamente un telegrama con las noticias de la muerte. Los padres de Cecil, mientras tanto, recibieron un mensaje del doctor Hambleton, que informaba de que su hijo había recibido un disparo accidental y que debían dirigirse al norte sin demora. No se sabe a ciencia cierta si Hambleton conocía la noticia, porque Monson le hubiera enviado directamente un telegrama o si había sido Tot. En cualquier caso, Monson dijo que recibiría a los Hambrough en Glasgow. El mayor, por consiguiente, telegrafió a Monson desde la londinense estación de King's Cross, a través del jefe de estación de Newcastle, para pedirle más detalles sobre el estado de Cecil y la naturaleza del accidente. Pero la respuesta nunca llegaría. Y Monson tampoco se

encontraría en Glasgow cuando el tren llegó a las seis de la tarde del viernes 11.

Tras dirigirse caminando al hotel, los Hambrough descansaron en una cafetería donde la casualidad quiso que el camarero tuviera una copia del periódico *Citizen*. La señora Hambrough vio el rostro de su marido demudar al pasar las páginas. Había un breve artículo titulado: «Desgraciado disparo accidental. Joven caballero fallecido en Ardlamont». El reportaje continuaba:

El joven caballero cruzaba una zanja con un rifle cargado que portaba bajo el brazo con el percutor preparado. El gatillo debió engancharse en unos arbustos y, por lo que se cree, esto hizo que el arma se disparara accidentalmente. La munición atravesó la cabeza del desafortunado caballero y lo mató en el acto. Sus amigos, que acudieron inmediatamente, no llegaron a tiempo para ofrecer ningún tipo de asistencia. El triste acontecimiento ha hecho que cunda el pesar por todo el distrito.

Al escuchar la terrible noticia, la señora Hambrough gritó y, seguidamente, se desmayó. No fue hasta más tarde que Monson contactó directamente con la pareja vía telegrama para advertirles: «Prepárense para lo peor».

Los Hambrough llegaron a la estación Princes Pier, en Greenock, la mañana del 12. Alfred y Agnes Monson los recibieron en el andén, en tal estado de agitación que cualquier sentimiento de rencor hacia ellos que el mayor hubiera podido albergar se disipó de inmediato. «Ese hombre ya ha recibido castigo suficiente», le dijo a su esposa antes de darle a Monson un apretón de manos. Las dos parejas llegaron a Ardlamont algo antes de las tres de la tarde y el mayor vio el cuerpo de Cedí dos veces: una antes de colocarlo en el ataúd y otra después. El doctor Macmillan consideró que era mejor que la señora Hambrough no se uniera a su marido en la ardua tarea, puesto que ya había empezado a descomponerse.

El mayor también sacó a colación el tema del seguro, pero Monson le dijo que no había ninguno. Es más, el día del accidente, Monson le había dado a leer a Steven una carta de la Scottish Provident por la que aceptaban una

póliza de seguros cuyo depósito aún no se había realizado. Monson, no obstante, no mencionó las dos pólizas por un valor combinado de 20 000 libras que sí se habían completado. Steven, sin duda, consideró que se le había dado la impresión de que no existía ninguna póliza viable y que se había llevado al mayor a creer lo mismo. En lo que a los padres de Cecil concernía, el muchacho había sido víctima de un trágico accidente, pero no había indicios de juego sucio.

Esta perspectiva la compartía también el doctor Macmillan, quien preparó, como le correspondía, un informe para el procurador fiscal. Llegó a la conclusión de que la herida fatal era «exactamente lo que esperaba encontrar por la carga de un disparo pequeño a una distancia de, quizá, unas doce pulgadas». En otras palabras, todo indicaba que el disparo procedía de la propia arma de la víctima. Dadas las demás pruebas circunstanciales, el doctor no tuvo motivos para sospechar de suicidio y mucho menos de asesinato. Macmillan escribió en su informe: «La información arriba señalada concuerda con la probabilidad de que el fallecido caminara sobre el muro con el arma (un calibre 20 de cañón corto) bajo el brazo y el dedo en el gatillo, que el pie se le enganchara en algo, tropezara, bajara las manos para protegerse, soltara así la culata, se le alzara la boca del cañón y se apretara el gatillo, con el resultado descrito en la primera parte de este informe».

El lunes posterior al disparo, el cuerpo de Cecil inició su largo viaje de camino a Ventnor, donde se le enterraría. Prácticamente, todos aquellos que vivían y trabajaban en la finca Ardlamont se reunieron a las once de la mañana para formar un cortejo fúnebre bajo el ardiente sol veraniego. Se portó así el ataúd unas diez millas hasta el pueblo de Kames, donde se cargó en un barco a vapor. Monson había encargado el ataúd a una empresa de Glasgow y, en su placa de plata, estaba grabado:

WINDSOR DUDLEY CECIL HAMBROUGH

Teniente del 3.º batallón del 3.º Regimiento
de Yorkshire Occidental
20 años de edad

Fallecido en Ardlamont por disparo accidental
10 de agosto de 1893

Monson y Steven viajaron con el cadáver y, a su llegada a la isla de Wight, se dirigieron directamente a la morgue de Ventnor. Era un buen indicativo de hasta qué punto Monson se había inmiscuido en un asunto familiar, el hecho de que insistiera en que se enterrara el cuerpo en el panteón familiar de los Hambrough, algo en lo que encontró la oposición directa del vicario local, quien no estaba dispuesto a perturbar la cripta sin el permiso expreso del Ministerio del Interior. Monson acudió a su primo, lord Oxenbridge, para que apresuraran los trámites y, ciertamente, se envió un telegrama desde la Secretaría de Estado que otorgaba su permiso, pero, para entonces, los preparativos del funeral ya estaban demasiado avanzados como para modificarse. Enterraron a Cecil en la tumba de su tía, a las dos de la tarde del jueves 17 de agosto, justo enfrente de la entrada principal de la pintoresca iglesia de St. Catherine, en Ventnor, una iglesia que el abuelo de Cecil había construido en 1836. Muchos de los familiares del muchacho acudieron al servicio, si bien, por lo que dijo Monson, no contribuyeron económicamente en nada; por el contrario, según relato del tutor, fue él mismo quien cubrió todos los gastos, desde el precio del funeral hasta las facturas de hotel (cabe presumir, no obstante, que el dinero que estaba gastando Monson era en realidad el de Tot).

De vuelta en Escocia, entre tanto, el doctor Macmillan había recibido una visita de dos representantes de la Mutual Life Insurance Company, de Nueva York. Le dejaron un formulario para que lo rellenara en relación a las pólizas a título de Agnes Monson. Las secciones principales rezaban lo siguiente:

Establezca la causa remota de la muerte; de tratarse de enfermedad, indique las causas que predispusieran a ella, la fecha de la primera aparición de los síntomas, el historial y los síntomas presentes durante su progreso. [Respuesta de Macmillan: Herida de bala en el cerebro].

Establezca la causa inmediata de la muerte. [Respuesta de Macmillan: Disparo].

De tratarse de causa distinta a enfermedad, establezca los factores médicos y de otro tipo relacionados con ella. [Respuesta de Macmillan: Se disparó accidentalmente con su propia arma y atravesó el hueso occipital; la carga penetró en el cerebro en una masa compacta a través de un orificio de entrada de una pulgada de diámetro].

La revelación de que, efectivamente, había pólizas de seguro sobre la vida de Cecil, después de todo, debió haber hecho sonar las alarmas en la mente del doctor, pero, al parecer, no fue el caso; al menos, no de momento. Él, al igual que buena parte de los implicados en las repercusiones inmediatas de la muerte de Cecil, mostraron una sobrecogedora predisposición a aceptar la versión de Monson y Scott sobre lo que había ocurrido en la soledad de los bosques. Si bien, esto podría ser comprensible en circunstancias en las que no hubiera ningún indicio de juego sucio, las noticias de que los Monson podían realmente beneficiarse económicamente de la muerte de Cecil exigían, sin duda, un replanteamiento de la situación. También se dieron otros aspectos peculiares en la conducta de Monson y Scott en los acontecimientos inmediatamente posteriores a la muerte, pero tampoco estos hicieron que nadie pareciera siquiera movido a arquear una ceja, al menos al principio. Por ejemplo, ¿por qué Monson se había llevado su arma y la de Cecil de la escena del tiroteo y había retirado la munición antes de hablarle a nadie del incidente? ¿Por qué no hizo que cundiera la alarma con Hugh Carmichael, que seguía en los establos y vio pasar a Monson y Scott en el camino de vuelta a casa justo después de que el muchacho cayera? ¿Por qué, debió preguntarse alguien, esperó Monson hasta que Wright, el mayordomo, se topó con él en el cuarto de fumadores para dar la noticia?

Las sospechas, no obstante, no tardarían mucho en aparecer. El procurador fiscal, John Campbell M'Lulich, había estado realizando pesquisas desde la sala de fumadores del Royal Hotel de Tighnabruaich, la localidad de mayor

importancia cercana a Ardlamont, si bien todavía a una distancia de unas siete millas. M'Lulich se había mostrado satisfecho con la narración del doctor Macmillan, particularmente, dado que el ayudante del fiscal, Tom Macnaughton, contaba con un testimonio que decía que Cecil no había contratado ningún seguro de vida. Sin embargo, M'Lulich recibió una nota de Monson, el 22 de agosto, en la que le avisaba de que iba a ir a visitarlo al día siguiente en la oficina del fiscal en Inveraray.

M'Lulich estaba allí para recibir a Monson el día 23 cuando este llegó en el barco de vapor. Monson le informó de inmediato de que dos amigos, agentes de seguros, vendrían poco después y querían hablar con el fiscal. Mientras Monson caminaba con M'Lulich hacia su oficina, le informó de que, de hecho, sí existía una póliza sobre la vida de Cecil, por valor de 15 000 libras y contratada por el mayor sin conocimiento de su hijo. Fue una declaración que tomó al fiscal por sorpresa y que habría tomado por sorpresa también al mayor. Al darse cuenta de que sus investigaciones podrían estar dando un nuevo giro, M'Lulich le pidió a Monson que enviara el arma que Cecil había llevado, junto con su munición, en el barco del día siguiente. De acuerdo con M'lulich, Monson confirmó en ese momento que Cecil había estado usando un arma del calibre veinte (un arma más apropiada para un cazador joven o menos experimentado), el día de su muerte, y no el rifle mayor del calibre doce que el grupo también se había llevado con ellos. El reparto específico de las armas se convertiría en origen de fuerte disputa en los meses venideros.

Para cuando la pareja llegó a la oficina del fiscal, el señor M'Lean y el señor Herbert de Mutual Life (los mismos agentes que habían contactado con Macmillan) estaban ya allí esperándolos. Tot también se encontraba presente, puesto que había sido él quien había intentado monetizar las pólizas. M'Lulich se llevó a los agentes a una sala privada, donde Tot y Monson no pudieran escucharlos. En apenas unos minutos había confirmado que, de hecho, existía un seguro por valor de 20 000 libras, que o bien Monson o bien su esposa tenían interés en él, y que la Mutual exigía un certificado que confirmara que la muerte había sido accidental.

Turbado por todos estos descubrimientos, M'Lulich decidió tomar el barco a Ardlamont al día siguiente. A la hora que dejó Inveraray, en torno al

mediodía, todavía no había señal de la escopeta o de los cartuchos que le había solicitado a Monson. Tras aterrizar en Tighnabruaich, entrevistó a Lamont, el guardabosques, quien le confirmó que Cecil llevaba el calibre veinte, mientras que Monson portaba su habitual calibre doce. El fiscal se apresuró a enviar a Lamont a recoger los elementos en cuestión. Pero, para cuando llegó a Ardlamont, se dice que Monson le dijo al guardabosques que había cometido «un grave error» con su testimonio y que, de hecho, los dos hombres habían intercambiado las armas. Según Monson, después de recoger el calibre veinte para Cecil, descubrió que este y Scott ya habían salido rumbo al bosque. Cecil se había llevado el calibre doce de Monson y se lo quedó toda la mañana. Así fue como Lamont regresó a Tighnabruaich con el calibre doce, pero nada de cartuchos. El hecho de que Monson estuviera ahora revisando los detalles de quién llevaba qué rifle encendió alarmas de todas las clases. Tampoco se aliviaron las sospechas cuando, unas semanas más tarde, se encontró en el cuarto de Cecil la chaqueta que el joven había llevado la mañana de la cacería, con los bolsillos llenos de munición: dieciocho cartuchos del calibre veinte y solo uno del doce. Tom Macnaughton, el ayudante del fiscal, le dijo en privado a un amigo suyo periodista, Neil Munro: «Albergo serias dudas sobre la naturaleza de ese accidente».

La tarde del 24 de agosto, Monson intentó reunirse con el fiscal en su hotel de Tighnabruaich, pero M'Lulich se negó a participar en la conversación. Monson incluso llegó a sugerir que M'Lulich lo había amenazado, aunque no hubo testigos de semejante discusión. En cualquier caso, un par de días después, el fiscal recibió una carta de Monson en la que, aparentemente, intentaba calmar los ánimos y preguntaba de qué forma podía ayudar en la investigación. Pero era poco y llegaba demasiado tarde. Tras recibir noticias de la póliza de seguros y con la advertencia de que dudara sobre qué arma llevaba Cecil, incluso el doctor Macmillan comenzaba a albergar serias dudas y decidió adjuntar una nota complementaria a su informe anterior:

 Acepté implícitamente la declaración de los testigos Monson y Scott sobre que las heridas de Hambrough se habían producido por un disparo accidental de su propio rifle, un arma juvenil del calibre 20 y

cañón corto cargada con pólvora amberite [un tipo de pólvora blanca que apenas suele dejar residuos]. La aparente ausencia de motivo hizo que mis pesquisas tendieran no tanto a la forma más probable en que las lesiones pudieron producirse sino a cómo el finado pudo habérselas provocado de manera accidental. Ahora se ha revelado que no había cartuchos de amberite para este diámetro de rifle y que me precipité llegando a la conclusión o teoría que avancé al final de mi anterior informe. Tras manipular y probar el arma que actualmente se encuentra en posesión del procurador fiscal, estoy convencido de que las lesiones no se produjeron de la manera que creí posible.

También envió una carta a Mutual Life: «Desde que les envié el informe sobre lo arriba mencionado han llegado a mi conocimiento unos hechos que confirman que las lesiones no se produjeron en la forma o con el arma que yo creía. Por tanto, solicito por la presente que ese informe se cancele».

Los sucesos comenzaron a precipitarse. M'Lulich quedó satisfecho al comprobar que había suficientes pruebas como para llamar a Monson a interrogatorio y, en consecuencia, realizó una solicitud para una orden de arresto. El jefe Constable, de la policía de Argyllshire, lo detuvo el 29 de agosto y se le transfirió a la prisión de Inveraray al día siguiente. Entre tanto, el comisario realizó un registro de la propiedad de Ardlamont y se llevó varios documentos. También se tomó la decisión de exhumar el cuerpo de Cecil de su lugar de reposo, en Ventnor. Se encargó esta ingrata tarea al cirujano de la policía, el doctor Henry Littlejohn, quien informó inmediatamente a su gran colaborador, Joe Bell.

Capítulo 7

UNA CIENCIA EXACTA

«La investigación detectivesca es, o debería ser, una ciencia exacta y exige ser tratada como tal: de la misma manera fría y carente de emoción».

SHERLOCK HOLMES,
El signo de los cuatro.

Para Bell y Littlejohn, los primeros meses de 1893 no habían generado casos de tan alto calibre como el de Henry Bury o el juicio del asesinato Arran, pero, a pesar de ello, seguía siendo un año de una actividad incesante. Entre los casos que circularon por el escritorio de Littlejohn se incluyeron el supuesto ataque de un antiguo verdugo, la muerte de un bebé al golpearle la cabeza un adorno que la madre había arrojado contra el padre, y el descubrimiento del cuerpo de un niño envuelto en papel marrón en una granja al noroeste de Edimburgo. Bell y Littlejohn también habían comparecido juntos en el juicio que declaró a Patrick Griffin culpable del homicidio de Edward Wynn. Fue un caso poco edificante sobre una pelea alimentada por el alcohol, durante la cual se había golpeado a la víctima con una hachuela en la cabeza. Para cuando finalmente se llamó al médico, este achacó los delirios de Wynn a los efectos de la bebida y no se le informó de que le habían atacado con un arma. Sin embargo, Littlejohn y Bell realizaron una autopsia conjunta y

llegaron a la conclusión de que había sido el golpe el que había provocado la muerte. El jurado no tardó mucho en encontrar a Griffin culpable, y el acusado recibió una piadosa sentencia de apenas seis meses. Era, como suele decirse, un día cualquiera de trabajo para Bell y Littlejohn.

También tenían plenamente satisfecha con otras actividades su tendencia a trabajar en exceso. Littlejohn había añadido, a sus ya agotadoras cargas profesionales, la función de presidente del Instituto de Salud Pública. Mientras tanto, en mayo, compareció ante el comité especial de la Casa de los Comunes en relación a la certificación de muertes. Solicitaba que se tuviera más cuidado con los certificados de defunción y comentaba: «El sistema existente permitido por la ley es una farsa en lo que concierne a la detección de crímenes ocultos en Edimburgo». Tal y como informó de ello el *Aberdeen Evening News*, sus palabras provocaron «visiones de envenenamientos lentos y muertes misteriosas, a las que solo un conocimiento tan vasto como el que demuestra el talento para el diagnóstico de Littlejohn puede mantener a raya. Pero incluso este activo doctor y oficial médico para la Salud Pública de Edimburgo a veces se equivoca, y su testimonio provocará el desasosiego entre los ciudadanos que lo lean». Poco podía esperar Littlejohn hasta qué punto sus palabras serían proféticas.

La Universidad de Edimburgo le concedió un breve alivio en sus responsabilidades cuando, en julio, se le otorgó un título honorífico en Derecho en reconocimiento a sus extraordinarias contribuciones en el campo médico-legal. Al levantarse a recoger el título, se le saludó con clamores de júbilo entre la multitud deseosa de reconocer a su héroe local.

Sin embargo, para su compañero Joe Bell el año había dado un giro triste. El mes anterior había perdido a su querido hijo Benjamín, a causa de una peritonitis surgida como complicación de un brote de apendicitis. Iba a cumplir veinticuatro años. Bell mantuvo una aparente fachada de compostura durante los días posteriores, incluso en el funeral, en el que seis sargentos del regimiento de las Highlands al que pertenecía su hijo cargaron con el ataúd mientras los gaiteros tocaban *Flowers of the Forest*. Sin embargo, la procesión iba por dentro. Escribió a sus amigos cartas tan llenas de dolor que estos se negaron siquiera a comentarlas con terceros. Pero no era la primera vez que Bell tenía que enfrentarse a semejante pena. En 1874, su esposa,

Edith, había sucumbido a la peritonitis puerperal cuando apenas llevaban nueve años de lo que parecía un matrimonio idílico. Según contaban, en los tres días posteriores a su muerte, el cabello negro zaino de Bell se volvió blanco como la nieve. Su respuesta al fallecimiento de Benjamín fue, como de costumbre, volcarse en su trabajo. El misterio de Ardlamont se aseguraría de que no anduviera falto de él.

Sin embargo, en un principio, solo Littlejohn se implicaría. Inmediatamente después de las cuatro de la tarde del lunes 11 de septiembre, una pequeña multitud se reunió en torno a la tumba de Cecil para presenciar la exhumación según la orden del secretario del Interior, Herbert Asquith. Junto a Littlejohn se encontraban Macnaughton (el ayudante del fiscal), el doctor Macmillan y un tal doctor Sanders, de Edimburgo, que acudió en representación de Monson. El doctor Whithead, de Ventnor, se les unió algo más tarde como representante de los Hambrough. El gran ataúd de roble con engastes en plata se alzó del suelo y se colocó sobre un coche fúnebre, para llevarlo a la morgue del cementerio de Ventnor, en las colinas más allá del pueblo.

Una vez allí, retiraron la tapa y la bajocubierta metálica del ataúd. De inmediato quedó patente el avanzado estado de descomposición que, no obstante, aún no había llegado al punto que impidiera el necesario examen. Los rasgos de Cecil estaban hinchados pero Macmillan pudo confirmar rápidamente su identidad. Una vez se hubo apartado al público, se tendió el cuerpo sobre láminas impermeables en el césped a la puerta de la morgue. Según los apuntes de Littlejohn, «se podía separar la cutícula o epidermis con facilidad en todas partes». Al retirar el vendaje, medio suelto en torno al lado superior derecho de la cabeza del joven, reveló la herida fatal y se aseguró de que el fotógrafo capturara imágenes de la misma antes de continuar con la disección.

La herida en sí, causada por un disparo y cuyo diámetro era de en torno a una pulgada (según el informe inicial del doctor Macmillan) o pulgada y media (según los cálculos de Bell), tenía una longitud de tres pulgadas y media, forma triangular con la base (de en torno a dos pulgadas y media de longitud) en dirección al rostro, y la punta localizada en torno a una pulgada por debajo y ligeramente enfrente de la protuberancia occipital (el hueso

occipital es el que forma la base de la parte posterior del cráneo). Un pliegue de piel, de en torno a una pulgada y media de longitud, colgaba de su extremo superior. La oreja derecha, mientras tanto, aparecía profundamente mutilada: faltaba un fragmento de en torno a una pulgada y media de su sección media exterior, que había desaparecido a consecuencia del impacto del disparo. No existían evidencias de ennegrecimiento en torno a la herida, como cabría suponer de la abrasión o de la pólvora. El cabello de Cecil se les quedaba entre los dedos conforme trabajaban en torno a la herida, por lo que apenas les costó retirar toda la parte derecha del cuero cabelludo. El cráneo mostraba un «aspecto localmente destrozado». También había un amplio agujero (de en torno a dos por una pulgadas) que exponía el cerebro. Un análisis más cercano reveló que faltaba una significativa porción del cerebro en la parte frontal de la cabeza. Se extrajeron cuatro cuerpos extraños de la materia cerebral aún restante que, según se pudo demostrar, se habían disparado.

Pasaron, entonces, al lado izquierdo de la cabeza y descubrieron que estaba prácticamente intacto. El resto del cuerpo de Cecil se encontraba en condiciones igualmente buenas y se concluyó que los órganos principales gozaban de buena salud antes de la muerte. Tenía el estómago vacío y no presentaba un olor particularmente reseñable al abrirlo: por ejemplo, no había trazas de alcohol. Las cavidades cardíacas y los vasos sanguíneos también estaban vacíos. Littlejohn y el doctor Macmillan eran de la opinión de que Cecil había muerto por el *shock* resultante del disparo en el cráneo y el cerebro, en combinación con la consiguiente pérdida de sangre, y así lo manifestaron. Es más, apoyaban la idea del juego sucio: según las propias palabras de Macmillan, «como resultado del examen *post mortem*, mi opinión es que la herida no pudo producirse accidentalmente».

De nuevo en Edimburgo, Littlejohn inició un estrecho trabajo colaborativo con Bell y otros compañeros de la universidad, entre los que destacaban un respetado cirujano, el doctor Patrick Heron Watson, y un anatomista, el doctor Macdonald Brown. Al examinar cuidadosamente la naturaleza de las heridas de la víctima, Littlejohn redirigió la mente a una serie de preguntas alternativas, del tipo a las que enseñaba a sus alumnos a resolver a la hora de establecer una muerte por accidente, suicidio o asesinato en casos de fallecimiento misterioso. Los daños en la cabeza de Cecil revelaron mucho,

pero necesitaba más información. No era responsabilidad suya valorar la relación de Monson con Cecil y sus padres o analizar la situación financiera del tutor, ni siquiera preguntarse los motivos por los que pudo hacer que la víctima contratara un seguro de vida. En lugar de hacer suposiciones, buscó hechos empíricos y carentes de emoción, mediante los que esperaba que la verdad de los acontecimientos del 10 de agosto se revelara por sí misma.

Anotaría: «Al determinar cómo se originó una herida, existen ciertas consideraciones de las que los médicos saben que pueden valerse para resolver la cuestión». Estas serían: la dirección de la herida, la dirección desde la que se realizó el disparo, la posición del arma respecto al cuerpo y la posición en la que el cuerpo se encontró (esta última sería «de la mayor importancia a la hora de determinar cómo ocurrió la muerte»). De responder esas preguntas de manera conclusiva, podría establecer con total seguridad si la muerte de Cecil había sido intencionada. Sin embargo, no sería tarea fácil, dada la degradación de las pruebas causada por el paso del tiempo y las deficiencias de la investigación inicial. No obstante, se implicó en la tarea con su energía característica.

Para ayudarle en la cuestión de la dirección del disparo, le entregó al doctor Brown la cabeza de Cecil y seis fragmentos de hueso que se habían recuperado. Ya se había retirado el cerebro tras serrarle la parte superior del cráneo (Littlejohn les diría a sus alumnos más que justificadamente: «No se ha diseñado instrumento que sirva para separar el cráneo de manera más efectiva que la sierra ordinaria»). Para facilitar sus experimentos, Brown preparó un modelo del cráneo que se convertiría en una visión familiar durante el juicio posterior. Heron Watson, entre tanto, era un veterano de la guerra de Crimea, donde había adquirido una extensa experiencia en el tratamiento de heridas de bala. Littlejohn se sirvió de su conocimiento especializado para que le ayudara a establecer la distancia y posición desde la que se realizó el disparo. También a este se le entregó la cabeza del fallecido para que la examinara, junto con fotografías y el informe *post mortem*.

En lo concerniente a dónde había caído el cuerpo de Cecil y dónde yacía el rifle en relación al cuerpo, la cuestión era más controvertida. El problema era que, ya fuera deliberadamente o no, Monson y Scott habían eliminado buena parte de las pruebas relevantes. Habían retirado el arma de la escena

antes de que cualquier tercera parte independiente pudiera verlo y, además, habían declarado que habían alzado a Cecil del foso en el que había caído. Sin embargo, era únicamente su palabra la que defendía que eso era lo que había ocurrido realmente. Littlejohn, por su parte, se vio obligado a formarse una opinión basándose en los informes disponibles de testigos presenciales. Cuando viajó a Ardlamont con el doctor Macmillan, inspeccionó el escenario en compañía de Whyte y Carmichael, quienes le explicaron dónde habían encontrado el cadáver. También estudió los serbales cercanos en busca de marcas de munición con la esperanza de encontrar alguna prueba que corroborara la localización.

De vuelta en Edimburgo, requirió los servicios de un maestro armero llamado James MacNaughton (no emparentado con el ayudante del fiscal), a quien visitó el 23 de septiembre pertrechado con el cráneo de Hambrough. Littlejohn quería que lo ayudara a realizar una serie de experimentos para determinar los diferentes patrones de disparo de las dos armas que Monson y Cecil habían llevado con ellos, junto con los efectos de utilizar los distintos tipos de cartucho (específicamente, del n.º 5 y el n.º 6) y los distintos tipos de pólvora (incluyendo pólvora negra y amberite). Tras un cuidadoso proceso de eliminación, Littlejohn quería asegurarse con exactitud con qué munición y qué arma habían matado a Cecil, y desde qué distancia se había disparado.

MacNaughton viajó a Ardlamont para examinar el bosque, por sí mismo, y determinar la línea de fuego más probable. Lo hizo realizando una serie de medidas detalladas en las que consideró desde dónde habían alegado los testigos que habían visto el cuerpo de Cecil en lo alto de la zanja, en relación con las marcas en los árboles cercanos, que, según creía, las había producido la dispersión de casquetes del cartucho fatal. Tras esto, diseñó una serie de experimentos realizados en su campo de tiro privado, que se encontraba junto al Water of Leith, el río que atraviesa Edimburgo hasta el puerto de Leith. Allí disparó a una serie de objetivos de cartón antes de pasar a modelos de cabeza hechos de cartón y arcilla. Littlejohn, Bell y Heron Watson se encontraban presentes. Sin embargo, por sofisticada que fuera la organización, los médicos comprendieron que dispararle a cartón solo producía resultados lejanamente relacionados al impacto de disparos en la carne humana. Por tanto, los tres médicos y MacNaughton acordaron encontrarse en la morgue de Edimburgo,

donde el armero dispararía a tres cadáveres especialmente seleccionados.

Todo esto es ciencia forense en su estado más brutalmente puro. En la década de 1820, las andanzas como saqueadores de tumbas de William Burke y William Hare, cuyas fechorías tenían como objeto suplir a Robert Knox, miembro de la Sociedad Real de Edimburgo, de cadáveres para sus clases de anatomía, forjaron una siniestra asociación entre la ciudad y el estudio anatómico humano. Afortunadamente, para cuando Littlejohn y compañía trabajaban, el suministro legal de cadáveres se había extendido. Los anatomistas, anteriormente, se habían visto limitados a diseccionar únicamente los cuerpos de los huérfanos y expósitos o de los ejecutados, los que habían muerto en prisión o los suicidas. En el momento que nos ocupa, por su parte, era legal tomar los cuerpos de aquellos que habían muerto en los asilos y casas de ayuda, siempre que nadie reclamara los cadáveres dentro de un período de cuarenta y ocho horas. Aunque esta práctica demostraba apenas algún tipo de compasión social hacia los pobres, se aseguraba, no obstante, de que las exhumaciones ilegales de las generaciones anteriores se volvieran innecesarias. Fue en esas circunstancias en las que el armero y los médicos se dedicaron a su macabra labor sin reparos, y siempre con la idea de proporcionarle justicia a un hombre que había muerto antes de tiempo. MacNaughton recordaría de los experimentos: «No llegué a ver resultados. Eran los médicos quienes debían verlos».

Aunque Littlejohn llevaba la voz cantante en la ciencia forense escocesa de la época, no era el único en el escenario. En agosto contrataron a John Blair, un abogado del bufete Davidson & Syme, para que defendiera a Monson. Este, a su vez, hacía uso de los servicios de Matthew Hay, quien, a todos los efectos, era el equivalente directo de Littlejohn en Aberdeen. Tras estudiar en las universidades tanto de Glasgow como de Edimburgo, además de en el continente, en Estrasburgo, Munich y Berlín, Hay se había convertido en un reputado experto en farmacología y toxicología. Se graduó con la medalla de oro en medicina en Edimburgo, en 1881, el mismo año en que Doyle concluyó allí sus estudios, y recibió la cátedra de medicina forense en la Universidad de Aberdeen el año siguiente, cuando apenas contaba con veinte siete años de edad. También ejercía como oficial médico para la Salud Pública de la ciudad, donde adquirió una excelente reputación por sus

revolucionarias reformas en la salud pública, igual que Littlejohn. En 1890 ya ejercía como cirujano de la policía y examinador médico-legal para la Corona. El misterio de Ardlamont, por tanto, le ofrecía el escenario perfecto sobre el que escenificar una rivalidad profesional desde el respeto hacia un hombre más mayor y más famoso.

Al igual que Littlejohn, Hay visitó Ardlamont para examinar el escenario, y John Steven, el agente inmobiliario, le hizo de guía. Realizó entonces una serie de experimentos de tiro con Tom Speedy, agente inmobiliario y también socio de una empresa de guías de caza de Edimburgo. En 1884, Speedy escribió un libro, *Sport in the Highlands and Lowlands of Scotland, with Rod and Gun (El deporte en las Tierras Altas y Bajas de Escocia, con caña y escopeta)*, que incluía un capítulo sobre armas de fuego y cómo utilizarlas. Según declaraciones propias, «siempre he tenido un interés especial en el tema de los disparos accidentales». Hizo su propia investigación en Ardlamont antes de empezar a trabajar con Hay.

Iniciaron, entonces, sus experimentos prácticos, tan impactantes e innovadores como los realizados por el equipo Littlejohn-Bell. Hay y Speedy dispararon a tablas de madera antes de continuar con modelos de madera de cabezas humanas, pellejos de perro y, finalmente, un caballo recién sacrificado. Hay creía que la carne de un caballo recién fallecido se asemejaba a la carne humana «porque la piel y los tejidos subyacentes prácticamente siguen vivos y muestran retracción». Los disparos se realizaron en la base de la cabeza del animal, cerca del hombro, un minuto después de su sacrificio. Speedy era el hombre adecuado para este trabajo. Según explicaría: «Cuando trabajaba de guardabosques estaba al cargo de una perrera. Los alimentaba en buena medida de carne de caballo y sacrificar a los animales era parte de mi responsabilidad. En su día disparé a un buen número de caballos, probablemente más de quinientos. El método que adopté fue el de dispararlos principalmente en la frente y, algunas veces, detrás de las orejas».

Los pellejos de perro, por su parte, se utilizaron para estudiar los efectos de los diversos tipos de pólvora sobre la epidermis. Primero, se colgó una piel negra sobre un tablón al que se disparó a una distancia de unas seis pulgadas. En el caso de la pólvora amberite, el disparo atravesó el pelaje pero no dejó rastro de quemadura. Sin embargo, al ser conscientes de que el color

negro podría esconder cualquier sutil decoloración, se repitió el experimento utilizando un pellejo blanco. Speedy fue entonces un paso más allá y compró gran cantidad de cabello humano para ver si este mostraba signos de abrasión por disparos a corta distancia. Tras descargar el arma a quemarropa, decidió a continuación implicar a su esposa en las investigaciones. La pobre mujer, a falta de mejor término, se soltó el pelo y dejó que su marido disparara un cartucho entero de pólvora amberite a través de sus tirabuzones a una distancia de dos pies. La pólvora no le chamuscó el cabello y ni siquiera dejó olor, cabe suponer que para alivio general de la esposa.

Así, ajenas al escudriñamiento público, la Corona y la defensa se encontraban sumidas en la elaboración de bancos de datos forenses. Lo fundamental era que Hay estaba llegando a conclusiones sorprendentemente distintas a las de Littlejohn, Bell y sus compañeros. Se estaba estableciendo, pues, el escenario para una batalla campal en los juzgados, en la que no solo estaba en juego la vida del defendido, sino también las reputaciones de algunos de los hombres más respetados de la nación. Entre tanto, la prensa había comenzado a olisquear una historia que podría mantenerlos ocupados durante largo tiempo. No se tardaría mucho en empezar a pensar en el detective más famoso del mundo. El 1 de septiembre de 1893, el *Yorkshire Evening Post* había señalado que «la muerte del joven Hambrough plantea exactamente el tipo de problema que el señor Sherlock Holmes tiene por costumbre resolver tan maravillosamente. De darle los detalles (sobre el papel) el eminente detective sin duda sabría extraer el secreto encerrado en el misterio (sobre el papel). Desafortunadamente, el misterio de Ardlamont es real y no ficción, y los detectives de la vida real no son tan fenomenalmente agudos, ni las circunstancias tan acomodaticias, como el señor Conan Doyle disfruta pintando».

Poco podía esperar el autor de aquellas palabras que los hombres que representaban la encarnación viva de Holmes ya estaban preparados para entrar en liza.

Capítulo 8

EL TERCER HOMBRE

«Este perro astuto ha hecho desaparecer su rastro».

SHERLOCK HOLMES,

La aventura de los planos del Bruce-Partington.

Había muchos elementos en el caso Ardlamont que pudieran atraer a un público sediento de buenos asesinatos de misterio: sobre todo la trágica víctima y una forma de morir, que fascinaba no solo por truculenta sino también por inusual. Incluso Littlejohn, testigo de algunos de los más graves crímenes presenciados en Escocia durante la segunda mitad del siglo XIX, podía recordar apenas dos casos de homicidio por disparo. Además, el prestigioso linaje tanto de la víctima como del supuesto asesino resultaba de lo más emocionante. El que los Hambrough sufrieran el estigma social de la indigencia no hizo sino avivar la chispa de la imaginación popular. Incluso, el entorno, una remota finca en uno de los rincones más hermosos de Escocia, contribuía al misterio. Para los editores de periódicos, semejante cóctel de tragedia y melodrama resultaba una embriagadora historia a la que no le faltaba de nada. Pero es que además se convirtió en una saga que no dejaba de proporcionar capítulos.

Un giro en particular convirtió este intrigante caso en una auténtica sensación: la desaparición del hombre que, supuestamente, tenía la clave para

desentrañar la verdad, el enigmático señor Scott. Después de que el procurador fiscal tuviera constancia de que surgían muchas más preguntas en torno a la muerte de Cecil de lo que se creyó en un principio, todo intento por seguirle el rastro a Scott fue encadenando un callejón sin salida tras otro. La labor de las autoridades se vio fatídicamente entorpecida por el hecho de que nadie parecía tener la más remota idea sobre su verdadera identidad. Al parecer, el señor Scott, que había hecho acto de aparición en Ardlamont dos días antes de la muerte de Cecil y mutis apenas unas horas después, había desaparecido sin dejar rastro.

Así pues, ¿quién era? Según Monson, era un ingeniero contratado para inspeccionar las calderas del *Alert*, el barco que Cecil esperaba comprar. Es más, Monson afirmó desconocer completamente sus antecedentes, puesto que había sido Cecil quien lo había contratado. En una declaración a la policía, el 27 de agosto, Monson proporcionó únicamente estos pocos detalles: «Tengo constancia de que Edward Scott estableció en Glasgow un negocio como ingeniero que fracasó; que posteriormente trabajó con barcos y que se le conocía bien en Greenock». Al señor M'Lean, de Mutual Life, le sugirió que el ingeniero provenía realmente de Stockton-on-Tees.

El personal de Ardlamont tampoco fue capaz de arrojar mucha más luz sobre el asunto. James Wright, el mayordomo, señaló que no había «nada inusual» en él y que se veía incapaz de formular siquiera una suposición sobre a qué se dedicaba. Según Wright: «Podría haber sido cualquier cosa». Edith Hiron, la institutriz, no estaba demasiado convencida de su pedigrí y opinó: «Yo no le describiría como un caballero»; si bien no proporcionó datos sólidos al respecto.

El último avistamiento positivo de Scott durante la investigación de la muerte de Cecil fue en el muelle de Tighnabruaich, la tarde del 10 de agosto. Hugh Carmichael, el mozo de cuadra, le había llevado hasta allí después de que el doctor Macmillan sugiriera que ya no era necesario que permaneciera en Ardlamont. Aún por aquel entonces, al agente M'Calman, de la policía de Argyllshire, le incomodó dejar marchar tan precipitadamente a un testigo clave. M'Calman se encontraba casualmente en el muelle cuando Scott llegó y le pidió que se quedara hasta que la investigación hubiera concluido pero Scott le dijo que no podía esperar y le aseguró al policía que se podía

contactar con él en el hotel Central Station de Glasgow. M'Calman le sugirió en repetidas ocasiones que no se marchara, pero no hizo ningún esfuerzo físico por retenerlo, por lo que, cuando el barco atracó, Scott pudo embarcar sin problemas.

En respuesta a las preguntas del mayor Hambrough sobre el «tercer hombre» que había estado presente en la muerte de su hijo, Monson le contestó que el ingeniero había regresado a Glasgow, porque se había sentido demasiado afectado por los sucesos como para permanecer en Ardlamont. Incluso sugirió que el mayor y su esposa podían visitarlo en su trayecto de vuelta a Inglaterra, cosa que intentaron hacer la tarde del lunes 14 de agosto. Sin embargo, ninguna de sus entrevistas con varios miembros del personal del hotel en Glasgow les proporcionó información alguna sobre Scott o su paradero. No cabía duda de que había abandonado el hotel que había dejado como dirección de contacto, si es que se había hospedado allí alguna vez.

Cuando el procurador fiscal se reunió con Monson la semana siguiente, Monson le dijo que no conocía la dirección de Scott, que no había tenido contacto con él desde que había dejado Ardlamont, y que no sabía nada de él salvo algunos detalles proporcionados por Cecil. En su carta al fiscal tras su gélido encuentro en el hotel de Tighnabruaich, Monson también alegó haberse esforzado por localizar al ingeniero, sin éxito hasta el momento. Por lo que dijo, no obstante, había indicado a sus abogados que perseveraran en la búsqueda.

Hasta finales de agosto, la policía no comenzó a intensificar sus propios esfuerzos por dar con él. James Fraser, jefe de la policía de Argyllshire, aceptó el reto en torno al 28 o 29 de agosto, pero, dadas las evidencias disponibles sobre el sujeto, limitó su búsqueda a un área relativamente acotada como era Greenock, Gourock, Glasgow y Paisley. Sus esfuerzos apenas dieron fruto. Esta desaparición naturalmente jugaba en contra de Monson, pero era posible darle una explicación lógica a la huida de Scott. Con Cecil muerto, sin duda debió suponer que ya no se produciría la compra del barco, que, en principio, había venido a inspeccionar. Es más, cabe la posibilidad de que los sucesos lo afectaran y que se sintiera incómodo perturbando a sus anfitriones más tiempo del necesario, especialmente desde el momento en que el doctor Macmillan mostró su conformidad con su partida.

Sin embargo, el hecho de que proporcionara como dirección de contacto la de un hotel en lugar de su residencia permanente, y que después se diera a la fuga, como parecía haber hecho, resultaba cuanto menos sospechoso. Si no tenía nada que esconder, las autoridades tenían todo el derecho a preguntarse, entonces ¿por qué se marchó? Es más, cualquier defensa funcionaría únicamente si Scott era realmente un ingeniero, como aseguraba ser.

A principios de septiembre, la policía local decidió acudir a Scotland Yard en busca de ayuda. Se puso al inspector Thomas Greet a cargo de la investigación en Londres, donde recibiría la asistencia del sargento Thomas Brockwell. Greet lograría una gran prominencia pública un par de años más tarde, cuando, en 1895, arrestó al marqués de Queensberry por difamaciones contra Oscar Wilde. Cuando Wilde tomó como amante al hijo de este aristócrata, lord Alfred Douglas, el marqués dejó para Wilde una tarjeta de visita en el Albemarle Club de Londres en la que lo describía tristemente como alguien que «se muestra como un *somdomita* [sic]». Se llamó a Greet para que diera testimonio, en el Old Bailey, acerca del arresto de Queensberry en el hotel Carter's, de Albemarle Street, lo que enredaría al policía en la lamentable historia de la caída de Oscar Wilde.

Aunque fue ese el caso que atrajo mayor atención sobre él, ya era un respetado oficial de policía en la época en la que la policía de Argyllshire solicitó sus servicios. Incluso, Bell, cuya actitud hacia la policía era notoriamente ambigua, reconocía sus habilidades. En una entrevista a la revista *Pall Mall Gazette*, manifestó: «Debo decir que creo que hay en este país algunos oficiales de policía muy agudos. He conocido al inspector Greet, de Londres, por ejemplo [...], y debo decir que me produjo la impresión de tratarse de un oficial muy sagaz». Precisamente, por sus habilidades, Greet se enfrentó a la dura tarea de dar con un personaje tan escurridizo como Scott. En torno al 2 de septiembre, Greet y Brockwell se reunieron con el procurador fiscal y su ayudante, además del doctor Macmillan, el mayor Hambrough y el doctor Hambleton, en el hotel Metropole, en la esquina entre Northumberland Avenue y Whitehall Place, en Londres. Allí recibieron una descripción de Scott, un hombre de constitución delgada pero ancho de hombros, de complexión pálida, ojos gris acero, un rostro alargado y fino con pómulos marcados, cabello negro y ondulado y bigote (que podría haberse afeitado

para entonces). En cuestión de días, la policía dio con el primer rastro serio. Había un hombre que respondía al nombre de Edward Sweeney y que coincidía con la descripción de Scott en lo principal. Además, corría el rumor de que en ocasiones adoptaba el nombre de Scott para los negocios.

Resultó que Edward Sweeney no tenía reparos en adoptar múltiples identidades. En su trabajo oficial como empleado del corredor de apuestas Sidney Russell se lo conocía por lo general como Edward Davis (y, en ocasiones, como «Ted el Largo»). Recibía habitualmente el correo a ese nombre en la calle Sutherland, 35, en Pimlico, donde residía con sus padres. Sin embargo, cuando Brockwell fue a la casa, Sweeney no se encontraba allí y ninguno de sus conocidos pudo, o siquiera quiso, proporcionarle información sobre su paradero. Su hermano, George, portero en el hotel Westminster Palace, se mostró particularmente impreciso. Dijo que había visto a su hermano mayor por última vez a mediados de septiembre, en un momento en que Edward se encontraba muy mal, pues sufría un asma grave y estaba pensando ir a Bournemouth. Por lo que George explicó, esperaba que el aire de la costa mejorara su salud. También especuló con la posibilidad de que Edward hubiera decidido entonces tomar un barco a Australia, ya que había realizado viajes similares con anterioridad y había sido muy beneficioso para su asma. Sin embargo, aparentemente no había dado ningún tipo de confirmación sobre si realmente se había hecho a la mar.

La proclamación de honestidad de la familia de Sweeney resultaba frágil, cuanto menos. La decisión de Edward de adoptar al menos un pseudónimo inspiraba poca confianza en su honradez, y finalmente resultó que no era el único que utilizaba un alias. Ya en agosto, George se había presentado a un sastre de Eton como George Hunt, por motivos que nunca llegaron a aclararse del todo. Y tampoco se mostró dispuesto a facilitar el trabajo de la policía más de lo necesario. Cuando se requirió su comparecencia por primera vez, mientras estaba en el hotel Westminster Palace, George se negó a explicar los detalles de un viaje que había realizado a Escocia en agosto, incluyendo si había tenido la intención de realizarlo con Edward. Tampoco les dijo a dónde habían ido sus padres después de abandonar su dirección en Pimlico, el 12 de octubre. George Sweeney decía: «La policía me preguntó dónde había ido [mi padre] dos días después, pero no lo sabía en ese momento y no pude decírselo.

No me lo volvieron a preguntar. Después iría a casa de mi padre, a su nueva dirección, todas las tardes por lo que, si la policía hubiera querido descubrirla, podrían haberme seguido fácilmente hasta la nueva dirección».

Sin embargo, hubo un punto en el que se mostró firme con la policía: Edward Sweeney, alias Edward Davis, no podía de ninguna forma considerarse responsable de la muerte de Cecil Hambrough. El menor de los hermanos insistiría en que «era un joven amable y agradable. No creo que hubiera podido hacerle daño a nadie aunque lo hubiera intentado». La policía, no obstante, siguió convencida de haber identificado al hombre misterioso aunque no hubiera podido localizarlo. En septiembre, se hizo circular su descripción por las comisarías de la Policía Metropolitana, pero sin resultado, por lo que le siguió un llamamiento ciudadano en noviembre. La descripción original se veía ahora complementada con algo de material adicional: «Sufre de asma, tiene el hábito de llevarse la mano al costado derecho cuando tose; de salud delicada; viste bien y generalmente luce un sombrero bajo de fieltro duro». Pero no se produjo ningún avistamiento real, ni siquiera cuando, el 1 de diciembre, se ofreció una recompensa de doscientas libras por cualquier información. Los oficiales de Tighnabruaich se unieron a la búsqueda en Londres durante un período de seis semanas, pero nunca llegaron siquiera a poner la vista en el sospechoso. Como señalaría el sargento Brockwell: «Se recurrió a todos los métodos policiales para descubrir personas, sin éxito».

La prensa, mientras tanto, se sumió en la más ardorosa especulación. Se dijo que era el vástago de una familia noble, un hombre privilegiado capaz de recurrir a los más altos estamentos para que lo cobijaran hasta que los horrores de Ardlamont fueran borrándose de la conciencia colectiva. Otra sugerencia aún más alocada fue que el señor Scott era, en realidad, una mujer cuya maestría para el disfraz había arrastrado a la policía a la cacería humana definitiva. La verdad, no obstante, era bastante mundana. Edward Sweeney, o Edward Davis, como muchos le conocían, era en realidad el señor Scott de Ardlamont, aunque transcurrirían meses antes de que los hechos, que eran escasos, comenzaran a salir a la luz. En diciembre de 1893, con Monson ya detenido, Scott aún desaparecido y los preparativos del juicio avanzando, la policía seguía incapaz de transformar sus sospechas en torno a la identidad de Scott en pruebas fehacientes. Sin embargo, todas las partes principales

involucradas en el caso habían acabado por aceptar que Edward Sweeney, alias Davis, era casi sin ninguna duda el hombre que había ido de caza con Cecil y Monson el día del disparo.

Aparte de eso, la vida de Sweeney, y en particular sus movimientos durante la segunda mitad de 1893, estaban envueltos en dudas y rumores. Según algunas fuentes, en una ocasión fue empleado de la Oficina Postal y había pasado algún tiempo en la mar antes de perder la ilusión por la vida en las aguas. Alguien, que aseguró haber sido un antiguo compañero marineró suyo, le dijo a un periodista del periódico *The Sun* en diciembre de 1893, que cuando Sweeney abandonó el barco, en el que trabajó en octubre de 1890, había aludido a ciertos planes para lograr una vida más lucrativa de vuelta en tierra firme. La fuente le contó al reportero: «No había vuelto a ver a Sweeney hasta el mayo pasado, cuando me topé por casualidad con él en Piccadilly Circus. Iba como todo un señorito, bien vestido, con un traje gris claro y un bombín marrón y llevaba un anillo de diamantes, un alfiler con un diamante y una pesada cadena de oro. Nos reconocimos y me invitó a beber algo [...]. Me dijo que le iba bien y que había ganado seiscientas libras el año anterior [...]. Era un fantoche frío y calculador como nadie que yo haya conocido, con “jeta” como para seis, artero y avieso; callado e inofensivo cuando le convenía, pero un demonio cuando se le provocaba». La credibilidad de estos recuerdos es indudablemente cuestionable, pero la historia, en lo fundamental, era factible.

Mientras la identidad de Scott permanecía en duda, Monson continuaba diciendo que no sabía prácticamente nada de aquel hombre, y que Hambrough había sido el que tenía relación con él. Monson, no obstante, estaba siendo cuanto menos poco sincero, pues ciertamente había tenido negocios con Sweeney en Londres en una serie de ocasiones. De hecho, en una carta privada enviada a lord Galway, la propia madre de Monson declaraba que dos de sus otros hijos habían visto a «ese tal Scott» en compañía de Alfred y Agnes, en Inglaterra (la señora Monson, por cierto, parecía tener muy poca estima por su nuera, pues le decía a lord Galway que había hablado con comerciantes que habían trabajado anteriormente como proveedores de la casa de Alfred, y estos tenían «muy pobre opinión» de Agnes).

Varios meses después del juicio, dentro de una serie de revelaciones publicadas en periódicos y libros, saldría a la luz que Monson sí que había

invitado a Sweeney (alias Davis, alias Scott) a Ardlamont, después de todo, y que conocía muy bien sus negocios. Sin embargo, nunca se demostró su motivación de manera concluyente. Se sugirió que la invitación se extendió como una exhibición de generosidad (quizá después de una jornada de apuestas particularmente productiva). Otra alternativa indicaba que un grupo de compañeros militares de Cecil iba a llegar a Ardlamont para el *Glorious Twelfth*, el primer día de la veda de caza de urogallos. Contar con un corredor de apuestas particular habría supuesto una diversión bien recibida, por no mencionar un medio por el cual Monson podría desplumar a sus invitados de buena parte de sus salarios. O quizá la razón fuera mucho más básica: ¿iba a ser Scott el cómplice en el asesinato de Cecil?

La decisión de presentar a Sweeney como Scott no ayudó a despejar las sospechas que surgieron más tarde en relación al tiroteo. Pero ¿podría haber algún otro tipo de explicación más inocente? Sweeney, a su debido tiempo, intentaría sugerir que sí. Dijo que le habían presentado a Monson en mayo de 1898, «como un joven de alto copete con bastante dinero y mucha afición por las apuestas y las carreras de caballos [...], alguien de quien yo deseaba y esperaba sacar un beneficio considerable». Añadió que había visto a Monson en torno a media docena de veces antes de su viaje a Ardlamont, el 8 de agosto, cuando habían tomado juntos el vapor al muelle de Kames desde Greenock. Fue en esta sección del camino que le presentaron a James Donald, el hombre que esperaba venderle el barco a Cecil, en lo que aparentemente fue un encuentro casual durante el cual Monson se refirió a su compañero de viaje como «alguien de la agencia inmobiliaria». Supuestamente, Donald invitó a los otros dos a «inspeccionar las calderas»: aparentemente, la frase en clave entre los ingenieros para referirse a tomar un vaso de *whisky*. Fue entonces, según recuerda Sweeney, cuando Monson lo presentó como el señor Scott. Por lo que se dijo posteriormente, Monson comentó: «Mire, viejo amigo, ni se me ocurriría presentarlo a mi esposa como Ted Davis, el corredor de apuestas, así que no se preocupe si digo que es usted otra persona porque estoy seguro de que ella montaría un escándalo de no hacerlo así. No es que a ella le importara realmente, pero ya sabe cómo se ponen algunas personas con los hipódromos y creen que cualquiera relacionado con ellos debe ser un mal bicho».

Sweeney se lo tomó con bastante deportividad: «Me importa un carajo lo

que me llame, siempre que no me tome el pelo. Me puede llamar Juggins o Muggins, o como quiera, pero no tiene sentido que me haga pasar por señorito, ¿entiende? Ni tiene sentido que diga que vengo a disfrutar del aire libre, porque tal vez sepa de carreras más que la mayoría, pero eso es todo cuanto sé de deportes. ¿No puede decir que he venido por negocios y que me ha invitado a quedarme?». Y así fue cómo nació Scott, el ingeniero.

En circunstancias normales, esto podría haberse considerado como una versión muy creíble de los acontecimientos. El juego se consideraba una auténtica amenaza al tejido social en la Gran Bretaña de finales de la era victoriana. Aunque temido principalmente como un vicio incontrolable de las clases obreras (un vicio, como un comentarista contemporáneo lo expondría, que se servía de «la ignorancia de los sirvientes y otros de entre las clases menos intelectuales»), también tenía reputación de arrastrar a la crema y la nata. El nombre del aristócrata *squire* Osbaldeston, por ejemplo, iba de boca en boca, no por su labor como miembro del parlamento o siquiera por su excelente talento para el deporte (era un jinete, remero y jugador de *cricket* de primera clase), sino porque había acumulado deudas de juego por valor de 200 000 libras (algo más de 2 millones de euros actuales). A resultas de ello, se vio obligado a vender sus propiedades y murió en la pobreza en 1866. El juego tocó la fibra sensible de los guardianes de la moral de la época, porque, prácticamente, en ningún otro ámbito social, las clases más altas y más bajas se acercaban tanto. La Ley de Juego de 1845 llegó a establecer que una apuesta era un contrato legal no ejecutable en un esfuerzo por librar los tribunales de la ya familiar visión de figuras eminentes denunciándose entre ellas por deudas de juego. En la década de 1890, el corredor de apuestas se consideraba una figura ilícita de la sociedad. Los pequeños corredores como Sweeney se tenían por particularmente despreciables, nada más y nada menos que por el supuesto papel que cumplían en la corrupción del «deporte de reyes». No resulta difícil imaginar qué habría pensado de él Agnes Monson si hubiera sabido cuál era su auténtica vocación: que no era «trigo limpio», que era un estafador. Sin embargo, si la madre de Monson tenía razón y Agnes lo sabía todo acerca de Sweeney, entonces esa versión se viene abajo.

Según la narración ofrecida por Sweeney y dada a un periodista algún tiempo después del desarrollo del juicio, le pareció que los Monson le

trataron con gran hospitalidad a su llegada a Ardlamont, aunque la jornada de caza le ponía nervioso porque no se sentía cómodo con un arma. Entonces, el día 10, los acontecimientos comenzaron a superarlo. Al recordar la escena del bosque, dijo: «Ni soy un antiguo soldado ni un médico, y la visión de aquel buen muchacho, de ese joven caballero muerto ante mí casi me hizo perder la cabeza. Me dijeron que ayudé a levantarlo y, si me preguntaran, no tengo dudas de que ayudé como buenamente pude; pero si mi vida dependiera de mi respuesta, no sabría decirle con total exactitud lo que ocurrió o dejó de ocurrir, o lo que se dijo o dejó de decirse, durante los pocos segundos en que estuvimos en pie frente al cuerpo sin vida de Cecil Hambrough».

Quedar horrorizado tras un encuentro cercano con la muerte es una cosa, pero entonces ¿por qué eligió huir del escenario? A lo que respondió: «Porque ni el señor Monson ni yo mismo teníamos nada que temer. Porque el doctor Macmillan me dijo que no se me necesitaría; porque era lo más natural y lo más respetuoso que podía hacer bajo aquellas lamentables circunstancias: no entrometerme entre mi anfitrión y mi anfitriona y su terrible problema». Así, justificó abandonar Ardlamont la tarde del 10 «sin ocultamiento ni excesiva premura». En cuanto a por qué no dio la dirección de su casa a M'Calman, en el puerto de Tighnabruaich, sino la de un hotel de Glasgow, simplemente indicó que porque no se la pidieron y porque «no quería dar motivo de chismorreo a cualquier metomentodo al revelar la verdad que tan tontamente había estado escondiendo: es decir, mi cambio de nombre y ocupación; y porque no pensé que fuera justo y adecuado hacerles algo así al señor y la señora Monson después de la amabilidad y hospitalidad que me habían mostrado».

Cuando ya llevaba un tiempo de vuelta en Londres, según contó Sweeney, leyó para su sorpresa que habían recaído sospechas sobre Monson acerca de la muerte de Cecil. Esa noticia, según decía, había hecho que su coraje moral le fallara: «Acusado de asesinato. ¡Dios bendito! No soy ningún santo. Soy corredor de apuestas, pero no un asesino: no soy tan malo». Así pues, decidió desaparecer. Según su propia narración, hizo el equipaje con algunas de sus posesiones y se disfrazó afeitándose el bigote y vistiéndose con ropa vieja y gastada. Tomó primero un tren a Bradford, después otro a Halifax (donde adoptó el nombre de señor White), después a Newcastle, de nuevo a Halifax, y

luego a Birmingham. Decidió entonces navegar a Irlanda desde Holyhead, pero allí, según declaró, vio a un policía de Londres al que conocía. Convencido de que la policía estaba allí por él, decidió poner pies en polvorosa y arrojó la bolsa al agua desde la plancha de embarque para crear una distracción mientras desaparecía en las sombras. Desde allí, si se da credibilidad a su historia, se convirtió en un vendedor de joyas ambulante que viajaba en una carreta de *pony* y vivía a salto de mata. En diciembre de 1893 regresó a Newcastle, antes de aceptar un empleo como pintor en Carlisle. Tras sufrir un demoledor ataque de asma, logró llegar a Bournemouth antes de regresar finalmente a su Londres natal, en algún momento de principios de 1894.

Esa fue la historia que Scott le contó a un periodista y que podría ser cierta en su totalidad o parcialmente. Sin embargo, la casera de su antigua residencia de la calle Sutherland, la señora Keen, presentó una versión diferente varios años después. Según ella y, en ese sentido, coincidiendo con la versión de Sweeney, el 5 de septiembre se encontró con la señora Sweeney, en la casa de Pimlico, llorando. La madre de Sweeney le dijo: «Oh, señora Keen, Ted se ha ido y vamos a tener que dejar nuestras habitaciones». Eso hicieron a las pocas semanas, aunque a la señora Keen le costaba creer que su antiguo inquilino, de modales tan agradables, pudiera estar involucrado en el caso Ardlamont. Sin embargo, la siguiente parte de su narración crea algunas dudas en torno a la emocionante huida por todo el país que describió Sweeney. Según reveló: «Hay un dato muy interesante que la opinión pública desconoce y de lo que muy pocos han sabido algo. Es lo siguiente: que durante todo el tiempo que duró el revuelo sobre Davis [Sweeney], cuando se intentó frenéticamente localizar su paradero por todos los medios y no se pudo localizar ni rastro de él, estuvo escondido en el East End de Londres. Le dijo a mi marido que estuvo en el East End de Londres y que nunca se marchó de allí».

Fuera cual fuese la verdad, la desaparición de Sweeney dejó a Monson en una situación precaria y preparándose para entrar en los juzgados en diciembre de 1893. Aunque las autoridades no lograron capturar a Scott (y, de haberlo hecho, sin duda se habría esperado que corroborara la versión de Monson sobre la aciaga mañana), la policía estaba del todo convencida de saber su identidad real. Sugerir que Scott y Sweeney podrían ser dos

individuos distintos, ambos relacionados con Monson, ambos con un parecido físico reseñable y ambos desaparecidos al mismo tiempo pero cada uno independiente, era demasiado pedir. Indudablemente, a Monson se le había ido la mano al negar inicialmente que Scott fuera más que un conocido suyo. La impresión abrumadora era que estaba intentando engañar a los que investigaban la muerte de Cecil. Y ¿por qué iba a querer hacerlo si esos dos no hubieran tenido algo que ver con el fallecimiento? E, igualmente, ¿por qué se escondería Scott si era un hombre inocente? Estas eran algunas de las cuestiones esenciales sobre las que un jurado de contemporáneos de Monson tendrían que decidir en el muy esperado juicio, cuyo inicio estaba anunciado para dos semanas antes de la navidad de 1893.

Capítulo 9

LA SENSACIÓN NACIONAL

«Obvia usted los más sutiles y delicados aspectos del trabajo analítico para recrearse en los detalles sensacionalistas, que pueden emocionar, pero jamás instruir [...]».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de Abbey Grange.

Desde la punta más meridional de la isla de Wight, de la que Cecil era oriundo, hasta la más septentrional de Escocia, apenas quedaba alguien a finales de 1893 que no tuviera una teoría acerca de lo que ocurrió en el bosque de Ardlamont. Para algunos, esa fascinación resultaría letal. Por ejemplo, puede tomarse el curioso caso de Henry Card, que perdió la vida a principios de septiembre mientras caminaba con el dueño del *pub* local cerca de Lymington, en el parque de New Forest. Al parecer había estado intentado demostrar que las heridas de Cecil podían haber sido autoinfligidas. Tomó una escopeta, la colocó a su espalda con una mano y apretó el gatillo con la otra. Resultó que el arma estaba cargada y que el desafortunado Card se voló la parte superior del cráneo para su demostración. Dejó una viuda y nueve hijos: más víctimas de la tragedia Ardlamont.

Para Monson y sus allegados, la gravedad de su situación quedaría patente

a finales de agosto. El 31 de ese mismo mes, Monson fue llevado ante el subcomisario de Argyllshire (que ejercía, a todos los efectos, como juez local) y se le acusó del asesinato de Cecil. Cuando se le advirtió de que cualquier cosa que dijera podría considerarse en su contra, Monson respondió: «Tengo que decir que no soy culpable de los cargos presentados en mi contra; que tampoco me encontraba con el señor Hambrough, o a la vista de él, cuando ocurrió el accidente. Por tanto, no sé explicar cómo ocurrió. Por consejo de mi abogado, declino hacer ninguna otra declaración en este momento. Todo lo que declare será la verdad».

Fue llevado, entonces, de regreso a la prisión de Inveraray antes de transferirlo a la prisión de Greenock, una semana más tarde. Tal era su notoriedad para entonces, que se hizo un gran esfuerzo para transportarlo de una prisión a otra y causar con ello el menor revuelo posible. Fue esposado a un policía vestido de paisano y llevado hasta el *ferry* (el *Lord of the Isles*, el mismo que había llevado a Monson y Scott en su viaje a Ardlamont un mes antes, y que había hecho posible la marcha de Scott del escenario el mismo día de la muerte de Cecil) antes que ningún otro pasajero. Ya a bordo, el guardia y él se mantuvieron en la cabina de mando, fuera de visión y, aún así, se formó una multitud a su llegada a Greenock ese mismo día y de nuevo en la prisión, a la que llegó en carruaje. La tensión y emoción entre aquellos que esperaban vislumbrar al sospechoso de asesinato era palpable.

Littlejohn contribuyó a aumentar esa sensación de drama, al otorgar una entrevista a su retorno a Edimburgo desde la isla de Wight. El periodista quería saber lo que el doctor había sacado en claro de todo aquello. Littlejohn, aunque admitió que era demasiado pronto como para dar una opinión suficientemente formada, habló con candidez. Por lo que dijo, según su valoración personal, el joven no pudo haber encontrado la muerte por causa de su propia negligencia. Sin embargo, se retractó casi de inmediato, al añadir que aún quedaba mucho por decir a favor de la idea de que el arma pudo haberse disparado por accidente. Quizá tuvo la impresión de haber hablado demasiado en un principio, pero su segunda declaración resulta extrañamente opuesta a la primera. No había nada que sugiriera que el arma de Cecil se hubiera disparado por un defecto de esta, por lo que cualquier disparo ¿no habría sido, hasta cierto punto, resultado de la falta de precaución del que la

sostuviera? Littlejohn prosiguió su explicación indicando que asumía que el caso iba a estar plagado de dificultades en cuanto a evidencias médicas. Para todo aquel dispuesto a leer entre líneas, aunque fuera lo más mínimo, aquello sonaba como Littlejohn confirmando que la muerte de Cecil había sido cualquier cosa menos una tragedia desafortunada. En un espacio de apenas semanas ya no reprimiría su apoyo a dicho argumento, pero, incluso en este primer momento, sus intentos por moderar sus palabras fueron, en el mejor de los casos, tibios.

Los Monson, entre tanto, se preparaban para el juicio como buenamente podían. Conscientes de la gran cantidad de dinero que precisarían para conseguir una defensa sólida, empezaron por utilizar sus conexiones familiares para lograr fondos. La primera persona a la que acudieron fue, por supuesto, la madre de Monson, Isabella. Sin embargo, y aunque gozaba de una posición cómoda en comparación con el modo de vida normal, sus medios no eran en absoluto ilimitados. Aunque le proporcionó el apoyo económico necesario para financiar la defensa, no estaba dispuesta a ofrecerle a su hijo el cheque en blanco que este pretendía. Por tanto, animó a Monson a acudir a su primo, el sobrino de ella, George Monckton-Arundell, séptimo vizconde de Galway, además de a William Monson, primer vizconde de Oxenbridge tras fallecer el primer primo de Monson.

Ambos eran auténticos peces gordos en la sociedad victoriana tardía. Galway, antiguo miembro del parlamento por parte del partido conservador, elegido por los votantes de Nottinghamshire norte, era un notable cortesano que había llegado a vizconde en 1876 y sirvió durante años como ayuda de campo a la reina Victoria, Eduardo VII y Jorge V. Oxenbridge, por su parte, era un liberal de alto rango que había servido como miembro del parlamento en representación de Reigate, antes de llegar a la Cámara de los Lores en 1862. Ocupó una serie de cargos en los gobiernos de William Gladstone y en 1893 ya era caballero mayor, una función prestigiosa, si bien bastante ceremonial, dentro de la Casa Real.

A principios de septiembre, Agnes escribió una vehemente nota a lord Galway para pedirle ayuda para convencer a Isabella de que abriera un poco más la cartera. Agnes le aseguró que Monson era «totalmente inocente de los cargos de los que se le acusan», pero Galway se mostró reticente a

comprometerse con la causa, por lo que le dijo a Agnes que sobrestimaba su influencia sobre Isabella, y le explicó su renuencia a intervenir y hacerse valer por encima de los asesores legales de su tía. No se sabe con certeza cuál era su parecer acerca de verse involucrado en un escándalo tan poco digno, pero, al ofrecerle a Agnes poco más que una serie de tópicos, se puede percibir un claro tono de desinterés. Escribió: «No es necesario que diga lo sorprendido y horrorizado que me encuentro ante la terrible situación en la que se halla su marido, y le puedo asegurar que todos sentimos el mayor pesar por usted en estos duros y terribles momentos y espero, con toda sinceridad, que en poco tiempo se demuestre su inocencia de manera concluyente».

Isabella, por su parte, mantenía correspondencia regular con Galway por aquella época y le informaba del desarrollo de los acontecimientos, además de confiarle parte de la turbulenta situación que estaba atravesando. La repentina sangría a sus fondos le preocupaba profundamente y, el 20 de septiembre, le escribió que se había visto obligada a hacer un pago de 800 libras o arriesgarse a que los abogados de Monson les dejaran en la estacada. Pensaba no tener más opción que la de seguir intentando encontrar dinero, puesto que «creo que es una cuestión de vida o muerte. Nadie podrá decir nunca que su madre lo dejó sin defensa y que por eso ocurrió lo peor [...]. Creo que es mi obligación». Mientras tanto, Galway realizó esfuerzos independientes para calibrar la dirección en la que soplaban el viento en relación al caso. Llamó a su amigo *sir* Digby Wentworth Bayard Willoughby, noveno barón de Middleton y hombre de poder e influencia importantes en Yorkshire, para que comprobara la actitud hacia los Monson en el condado en el que habían residido recientemente. Middleton le escribiría el 10 de septiembre: «Mi querido George, he estado intentando recoger todo lo que he podido, desde la última vez que nos encontramos, en relación al caso Monson y he descubierto que hay opiniones divididas. Por supuesto, algunos creen que la acusación en su contra es muy sólida y a otros les huele muy mal que ese tipo, Scott, haya puesto pies en polvorosa [...]. Lo siento mucho por su madre y por usted, y por los demás parientes». Lo cierto era que nadie tenía una clara idea sobre cuál podría ser el resultado del juicio.

A mediados de septiembre, el mayor Hambrough decidió dejar Glasgow y regresar a Londres con su esposa, preocupado porque los sucesos de Escocia

estuvieran pasándole factura a la salud de su mujer. Agnes Monson, por su parte, permaneció resueltamente en el escenario de la tragedia, alojada en Ardlamont y en el hotel Western Temperance, de Greenock, a pesar de que los ávidos escuadrones periodísticos siguieran todos sus pasos. El 18 de septiembre, por ejemplo, un testigo presencial que la había visto tomar el barco de vuelta a Tighnabruaich, después de visitar a Monson en Greenock, informó de que «estaba soportando sus apuros con grandes muestras de entereza». Por lo que se dijo, pasó todo el viaje caminando de un lado a otro de la cubierta mientras conversaba con los miembros de la tripulación y con otros pasajeros. Satisfecha de poder debatir sobre las penurias por las que estaba pasando su marido, le contaba a sus oyentes que este conservaba el valor y la moral bien alta. Le dijo a un hombre: «Ningún caballero que haya conocido a mi marido creería ni por un momento que él ha cometido los crímenes de los que se le acusa, porque es absolutamente incapaz de hacer algo así». También se dijo que había mencionado el hecho de que era bien sabido lo poco cuidadoso que se mostraba Cecil con la escopeta.

Agnes se convirtió en objeto de intensa fascinación, en buena medida porque era ciertamente enigmática. Su hábito de aparecer en público luciendo un grueso velo que oscurecía sus facciones creó en torno a ella una sensación de inescrutabilidad, para mayor disgusto de los editores de prensa que deseaban un dibujo o incluso una fotografía suya. Con sus rizos castaños, su complexión pálida y sus ojos oscuros, solía describírsele como «cautivadora». Siempre que se la mencionaba en los periódicos era con un subtexto implícito de atractivo sexual: Agnes, la belleza leal a Monson, el presunto asesino.

Era una narración útil, al propósito de los editores de intentar enganchar a sus lectores con lo que prometía ser una extensa saga llena de giros y enredos. Huelga decir que los periódicos, por supuesto, tampoco tuvieron reparos en enredarse en toda suerte de especulaciones extravagantes. Los rumores y chismes se repetían de manera rutinaria con apenas alguna concesión a la integridad periodística. El *Aberdeen Weekly Journal* del 19 de septiembre de 1893 informaba de lo siguiente: «Durante los últimos dos o tres días [...] los mentideros locales han estado ocupados con rumores sobre ciertas relaciones de naturaleza bastante peculiares, que supuestamente habrían existido entre el

difunto teniente Hambrough y la familia Monson». ¿A qué se referirían esos rumores? Importaba poco: se daba al lector la libertad de dejar la imaginación correr como loca. Solo después siente el periódico la necesidad de insertar una advertencia importante: «En relación a estas supuestas relaciones circulan extraños rumores de los que, no obstante, no se puede rastrear ninguna fuente fiable».

Entre otras sugerencias infundadas o indemostrables estaba la afirmación de que un hermano de Monson había estado ingresado en Bedlam, la institución psiquiátrica más notoria de Londres, desde principios de año, aquejado de una manía religiosa, si bien no existe mención de la admisión de un Monson en los registros del hospital de ese año. Otra historia afirmaba que un cazador furtivo había sido testigo del disparo de Cecil sin que ni Monson ni Scott lo vieran. Se decía que este nuevo personaje se encontraba recogiendo urogallos para venderlos en el mercado *Glorious Twelfth*, y que estaba escondido entre los arbustos cuando los tres principales actores del drama hicieron acto de aparición en el bosque. Se había mantenido en silencio durante ese tiempo, según decía el reportaje, por miedo a los problemas que su actividad furtiva pudiera conllevarle. Unos días después se publicó una continuación en la que se decía que la policía no consideraba creíbles los informes sobre este testigo presencial esencial.

La retirada más impresionante, del tipo capaz de crearle taquicardias a un editor, fue, sin duda, la del *Aberdeen Weekly Journal*, que, el 15 de septiembre, publicó la siguiente retractación general:

Se nos informa de que las declaraciones realizadas ayer por nuestro corresponsal en Dunoon, que afirmaban que el mayor Hambrough había sido arrendatario en el pabellón de caza de Criaghlaw, Wigtownshire, son infundadas. [El periódico había informado el día anterior de que «fue mientras residían allí (cerca de Wigtownshire), hace unos seis años, que el mozo de cuerdas del mayor Hambrough disparó accidentalmente a la niñera mientras le apuntaba en broma con el arma, sin esperar ni por un instante que estuviera cargada»]. Existen otros aspectos en los que el artículo enviado desde

Dunoon parece ser completamente erróneo. Uno de los pasajes que contenía dice lo siguiente: «Fue en torno a la época de la bancarrota del mayor Hambrough que su padre dejó en herencia el dinero a su nieto, quien hacía ya algún tiempo que había marchado a recibir formación militar del señor Monson y, sin mostrar ninguna consideración por las dificultades que el mayor Hambrough estaba atravesando debido a sus problemas financieros, el anciano designó a Monson, en quien se dice que confiaba sin reservas, como tutor del muchacho». En lo relativo a este punto, el mayor Hambrough ha declarado en entrevista: «Pues bien, mi padre murió en 1862 y Cecil no nació hasta 1873, así que puede usted comprobar lo absolutamente ridícula que es esa historia, y muy particularmente por el hecho de que, en el momento en que murió mi padre, el señor Monson debía ser un niño. Fueron las condiciones de mi abuelo las que lo provocaron todo». En lo relativo a la referencia a la bancarrota, el mayor Hambrough añadió: «Eso tampoco es verdad. Mi situación estaba en condiciones vergonzosas, pero jamás he caído en la bancarrota». En lo relativo a la declaración de que el mayor Hambrough había alquilado el pabellón de caza de Wigtownshire [con una propiedad apta para la caza] hasta el año 1880, el mayor ha dicho: «No había estado nunca en Escocia hasta que vine aquí en relación a la muerte de mi hijo, por lo que, en consecuencia, nunca he alquilado un pabellón de caza en Wigtownshire y jamás se ha producido allí un disparo accidental. El que estas declaraciones sigan circulando bajo circunstancias tan tristes me ha causado, como es natural, gran dolor e irritación».

Si la prensa se hubiera limitado a informar de los hechos sólidos del caso, ya habrían tenido más que suficiente como para seguir llenando columnas, tanto por los dramáticos giros en los acontecimientos como por las intrigantes ramificaciones. La bochornosa situación de las finanzas de los Monson era un campo particularmente fértil para las historias secundarias. El 29 de septiembre, por ejemplo, se informó de que una noticia anteriormente publicada, que decía que amigos de la pareja iban a hacerse cargo de sus

notorios compromisos financieros para con los comerciantes y empresarios locales, resultó no ser verdad. En lugar de eso, un buen número de acreedores se habían asociado para contratar conjuntamente a un representante que iniciara los debidos procesos legales ante el tribunal de Inveraray para la recuperación de deudas. A modo de prueba, se presentó una primera denuncia contra Agnes Monson por parte de un tal señor Durrant, sastre de moda femenina de Glasgow, por el pago de dieciocho libras con dieciocho chelines en relación al abono pendiente de la ropa que el hombre le proporcionó. En ese caso, el juez falló a favor de Agnes, quien logró argumentar con éxito que, al ser una mujer casada, no era ella personalmente la responsable de la deuda, sino su marido.

Tampoco fue este el único proceso legal secundario en el que los Monson se vieron envueltos. A principios de diciembre, la madre de Agnes, Annie Day, compareció ante los tribunales de Manchester para defenderse de una denuncia impuesta por la Lancashire and Yorkshire Reversionary Interest Company. El caso giraba en torno a si la señora Day había firmado el documento de un crédito de 600 libras pagaderas a su yerno en 1890. Ella habría firmado el documento, que la hacía responsable del reembolso de cincuenta y cuatro libras y once chelines de intereses sobre la deuda, supuestamente en presencia de Cecil Hambrough. Agnes viajó desde Edimburgo para testificar que su madre mentía cuando declaraba que habían falsificado su firma. Monson proporcionó un testimonio por escrito que declaraba lo mismo. El jurado, no obstante, falló a favor de la señora Day, en una aceptación implícita de que Monson había falsificado la firma después de todo. No era la clase de publicidad que un acusado de asesinato agradecería antes de iniciarse su juicio.

Para aquellos que seguían el caso desde la distancia, probablemente el aspecto más fascinante fuera la implicación del tipo de personas que rara vez se suelen encontrar involucradas en juicios por asesinato. Alfred Monson daba el perfil de alguien con más probabilidades de figurar habitualmente en los ecos de sociedad que en las páginas de sucesos. Los hombres apuestos y bien educados, casados con esposas arrebatadoras y dedicados a la educación de jóvenes caballeros, no se dedicaban a ir por ahí matando a sangre fría. Durante buena parte del siglo XIX, la corriente de opinión académica había

favorecido la idea de que la criminalidad, y muy especialmente los comportamientos de la naturaleza más brutal, era el territorio de los estratos más bajos de la sociedad. La propensión a actuar en contra de la ley se consideraba, entre buena parte de la población, como una condición hereditaria que pasaba de generación en generación entre aquellos inferiores a nivel intelectual y moral, una visión cuyos partidarios, a menudo, alegaban que había encontrado su fundamento científico en las teorías de la evolución y de los caracteres adquiridos de Darwin.

Es más, muchos que afirmaban tener inclinaciones científicas consideraban que la criminalidad se manifestaba mediante atributos físicos. Durante la primera mitad del siglo, la idea se sintetizó en la hoy denostada teoría de la frenología. Basada en las ideas de un médico austríaco llamado Franz Joseph Gall, la frenología establecía que las facultades mentales y las características morales de un individuo podían deducirse estudiando la forma y tamaño de su cráneo, puesto que, según sugería esta pseudociencia, al dividirse el cerebro en una serie de regiones, cada una relacionada con una facultad específica, el cráneo refleja el estado de su desarrollo (o subdesarrollo) en esas regiones. Incluso, el propio Sherlock Holmes coquetearía con la frenología. Por ejemplo, en «La aventura del carbunco azul» dedujo la capacidad intelectual de un hombre a partir del tamaño de su sombrero, al señalar: «Es una cuestión de capacidad cúbica. Un hombre con un cerebro tan grande tiene que tener algo dentro».

Al desarrollar las ideas de los frenólogos, Cesare Lombroso, un médico militar italiano, se estableció como el inventor a efectos prácticos de la criminología moderna, pues intentó determinar lo que creía que eran señales reveladoras de la disposición criminal. Con este propósito, realizó un amplio número de exámenes físicos entre numerosos reclusos en cárceles y sanatorios mentales, junto con voluntarios «convencionales y respetuosos con las leyes». En 1876, publicó su obra de referencia, *L'uomo delinquente (El hombre delinquente)*, en el que aseveraba que esas «revelaciones» permitían catalogar a los criminales según distintos tipos: el asesino, por ejemplo, solía tener nariz aguileña y la mirada fría (los rasgos de ave rapaz de Joe Bell sin duda debieron ser frecuente fuente de preocupación). Para una mente moderna, observaciones tan precipitadas y generalizadas resultan horrorosamente

controvertidas, pero para la pretensión victoriana de imponer el orden en todos los aspectos de la vida resultaban francamente atractivas. Algunas de las notas realizadas por Lombroso en torno al examen *post mortem* del cráneo de un convicto son muy reveladoras en cuanto a este enfoque: «A la vista del cráneo, tuve la impresión de verlo todo de golpe, iluminado como una vasta llanura bajo un cielo flamígero, el problema de la naturaleza del delincuente: un ser atávico que reproduce su persona en los feroces instintos de la humanidad primitiva y los animales inferiores».

Establecer el tipo criminal con un examen físico ofrecía la oportunidad, al menos desde un punto de vista teórico, de identificar y eliminar las amenazas al orden social. Al proclamar un control sobre la ciencia y su uso para mejorar la sociedad en toda su extensión, la criminología representaba la realización de los ideales Victorianos más elevados. De la misma manera que la mente occidental justificaba el imperio como medio de «civilizar» el mundo no europeo, Lombroso y sus afines permitieron a esas mismas sociedades occidentales creer que podían librarse de sus propios aspectos menos civilizados. Resultaba reconfortante creer en la criminalidad no como el resultado de alguna disfunción social fundamental (pobreza, privaciones, desigualdad), sino como un rasgo característico heredado que pudiera encontrarse entre los estratos de la sociedad más débiles, más pobres y menos educados. Un rasgo que, en última instancia, quizá incluso pudiera erradicarse. Tal y como lo expresó el reputado periódico médico *The Lancet* en un artículo de 1873:

Si hay en nuestra comunidad en quienes la transmisión hereditaria de atributos físicos y morales sea más notoria es entre la población que abarrotan nuestras prisiones. Obsérvese su constitución física. Un desarrollo craneal imperfecto, con un debilitamiento concomitante de la cerebración que aumenta hasta casi una regresión a las bestias, se manifiesta en la mayoría de sus miembros. A nivel intelectual y moral son imbéciles, con un ingenio malicioso para reemplazar su inteligencia y la voluntad reducida hasta una forma elemental de deseo.

El hecho de que Monson no cumpliera con el estereotipo emergente del depravado subnormal e infraevolucionado proporcionaba a los espectadores una nueva e intrigante faceta. Mientras tanto, Arthur Conan Doyle ya jugaba con la noción del degenerado atávico dotado de un gran intelecto en el relato que apareció justo cuando Monson estaba a punto de comparecer ante el tribunal: «El problema final». En él, Holmes reflexiona sobre la naturaleza del profesor Moriarty, su mayor enemigo: «Pero ese hombre escondía una tendencia hereditaria a lo diabólico. Llevaba en la sangre un instinto criminal que, en vez de atenuarse, se incrementó, y resultó infinitamente más poderoso gracias a sus extraordinarias dotes intelectuales».

En medio de la aceptación general de que el criminal nace y no se hace, no resulta sorprendente que una figura como Monson pareciera tan atractiva. Siendo este hombre como era hijo de un vicario y familiar de poderosos aristócratas que transitaban por el parlamento y la corte real, ¿podía ser que su mala sangre fluyera también por las venas de estos? Hay algo de delicioso en descubrir que aquellos que parecen ser mejores que uno, en realidad, tienen las mismas taras (o incluso peores) que uno mismo. La posibilidad de que un vástago de la élite social pudiera ser un vulgar asesino que buscara dinero fácil debió, sin duda, seducir al iconoclasta que llevara dentro cualquiera que tomara un periódico y leyera los últimos detalles del misterio de Ardlamont en el otoño e invierno de 1893.

Ya se habían producido varios jugosos escándalos que implicaban a privilegiados y pudientes en un pasado relativamente reciente. En 1891, por ejemplo, se dio el caso Tranby Croft, en el que se obligó a Eduardo, príncipe de Gales, a comparecer ante los tribunales en un juicio por difamación instigado por su amigo, *sir* William Gordon-Cumming. El episodio se inició en una fiesta en Tranby Croft, la residencia en York de Arthur Wilson, de la adinerada familia de armadores Wilson. Este acusó a Gordon-Cumming, amigo íntimo de Eduardo, de hacer trampas jugando al *baccarat*, lo que suponía un grave insulto. El príncipe intervino y se llegó a un aparente acuerdo, por el cual Gordon-Cumming se comprometía a no jugar más a las cartas a cambio del silencio de Wilson y sus invitados. Sin embargo, después de producirse algunas indiscreciones en relación a sus hábitos tahúres, Gordon-Cumming decidió presentar una denuncia por difamación. Como era de esperar, no fue

capaz de sacar adelante el proceso y acabó con la reputación por los suelos. El príncipe, mientras tanto, se encontró con que su popularidad en el país alcanzaba unos mínimos históricos: el gran público británico aprovechó alegremente la oportunidad para, en palabras del *Yorkshire Gazette* del 13 de junio de 1890, «moralizar sobre [...] la iniquidad de los estratos más elevados de la sociedad».

No fue esta la primera vez que el príncipe de Gales se encontrara incómodamente arrastrado a un proceso legal notorio. Ya en 1870 se vio forzado a comparecer y negar cualquier «familiaridad inadecuada» con *lady* Harriet Mordaunt, durante la demanda de divorcio presentada por el marido de esta, el parlamentario conservador *sir* Charles Mordaunt. Se cerraron filas en torno al príncipe y, entre las medidas que se tomaron, estuvo la de declarar a *lady* Mordaunt incapaz mental para contar con una adecuada defensa legal: algo de cuya validez a día de hoy sigue existiendo debate. La petición de *sir* Charles se rechazó y se encerró a su esposa en un sanatorio, mientras el buen nombre del príncipe quedaba aparentemente intacto, si bien todo el caso causó sensación entre los numerosos estratos de la sociedad británica.

También se produjo una intervención real en el escándalo de Cleveland Street de 1889, cuando se nombró a un grupo de eminentes miembros de la alta sociedad (entre los que, según los rumores, se encontraba el hijo del príncipe de Gales, el príncipe Alberto Víctor) como clientes de un burdel masculino de Londres que sufrió una redada de la policía. Se mantuvo el nombre de Alberto Víctor fuera de la prensa británica, que no de la internacional, pero el caso se hizo notorio por las sospechas de que figuras poderosas habían logrado que se cerrara la investigación en torno al burdel y su clientela. El caso, no obstante, ofreció una nueva oportunidad para la prensa popular y sus lectores de poner bajo el microscopio a sus supuestos superiores sociales. En todos los periódicos, la homosexualidad se caracterizaba como un vicio de las clases superiores, mientras retrataban a los jóvenes varones que ejercían la prostitución como inocentes corrompidos por hombres que debían saber lo que hacían.

Tal era el apetito público por exigir que la élite social rindiera cuentas de alguna forma. Y aunque el misterio de Ardlamont quizá careciera de una asociación tan directa con las más altas esferas como las de los otros

escándalos de reciente factura, resultaba particularmente estremecedor por tratar del más dramático y terrible de todos los crímenes. Hasta cierto punto, no obstante, Monson se vio protegido de los más terribles excesos del escrutinio mediático mientras se encontró dentro de una celda: primero en Inveraray; después, en Greenock y, finalmente, en Edimburgo. De hecho, podría considerarse hasta misericordioso que su petición de que le proporcionaran toda una serie de periódicos diariamente fuera rechazada y se le concediera solo uno al día.

Tampoco podía tener Monson demasiadas quejas respecto al tratamiento que recibió antes del juicio por parte del sistema de prisiones, especialmente cuando se lo compara con los traumas experimentados por muchos prisioneros de menor envergadura acusados de delitos bastante más leves. Se había trasladado a Monson desde Greenock hasta Calton Jail, en Edimburgo, donde permanecería hasta que el juicio comenzara al mes siguiente. La prisión, un edificio lúgubre y almenado construido sobre la pendiente rocosa de Calton Hill, se había granjeado una reputación temible desde su inauguración en 1817. Se la conocía por su dura disciplina y condiciones míseras, además de por el grave problema de superpoblación: sorprendentemente, la población femenina era mucho mayor que la masculina. Muchas de las reclusas estaban condenadas por cargos relativamente leves, habitualmente asociados a la embriaguez y la prostitución, pero carecían de los recursos financieros suficientes como para abonar las multas que las hubieran alejado de las celdas. A menudo se las llevaba al húmedo y oscuro interior de la prisión acompañadas de sus inocentes hijos. En palabras de Willie Gallacher, el sindicalista que pasó un tiempo encerrado en Calton tras acusársele de sedición durante la Primera Guerra Mundial, «era, con mucho, la peor prisión de Escocia; fría, silenciosa y repulsiva».

Monson, no obstante, estaba destinado a ver la cara más amable de aquel lugar. El traslado se realizó en el mayor de los secretos, de tal forma que se le sacó discretamente de la estación de Haymarket, en Edimburgo, hasta un coche de alquiler que lo esperaba y, de allí, a la prisión en compañía del alcaide y de un guardia vestido de paisano. Se le llevó, entonces, a su celda, una de tamaño relativamente grande que se ubicaba en lo más alto de uno de los bloques y que podía presumir de tener una mesa, un sillón y una chimenea,

además de una ventana en lo más alto de la pared que proporcionaba luz natural. La idea era mantenerlo lo más alejado posible del grueso de la población de la prisión. Además, se le asignó una segunda celda más pequeña con una ventana abierta enrejada, a la que podía acudir para recibir aire fresco y hacer ejercicio bajo la supervisión de un guardia. Se hicieron preparativos para que la comida, que incluía una pinta de cerveza, le llegara de un hotel local, y Agnes podía visitarlo durante dos horas completas cada semana. Monson estaba recibiendo un tratamiento que la mayoría de los demás reclusos solo podía soñar.

Sin embargo, si en algún momento empezó a sentirse ligeramente cómodo en el entorno de Calton Jail, el sistema judicial tenía otros planes. A finales de octubre se le notificó que se le había acusado de un nuevo cargo: el de un intento de asesinato contra Cecil, anterior al asesinato real por el que le habían arrestado. Un mes después, apenas un par de semanas antes de que se iniciara el juicio, se le sacó a hurtadillas de la prisión y se le llevó ante el Alto Tribunal de Justicia, a las diez de la noche del sábado, para que pudiera presentar sus alegaciones en relación a los nuevos cargos. Agnes también compareció, si bien no se permitió ninguna comunicación entre marido y mujer. Vestido con un traje azul de sarga y un abrigo oscuro, Monson tenía un aspecto sorprendentemente bueno mientras esperaba la llegada del comisario Blair al tribunal, y aprovechó el tiempo para hablar con sus asesores. Cuando el comisario apareció, leyó las imputaciones por las cuales Monson y Scott habrían intentado conjuntamente asesinar a Cecil Hambrough, ahogándolo. Monson, según los cargos, había previsto para ello realizar un agujero en un lateral del bote, que él mismo y Cecil habían tomado en su excursión de pesca la noche antes del disparo. Cuando el bote se encontraba ya en las aguas profundas de la bahía de Ardlamont, continuaba, Monson se había asegurado de retirar el tapón que cubría el orificio de tal forma que Cecil se ahogara en el mar. Con voz firme, Monson se declaró no culpable.

El hecho de que se añadiera el cargo de intento de asesinato al ya existente de asesinato a una hora tan tardía cogió a Monson con la guardia baja. Para la prensa, que ya salivaba pensando en la perspectiva del drama venidero, ofrecía un nuevo y seductor giro, una nueva intriga que diseccionar obsesivamente. También presentaba una cierta curiosidad legal: era

infrecuente presentar cargos de intento de asesinato y del asesinato real de la misma víctima en un único juicio. Posteriormente quedaría patente que recoger pruebas para ambos cargos a la vez sería un reto tan grande para la acusación como para la defensa. La sensación de estar frente a un caso fuera de lo convencional, una saga más parecida a una obra de ficción que a una historia de la vida real, crecía día a día. Una y otra vez se invocaba el espectro de Sherlock Holmes. Como el *Daily Chronicle* lo resumió perfectamente:

La tragedia que ha saltado en Escocia de manera tan repentina ante la opinión pública posee todos los elementos para causar sensación con mayúsculas. Dado que ya se encuentra en los tribunales, por supuesto no expresaremos ninguna opinión en torno al serio problema que el derecho criminal deberá resolver. Sin embargo, desde el punto de vista del experto de lo que podría denominarse la ficción de la criminalidad (por ejemplo, la del señor Sherlock Holmes), el caso resulta de un interés reseñable.

Con el sabio de Baker Street preparado para realizar su último saludo (por lo menos, por el momento), el escenario quedaba libre para el caso de pena capital más sensacional desde hacía años: un juicio en el que la realidad y la ficción estaban destinadas a encontrarse y colisionar con una regularidad excepcional.

Capítulo 10

DOS HOMBRES EN UN BOTE

«Las pruebas circunstanciales suelen ser un asunto peliagudo. Parece que se dirigen claramente en una dirección, pero, si uno cambia un poco su punto de vista, puede darse cuenta de que le están dirigiendo, con la misma claridad, hacia algo completamente diferente».

SHERLOCK HOLMES,
El misterio del Valle Boscombe

El jueves 12 de diciembre amaneció nevado; el terreno en torno al Palacio de Justicia congelaba los pies al pisarlo y el aire prometía la llegada de nuevas tormentas. Sin embargo, el clima no evitó que una gran multitud se reuniera en torno a la entrada principal sobre las nueve de la mañana, cada uno con la esperanza de hacerse con un sitio en el tribunal para el espectáculo más ansiosamente esperado de la ciudad.

La competencia por los asientos era intensa, y varios cientos de personas pasaron como público por el tribunal durante los diez días que duró el juicio. Tan pronto como alguien dejaba un sitio, se guiaba hasta allí a una nueva persona, mientras centenares (incluso millares, según algunas estimaciones) se

conformaban con apenas echar un vistazo al escenario, al pasar frente a la ventana que se encontraba tras la silla del juez. La policía relataría los extraordinarios extremos a los que llegarían algunos en su afán de lograr entrar. Una estratagema implicaba a hombres de «todo tipo y condición» que aparecieron en la entrada vestidos con túnicas de magistrado, si bien sus intentos de hacerse pasar por abogados solían verse truncados por el estado harapiento y descuidado de sus disfraces.

Cabe señalar que la mayor parte del público, durante toda la quincena, se compuso de mujeres, un hecho que una periodista anónima del *Edinburgh News*, que se contaba entre el centenar de miembros de la prensa asistentes, lo consideró una «prueba de la superior paciencia y perseverancia del denominado sexo débil». Durante un breve período de tiempo parecía que el juicio constituía el ojo del huracán social de Edimburgo. Evidentemente, la gente iba para ver, pero también para ser vista. La misma corresponsal en Edimburgo escribiría: «A los ojos de otras mujeres, como yo misma, se daban ciertos hábitos algo peculiares. Imagínese a una persona pelirroja que llevara un vestido azul brillante bajo una capa de un rojo igualmente vivo. Demasiado impresionista para mi gusto. El despliegue de joyería, no obstante, era algo exquisito. Apenas podía verse algún delicado brazo, apoyado al frente del graderío o visible entre los asientos posteriores, que no titilara entre una masa de dicho patrimonio portátil [...]».

Y, sin embargo, era el drama que se representaba cada día en el escenario del tribunal el que realmente cautivaba la imaginación. Las escenificaciones en los juzgados se han venido comparando a lo largo de los siglos con las del teatro, pero en raras ocasiones se ha visto que los ecos del escenario fueran más notorios. Tal y como lo expresó de manera memorable la dama del *Edinburgh News*, extraordinariamente elocuente en lo relativo a sus impresiones sobre el juicio:

Jamás he visto en ninguna novela u obra que se retratara una variedad tan asombrosa de personajes, ni me he visto perpleja ante una trama tan intrincada como en la historia que se nos ha presentado durante las últimas dos semanas [...]. Pero la variedad de personajes

que desfilaron por el estrado de los testigos fue, para mí y en algunos aspectos, la fase más interesante del caso, incluyendo como incluyeron payasos de campo, refinados hombres de negocios, científicos y expertos médicos, oficiales, prestamistas y representantes de ciertas fases fascinantes de la vida londinense.

El presidente del tribunal era el juez vicedecano de Escocia, lord Kingsburgh (John Hay Athole Macdonald). Era un personaje por lo general muy bien considerado en la profesión, visto como un hombre íntegro después de una larga carrera, tanto como abogado defensor como, con posterioridad, en calidad de fiscal público, antes de su nombramiento como juez vicedecano hacía cinco años. También se le consideraba algo cercano a una autoridad en armas de fuego, un atributo importante dada la naturaleza del caso al que se enfrentaba. Como jefe de la acusación, por su parte, se encontraba el fiscal general (el segundo fiscal más importante de Escocia), Alexander Asher. Era un abogado más conocido por ser fuerte y sólido que por su chispa y espectacularidad, con más compostura y dignidad que carisma. Sin embargo, consciente de que todas las miradas estaban puestas sobre él, mostró una energía reseñable al explicar los argumentos de la acusación y las pruebas complejas, lo que le coronó como, probablemente, el mayor experto en tecnicismos legales en activo. También contaba con una presencia física imponente; el *Aberdeen Weekly Journal* señaló su «cabeza enorme y leonina, de frente ancha y mentón cuadrado», y lo describió como «un hombre tan lúcido en el resumen como implacable en la lógica, que se sienta con tranquilidad a colocar sus papeles y a tomar notas». Frente a él, y como líder de la defensa, se encontraba un orador tan brillante como exuberante, John Comrie Thomson, capaz de cautivar a un jurado como ningún otro en la judicatura, si bien quizá estuviera algo menos dotado en cuestiones técnicas legales que su oponente. Comrie Thomson irradiaba una calidez amistosa allí donde Asher, en ocasiones, parecía distante y austero de una forma que podía incomodar a los miembros del jurado.

Edimburgo tenía algo parecido a una doble personalidad en el siglo XIX, pues era al mismo tiempo una gran metrópolis con la sensación de un pueblo

gobernado por un pequeño consejo de ancianos. Así fue como el caso Ardlamont desveló un gran número de interconexiones entre los mandamases profesionales que se vieron arrastrados por él. Un ejemplo prominente de ello fue la prolongada amistad existente entre Asher y lord Kingsburgh. Al inicio de sus carreras, ambos habían formado parte de la Speculative Society, una prestigiosa sociedad pública de debate literario dominada por antiguos alumnos de la Universidad de Edimburgo. Kingsburgh quedó tan impresionado por la oratoria de Asher, en aquella época, que decidió convencerlo de que renunciara a una carrera académica dirigida a la asesoría legal a favor de lograr los credenciales que lo auparan a la judicatura. De hecho, fue Asher quien, en 1859 y cuando se encontraba trabajando en una asesoría legal, le proporcionó a Kingsburgh su primer trabajo remunerado como abogado. Ambos, no obstante, demostraron una profesionalidad intachable y no se apreció el más mínimo atisbo de favoritismo por parte del juez hacia el fiscal durante todo el juicio Ardlamont.

El procedimiento formal se inició el 12 de diciembre, cuando Kingsburgh entró en la sala de los juzgados, saludó con una reverencia a los magistrados y tomó asiento. Cundieron los murmullos cuando los ujieres abrieron la trampilla por la que apareció Monson. Con un aspecto acicalado y elegante, luciendo un abrigo negro de lana melton con cuello de terciopelo y guantes de cabritilla. Monson ascendió con agilidad los escalones que llevaban hasta su estrado, donde se sentó entre dos policías. Algunos observadores detectaron un atisbo de nerviosismo en sus ojos, una cierta palidez en sus mejillas, algo de inquietud en su respiración y agitación en la forma en que sostenía unos papeles. Estaba destinado a erigirse como una figura silenciosa durante el proceso, pues la normativa de admisión de pruebas escocesa le denegaba la posibilidad de hablar en su propia defensa. No obstante, durante los días que siguieron se le vio con regularidad dialogar con sus consejeros, bromear con sus custodios o sonreír cuando alguna prueba le parecía particularmente divertida o risible. También tomó numerosas notas, que utilizó como base para nuevos debates con su equipo legal. Incluso se alegó que había enviado una nota desde el estrado a una de las artistas de la prensa presentes, una mujer llamada Mary Cameron, en la que la invitaba a una taza de té en su celda alguna tarde en uno de los aplazamientos. Ella rechazó la oferta discretamente.

Agnes Monson, mientras tanto, permanecía sentada al fondo de la sala, centrada en sus asuntos, y rara vez retiraba el grueso velo que le cubría el rostro. En algunas ocasiones se la veía acompañada de un caballero, probablemente uno de los hermanos de su marido. Esa primera mañana observó mientras se sucedían varios formalismos procesales. Entre ellos se dio la infructuosa convocatoria a «Edward Sweeney, *alias* Davis, *alias* Scott», que se enfrentaba a los mismos cargos que Monson. Al no aparecer, se tomó el inusual paso de declararlo en rebeldía. Esto eliminaba a todos los efectos cualquier derecho legal de Scott, por haberse negado a contestar a la convocatoria de los tribunales escoceses para responder por los cargos presentados en su contra. El hecho de que Scott ya no fuera un mero sospechoso desaparecido, sino un proscrito fugado, añadía mayor sensación de melodrama.

Seguidamente se llamó a Monson a que reconfirmara su declaración de inocencia y, después, vino el juramento por parte de los miembros del jurado: un grupo de quince hombres compuesto por dos panaderos, dos granjeros, dos verduleros, dos vendedores ambulantes, un albañil, un mercero, un tendero, un carbonero, un fontanero, un arquitecto y un hombre de profesión no especificada. De conformidad con el sistema escocés, no hubo alegato inicial por ninguna de las dos partes. En lugar de eso, se tiró de cabeza al jurado contra una masa de pruebas que iban desde complicados análisis financieros a innovadoras pruebas forenses, pasando por testimonios presenciales que con frecuencia mostraban una afinidad concreta. Hubo cerca de cien testigos llamados tanto por la defensa como por la acusación, además de los cientos de objetos y documentos que se presentaron como pruebas. El efecto resultaba en ocasiones sobrecogedor, no solo para los miembros del jurado, sino también para los funcionarios judiciales y para el público. Cundió la sensación de que los abogados estaban exprimiendo la totalidad de sus vastos conocimientos expertos, para lograr mantenerse a flote entre semejante erupción volcánica de pruebas. Lo que inicialmente ya había sido un complejo caso de asesinato se había hecho aún menos manejable al añadir el cargo de tentativa, que debía haberse presentado de manera separada y resuelto por su cuenta.

La acusación de intento de asesinato era profundamente circunstancial. Donald M'Kellar, propietario de un negocio de alquiler de barcas en

Tighnabruaich, había facilitado a Cecil algunos meses antes de su muerte una barca de remos que este había utilizado durante todo el verano sin ningún problema aparente. Sin embargo, el 9 de agosto, Monson y Scott habían acudido a Stewart M'Nicol, un carpintero de la finca, para pedirle que les alquilara la suya porque la de M'Kellar, supuestamente, se encontraba en malas condiciones. M'Nicol accedió y envió la barca a la bahía de Ardlamont antes de la hora de comer. Sin embargo, esa misma tarde, Monson y Scott utilizaron la barca de M'Kellar y se llevaron a dos de los hijos de Monson de excursión. A su regreso, se vio a Scott sentado durante largo rato en la barca cuando esta estaba ya en la orilla.

Cuando Monson (un nadador experimentado) y Cecil (que no sabía nadar) partieron en su excursión de pesca aquella noche, tenían dos barcas para elegir. Podían tomar la aparentemente poco segura barca M'Kellar o la recién adquirida barca M'Nicol. Inexplicablemente, salieron en la M'Kellar y acabaron en el agua. Cuando se inspeccionó la barca al día siguiente, se descubrió que se había realizado un imbornal rudimentario (un orificio que se practica en algunas embarcaciones una vez en tierra firme para drenar el agua que haya podido permanecer en la cubierta) en un lateral, al parecer con un cuchillo. Se encontraba algo más arriba de lo que cabría esperar habitualmente, en un punto fácil de ocultar cubriéndolo con una tabla o algo similar. Era el tipo de ubicación en la que podría retirarse discretamente un tapón sin que un pasajero se diera cuenta pero lo suficientemente bajo como para asegurarse de que la barca hiciera aguas, especialmente al encontrarse en medio del aluvión que supone la pesca al embalo. ¿Habría sido aquello lo que Scott tramaba mientras estaba en la playa? ¿Podría ser que la historia del impacto contra la roca no fuera sino eso... una historia?

Monson declararía *a posteriori* que el propio Cecil realizó el orificio, aunque había escasas pruebas que sugirieran que hubiera tenido o comentado dicha intención con cualquier otro testigo. Lo que es más, la declaración de Monson de que el accidente se había producido cuando la barca chocó contra una roca, a unas doscientas o trescientas yardas de la costa, se vio contrarrestada por la opinión de numerosos marineros y pescadores con años de experiencia en navegar en la bahía. Uno de ellos afirmó que no reconocían la existencia en la zona de una roca o saliente capaz de causar semejante daño.

En palabras de uno de los guardabosques de Ardlamont, John Douglas: «He pescado en la bahía de Ardlamont durante veintitrés o veinticuatro años, y durante todo ese tiempo jamás he visto una roca en la bahía de Ardlamont por debajo de la marca de agua en marea baja [...]. Jamás he visto ninguna roca [...] que pudiera ser peligrosa para una barca». El fiscal general sugirió que Monson y Scott se habían asegurado entre los dos de abrir el imbornal de tal forma que Monson pudiera escenificar todo el accidente con la intención de que Cecil, poco diestro en el agua, pereciera mientras Monson o bien nadaba hasta ponerse a salvo, o bien era rescatado por Scott en la barca recién alquilada a M'Nicol.

Era un argumento indudablemente persuasivo pero que hacía aguas casi tanto como la barca en cuestión. No había más testigos que Monson y Scott que hubieran presenciado el accidente, no había nadie que pudiera explicar categóricamente por qué se había alquilado la barca de M'Nicol y por qué no se había usado para la excursión. La declaración del propio Monson sobre el incidente ofrecía una visión muy distinta de las cosas:

Mientras nos afanábamos con las redes, hubo un choque repentino, el bote se zarandó y yo caí a un lado. Al mismo tiempo, el bote volcó y durante uno o dos minutos yo me quedé enredado en las redes. Inmediatamente, nada más liberarme, llamé a Hambrough y lo vi sentado encima de la roca, riéndose. El bote había chocado contra un lateral de la roca y se había zarandeado, lo que, con la carga que llevaba y con las redes amontonadas encima, no era muy difícil que ocurriera.

Yo sabía que Hambrough no sabía nadar, por lo que le dije que esperara y que yo nadaría hasta la costa y traería otra barca que teníamos allí. El mar estaba un poco picado y era una noche oscura. La distancia que tuve que nadar sería de unas 200 o 300 yardas. Mientras me esforzaba por mover la otra barca, vi a Scott [...] y le grité que corriera a casa y que cogiera una lámpara, porque no podía encontrar el tapón ni el imbornal de la barca. Por lo que entendí, la marea estaba subiendo, y me pareció que era mejor no esperar a que Scott volviera

y, en consecuencia, eché la barca al agua. Yo sabía que, incluso si el tapón no estaba puesto, todavía tendría tiempo para llegar remando sin peligro hasta Hambrough y volver [...]. No sé si el tapón estaba puesto en la primera barca que tomamos; ninguno de los dos se molestó en mirarlo. Sin embargo, el imboral de aquella barca era un tema familiar. Hambrough solía quejarse de que no tuviera uno y que, en consecuencia, resultaba muy molesto tener que vaciar la barca después de haber salido a pescar al embalo, que hace que entre mucha agua y, por tanto, él mismo abrió un imbornal en ella [...]. Lejos de intentar quitarle la vida al joven Hambrough esa tarde, considero que se la salvé.

Había poco en la narración de Monson que forzara los límites de la credibilidad. De hecho, varios pescadores informaron haber visto y oído un jaleo en el agua aquella noche que se asemejaba enormemente a los puntos principales de la versión de Monson. Incluso, su explicación sobre por qué Cedí habría podido abrir el imbornal resulta convincente. De no haber muerto el joven al día siguiente, ¿le habría dado alguien mayor importancia al pequeño episodio de la noche anterior? Después de todo, nadie sufrió auténtico daño corporal. De hecho, para cuando los tres hombres regresaron a la casa y se secaron, siguieron satisfechos de estar en compañía los unos de los otros y empezaron a beber. No cabe duda de que Cecil no se les habría unido, si hubiera tenido la más ligera sospecha de que sus acompañantes trataban de causarle algún daño aquella noche. Y es evidente que no habría aceptado la invitación a cazar a la mañana siguiente si hubiera tenido alguna duda sobre sus intenciones.

Fue esta una línea de razonamiento que Comrie Thomson exploró con gran efectividad. Preguntó al jurado: «Si la teoría de la Corona es correcta en cuanto a que Monson realizó este tipo de intento de asesinar a Hambrough, ¿sería posible que Hambrough no hubiera logrado darse cuenta de ello? ¿Es concebible que hubieran podido llevar a este muchacho a aguas abiertas, que hubiera visto cómo quitaban el tapón de la barca, que se hubiera encontrado con que la barca se hundía y que hubiera tenido que llegar a la costa como

buenamente pudo, como mi docto amigo dijo ayer, sin que afloraran sus sospechas, sin tener la absoluta certeza del nefario atentado que se había realizado contra su vida? [...] Esta es una idea que les pido que tengan en mente. Si se hizo un intento de ahogo, la víctima del atentado debió haberlo visto y sabido, y sin embargo, a la mañana siguiente, sale con un arma en la mano y con el hombre que intentó atentar contra su vida también con un arma en la mano. ¿Tiene consistencia como posible teoría? ¿No resulta absurdo al confrontarlo? Yo digo que no solo la Corona no ha logrado demostrar esta tentativa de asesinato, sino que esta ha quedado absolutamente refutada por la conducta de las partes implicadas».

No es difícil comprender por qué la Corona encontró tentadora la posibilidad de añadir el cargo de asesinato en grado de tentativa a la imputación original contra Monson y Scott. Muchos detalles del accidente en barca resultaban profundamente sospechosos. Lo que es más, si se podía convencer al jurado de la existencia de dolo, entonces la Corona habría logrado un gran avance en demostrar que Monson y Scott estaban implicados en una conspiración premeditada. Desde allí, solo sería necesario un pequeño paso más para lograr una sentencia de culpabilidad por la muerte de Cecil, puesto que cualquier sugerencia de la defensa de que la víctima había caído a causa de un accidente habría perdido prácticamente toda su credibilidad.

Sin embargo, era una jugada enormemente arriesgada. Si el jurado no aceptaba el cargo de intento de asesinato, lógicamente también se mostrarían más escépticos frente al cargo por asesinato. Lo que es más, dado que las pruebas relacionadas con el incidente de la barca se encuadraban dentro de las asociadas al tiroteo, existía la posibilidad de que solo sirviera para confundir a los jurados. En un caso que ya era amplio y lleno de implicaciones desde un principio, añadir este cargo adicional podría suponer que la acusación hubiera ido demasiado lejos en su afán por crear un argumento claro que el jurado pudiera seguir con facilidad.

Resulta tentador valorar si todas esas ideas llegaron a pasar por la mente del fiscal general, mientras hacía todo lo posible por sacar el caso adelante. Habría resultado mucho más fácil convencer al jurado en relación al cargo principal, si se hubieran dedicado menos esfuerzos al cargo secundario. Incluso los más fervientes enemigos de Monson tuvieron que admitir que el

argumento de la Corona se sustentaba sobre todo en suposiciones. La situación evoca las palabras de Sherlock Holmes en «Escándalo en Bohemia», relato publicado dos años antes: «Es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno comienza a distorsionar los hechos para que se ajusten a las teorías, en lugar de formular teorías que se ajusten a los hechos». Joe Bell había hecho un comentario similar en su entrevista con la *Pall Mall Gazette*, concedida cuando el juicio aún estaba en curso: «El error fatal que el policía común comete es ese: que primero crea la teoría y después hace que los hechos se adapten a ella». Casi resultaba un mensaje en clave para los fiscales de la Corona: cuidado con estirar demasiado el caso.

Por más que lo intentara, no obstante, el fiscal general contaba con escasos datos sobre los que sustentar su posición en el juicio. No se podía sino especular sobre por qué lado terminaría inclinándose el jurado.

Capítulo 11

LA PRUEBA IRREFUTABLE

«¡Datos!, ¡datos!, ¡datos!
No puedo hacer ladrillos sin arcilla».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de Copper Beeches.

Dejando a un lado las divagaciones que suponían la alegación de tentativa de asesinato, los principios que sustentaban la acusación de asesinato presentada por la fiscalía eran más que claros. En lo esencial, el argumento era que, tras prolongados intentos por manipular las finanzas de la familia Hambrough, Monson había organizado un plan para matar a Cecil y reclamar la amplia bonificación del seguro de vida. La no comparecencia y consiguiente desaparición de Scott/Sweeney no hacía sino proporcionar más pruebas de la conspiración para asesinar.

Sin embargo, y a pesar de su aparente simplicidad, resultaba endemoniadamente complicado demostrar esa alegación más allá de toda duda razonable. Los tejemanejes financieros de Monson para con Cecil y el mayor Hambrough resultaban indudablemente sospechosos, y se había asesinado antes a otras personas por mucho menos de 20 000 libras. Sin la confesión de Monson o Scott, no obstante, era difícil hacer nada que no fuera insinuar la codicia como móvil. La defensa, además, estaba convencida de que podía

refutar ese argumento y lo intentaría hacer, llegado el momento. La ausencia de Scott era también un gran obstáculo para la acusación, por mucho que esta arrojara aún más sombras sobre el carácter y las acciones de Monson. Es cierto que nada ofrece una mayor apariencia de culpabilidad que escabullirse de la escena del crimen, y Monson se esforzó por librarse de la mácula que suponía seguir falseando la identidad de su socio. Sin embargo, al no poder interrogar a Scott/Sweeney, el fiscal general se encontraba de nuevo con la única posibilidad de sugerir e insinuar. Había multitud de pruebas circunstanciales, pero un hábil abogado defensor podría echar abajo incluso la red de conexiones circunstanciales más indestructible en apariencia.

Ese fue el motivo por el que las pruebas forenses se consideraron tan vitales en este caso. Si se demostraba que el causante de la muerte de Cecil no había sido el propio Cecil, ya fuera intencionadamente o por un destino cruel, la Corona ya lo tendría todo hecho, pues ¿qué otros sospechosos había, salvo Monson y Scott? Sin embargo, si quedaba algún espacio para la duda, el jurado no tendría más elección que permitir a Monson marcharse. Resultaba, por tanto, comprensible que la atmósfera estuviera algo cargada cuando la sala se llenó el tercer día y Henry Littlejohn y Joseph Bell se dispusieron a subir al estrado. Después de una segunda jornada en la que se había visto un desfile de funcionarios, residentes locales y todo tipo de restantes testigos presenciales, que con frecuencia aportaban testimonios poco concluyentes, cundió la sensación de que esa tercera jornada iba a ser crucial en el proceso. Aunque la sala era relativamente pequeña, de apenas setenta u ochenta pies, su extensión prolongada a base de paneles, la disposición de ventanas esmeriladas circulares y los elevados techos creaban las condiciones de luz tenue y acústica que aseguraba a los presentes una predisposición hacia las actuaciones estelares.

Los historiadores aficionados al sistema judicial escocés han encontrado en el caso Ardlamont ecos de otro proceso, que tuvo lugar en ese mismo edificio unos treinta y nueve años antes: el del doctor William Smith. La conclusión de este espoleaba la noción de la gran responsabilidad que recaía en los hombros de Littlejohn y Bell, conforme estos llegaban al estrado de los testigos. Smith había sido un respetado médico en el pueblo de St. Fergus, en Aberdeenshire, hasta que, una mañana de noviembre de 1953, el cuerpo de un

joven granjero y amigo de Smith, William McDonald, se encontró en un foso. Tenía un disparo en la cabeza realizado con una pistola que se halló junto a él. Como era costumbre, se llamó a Smith en calidad de médico local para que certificara la muerte, que confirmó, y estableció como causante al propio McDonald, ya fuera a propósito o de manera accidental, porque el arma se le hubiera disparado en el bolsillo. Fue el mismo doctor Smith el que se encargó de los preparativos del funeral. Sin embargo, las sospechas no tardaron en recaer sobre el médico. Resultó que existían tres pólizas de seguros sobre la vida de McDonland por un valor conjunto de 1500 libras a nombre de Smith, una de las cuales iba a expirar a una semana de la muerte. McDonald, además, había abandonado su casa la tarde anterior, porque, según dijo, se iba a reunir con Smith. Un testigo declaró haber visto un fogonazo, y escuchado un sonido fuerte a las siete y media de esa misma tarde, en dirección al campo de Smith, cercano a donde se encontró el cuerpo. Existía otra prueba circunstancial: nada más y nada menos que el testimonio de que Smith había comprado varios años antes una pistola muy similar a la encontrada junto a la víctima, y que recientemente había adquirido pólvora.

Sin embargo, todas esas pruebas eran circunstanciales. Smith negó haber salido para reunirse con McDonald la noche anterior y, de hecho, se le había visto a él solo en diversos puntos del pueblo durante aquella tarde, si bien su coartada nunca se confirmó del todo. También declaró que los seguros de vida se habían firmado por petición del tío de la víctima, y que Smith nunca había esperado cobrarlos, dado que quedaban invalidados en caso de suicidio, una posibilidad que las pruebas médicas no podían descartar. Lo fundamental para el doctor Smith fue, no obstante, que las autoridades ni siquiera pudieron establecer con total certeza que se hubiera producido un asesinato. Con una defensa orquestada de manera elocuente por John Inglis (un futuro juez decano), y dado que el juez concluyó que no había suficientes pruebas como para demostrar la culpabilidad del doctor sobre un crimen que podría o no haberse cometido, Smith salió libre después de que el jurado declarara la peculiar sentencia escocesa de «No demostrado», un veredicto que reconoce la duda razonable, si bien deja la sombra de la duda planeando sobre el defendido. Una multitud aguardaba a las puertas del tribunal, abucheando como muestra de su desaprobación al hacerse público el veredicto.

Inmediatamente de vuelta a 1893, le tocaba el turno a Littlejohn y a Bell de facilitar una certeza cuya ausencia evitó el encarcelamiento de Smith casi cuatro décadas antes.

La presión sobre Littlejohn y Bell era palpable, conforme se preparaban para prestar testimonio. ¿Qué pensamientos cruzarían, en particular, la mente de Bell, padre de un hijo recientemente fallecido, mientras se disponía a proporcionar pruebas en relación a la muerte de otro pobre y desafortunado muchacho?

El reto de Littlejohn, el primero de los dos en dar testimonio, era alienarse mentalmente de la excitación, que iba en aumento en la abarrotada sala, y centrarse en presentar las evidencias de una forma sucinta que las volvieran comprensibles para el lego en la materia. Años más tarde, escribiría un artículo en el *Edinburgh Medical Journal* sobre cómo ofrecer testimonio pericial:

Un ponente inteligente, de hecho, muestra sus conocimientos de la profesión tanto por lo que se guarda como por lo que ofrece en una descripción detallada. La narración de un examen *post mortem* puede proporcionarse en una longitud tediosa y, para el ojo no entrenado, parecer exhaustiva y completa dada su duración. Sin embargo, puede estar sobrecargada de detalles de nula consecuencia en la determinación de la causa de la muerte o de la naturaleza del caso, de tal manera que aquellos que puedan en sí mismos resolver la cuestión y que, sin duda, se encuentran presentes, pasan desapercibidos. El ponente se encuentra a la deriva y, en su deseo de mencionarlo todo, permite que aquello que es de mayor relevancia escape a su cuidado.

Son palabras de las que Sherlock Holmes se hace eco en «El tratado naval»: «La principal dificultad de su caso radicaba en el hecho de que había demasiadas pruebas. Lo que era vital estaba oculto por lo que era irrelevante».

Como el *Scotsman* informó al día siguiente, se alzó ante la frenética muchedumbre que asistió a su comparecencia con una profesionalidad

consumada: «La llamada al doctor Littlejohn como siguiente testigo produjo un murmullo de excitación en la sala y el veterano médico, sin cuya presencia ningún gran juicio estaría completo, ascendió hasta el estrado y, una vez prestado juramento, se sirvió un vaso de agua y se dispuso para un interrogatorio que duró bien pasadas las dos horas».

La propia sala había empezado a asemejarse a un excéntrico escaparate de curiosidades, dado el peculiar catálogo de objetos aceptados como prueba. Dispuestas de cualquier manera junto al banquillo de los acusados se encontraban, por ejemplo, las dos escopetas que se habían llevado a la última cacería de Cecil (y que se habían traído ante el tribunal cubiertas por un paño de crepé negro como el que se utilizaba para los vestidos de duelo), además del conjunto de ropa que la víctima había vestido, varios paquetes de cartuchos, el lateral de la barca que se había llevado de pesca, tres moldes en escayola de la cabeza de Cecil, y una considerable porción del serbal que sería de vital importancia para dar contexto al testimonio que el tribunal estaba a punto de escuchar. El propio Littlejohn añadió algo al escenario, al portar hasta el estrado de los testigos un modelo anatómico de cráneo para ilustrar la naturaleza de las heridas de Cecil. Se lo sacó del sombrero, donde lo había tenido guardado junto con un par de guantes blancos. Con la mano izquierda metida en el bolsillo, se dedicó a señalar con el índice de la mano derecha los detalles apropiados, conforme inició su testimonio con un resumen de sus hallazgos *post mortem*, todo explicado con las frases cortas e ingeniosas con los que los estudiantes que abarrotaban sus clases estaban tan familiarizados.

Mediante un análisis detallado de la herida de Cecil, del escenario del tiroteo y de los diversos experimentos que se realizaron a partir de ellos en colaboración con MacNaughton, el armero, Littlejohn se dispuso a establecer la trayectoria del disparo fatal. A partir de ese punto, intentaría convencer al jurado de que no era posible que él mismo se hubiera disparado, sino que el tiro había sido efectuado por un tercero a cierta distancia. Sin embargo, para poder hacerlo, Littlejohn necesitaba establecer ciertos hechos que la defensa le discutiría denodadamente.

En lo relativo a la naturaleza de las heridas de Cecil, existía un amplio y generalizado consenso. Había muerto de un disparo que le había alcanzado en

la parte posterior de la cabeza, detrás de la oreja derecha, parte de la cual había volado. El disparo era del tipo 5, realizado con un arma del calibre doce que Monson solía utilizar. La mayor parte del cerebro se había mantenido intacto, salvo por la parte que había estado frente a la zona destrozada del cráneo. Solo se habían localizado cuatro perdigones que hubieran penetrado en el cerebro, de un total de en torno a 150 o 180 que debían haber compuesto el cartucho del tipo utilizado. Había pocas evidencias de ennegrecimiento o quemadura en torno a la herida.

En cuanto al lugar donde se encontraba Cecil cuando recibió el disparo, el argumento de la fiscalía se basaba en la aceptación de que murió donde se le encontró: en lo alto de la zanja. Allí era donde todos los testigos presentes, aquel día, habían visto el cuerpo, y adonde habían dirigido la atención de los diversos expertos testigos mientras investigaban el escenario en las semanas posteriores a la muerte. Monson, sin embargo, había declarado que Scott/Sweeney y él habían movido el cuerpo hasta allí desde el foso en el que, según decían, Cecil había muerto realmente. Littlejohn, no obstante, rechazó esa versión. Según explicó, por lo general, las heridas por disparo no provocaban demasiado sangrado ya que se destrozaban las arterias pero, en el caso de Cecil, se había lacerado una de las venas, lo que había provocado «una profusa hemorragia». Ese era el motivo, según continuó, por el que tantos testigos habían descrito ver la sangre brotando lentamente de la cabeza de Cecil. Littlejohn había examinado la tierra de la zona de la zanja en la que Cecil había aparecido tendido, y había llegado a la conclusión de que esta corroboraba la sugerencia de que allí era donde había caído. Por el contrario, no existían pruebas en el fondo de la zanja de ningún sangrado profuso, ni, por lo que señalaron otros testigos, cualquier otra señal de que el cuerpo hubiera yacido allí. Y lo que era más, en ninguna parte figuraba que Monson o Scott/Sweeney estuvieran cubiertos de sangre, como cabría esperar tras haber movido a un hombre con semejante herida. También se descubrieron dos pequeños pedazos de hueso cerca del punto donde Cecil había acabado sobre la zanja, lo que había llevado a Littlejohn a declarar: «Si los dos pedazos de hueso [...] se encontraron allí, donde se me ha dicho que se encontraron, y si pertenecían al cráneo, entonces la cuestión sobre el lugar donde se realizó el disparo se ha acabado, en mi opinión; el cuerpo debió haber recibido el

disparo en el sitio en el que se encontró».

Tras esmerarse así por establecer el punto en el que Cecil había caído, Littlejohn redirigió su atención hacia la trayectoria del cartucho. Con objeto de establecerla, había examinado los árboles cercanos del bosque para localizar pruebas de disparo. Y, en efecto, detectó lo que describió como «ciertas heridas» en un serbal (ese que residía ahora en parte en la sala del tribunal) a corta distancia del punto del suelo en el que reposaba la cabeza de Cecil. Existían heridas similares en otros dos árboles, algo más lejos. Según Littlejohn admitió: «No soy un experto en marcas de disparo en árboles, pero, por lo que puedo deducir, estas heridas las produjeron perdigones [...]. Vi varias muescas en la madera que mostraban una escarificación transversal y, por lo que pude concluir, la línea de esas escarificaciones se encontraba perfectamente alineada con el cuerpo. Se me informó de que se habían hallado dos pedazos de hueso cerca de la cabeza y se me enviaron para su examen: descubrí que presentaban tres fragmentos metálicos que se habían insertado, por así decirlo, de manera perceptible en el tejido óseo. También se me informó de que una parte del cartucho había aparecido más cerca del serbal que del cuerpo. Tras ver el punto en el que había reposado la cabeza, el serbal, los pedazos de hueso y el taco [un disco de papel utilizado para separar los contenidos del cartucho], me formé la opinión de que el disparo se había realizado desde atrás y ligeramente hacia la derecha».

Los serbales de Ardlamont alcanzaron una fama sin parangón, quizá, en la historia arbórea, puesto que servirían o bien para confirmar, o bien para refutar el argumento acusativo de los forenses. De hecho, su importancia se reconoció pronto, por lo que, dado que continuaban *in situ* en Ardlamont, se les concedió protección policial las veinticuatro horas del día. Una noche, en torno a las dos de la mañana, un policía salió de su tienda de campaña para descubrir que alguien estaba asido al árbol que acabaría en los tribunales de Edimburgo. La identidad de dicho individuo y los motivos que habían inspirado ese arrebatado abrazo arbóreo nocturno nunca llegaron a descubrirse.

De vuelta en el tribunal, Littlejohn tuvo que hacer frente seguidamente a la cuestión crucial de la distancia que había recorrido el disparo antes de impactar en la víctima. Dirigió al jurado las pruebas obtenidas a partir de los

numerosos experimentos de MacNaughton:

Descubrimos que a cualquier distancia inferior a los tres pies, las heridas eran distintas de las encontradas en el caso del fallecido. Me encuentro, por tanto, inclinado a situar la posible distancia entre los tres y los quince pies. En todos los experimentos que hemos realizado, las heridas realizadas a nueve pies son las que presentan las mayores similitudes con las heridas halladas en la cabeza del difunto. Cualquier distancia inferior a tres pies habría sido inconsistente con lo que se halló en el cráneo; las heridas a menos de tres pies eran algo espantoso, la cabeza quedaba hecha pedazos. Realizamos sobre cadáveres cuatro experimentos, en los que disparamos como buenamente pudimos en la dirección que las heridas en la cabeza del señor Hambrough nos llevaron a esperar de ese disparo. De esos experimentos descubrimos que, siempre que excedíamos los cuatro pies, las heridas adoptaban una similitud notoria con las halladas en la cabeza del difunto; a menos de cuatro pies descubrimos que la cabeza sufría unos destrozos que no se asemejaban a los daños comparativamente limitados en el caso del señor Hambrough.

Tampoco, según observó, existía ningún ennegrecimiento en torno a la herida causado por la pólvora, ni abrasión en el pelo que hubiera esperado ver si el disparo se hubiera realizado desde cerca. En otras palabras, a menos que Cecil hubiera disparado milagrosamente el arma y, después, se hubiera arrojado a una distancia de unos nueve pies para que el disparo pudiera impactarle en la parte posterior de la cabeza, fue otra persona quien apretó el gatillo y le causó la muerte. Algo así, en boca de uno de los expertos forenses más respetados del país, no podía sino tener peso. Tal y como lo describiría después lord Young, un famoso juez de la época: «Existen cuatro clases de testigos: los mentirosos, los mentirosos del demonio, los peritos expertos y *sir* Henry Littlejohn». Y, sin embargo, hubo algunas preocupantes señales de alarma en torno a su testimonio, incluso antes de que la defensa le hincara el diente. La duda específica en torno a dónde había caído Cecil creaba una

sensación verdaderamente incómoda. Según las propias palabras de Littlejohn: «De darse el caso de que el cuerpo yaciera, no sobre la zanja, sino en el foso, o en el terreno al otro lado de la zanja, eso habría neutralizado indudablemente todas las deducciones extraídas del disparo a partir de los árboles. Mis conclusiones, según admito, dependen en buena medida de que el punto que he establecido como el lugar en el que cayó el señor Hambrough sea, efectivamente, el lugar en el que se le disparó, así como a la posición del arma». Sin embargo, dada la tensión del momento, las pruebas aportadas por Littlejohn se recibieron con bastante cordialidad. Cuando se disponía ya a dejar el estrado, Comrie Thomson le señaló el cráneo que Littlejohn aún no había recogido y le llamó: «¡Espere, doctor Littlejohn, espere! Se olvida la cabeza». A lo que Littlejohn respondió: «Tiene usted mucha razón, caballero. ¡No me puedo permitir perder la cabeza!».

Los siguientes dos testigos fueron el doctor Macmillan (el médico local de Ardlamont) y el doctor Brown (compañero en Edimburgo de Littlejohn), que, en ambos casos, respaldaron los principales detalles del testimonio de Littlejohn. Después le llegó el turno a otro antiguo alumno de Edimburgo, el doctor Patrick Heron Watson, que había acompañado a Littlejohn y a Bell en los experimentos de MacNaughton. El *Pall Mall Magazine* le recordó someramente a sus lectores que Bell era «el modelo original de Sherlock Holmes» y que «los lectores de las historias de Conan Doyle recordarán la existencia de un tal doctor Watson, el leal socio de Holmes y, curiosamente, se encontraba con el doctor Joseph Bell, para auxiliario en la observación de los experimentos, un genuino doctor Watson: el doctor Heron Watson».

De hecho, el *Gazette* pudo haber realizado inconscientemente una conexión holmesiana de mayor profundidad que la que creían. La historia conjunta de Bell y Watson se remontaba muy atrás en el tiempo: hasta 1865, cuando el joven Bell ejercía de asistente de Watson. Si bien a Bell se lo consideraba como un cirujano extremadamente diestro, Heron Watson tenía reputación de ser incluso más rápido: se decía que era capaz de completar una amputación a la altura de la cadera en menos de diez segundos. A pesar de ciertos indicios de una relación tensa en aquellos primeros años, los dos se hicieron muy buenos amigos y, al igual que con Littlejohn, es probable que Doyle se hubiera cruzado regularmente con Heron Watson durante la época

como asistente de Bell. Lo que es más, existían ciertas similitudes asombrosas en la parte inicial de la biografía del Watson real y el de su homólogo de ficción. Ambos se unieron al ejército tras concluir sus estudios de medicina, con Heron Watson sirviendo en el frente durante la guerra de Crimea, donde recibió numerosas condecoraciones, antes de ser enviado de vuelta a casa en estado de invalidez, debido a una disentería en 1856. El Watson de Holmes, por su parte, luchó en Afganistán poco antes de su regreso a Londres en 1881, tras haber contraído la fiebre entérica y recibido un disparo durante la batalla de Maiwand. Si se considera también el obituario de Heron Watson en el *British Medical Journal*, en 1913, que señalaba su extraordinario carácter, su dignidad y templanza, su autocontrol y su amable generosidad, y concluía: «Además de, para aquellos que lo conocían y amaban más y con mayor profundidad, una naturaleza extraordinariamente sencilla y dotada de profundos afectos». Las mismas palabras podían haberse utilizado para el valeroso compañero de Holmes. No recae demasiado en lo fantástico considerar que Doyle pudiera bien haber tenido en mente al doctor Patrick H. Watson cuando creó al personaje del doctor John H. Watson. Existe, además, la intrigante posibilidad de que, en un mismo día de diciembre de 1893, el Alto Tribunal de Justicia hubiera albergado no solo a los dos hombres que inspiraron la creación de Sherlock Holmes, sino que también recibiera al modelo de su socio por antonomasia.

En su testimonio, Heron Watson fue aún menos ambiguo que Littlejohn, si cabe. Se mostró de acuerdo con que lo más probable era que el disparo se hubiera realizado en algún punto entre los cuatro y los once pies de Cecil, y se presentó particularmente inclinado hacia los nueve pies, dada la ausencia de abrasión y la naturaleza de la dispersión de los perdigones. También estuvo de acuerdo en que era más probable que la víctima hubiera caído en lo alto de la zanja, que el que la hubieran llevado hasta allí arriba, y que el disparo debió de venir de detrás, en dirección ligeramente ascendente y horizontal. Declaró: «La herida, en mi opinión, debió de ser el resultado de un disparo producido por la mano de otra persona, no pudo haber venido del propio señor Hambrough, ni deliberada ni accidentalmente. Baso mi opinión en la situación y la dirección de la herida». Sin embargo, al igual que Littlejohn, no tuvo más remedio que admitir que había cierto margen de error. En el

contrainterrogatorio confesó: «Concedo que, hasta cierto punto, hemos rondado el terreno de la conjetura en el testimonio proporcionado. No he visto cómo disparaban al hombre».

Finalmente le llegó el turno a Bell, quien se encontró compareciendo frente a un jurado que ya llevaba varias horas de complejos análisis forenses sentados sobre el estrado, y que aún tendría que escuchar testimonios sobre la validez de las pólizas de seguro de vida antes de que finalizara el día. Sin embargo, todavía quedaba algún apetito por la aparición estelar del «modelo que inspiró a Sherlock Holmes». Anteriormente, a finales de septiembre, el *Pall Mall Gazette* había ofrecido la siguiente reflexión: «Los corresponsales que han escrito sobre el misterio de Ardlamont y han sugerido que era el momento de que Sherlock Holmes mostrara sus habilidades, probablemente, no eran conscientes de que el doctor Joseph Bell de Edimburgo, al que se ha reclutado del lado de la acusación, es el prototipo del Vidocq británico [el detective y criminólogo francés que inspiró a Edgar Allan Poe y a Victor Hugo]». Pocos de entre los presentes en la sala del tribunal de Edimburgo, tres meses después, ignorarían tal pedigrí.

Aunque, al igual que Littlejohn, tenía un aire de autoridad impresionante, Bell ofrecía un perfil muy diferente. Se vestía con la misma elegancia que su compañero edimburgués, pero contaba con unos rasgos de halcón y unos perspicaces ojos que parecían capaces de penetrar en el propio alma de cada sujeto. Sin embargo, aquellos que no le conocieran en persona podrían quedar bastante desconcertados ante su forma de andar, algo torpe, conforme se dirigía al estrado, y absolutamente estupefactos ante el tono de voz tan agudo con el que empezó a hablar. Pero, para Doyle y los miles de ciudadanos de Edimburgo que se habían cruzado con él como compañero, profesor o médico durante los años, hacía tiempo que aquellas características habían dejado de merecer su atención. De hecho, eran el resultado de un episodio que resumía muy bien el abrumador deseo de Bell de actuar siempre en pro de un bien mayor, incluso a un gran coste personal.

En su papel como cirujano del Hospital Real para Niños Enfermos, en la década de 1860, Bell había sentido muy particularmente el padecimiento de difteria de sus jóvenes pacientes, especialmente cuando tosían y se ahogaban luchando por respirar. En sus intentos por encontrar alguna forma práctica de

aliviar sus sufrimientos, ideó una técnica para extraer por succión el grueso recubrimiento gris que suele obstruir la parte posterior de la garganta en las víctimas de difteria. Incluso desarrolló una pipeta especialmente adaptada para dicho propósito. Era, no obstante, un tratamiento con un considerable riesgo, dada la naturaleza profundamente contagiosa de la enfermedad. Una noche de junio de 1864, en que Bell admitiría que se encontraba muy cansado, quizá se mostrara menos meticuloso de lo habitual. Él mismo estaba convencido de que aquella fue la ocasión en que contrajo la difteria, mientras realizaba su ronda por el ala del hospital y que, a su vez, le provocó un brote de parálisis posdiférica que daría como resultado sus características cojera y tono de voz.

Su particular idiosincrasia no anulaba en absoluto su efectividad como testigo. De hecho, su forma de responder a las preguntas con frases encadenadas en un *staccato* rápido y preciso, y la manera en que parecía estar siempre listo para la siguiente pregunta que se le formulara, le convertían en el favorito de los abogados. En relación al disparo que había matado a Cecil, se mostraba totalmente de acuerdo con los testigos que ya habían comparecido ese día; sugería una distancia de entre cuatro y nueve pies entre la boca del cañón y la víctima cuando el disparo se había producido. Además, se mostró de acuerdo en que el disparo había provenido de detrás, en una dirección casi horizontal pero ligeramente ascendente. Dijo: «A partir de la información que se me ha proporcionado, me he formado la opinión de que el señor Hambrough murió a consecuencia del disparo de una escopeta, y no he sido capaz de dar con ninguna forma en que el propio señor Hambrough se hubiera podido infligir dicha herida, ya fuera deliberada o accidentalmente [...]. A resultas del examen que he realizado del caso, soy de la opinión de que la herida debió infligirse mediante una escopeta de manos de otra persona distinta a la víctima».

Pero, al igual que Littlejohn y que Watson antes que él, al responder en el contrainterrogatorio, Bell tuvo que admitir, a su pesar, la posibilidad de explicaciones alternativas; particularmente, la teoría de que el arma pudo haberse disparado accidentalmente si Cecil se tropezó en aquel terreno tan irregular. Bell dijo: «No he visitado el escenario del accidente. Si un hombre porta una escopeta y tropieza de mala manera y, al caer, lanza hacia atrás el

arma, sin duda existen infinitas formas posibles en que pudiera haberse disparado a sí mismo». Sin embargo, estaba decidido a que el jurado no quedara con la impresión de que semejante escenario fuera probable en ningún caso y concluyó: «Yo mismo no he sido capaz de desarrollar ninguna manera en que esto pudiera suceder».

Con esto, el principal bloque de pruebas de la acusación, que pretendía eliminar cualquier duda sobre la posibilidad de que Cecil hubiera llegado a ser, de alguna forma, el causante de su propio fallecimiento, llegó a su fin. Eran muchos los que habían asistido a aquella sucesión de pioneros forenses, que ahora consideraban el caso cualquier cosa menos concluido. Incluso si alguien aceptaba que era teóricamente posible que la víctima se hubiera provocado la muerte por su propia mano, allí estaba el experto forense más famoso del país y un reputado grupo de compañeros para decirle al tribunal, tras un intenso examen de todas las pruebas disponibles, que Cecil Hambrough había muerto a manos de otra persona. ¿Quiénes eran aquellos tipos corrientes del jurado para poner en duda sus conclusiones? Y, sin embargo, según admitían los propios peritos, sí que existía aún un cierto motivo de duda. La pregunta de vida o muerte era: ¿sería suficiente como para establecer una duda razonable?

Capítulo 12

UNA SEGUNDA OPINIÓN

«Un abogado defensor astuto lo haría pedazos».

SHERLOCK HOLMES,
Estrella de Plata.

A sus cincuenta y cuatro años, melifluido y de melena plateada, John Comrie Thomson, abogado principal de la defensa, tenía un don para los jurados. Era un parecer muy extendido que no había abogado en Escocia en activo, por aquel entonces, que pudiera superarlo en la defensa de un argumento. Era persuasivo y tajante cuando debía serlo, pero siempre se mostraba cortés con los testigos, incluso con los más hostiles. Pero, sobre todo, tenía una capacidad instintiva para dar con la tecla de cada persona y era capaz de conectar sin ningún esfuerzo con la gente común.

También era muy consciente del valor de esos talentos. Corrían rumores de que cobraba mil guineas por juicio, algo que no distaba mucho del salario anual total del fiscal general. Consciente de que el juicio Monson era el escaparate perfecto, se dedicó con fruición a dar su mejor actuación en los diez días que duró el proceso. Un elemento central en su objetivo de dismantelar el argumento forense de la Corona era Matthew Hay, el cirujano de la policía de Aberdeen y el potencial rival en ascenso de Littlejohn. Comrie Thomson le guio durante su testimonio con su característico vigor.

Aquella no era la primera ocasión en que los dos cirujanos policiales habían cruzado escalpelos en los tribunales. Ya habían estado en lados opuestos, por ejemplo, durante el juicio del uxoricida de Dundee, William Bury, en 1889. Fue el conflicto en las interpretaciones de las pruebas médicas lo que llevó al jurado a establecer una petición de misericordia por Bury, a pesar de encontrarlo culpable.

Ahora Hay se disponía una vez más a dinamitar con entusiasmo el testimonio de Littlejohn, además del de Bell y Heron Watson. La posición del cadáver, la distancia y dirección del disparo, la validez de las marcas de perdigones en los árboles circundantes: todo se puso en duda. En relación a la localización en la que Cecil murió en realidad, declaró a favor de la alegación de Monson de que habían movido el cuerpo: «Suponiendo que el cuerpo se hubiera movido después de caer, no me sorprendería mucho que el jardinero y otros no hubieran observado trazas de sangre aparte de aquella que se encontraba bajo la cabeza. Suponiendo que la hierba en ese punto estuviera crecida y bastante húmeda, y que el flujo de sangre desde la cabeza hubiera sido gradual, no me sorprendería que no hubiera mucha sangre a la vista. El sangrado de una herida por disparo suele ser lento [...]. Hay un camino por el lado sur del muro que cruza la zanja, desde la antigua plantación hasta la nueva y, por supuesto, la hierba y los helechos de ese camino se han pisoteado por lo que, si el teniente Hambrough cayó en ese punto, no habría marcas demasiado evidentes en la hierba o los helechos [...]. Teniendo esto en consideración, creo que es bastante posible que el fallecido hubiera recibido el disparo en algún punto en torno al foso, y que su cuerpo se hubiera transferido con posterioridad a lo más alto de la zanja».

También rechazó la presencia de un taco de cartucho ensangrentado, y los dos fragmentos de hueso en torno a unos dos pies de distancia de la cabeza de Cecil, cuando habían descubierto a este en lo alto de la zanja, pues los consideró materialmente irrelevantes. En su lugar, argumentó que tanto el taco como los huesos podían haberse caído de la cabeza en el proceso de traslado del cuerpo o durante el examen posterior. Su aceptación de que el cuerpo de Cecil podía haberse transferido a lo alto de la zanja *post mortem* resultaba particularmente intrigante, puesto que Hay admitió abiertamente que sus propios cálculos en relación a la trayectoria del tiro se basaban en la

presunción de que había caído donde lo encontraron los primeros testigos que Monson llevó al escenario. Probablemente, Hay no había tenido más elección que la de trabajar sobre esa hipótesis (tenía que establecer algún punto de referencia sólido, al fin y al cabo), pero sus dudas acerca de la localización del cuerpo de Cecil, en radical contraste con la férrea convicción de Littlejohn y Bell, debieron poner su testimonio en un compromiso. Lo fundamental, no obstante, fue que no podía aseverar a conciencia que sus cálculos de la trayectoria del disparo eran precisos, si no estaba seguro respecto al punto en el que el cuerpo había caído: un hecho que la acusación podía haber enfatizado mucho más. En lugar de eso, se le permitió escoger los argumentos que mejor le convenían con aparente libertad.

Siguió, así, manteniendo la delantera a lo largo de todo su testimonio. Por ejemplo, fue sucinto y cortante al descartar las marcas de perdigones en los árboles: «He llegado a la conclusión, en referencia al tiempo probable de las marcas de perdigones, de que tienen una antigüedad de al menos dos o tres meses. Algunas de las marcas de perdigones sobre el serbal y también sobre el árbol de lima mostraban considerables signos de reacción vital; esto es, de curación». En otras palabras, creía que las marcas eran anteriores al tiroteo. También puso en duda la habilidad de los peritos de la Corona para establecerla auténtica trayectoria del disparo, dado que no había manera de calcular con certeza el ángulo en que el disparo había penetrado la cabeza de Cecil y la resistencia que su cráneo había ofrecido. Tal y como lo expresó Comrie Thomson: «Se les ha dicho que había entre 200 y 300 perdigones en cada cartucho, y se les ha pedido a ustedes que fallen un veredicto contrario a este hombre ¡porque se han encontrado marcas de doce perdigones, que no los perdigones en sí, en tres árboles de los alrededores! Creo que no tiene sentido seguir debatiendo sobre este punto de la argumentación».

A continuación vino la cuestión crítica de la distancia aproximada que recorrió la munición antes de impactar en Cecil: si era menor de los nueve pies que proponía la acusación. Hay estaba convencido de que la distancia más probable era entre unas pocas pulgadas y tres o cuatro pies, probablemente en torno a los dos pies. Si bien la acusación encontró la ausencia de abrasión en torno a la herida de Cecil, indicativa de un disparo realizado a mayor distancia, Hay argumentó que el disparo se había realizado

utilizando pólvora amberite, en lugar de la tradicional pólvora negra (algo que la acusación no refutó), y que una de sus características principales era la falta de abrasión. Además, alegó que cualquier residuo que hubiera podido quedar tras un disparo a corto alcance, realizado con amberite, debería haber desaparecido en el proceso de limpieza y acicalamiento de Cecil el día del disparo. La naturaleza relativamente suave del orificio de entrada y la falta de todos salvo cuatro de los perdigones en la cabeza de la víctima eran, según el perito, pruebas de que el disparo se había realizado a muy poca distancia. Le dijo al jurado: «En mis experimentos se demuestra que, cuando se dispara a una distancia de dos pies o más, el borde de la herida comienza a mostrar una irregularidad característica debido a la acción dispersora del disparo». En cuanto a la escasez de perdigones, simplemente no podía creer que hubiera tan pocos, dado que los perdigones suelen empezar a dispersarse tan pronto como el cartucho abandona el cañón, y se separan con rapidez creciente a partir de una distancia de dos o tres pies. Continuó: «Como resultado de mis experimentos, he llegado a la conclusión de que es imposible disparar un arma, ya sea del calibre veinte o del doce, a una distancia de nueve pies sin que se produzcan numerosas marcas de perdigones, ya sea en el objetivo o en la cabeza humana, y ya se haya dirigido directamente a la cabeza o en dirección oblicua».

Bell había intentado anteriormente explicar la falta de muestras de dispersión de perdigones en la cabeza de Cecil, al decir que creía que «el grueso de la munición atravesó el hueso *en balle*», es decir, como una única bala compacta en lugar de un cartucho en expansión y, una vez impactado sobre el hueso, «cuatro perdigones penetraron, aparentemente, por el orificio, mientras que el resto se dispersó por el espacio». Esta suposición le sugería a Bell, además, que el disparo se había realizado a una distancia considerable, puesto que si hubiera alcanzado a la víctima *en balle* a una distancia menor de tres pies, «habría forzado a los huesos a abrirse de dentro hacia fuera, destrozándolos en gran medida y, probablemente no hubiera quedado hueso en la cabeza que hubiera escapado a ello». Hay, no obstante, permaneció impertérrito. La falta de perdigones era, para él, indicativo de justo lo contrario: «Prácticamente todo se reduce a esto y es que, en mi opinión, el disparo que mató al fallecido se realizó a la distancia de un brazo».

Hay desarrolló su argumento al sugerir que el camino junto a la zanja sobre el que Cecil se dijo que había ido caminando era traicionero, con «fragmentos de turba saliente, alguna piedra que, de vez en cuando, surge del muro posterior y, en ocasiones, algún hoyo. Bastante cerca de donde se me dijo que se había encontrado el cuerpo había un hoyo en el suelo de tamaño visiblemente considerable, prácticamente una trampa para cualquier pie; era un lugar en el que un hombre bien podría tropezar, especialmente si no iba mirando al suelo mientras caminaba, si tenía la vista fija en busca de presas de caza o algo similar. La mañana de los sucesos fue una mañana húmeda, y eso facilitaría que se resbalara en la hierba si tomó el camino irregular de la zanja; el suelo, en ese punto, crea pendientes y la hierba estaría muy húmeda [...]. Tras el cuidadoso análisis del cráneo y las fotografías, considero que la herida en la cabeza del fallecido era tal, en relación a la posición de la herida y la línea de fuego, que podría haberse infligido mediante un arma sostenida por las manos del propio fallecido. Existen muchas, casi innumerables posiciones, que permitirían que fuera la propia mano del difunto la que hubiera sostenido el arma cuando se realizó el disparo». Procedió, entonces, a exhibir una serie de fotografías tomadas por él y por el doctor W. G. W. Saunders, profesor de medicina clínica en Edimburgo, para ilustrar ese argumento enseñando, por ejemplo, la forma en la que el arma podía haberse disparado si se hubiera enganchado en un matorral conforme Cecil iba caminando. Hay testificó: «Como resultado de la totalidad del examen y sopesando este caso desde un punto de vista médico, considero que es más probable que la muerte del teniente Hambrough se produjera por un accidente con el arma que portaba que por el disparo realizado con el arma de otra persona».

Incluso hubo tiempo para una acalorada discusión con la acusación. Por ejemplo, durante el conainterrogatorio, el fiscal general le preguntó acerca de su aseveración de que era posible que se hubiera trasladado el cuerpo:

—La pregunta sería: ¿Vio algo en el fondo del foso que indicara de alguna forma que un cuerpo pudiera haber reposado allí? —quiso saber Asher.

—No podría formarme una opinión al respecto —respondió Hay.

—No se le ha pedido que se forme una opinión al respecto — porfió Asher—. ¿Vio algo que tendiera a indicar que un cuerpo sin vida pudo haber reposado en el foso?

A lo que el testigo solo pudo responder «No». Posteriormente se le arrinconaría aún más hasta que admitió: «Creo que es probable que no se le moviera en absoluto después de caer; es decir, eso suponiendo que no hubiera más sangre que la de debajo de la cabeza [es decir, que no se encontrara sangre en el foso]».

Estas confrontaciones resultaban aún más candentes habida cuenta del hecho de que la defensa había tomado una medida poco frecuente: negarle a Hay la posibilidad de un careo previo con la acusación. En los juicios en Escocia era norma que los testigos pasaran por un careo previo, durante el cual un testigo realizaba una declaración objetiva que, aunque inadmisibles para el juicio en sí, proporcionaba una impresión sobre las pruebas que se esperaba que presentaran. De esta forma, ambas partes podían entrar en la sala siendo completamente conscientes de las probables batallas que iban a librar cara a cara. La defensa justificó su posición en cuanto a Hay alegando que no habían solicitado careos con los peritos médicos de la acusación y, puesto que Hay tenía compromisos en Edimburgo en el momento en que la Corona había solicitado la entrevista, se le había recomendado no acceder a la petición. Quedó patente que el argumento de la defensa no había impresionado al juez: «A mi entender, no puede haber nada más perjudicial para ninguna de las partes que el que los asesores de una de ellas aconsejen a los testigos que no se presenten al careo previo. Me parece un lamentable error. Con ello no expreso en absoluto ninguna interpretación de la ley. No existe duda sobre el hecho de que, en las pesquisas de la Corona en un caso de procesamiento penal, no solo un testigo está obligado a someterse al careo, sino que está obligado a hacerlo bajo juramento y podría ir a prisión si se niega a dicho testimonio, ya sea bajo juramento o sin él; y creo que el proceder adecuado de un testigo es el de someterse al careo».

Sin embargo, si la acusación esperaba que este asunto fuera a ponerle la zancadilla a Hay, no hay muestras de que efectivamente así fuera. Incluso

aprovechó una o dos oportunidades para pinchar a Littlejohn y los experimentos que había realizado con MacNaughton. En referencia a la decisión de disparar a los cadáveres de la morgue, Hay comentó: «Considero que los cuerpos de personas fallecidas hace algún tiempo son adecuados para la realización de experimentos hasta cierto punto, pero no muestran exactamente los mismos efectos que cuando se dispara a un cuerpo vivo». En otras palabras, los más macabros experimentos de la acusación resultaban, en última instancia, fútiles.

Littlejohn, no obstante, hizo cuanto estuvo en su mano. Allí donde había favorecido una recreación de los últimos momentos de Cecil con un cadáver humano, Hay y su equipo habían optado por un caballo recién sacrificado. Littlejohn no estaba del todo convencido: «No se pueden extraer conclusiones de la herida en la cabeza de un caballo. Existe una enorme diferencia entre esa y la herida que nos ocupa [...]. No logro obtener ninguna deducción útil de estas fotografías de cabezas de caballos». Tampoco estaba satisfecho con los bustos de madera que la defensa había utilizado para representar la cabeza humana, de cuyas proporciones dijo que eran «en su mayoría equívocas», anatómicamente incorrectas y hecha de una sustancia «muy diferente a la del cráneo»; el equipo de Littlejohn, por su parte, había utilizado cartón cubierto de arcilla para representar con la mayor verosimilitud posible las condiciones de la materia en la cabeza humana.

Las conclusiones generales de Hay recibieron un sólido apoyo en el consiguiente testimonio del doctor Saunders, de la Universidad de Edimburgo. Cabe imaginar que en las reuniones del profesorado de la capital escocesa reinaría un ambiente gélido durante las semanas y meses posteriores al juicio. Saunders se mostró claramente holmesiano en algunos puntos de su testimonio, al advertir del «cuidado con que se deben extraer deducciones de un caso así», y señalar los «datos insuficientes» que echaban a perder varios aspectos del peritaje. ¿Qué podía concluir el jurado de todo aquello? Si sus simpatías habían recaído en una dirección concreta tras el testimonio prestado por Littlejohn, Bell y Heron Watson, ahora no podían sino verse arrastrados de vuelta a tierra de nadie, en la incertidumbre. Al igual que en el caso Bury, las conclusiones diametralmente opuestas de hombres de medicina tan eminentes podrían haber tenido como único efecto provocar una profunda confusión en

los miembros del jurado sobre qué pensar. Es algo que recuerda las palabras de Alexander Pope: «¿Quién decide cuando los médicos no están de acuerdo?».

Efectivamente, es una buena pregunta.

Capítulo 13

MOTIVO DE DUDA

«Lo que uno hace en este mundo no tiene importancia.
Lo esencial es lo que uno puede hacerle
creer a la gente que hizo».

SHERLOCK HOLMES,
Estudio en escarlata.

Resulta curioso que surgiera un testimonio por el cual la defensa se encontraría en posesión, al menos por un tiempo, de la prueba que podría haber demostrado de manera concluyente la inocencia de Monson... O, quizá, su culpabilidad. El doctor Macmillan fue quien lo reveló de manera indirecta. «El día que el señor Blair [el abogado de Monson] estuvo en Ardlamont fue la primera vez que oí a Monson hablar de que había matado a un conejo el día del accidente. En esa ocasión, el señor Blair y Monson fueron al bosque; yo me quedé algo rezagado y les alcancé cuando llegaron al punto en el que se encontraba el conejo». Si aquel había sido, efectivamente, el mismo conejo al que Monson había disparado, un análisis *post mortem* de la desafortunada criatura probablemente podría confirmar qué tipo de munición lo había matado y, con ello, qué arma había portado Monson aquel día. Si lo habían matado con un cartucho del calibre veinte, eso habría confirmado la versión de Monson de que Cecil estaba en posesión de la escopeta del doce que había acabado con

su vida. Si, por el contrario, había muerto por munición del doce, las cosas habrían pintado muy mal para Monson. El hecho de que nunca se utilizara el cuerpo del conejo como prueba da mucho en lo que pensar, pero difícilmente podría considerarse una prueba concluyente.

Comrie Thomson, entre tanto, exprimía tanto como era posible el argumento de la «muerte accidental». Con ese propósito, se ayudó de dos testigos que aportaron pruebas particularmente entretenidas. En primer lugar vino Tom Speedy, el agente inmobiliario y guía de caza, que proporcionó al tribunal un testimonio plagado de anécdotas, al tiempo que apoyaba la afirmación de Hay de que el disparo fatal probablemente se hubiera producido a una distancia de unos dos pies: «Por mi experiencia, los disparos accidentales pueden producirse de las maneras más inconcebibles. Recuerdo el caso de un caballero que estaba de caza, hará un año o dos, y que tuvo un repentino accidente. Al notar que se caía, tiró el arma lejos de sí». Cuando el fiscal general le preguntó si había estado presente él mismo en el incidente, Speedy confirmó que no, pero que recordaba «los hechos sobre ese tipo de accidentes» y tenía «gran interés en ellos». Así, continuó: «Los accidentes se producen de las formas más inexplicables y, cuando un arma se dispara accidentalmente, el tiro alcanza el cuerpo de las maneras más inenarrables, por lo que sé: en la coronilla, en la nuca, en la planta del pie. Este último caso es uno que conozco personalmente. Un caballero de Edimburgo dejó caer el arma, se le dispararon los dos cañones y uno de los tiros le dio horizontalmente en la planta del pie. Había otro hombre, al que conozco, que se disparó en la palma de la mano y el tiro le subió por el brazo». Con cierto remordimiento, añadiría: «No lo vi cuando ocurría». El juez, entre tanto, había tenido más que suficiente y expuso claramente su frustración al pasar al siguiente punto: «No veo de qué forma pueden tales ejemplos ser de la más mínima utilidad».

El siguiente en subir al estrado fue la notoria figura de George Tillard. Este coronel retirado de las Madras Staff Corps explicó que su antiguo compañero del cuerpo, un tal coronel Kilgour, le había convencido de que era su obligación participar en la investigación del caso Ardlamont. Su momento de gloria llegó ya avanzado el juicio, pues apareció únicamente la tarde del noveno día, pero causó sensación entre aquellos que lo escucharon: «Pasé

veintiocho años en la India. Sufrí un disparo accidental en marzo de 1871. Me estaba preparando para disparar y estaba oculto con una escopeta pequeña de cañón doble. Estaba a medio amartillar. Me di la vuelta para llamar a mi criado, que estaba deambulando por detrás. Según me giré, se me resbaló el pie en alguna roca que estuviera pisando y me caí de espaldas. No recuerdo nada de lo que pasó durante los minutos posteriores. Lo último que sentí fue una sensación de caída hacia atrás. Al volver en mí, me encontré que mi criado seguía en el mismo sitio donde estaba antes y lo llamé para que me ayudara. Regresé a mi tienda unos cinco minutos más tarde y me encontré con que el arma se me había disparado por los dos cañones. El tiro me había volado una parte de la oreja y me había abierto desde allí una brecha horizontal. El tiro me había arrancado el periostio. Era un tiro limpio a través de la oreja que me había dejado un surco en la carne y me había llegado a arañar el hueso, pero sin llegar a penetrar en el cráneo. El disparo vino de frente. Así lo pensé. Eso fue lo que dijo el doctor. La dirección del tiro fue tan horizontal como era posible. No sé explicar cómo estaba sujetando el arma». En un momento en que el juicio estaba ya en sus últimos estertores, el coronel Tillard había arrojado una bola curva con potencial para alterar completamente la dirección del proceso. Allí estaba ese hombre, al que no se le podía poner ni un pero, con un pedigrí impecable, y que se presentaba a sí mismo como la prueba viviente de que un individuo podía infligirse heridas notoriamente similares a aquellas sufridas por Cecil, y hacerlo de manera totalmente accidental.

Esto garantizaba que las conclusiones finales de Asher y Comrie Thomson fueran más importantes que nunca. Ambas partes soportaban la presión de tener que enlazar el amplio escaparate de pruebas que habían ido presentando ante el tribunal y construir a su alrededor la narración que decidiría si la sentencia se inclinaría hacia un lado o el otro. El fiscal general fue el primero. Durante seis horas, Asher realizó una exposición de gran virtuosismo: muchos incluso la consideraron como el discurso final de mejor calidad que jamás presentara frente a un jurado. Explicó las pruebas financieras, para lo cual desgató la manera, ladina según su propia descripción, en la que Monson había asegurado la vida de su joven tutelado. En cuanto a la sugerencia de que Monson supiera que las pólizas no tendrían validez en caso de que Cecil

muriera antes de su vigésimo primer cumpleaños, se mostró despectivo. Insistió en por qué iba a hacer Monson que Cecil realizara aquellas cartas de asignación si no creía que tuvieran ninguna validez legal. E, igualmente ¿por qué iba a permitir a Tot que solicitara un desembolso si sabía que no tenía derecho a ello? Tal y como lo expresó, de forma muy convincente: «El señor Monson creyó de manera manifiesta que estaba pertrechado de los medios necesarios para asegurarse de cobrar el importe total de ambas pólizas, en caso de que algo le ocurriera con posterioridad a Cecil Hambrough».

Además de establecer un argumento tan sólido como fue posible, Asher no desaprovechó ninguna ocasión para descabezar los de la defensa. Monson dijo que Scott y él habían movido el cuerpo y, sin embargo, no existía ninguna prueba que respaldara aquella declaración. La defensa alegaría que el terreno era peligroso para el viandante y que era óptimo para provocar un accidente. Sin embargo, James Brand, el topógrafo de la propiedad al que se le había encargado analizar el escenario del crimen, manifestó que el terreno por el que Cecil probablemente caminó estaba prácticamente nivelado. Además estaba la cuestión de quién portaba qué arma. Monson no había hecho nada por sacar al doctor Macmillan de su error el día del disparo, cuando había creído que Cecil era quien había llevado el del calibre veinte. Sin embargo, cuando el procurador fiscal comenzó a mostrar sus reservas acerca de la versión de Monson, este no escatimó en esfuerzos para sugerir que él llevaba la del calibre veinte y, Cecil, la del doce. Y ¿por qué se habían apartado y descargado inmediatamente las armas de la escena del accidente, incluso antes de contarle a nadie más lo que había ocurrido? Además, estaba la chaqueta de Cecil, que había llevado la mañana de la cacería pertrechada de munición para el calibre veinte. ¿Qué cabía suponer de todo aquello?

El fiscal general también hizo un gran hincapié en la aparición y posterior desaparición de Scott: «¿Por qué iba una persona que hubiera estado presente en la escena a desaparecer completamente sin que ningún otro ser humano supiera de su paradero? ¿Cuáles serían las circunstancias más probables en las que él hubiera participado en su estancia en Ardlamont, de lo que se deduce o adivina del hecho de su aparición? No es ya la dudosa cuestión de su identidad lo que me ocupa. Lo que me ocupa es una cuestión sobre la que no hay discusión. Uno de los hombres que estuvo allí ha huido y se ha escondido.

¿Por qué lo ha hecho?». Quiso, además, saber qué motivos tendría Monson para decirle a la policía que Scott era un ingeniero con conexiones en Greenock: «¿Con qué propósito declaró tal cosa? ¿Fue con el propósito de proporcionar información fidedigna o con el de engañar y confundir a las autoridades?».

Consciente de las potenciales debilidades en las conexiones individuales del caso, Asher intentó con desesperación hacer que el jurado considerara la ingente cantidad de pruebas que tenían a su alrededor: las sugerencias del mal carácter de Monson, sus turbios negocios financieros, las incriminatorias pólizas de seguros, las pruebas forenses que apuntaban a un disparo realizado por una tercera parte y la desaparición del socio criminal putativo (y envuelto en misterio) de Monson. Si lograba ese propósito, se alzaría con la victoria.

Concluyó su discurso con las siguientes palabras: «No les entretendré más, caballeros, revisando todos los hechos, todos los diversos conceptos principales sobre los que he agrupado los puntos que he considerado mi obligación presentar. Sin embargo, caballeros, a pesar de haberlos repetido uno a uno (obligado a hacerlo por las circunstancias del caso), insisto ante ustedes en que deben considerarlos no solo individualmente, sino en su conjunto. Deben aceptar los elementos que componen el caso conforme discurren y, repito, llegar a una conclusión individual y por separado. No obstante, cuando ya hayan hecho eso, es mi deseo que los coloquen uno junto a otro y los miren en relación el uno con el otro, y consideren si establecen o no la grave y seria cadena a la que he hecho referencia, si las circunstancias no llevan a una conclusión infalible e ineludible que conecta al prisionero con los delitos que se le imputan. Si pueden hallar motivos serios, inteligibles y honrados que puedan inducirlos a concluir que estos hechos son consistentes con la inocencia del prisionero, absuélvano por todos los medios posibles. Si, por el contrario, caballeros, al considerarlos concluyen que son razonablemente consistentes con uno, y solo un veredicto, entonces es su obligación pública, su obligación para con el juramento que han realizado, declarar al prisionero culpable del crimen del que se le ha acusado».

Si a Comrie Thomson llegó a sorprenderle el aplomo con el que Asher defendió su argumento, en cualquier caso estaba preparado para el combate. Resultó fundamental el hecho de comprender que su trabajo no era demostrar

la inocencia de Monson más allá de toda duda, sino simplemente poner de manifiesto que la acusación no había logrado demostrar su culpabilidad. Hurgó en cada laguna que encontró en el argumento de la oposición. Le preguntó al jurado que por qué iba Monson a matar a un hombre que para él valía más vivo. Los Monson, según su argumento, dependían del dinero que Tot les concedía, y que este solo les proporcionaba con la esperanza de poder explotar la relación con Cecil hasta el punto de obtener unos beneficios exorbitantes. Sugirió que Cecil solo alcanzaría el culmen de la rentabilidad potencial para Monson y Tot al llegar a la mayoría de edad. Insistió en que si mataba a Cecil, Monson mataría al hombre del que dependían sus ingresos y su subsistencia. Sin Cecil, no había *guita*.

En cuanto a las pólizas de seguros, mantuvo que las negociaciones para el futuro de la propiedad Steephill, en la isla de Wight, aún estaban en juego. El seguro de Cecil, según explicó, era un paso esencial para garantizar a la Eagle Insurance de que el consorcio Cecil-Monson-Tot podía hacerse cargo de la hipoteca. Comrie Thomson llegó a sugerir que no podía haber «nada más natural para Monson que apresurarse a contratar los seguros en cuanto llegó el primero de agosto, dado que sabía que aquel había sido el escollo en el plan competidor, y que si se presentaba ante Eagle Insurance con unas buenas pólizas de seguros en la mano y decía “Aquí están las pólizas; este joven ha consentido en asegurar su vida, aquí las tiene”, obtendría el contrato con seguridad». Esta fue, quizá, una interpretación algo liberal de la buena predisposición de Eagle Insurance hacia Cecil y asociados pero, para un jurado algo saturado por la complejidad de las pruebas financieras, esta interpretación de los hechos debió resultar cuanto menos creíble. Comrie Thomson insistió, además, en que Monson sabía que no podía reclamar nada de esas mismas pólizas de seguros en caso de que la muerte de Cecil se produjera antes de su próximo cumpleaños en 1894. Comrie Thomson expresó así su opinión: «En cuanto al motivo para acabar con la vida de un hombre [...], me confieso absolutamente incapaz de encontrar ninguno. Su único interés, lo único que era esencial para que sus planes se llevaran a cabo, era que el joven viviera».

Y ¿qué había del intento de Tot de cobrar las pólizas? Comrie Thomson era muy consciente de que difícilmente podría ser Tot el tipo de testigo que se

ganara el corazón del jurado, por lo que jugó deliberadamente con la turbia imagen del hombre en cuestión y reconoció: «Lo que creo es que Tottenham les ha dado la impresión de ser un tipo raro. No creo que sea la clase de persona con la que ustedes y yo, escoceses discretos y comunes, tengamos la costumbre de codearnos e, incluso, diría que no sé de ninguno de nosotros que quisiera establecer una relación más estrecha con él. Pero nos respondió de forma bastante clara, tras algunas dudas y algo de presión, cuando se le preguntó que por qué había reclamado si Monson sabía, como él dice, que la póliza no valía nada porque la autorización no era correcta; y lo que nos dijo, y no me cabe duda de que ustedes lo considerarán absolutamente cierto, fue que “por probar” con la compañía de seguros. Alegó: “fue un farol”; y observen que es bien conocido que las compañías de seguros (al haber tanta competencia en el negocio) suelen pagar primas para poder salvaguardar el crédito, para seguir siendo populares, aunque sepan que estricta y legalmente no les corresponde hacerlo».

Exploró entonces las dudas relativas a las pruebas forenses. Sobre la posibilidad de que se hubiera movido el cuerpo, afirmó: «Pues bien [...], si creen que está demostrado que se trasladó, los propios cimientos del argumento de la Corona se vienen abajo porque no tienen información que justifiquen las medidas y las pruebas relativas a la dirección». Analizó una vez más la disparidad entre los peritos en lo relativo a la distancia a la que se realizó el disparo y proclamó que Monson había mencionado a dos testigos el día del tiroteo, que había llevado el arma del calibre veinte y Cecil, el del doce, si bien, como él mismo admitió, esta prueba solo podía ofrecerse mediante declaraciones indirectas. En lo referente a los cartuchos hallados en el bolsillo de la chaqueta de Cecil, dio a entender que Monson los había puesto allí por comodidad cuando estaba preparando el lote de ropa, armas y munición que el procurador fiscal había solicitado a finales de agosto. Su alegación de que, de haber tenido los bolsillos repletos con diecinueve cartuchos el día del tiroteo, Steven o el doctor Macmillan tendrían que haberse dado cuenta de ello al manipular el cuerpo, no carece de lógica.

Incluso tuvo tiempo para realizar un ataque *ad hominem* contra Littlejohn, al que caracterizó como «el único testigo del caso que parece no estar abierto a considerar ningún punto de vista que no implique la culpabilidad del

prisionero [...]. Reclamo como testigos a mi favor tanto al doctor Heron Watson como al doctor Bell, y les diré por qué. Porque dicen que, para llegar a las conclusiones a las que han llegado, y que no dudo que sean de una precisión perfecta, han tenido que moverse en el terreno de la conjetura y que existían infinitas posibilidades por las que Hambrough podría haber perdido la vida además de la que implica culpabilidad por parte del acusado. Reclamo a estos dos caballeros de la lista de la Corona. Es todo lo que necesito. Si usted se mueve en el terreno de la conjetura no puede condenar a nadie. Si existe una posibilidad razonable debe hacer honor a ella. Ambos hombres dicen moverse en el terreno de la conjetura y que las posibilidades son infinitas.

Y yo les añado al profesor Hay, cuyo testimonio, que han escuchado ustedes, proporcionó en un estado de gran debilidad física y tras haber tenido que levantarse de la cama, en la que estaba postrado por un grave caso de gripe».

Una vez más, Comrie Thomson no renunciaba a la posibilidad de estirar su interpretación de los testimonios para amoldarlos a los intereses de su cliente. Era cierto que Littlejohn creía, efectivamente, en la culpabilidad de Monson pero no mostró más agresividad que sus compañeros al afirmar los hechos, ni menos predisposición a aceptar que su testimonio se basaba en aceptar que el cuerpo había caído en el mismo punto donde lo encontró el personal de la finca. Al expresar la idea de que los peritos de la acusación se contradecían de alguna forma entre ellos (algo que, claramente, no era así), Comrie Thomson esperaba no solo diluir el impacto de su testimonio combinado, sino socavar la autoridad de cada uno de ellos a nivel individual.

En cuanto al problema de Scott, realizó un juego de manos muy habilidoso. En primer lugar, pretendió sugerir que Monson no había actuado de forma en absoluto fraudulenta en su representación del supuesto ingeniero naval: «Se declaró, sin que nadie lo haya contradicho, que Scott acudió con objeto de prestar un servicio a Hambrough en relación a las calderas del barco». Por supuesto, surgieron muchas voces que discutieron semejante declaración, pero el caso era que aquellos que verbalizaban sus dudas no podían probarlas dada la ausencia del hombre en cuestión. Comrie Thomson se vio, así, libre para dar las más descaradas explicaciones sobre la desaparición del hombre

misterioso:

Tras el accidente, Scott se encuentra en una posición en la que su ocupación ha desaparecido y el hombre que le ha contratado está muerto. Ya no va a haber barco, porque ya no hay dueño del barco. Está, consecuentemente, muy consternado por lo ocurrido (estoy dando por hecho, por supuesto, que se trató de un accidente), pero no tiene motivos para quedarse. Sin embargo, no se marcha de pronto. Espera hasta la tarde antes de partir y toma el quinto barco que deja Tighnabruaich ese día. Se queda en el vecindario con aquellos involucrados en el traslado y acicalado del cuerpo. Se queda al triste y silencioso almuerzo que compartieron al mediodía.

Sin embargo, Comrie Thomson era lo suficientemente astuto como para saber que Scott era una figura problemática. ¿Y si, efectivamente, era un corredor de apuestas como se había sugerido? Era una pregunta que no podía evitar. Así pues, se dispuso a pintar a Edward Sweeney, el hombre que podía ser Scott, como «uno de los hombres más amables, más amigables y más tranquilos». Invocando una imagen digna del *pathos* «dickensiano», alegó: «Quizá fuera un corredor de apuestas, pero era un corredor de apuestas enfermo, un corredor de apuestas moribundo. Y Sidney Russell [el jefe de Sweeney en el negocio de las apuestas] y su hermano coincidieron ambos en señalar que es el último hombre que tomaría parte en un acto de crueldad: no le haría daño a una mosca; y, sin embargo, ahí está la propuesta, la más ridícula que he oído jamás, de que, por alguna misteriosa razón, Monson invita a este hombre amigable y sosegado a unirse y ser testigo de un intento de asesinato y, después, se lo lleva para que presencie un acto de asesinato y no toma ninguna medida para retenerlo y que, así, presente testimonio a su favor. ¿No resulta perfectamente absurdo, en vista de la situación? Si Monson quería ahogar a ese hombre, o dispararlo ¿para qué se trae a Scott? No quiere asistencia, no quiere que un tercero lo eche de la barca, no quiere que un tercero le dispare. La propuesta es que se trae a ese hombre para que lo ayude y sea su cómplice. ¿Qué clase de ayuda podría recibir de él? De haber habido

juego sucio, ¿no habría traído aquí a un hombre que hubiera podido declarar: “Yo lo vi”?». Independientemente de si el jurado individual creía que Scott era un ingeniero o un tipo turbio de las carreras de caballos, Comrie Thomson hizo cuanto estuvo en su mano para echar abajo todas sus presuposiciones diciendo: «Caballeros, es probable que la mayor calamidad de las que pudieran aquejar a mi cliente sea el hecho de que Scott no esté aquí. No pretendo saber lo que habría dicho, pero, de acuerdo con mi información, de acuerdo con las instrucciones por las que me he guiado (no iré más allá de este punto, pero estaría justificado si lo hiciera) creo que una de las mayores calamidades que jamás pudiera padecer cualquier hombre mortal es que Scott no haya sido capaz de llegar al estrado de los testigos».

Sin motivo, sin argumento forense, sin nada remotamente sugestivo en el hecho de la desaparición de Scott: la defensa había quemado todos los cartuchos desmantelando el argumento en contra de Monson. «En la mayoría de casos criminales, se demuestra con facilidad el hecho de que se haya cometido un crimen. Si se entra por la fuerza en una vivienda y se retiran sus bienes, se sabe que se está frente a un delito: el de allanamiento. Si se encuentra a un hombre hecho pedazos, como si le hubieran golpeado con una maza, entonces se sabe que ha sido asesinado. Pero en el presente caso, la cuestión que tienen que determinar es: ¿Se ha producido realmente un delito?».

Dijo que solo tres hombres sabían lo que había ocurrido en aquel bosque: uno estaba muerto; otro, silenciado por el sistema judicial y al tercero no se le podía localizar. La Corona, por tanto, se veía obligada a depender de pruebas indirectas o circunstanciales. Fue en este punto donde Comrie Thomson exhibió, tal vez, su mejor elocuencia: «Bien, caballeros; con frecuencia se dice que, en cierto sentido, no habrá nunca pruebas mejores que las circunstanciales porque los hechos no mienten, como a veces hacen los seres humanos. Pero es fundamental que entiendan exactamente lo que significa prueba circunstancial, y qué hace falta para que una prueba circunstancial se pueda considerar de algún valor o de valor equivalente al de una prueba directa. En primer lugar, caballeros, consideren esto (que es algo que sospecho que a veces se pasa por alto): es una parte esencial del valor de las pruebas circunstanciales que cada circunstancia pueda probarse de forma clara. Prueba circunstancial no significa un montón de circunstancias

sospechosas. No es eso en absoluto. Es necesario que cada circunstancia sobre la que se basa, todas aquellas que pueden conectarse en un todo y de las que se extraen las conclusiones, se demuestren mediante pruebas. No diré “esto es muy sospechoso” si no se prueba, si no se prueba de la forma usual, con pruebas directas. Entonces, caballeros, una vez tengan cada circunstancia completamente probada, es necesario que el valor de las mismas no se comprenda mal, ni se utilice mal, ni se entienda mal. Y es únicamente cuando se establece cada circunstancia mediante las pruebas, y cuando se está satisfecho no solo con su total autenticación, sino también con que las deducciones extraídas de las mismas sean deducciones justificables y auténticas, entonces se está en posición de determinar cuándo ese conjunto de pruebas así, establecido y así aplicado, es suficiente como para excluir cualquier teoría salvo la de la culpabilidad».

Comrie Thomson adoptó entonces una táctica arriesgada: hizo referencia al hecho de que Monson se había llevado a su hijo con él cuando había mostrado al doctor Macmillan la escena del tiroteo, apenas horas después de que esta ocurriera. El abogado defensor reflexionó al respecto: «¿Pueden siquiera imaginar que si ese hombre hubiera sido culpable de asesinar, hacía apenas algunas horas, al amigo que había estado viviendo con él y había estado unido a él durante años, se hubiera llevado con él al que probablemente fuera el ser más puro e inocente a su alcance, para mostrarle el lugar en el que su propio padre hubiera cometido un crimen tan horrible? Sabemos que apenas existen límites para la profundidad de la depravación humana, pero la noción de que un asesino, que tiene aún las manos teñidas de rojo por la sangre de su víctima, llevara a este chiquillo de la mano para mostrarle el sitio en el que había cometido el crimen es, en mi opinión, absolutamente increíble». Hace falta valor para que un abogado declare que los cargos imputados a su cliente son tan monstruosos como para resultar increíbles. Pero eso es justamente lo que Comrie Thomson pretendió que el jurado concluyera. Sin embargo, bien podrían decidir que la alegación era realmente una prueba de la monstruosidad de Monson.

Comrie Thomson, entonces, retomó su argumento principal una última vez: «¿No he demostrado que hay lugar de sobra para albergar serias dudas? Caballeros, todos somos susceptibles de cometer errores. Les ruego que no

comentan un error en una cuestión tan terriblemente seria. El resultado de su veredicto es definitivo, irreparable. ¿Qué pensarían ustedes si algún día, que podría ser pronto, este misterio se revela en su totalidad y se demuestra que este hombre era inocente, a pesar de que lo enviaron a su muerte? De ser culpable, no se quedará sin castigo. Existe Aquel en Cuyas manos está este hombre. Aquel que es Infalible y Omnisciente. “Yo pagaré, mía es la venganza, dice el Señor”».

Y, con esto, el alegato de la defensa concluyó.

Capítulo 14

EL RETORNO DEL JURADO

«[...] sopesamos posibilidades y elegimos la más probable. Es el uso científico de la imaginación [...]».

SHERLOCK HOLMES,
El sabueso de los Baskerville.

El juez, lord Kingsburgh, quien casualmente también era un antiguo amigo del colegio de Joseph Bell, presentó sus conclusiones al jurado la tarde del viernes 22 de diciembre. Les dijo que había sido «un juicio largo y tenso» y que indudablemente le aliviaba que estuviera llegando a su fin. De todos los casos en los que había ejercido de juez desde su nombramiento para el puesto, en 1888, aquel había sido el que más presión había hecho recaer sobre él. Llegados a ese punto, tomó la infrecuente decisión de dirigirse al público general. Al inicio del quinto día de juicio había anunciado: «Antes de que el proceso se retome desearía decir que, desde su comienzo, he recibido varias cartas, algunas firmadas y otras anónimas, en referencia a este caso. No he leído esas cartas y quisiera que fuera del conocimiento público que el hecho de escribir tales cartas a un juez de este tribunal, cuando está instruyendo un caso, no solo es reprehensible, sino que puede hacer que esa persona sea objeto de penas severas por desacato al tribunal». Más tarde se revelaría que, entre

la pila de misivas no deseadas, se encontraba una postal enviada desde Liverpool que anunciaba que, si se absolvía a Monson, el autor de la misma se encargaría en persona de pegarle un tiro. Iba firmada con el nombre «Scott». No tenía sentido fingir que aquel era un caso cualquiera.

Y sin embargo, y a pesar de las profundas presiones bajo las que se encontró, Kingsburgh expuso sus ideas en torno al caso con su estilo típicamente lúcido y sobrio. Para muchos de los oyentes, no obstante, mostró una preferencia clara a favor de la defensa. Quizá no fuera del todo sorprendente. Aunque había ejercido los dos puestos de mayor envergadura en el sistema judicial escocés (fiscal general y abogado de su Majestad) e, incluso, había dirigido la acusación en el juicio a Eugene Chantrelle, la primera y mayor parte de su trayectoria había estado dedicada a la defensa judicial. Tal y como Kingsburgh señalaría en sus memorias: «Hasta el último año en que permanecí libre de cargos y pude ejercer la defensa, antes de mi nombramiento como abogado de su Majestad, jamás tuve un cliente al que se le condenara por asesinato excepto uno que estaba loco y que se demostró que lo estaba tras el juicio. En todos mis casos restantes se obtuvo una absolución o un veredicto de culpabilidad por homicidio. Pero aquel era un éxito demasiado grande como para durar hasta el último de mis días. En dos ocasiones, durante mi último año u ocho meses en la defensa, se me llamó a que ejerciera en representación, primero, de un par de cazadores furtivos y, después, de otros dos más, por asesinar a unos guardabosques. No había el menor atisbo de defensa posible y los cuatro acabaron en la horca. Mi conjuro del éxito se había roto y, poco después, mi carrera en el lado izquierdo del estrado llegó a su fin». Claramente llevaba a gala el haber logrado para sus clientes veredictos de inocencia de una manera tan sistemática, e insinuaba que el papel del defensor era más noble que el del fiscal. ¿Sería posible que albergara, al menos, la más mínima sombra de prejuicio inconsciente?

Su resumen fue, en cualquier caso, generoso para con el equipo de Monson en varios aspectos. En un principio describió el caso como «uno basado en pruebas puramente circunstanciales. No es un caso en el que exista ninguna prueba directa». Aunque las pruebas pudieran ser discutibles, resulta poco probable que Littlejohn, Bell o Heron Watson se mostraran de acuerdo con él en ese aspecto. A pesar de que pudieran reconocer la inevitable presencia de

la conjetura, estaban todos a una convencidos de que sus experimentos y análisis habían proporcionado las pruebas directas que el juez estaba ahora desestimando. Tampoco apreciarían la forma en la que Kingsburgh cuestionó la credibilidad de lo que él denominó «pruebas teóricas del caso: es decir, las pruebas aportadas por personas hábiles que extraen conclusiones de dichas habilidades para asistirles a ustedes en su decisión». Aunque reconoce la importancia del peritaje de los «armeros, el testimonio de personas hábiles en el uso y porte de armas, el testimonio de los doctores diestros en heridas y en sus efectos», Kingsburgh declaró que había sido un desastre de la acusación que la investigación no se hubiera iniciado hasta semanas después del propio incidente. Aquello era algo de lo que el prisionero no tenía culpa alguna, por lo que dijo que: «el argumento de la acusación se ve en la misma medida debilitado por culpa de su tardanza, como agraviado en lo concerniente a esos testimonios». Fue un duro golpe para la acusación que se cuestionara al equipo forense de su lado del estrado a un nivel tan fundamental.

La Corona tampoco recibió un tratamiento mucho más amable por parte de Kingsburgh en relación al motivo alegado para el crimen: las pólizas de seguros. Tras un resumen, por lo general, equilibrado de las pruebas en ese aspecto en particular, Kingsburgh lanzó un repentino torpedo en dirección a la acusación: «Si es cierto y evidente que se ha cometido un delito, demostrar que hubo un motivo para el crimen no se convierte en parte fundamental de la argumentación del fiscal. Si puede demostrar su argumentación sin la existencia de un motivo, puede obtener su veredicto legítimo. Pero eso no es todo. Si las pruebas son únicamente circunstanciales, y la culpabilidad del prisionero no puede más que deducirse y no demostrarse como un hecho probado mediante el testimonio de testigos que presenciaron el crimen, entonces la cuestión del motivo adquiere una importancia vital. El que exista un motivo claro y demostrable, inequívocamente, es de una enorme importancia para la acusación. Si el motivo se desvía o, incluso, se considera razonablemente dudoso, eso juega muy a favor del prisionero».

En cuanto al misterio que rodea a Scott, Kingsburgh expresó nuevamente poca simpatía hacia los argumentos de Asher: «El fiscal general basa buena parte de su alegación en que este hombre, Scott, vino como parte de una conspiración para el asesinato. ¿Pueden de acuerdo a sus propias conciencias

llegar a alguna conclusión sobre por qué iba a estar allí y ser cómplice de semejante propósito? En relación a cualquiera de los crímenes de los que se le acusa en la imputación, el intento de ahogo o el disparo efectivo, debo decir que me resulta difícil discernir qué iba a hacer allí [...]. No se ha demostrado que ese tal Scott tuviera alguna relación con los asuntos de Hambrough y Monson; y, por lo que puedo ver, si se iba a cometer un ahogamiento o un disparo, no había necesidad en absoluto de la presencia de un extraño. Por tanto, si no había interés por parte de este tercero, debió de ser en calidad de asesino a sueldo que se encontró allí, si la teoría de la Corona resulta correcta; pero tampoco existe una base que yo pueda apreciar al respecto. No cabe duda de que su presencia allí resulta misteriosa en muchos aspectos, pero, caballeros, es competencia de la Corona resolver dicho misterio. Si hay algo prioritario en cuanto a la imputación de cargos delictivos, es que es competencia de la Corona resolver el misterio. Lo que no es competencia de la Corona es simplemente señalar hacia la oscuridad y decir: “A menos que usted, el prisionero, arroje algo de luz a la oscuridad, debemos considerarlo involucrado en un delito”».

Se mostró igualmente despreciativo, si bien de manera quizá algo más justificada, frente a los cargos de intento de asesinato al señalar que, al parecer, no se les había pasado por la mente a las autoridades añadir este cargo a la imputación hasta finales de octubre; más de dos meses y medio después de que se produjera el supuesto atentado. Señaló: «El hecho es que Cecil Hambrough y el señor Monson se hicieron a la mar aquella noche. El hecho es que Cecil Hambrough y Monson llegaron a la orilla; el hecho es que a Cecil nunca se le pasó por la mente que nada de aquello se hubiera planeado con el propósito de asesinarlo». Cabría pensar que, al menos en lo que a ese cargo se refería, el caso quedaba cerrado.

Incluso exhortó a desestimar el mal carácter de Monson (al que en sus memorias aludiría, de hecho, como el «carácter perverso» del defendido) como prueba de su culpabilidad frente a ninguno de los cargos: «Siempre resulta espantoso descubrir que una persona es mentirosa, incluso mentirosa reincidente. Da una muy mala impresión de su carácter general y, tras hacer semejante descubrimiento, no se puede confiar en gente así en las transacciones ordinarias de la vida y, hasta cierto punto, demuestra su

profunda bajeza moral. Existen personas para las que se ha convertido en algo absolutamente natural alegar falsedades, sin ningún propósito en concreto, como quedó patente en este caso; en varias ocasiones el prisionero y su esposa realizaron declaraciones en cuestión de negocios que no eran ciertas, sin ningún propósito concebible. Les aconsejaría que no extrajeran demasiadas deducciones de esto. Hay una gran diferencia entre ser deshonesto y ser un asesino [...]».

Finalmente, despejó cualquier resquicio de duda entre los miembros del jurado sobre la naturaleza onerosa de la tarea que se les había asignado: «Ahora, caballeros, deben considerar cómo ha de concluir este caso. Tienen una senda que seguir por la que deben abrirse camino ustedes solos. No deben ni caminar a través de la oscuridad en ningún tramo, ni saltar sobre nada de lo que se encuentren. Debe ser un camino recto, un camino en el que dispongan de luz. Si disponen de una luz que les lleve hasta el final del camino, de tal forma que puedan decidir un veredicto a favor de la acusación, entonces deben seguirlo con resolución y no deben permitir que nada los detenga, ni siquiera la Piedad, implorándoles y suplicándoles con las manos alzadas para que no continúen. Por otro lado, si existe alguna oscuridad o penumbra en el camino que no puedan apartar, no deben llegar hasta el final. Si existe cualquier obstáculo en el camino, deben detenerse allí. El prisionero tiene ese derecho. En conclusión, si ustedes mismos no vislumbran un camino que atraviese la oscuridad, la penumbra o cualquier otro obstáculo, no deben permitir que los apremie a seguir ese camino a ciegas ningún demonio que venga empujándoles por detrás, diciéndoles que el prisionero es un mal hombre, un mentiroso y un tramposo y que, en consecuencia, deben enviarlo a su condenación. Deben mantenerse apartados de tal cosa».

Siete minutos antes de las cuatro, se despachó al jurado para que considerara su veredicto. Alentado, quizá, por el tono del discurso del juez, Monson mostraba un ánimo notoriamente jovial mientras aguardaba noticias sobre su destino. Incluso comenzó a contarle chistes a un par de periodistas cercanos, a los que preguntó: «¿En qué me parezco a una locomotora?». Y después, mirando el duro banco en el que había permanecido sentado durante todo el proceso, añadió: «En que los dos tenemos ya de madera el vagón de cola». Pero ¿qué pensamientos rondarían la mente de Agnes, su incondicional

apoyo durante aquel tormento? Durante buena parte del proceso se había mantenido como una figura solitaria, sentada y cubierta con un velo, sola o con un único acompañante, reservada y silenciosa día tras día al fondo de la sala. Durante el juicio se había alojado en residencias en Edimburgo que a duras penas podía permitirse y se decía que, en sus momentos privados, aliviaba su melancolía tocando el banjo. De hecho, había circulado por algunos puntos de la sala un manuscrito con su letra, ordenando un pedido a un comerciante musical de Glasgow de los éxitos populares *The Future Mrs. Awkins* y *The Man that Broke the Bank at Monte Carlo*. Resulta tentador imaginarse a su marido tarareando el primer verso de esta segunda canción: «And I've now such lots of money, I'm a gent» (Y ahora tengo tantísimo dinero que soy un caballero).

El público, entre tanto, se mordía las uñas de emoción. Es buena muestra del clamor que rodeaba el juicio, el hecho de que se enviara una media de 150 000 palabras de cobertura mediática por telégrafo desde la Oficina Postal General de Edimburgo cada día que duró el proceso. Los corredores de apuestas, incluso, calculaban las probabilidades de veredicto: durante los últimos días se podían hacer pujas de nueve contra cuatro en torno a la absolución. La expectación era palpable cuando el jurado regresó unos setenta y tres minutos después de que el juez les hubiera hecho marchar. El secretario judicial preguntó: «Caballeros, ¿cuál es su veredicto?». El portavoz del jurado se puso en pie: «Señoría, el veredicto del jurado es de no demostrado en ninguno de los dos cargos».

Un murmullo extraño y amortiguado se propagó por el tribunal y dio pronto lugar a una pequeña oleada de aplausos. En el exterior, no obstante, la respuesta fue menos comedida.

Apenas treinta segundos después de que se divulgara la noticia, la gran multitud que se aglomeraba en la plaza a las puertas del tribunal estalló en una sonora aclamación. No resultaba del todo claro qué celebraban. Monson no había alcanzado en absoluto el estatus de héroe popular a la manera de un Robin Hood o un Dick Turpin. Hubiera o no sido responsable de la muerte de Cecil Hambrough, no podía considerarse que el juicio lo hubiera dejado en buen lugar. Tampoco el veredicto resultaba particularmente satisfactorio ya que, de hecho, dejaba en el aire sospechas pendientes y preguntas por

resolver. Era lo que, al fin y al cabo, *sir* Walter Scott había descrito de manera memorable como un «veredicto bastardo». Quizá no fuera sino el simple reflejo de la tensión que había llegado a su fin, o una muestra de aprecio hacia una obra dramática bien interpretada lo que provocara el espontáneo aplauso de la multitud.

Monson, entre tanto, se levantó del estrado al oír la noticia y la sonrisa terminó por transformársele en algo parecido a una carcajada contenida. Su asesor legal, el señor Blair, y su ayudante, John Wilson, se volvieron hacia él para apretarle la mano. Resulta reseñable que Comrie Thomson no lo hiciera y, en su lugar, abandonara la sala directamente sin volver siquiera la vista hacia su cliente. Se llevó, entonces, al recluso absuelto escaleras abajo y, poco después, se vio a este en profunda conversación con el jefe de policía y sus oficiales. Probablemente discutían la mejor manera de sacar a Monson a través de la masa de gente que se congregaba en el exterior. Al final, Monson simplemente se levantó las solapas, se caló el sombrero y salió escoltado por una puerta lateral hacia el coche que lo esperaba. No fue una jugada capaz de engañar a la muchedumbre y, poco después, fue necesario que la policía sujetara al gentío que había atravesado la plaza para echar un vistazo al hombre que se acababa de convertir en la persona más famosa de Edimburgo. Para cuando Monson entró en el coche y los caballos lograron ponerse en marcha, ya estaba rodeado por un numeroso grupo que jaleaba su liberación. Poco después llegaba a la dirección del tranquilo rincón del West End en el que Agnes se había alojado durante el juicio.

Al día siguiente le escribió una carta a Comrie Thomson. Fue una nota curiosa que rezaba lo siguiente:

Querido señor Thomson [*sic*],

Ardo en deseos de expresar mi gratitud por el capaz y poderoso discurso con el que se dirigió al jurado en mi nombre ayer. Lamento mucho no haber podido agradecersele en persona antes de abandonar Edimburgo, porque creo que no puedo verbalizar mi agradecimiento apropiadamente por escrito [...]. Aprecio enteramente que la clausura de su discurso fuera tan impresionantemente patética que el jurado se

viera visiblemente afectado, hasta el punto de que el argumento de la Corona se revolviera hasta los cimientos y esto hiciera que al jurado le fuera imposible dictar un veredicto de culpabilidad.

Marcho a Scarboro, pero espero encontrarme en Edimburgo de nuevo muy pronto, momento en que espero tener la oportunidad de darle las gracias en persona. Quedo sinceramente a su servicio,

A. J. Monson

En ningún momento, Monson hace referencia a lo injusto de los cargos en su contra y, en su lugar, felicita a Comrie Thomson por apuntillar a la acusación en tal grado que el jurado no tuvo elección, salvo la de rechazar el veredicto de culpabilidad. Si la brusca retirada de Comrie Thomson de la sala fue indicativa de un cierto desasosiego en su relación con Monson, el paso del tiempo no suavizó en absoluto sus sentimientos. Varios años después, durante una cena, se le oyó decir: «No sé si Monson mató a Hambrough, pero desde luego casi acaba conmigo».

No obstante, la mayor parte de la prensa se mostró de acuerdo en que el jurado había alcanzado el único veredicto posible dadas las pruebas que se le habían presentado. El *Daily News* resumió perfectamente lo que era el consenso general: «Era el veredicto que más se esperaba y fue exactamente el veredicto correcto. Los cargos contra el recluso resultaban plausibles a tenor de las evidencias, pero no habían quedado probados». El *Spectator* llegó a la misma conclusión y utilizó un largo editorial para advertir de la propensión de la prensa y el público a prejuzgar:

El juicio Ardlamont es una acerada lección sobre la diferencia entre la presunción violenta y las pruebas sólidas. No creemos que los amigos más cercanos del señor Monson negaran que, cuando se inició el juicio, se dio la presunción violenta de que había estado implicado en la muerte [...]. Todo el mundo esperaba que la Corona demostrara los hechos y que, una vez probados, el Tribunal Superior de Justicia no dudaría en condenar y sentenciar al acusado [...]. No obstante, el

jurado falló un veredicto de «No demostrado» y no creemos que nadie competente, que haya leído el resumen del secretario del juez, pueda dudar de que el veredicto es correcto. Los testimonios eran absolutas presunciones y no pruebas. Todos los hechos eran correctos, pero no había nada salvo la presencia del hombre en el lugar que los conectara con el acusado [...]. El argumento de la acusación consistía, de hecho, en suposiciones más o menos probables sobre las que el jurado difícilmente podría decidirse y ellos fallaron, en consecuencia, el veredicto que significa exactamente eso, es decir: «No demostrado». De haberse juzgado en Inglaterra, tendrían que haber absuelto al acusado y, al fallar el veredicto por el que optaron, apuraron los mismos límites de la justicia [...]. Las creencias establecidas sin pruebas sólidas evitan constantemente el curso de los acontecimientos y, a veces, son causa de ese irreparable tipo de mal por el cual, salvo por encontrarse con un juez capaz y un jurado paciente, la presunción popular podría haber influenciado en el caso del hombre acusado del asesinato Ardlamont. Utilizamos la palabra «mal» no con la intención de implicar una fe absoluta en la inocencia de Monson. No tenemos mayor certeza en ese aspecto que el propio jurado, pero la cuestión no es nuestra certeza, ni la del jurado, sino el que las pruebas contra el acusado, salvo por el hecho de que se encontraba en el lugar en el momento en que se produjo la muerte, eran prácticamente nulas.

El *Glasgow Herald*, entre tanto, adoptó una línea diferente que celebraba el juicio por la ventana que abría hacia la condición de la jerarquía social:

Mayores romances se han desatado en el Tribunal Superior que la historia que quizá deba conocerse ya para siempre como la tragedia Ardlamont. Carece de la chispa de un «vicio mundano» en el peor sentido de la palabra. Y, sin embargo, ¡qué revelación sobre los devenires a los que nos somete la indigencia encontramos en esta maravillosa historia de agentes financieros y corredores de apuestas, recibos de empeños, seguros e hipotecas que nos han venido contando

en Edimburgo durante la última quincena! [...]. Es un hecho evidentemente proverbial que medio mundo no sabe cómo vive el otro medio, pero cabe preguntarse cuántos mayores Hambrough habrá, que dilapiden una fortuna respetable en unos pocos años y luego tengan que vivir prácticamente en exclusiva de las migajas miserables y precarias que les faciliten los tutores de sus hijos. ¿Será Monson el único o habrá más «vástagos de la aristocracia» capaces de llevar durante años una existencia cómoda, cuando no lujosa, en lo que para los «escoceses discretos y comunes» de Comrie Thomson sería estar viviendo del aire, si acaso del dinero de los empeños?

Aunque los miembros del jurado habían acordado no discutir el caso con los periódicos, varios de ellos no tardaron en romper filas y dar su propia versión de los hechos. Tal y como el *Edinburgh Evening News* lo expresó, «están tan imbuidos de una sensación de importancia y de la parte que tomaron en la decisión, que con apenas un poco de persuasión ya se ha inducido a algunos de ellos a aliviar sus mentes del peso de sus propias impresiones». Según uno de ellos, aunque había cundido una admiración general por el discurso de clausura del fiscal general, el resumen final del juez no les dio mucha más opción salvo decidir un veredicto de «No demostrado». Otro declaró que, en un principio, había uno o dos miembros del jurado que hubieran preferido declarar culpable a Monson, pero, tras una breve discusión, el veredicto «No demostrado» se acordó por unanimidad. De hecho, según sus afirmaciones, los jurados habían estado listos para regresar mucho antes de lo que lo hicieron, pero lo postergaron porque consideraron que debía producirse un entreacto en condiciones. En una confesión rebotante de patetismo se reveló también que uno de los hijos de un miembro del jurado había muerto la tarde del penúltimo día del juicio.

El destino de Monson se convirtió en tema de debate recurrente tanto en los foros privados como públicos. Durante el juicio, por ejemplo, un minero llamado Alexander Mair tomó un tren en la estación Central de Glasgow con su esposa, y se unió a la conversación de dos hombres de su compartimento sobre el probable destino del defendido. No tardó en producirse un altercado,

que se convirtió en una pelea, durante la cual apuñalaron a Mair en la frente. Afortunadamente, sobrevivió. Más pacífica fue la historia del vicario de una iglesia de Aberdeen, que eligió el caso como tema de reflexión para el domingo posterior al veredicto. Basó su sermón en las palabras presentes en el libro de Isaías 3:11: «¡Ay del impío! Mal le irá, porque según las obras de sus manos le será pagado». Aunque negó que hubiera asumido la culpabilidad de Monson, el vicario declaró que el juicio había sacado a la luz una «vida de impiedad, de perversión, de confabulación, de mutabilidad, de falsedad y de engaño». Por lo que dijo, había «proporcionado una visión del estado de la sociedad en algunos de sus círculos de los que cabía esperar mejores cosas».

Durante lo que sería su primer fin de semana de libertad desde el verano, Monson ofreció sus propias reflexiones sobre el asunto: «Sí, me siento muy bien en conjunto; pero, evidentemente, estoy terriblemente agotado: el período de suspense ha sido demasiado largo, ya hace más de cuatro meses desde que me pusieron bajo arresto». Al preguntársele por el resultado, se dice que sonrió: «Por una parte, en cierto sentido, estoy muy satisfecho». A lo que añadió: «Por otra, estoy decepcionado. Me alegro de que el veredicto no fuera condenatorio, como no creo que sea siquiera necesario explicarle; sin embargo, creo, por otro lado, que tras el potente alegato del juez debería haber sido un veredicto completamente absolutorio y no un mero “No demostrado”. Si consideramos además que el jurado, por lo que se me ha dicho, fue absolutamente unánime, mi impresión al respecto se refuerza. En Inglaterra, tras un alegato tan decidido como el de lord Kingsburgh, no cabe duda de que no habría habido jurado alguno que fallara un veredicto distinto al de “No culpable” y por tanto, creo que, en lo que a esta cuestión concierne, soy víctima del diferente sistema procedural vigente en Escocia». Sin embargo, admitió que el argumento de la acusación había sido «indudablemente sólido». Explicó: «La Corona había tenido tanto tiempo para prepararse que sus pruebas, como tal, eran muy completas [...]. Pero debo decir que me pareció que mostraban no tanto un deseo de determinar la auténtica verdad de lo ocurrido como de hacer que los hechos encajaran dentro de su propia historia preconcebida».

Estas últimas palabras hacían eco tanto de las observaciones de Bell (realizadas para la *Pall Mall Gazette*), en torno a que la policía tendía a

cometer el «error fatal» de que «primero crea la teoría y después hace que los hechos se adapten a ella», como la advertencia de Sherlock Holmes sobre teorizar «antes de disponer de los hechos». Pero quizá hubiera también algo de desconcertante en el lenguaje utilizado por Monson. Sus palabras no sonaban tanto al vehemente desahogo de un inocente exonerado de los más aciagos cargos, como a la fría valoración de un comentarista legal que analizara el flujo y reflujo del proceso legal. Para muchos, siempre quedó la sospecha inmutable de que aquel hombre había logrado engañar al sistema de una forma espectacular. Otros, mientras tanto, mantuvieron que no fue más que una mera víctima de las pruebas circunstanciales y de una difamación injusta.

Capítulo 15

TANTO DA QUE DA LO MISMO

«Ha caído bajo una vez. Veamos lo alto
que puede llegar en el futuro».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de los tres estudiantes.

¿Qué hace una persona cuando se le permite salir libre en los tribunales, pero con un nombre destinado a soportar la sombra de la sospecha para siempre? Esa fue la disyuntiva a la que tuvo que hacer frente Monson una vez la euforia de esquivar la pena capital hubo remitido.

Rápidamente quedó patente que podía olvidar cualquier esperanza de volatilizarse entre las sombras; eso asumiendo que quisiera hacerlo, en cualquier caso. Conforme el nuevo año fue transcurriendo y las semanas, tras la caída del telón del espectáculo más multitudinario del Edimburgo de 1893, se fueron transformando en meses, siguió manifestándose un apetito por historias relacionadas con Ardlamont, sin importar lo superficial que fuera su conexión con el caso. Por ejemplo, en enero de 1894, el *Sketch*, un nuevo diario para la «gente cultivada que, en sus momentos de asueto, prefieren historias ligeras e imágenes divertidas», publicó una entrevista a Helen Mathers, una popular novelista de la época. Casualmente, era tía de Cecil

Hambrough y, también casualmente, había colaborado el año anterior con Doyle en *The Fate of Fenella*, una novela seriada escrita entre veinticuatro autores. A pesar de su reticencia general a comentar el fallecimiento de su sobrino, sí reveló una extraña sensación que había tenido la noche anterior a su muerte, momento en el que ella se encontraba en Brighton. Describió que se había despertado en un estado de depresión y miedo abrumador, y le dijo a su anfitriona que estaba convencida de que algo terrible había ocurrido: una afirmación que, según ella misma explicó, se recibió con mofa generalizada. Cuando tomó el tren más tarde, ese día, sufría una profunda corazonada en relación a su hijo, Phil. Cuando llegó a casa, descubrió que su marido tenía un telegrama en la mano, que, en un principio, se negó a entregarle. «Es Phil», dijo ella, suplicante. Llegado a ese punto, él se lo dio para que pudiera leer la noticia: «Cecil ha muerto, disparo accidental».

Este era el tipo de banalidades melodramáticas que aquellos, que aún no estaban dispuestos a dejar el serial Ardlamont, absorbían con entusiasmo. Monson, por su parte, tampoco hizo mucho por mantener su nombre apartado de los litigios. Apenas un mes después de su absolución, inició el proceso de bancarrota contra la Leicester Industrial Assurance and Building Company, una empresa de la que era director nominal aunque, al parecer, tuvo poca participación activa en su dirección. En la publicidad, la empresa se vanagloriaba de poseer la «experiencia de un hombre docto merecedor de toda fe y confianza públicas». Dada la naturaleza de su recién adquirida fama, huelga decir que Monson difícilmente podía cumplir un buen papel como imagen de marca.

Durante un tiempo dio la impresión de que Monson tenía en mente la idea de escapar de cualquier atención adversa, una táctica que había utilizado regularmente a lo largo de toda su vida. Tiempo atrás, en octubre de 1893, cuando su destino aún estaba en el filo de la navaja, había escrito a su primo, lord Galway:

Me encuentro, como probablemente sabrás, en una posición extremadamente difícil. Mi madre se niega a proporcionarme ningún auxilio [algo que, por supuesto, no era verdad: más bien se negaba a

darle tanto como él hubiera querido], a menos que cuente con el apoyo de otros miembros de la familia: tu nombre se mencionó, junto con el de lord Oxenbridge. Mi petición es únicamente lo siguiente: que, si tuviera la suma de 500 libras a mi disposición, abandonaría el país de inmediato y comenzaría una nueva vida en algún otro lugar, pero, aunque sus abogados la presionan y aconsejan en esa dirección, mi madre se niega a acceder a la petición a menos que otros le proporcionen apoyo.

Al parecer ese dinero nunca llegó, por lo que se vio obligado a cambiar de planes. En las postrimerías inmediatas al juicio, Agnes y él regresaron al norte de Inglaterra. Durante algunas semanas, la pareja encontró una felicidad relativa alojados en una vivienda no lejos de York, con vistas al York Minster. Según la narración de Agnes, Monson mostró buenos ánimos conforme su salud y energías fueron reviviendo. Sin embargo, su espíritu inquieto no tardaría en reaparecer. Se cansó de no tener dinero y decidió volver a probar fortuna en Londres. Tras sobrevivir a las tribulaciones de ver su nombre arrastrado de un tribunal a otro y su reputación masacrada por los periódicos, se encontraba ahora más que dispuesto a obtener algún beneficio de su tormento.

Rápidamente firmó un acuerdo con Charles Morritt, hombre polifacético con empleos como empresario teatral, mentalista, hipnotizador y mago: de hecho, se le considera creador de varios de los espectaculares trucos de Harry Houdini, incluyendo la *Desaparición del elefante*. Monson firmó un contrato de un año de duración, con doce actuaciones a la semana, por la magnífica suma de 500 libras al mes. El espectáculo comprendía una primera mitad de ventriloquia y prestidigitación, y la aparición de Monson durante la segunda mitad para relatar sus experiencias. El espectáculo debía estrenarse en enero de 1894, en el Prince's Hall del Piccadilly londinense, antes de recorrer las provincias durante un año. Sin embargo, por algún motivo, Monson se echó atrás y, apenas dos horas antes de que se abriera el telón de la primera función (al menos según la versión de Morritt), abandonó.

Sí que cumplió, no obstante, con sus obligaciones contractuales para con la

editorial Mario & Company, cuando escribió *The Ardlamont Mystery Solved*, que se publicaría a principios de 1894. Con algo menos de cien páginas de duración, era un texto notoriamente insulso que, en su mayor parte, regurgitaba los argumentos que la defensa había ofrecido ante el tribunal apenas unas semanas antes, y que se habían ido reproduciendo en la prensa con gran asiduidad. Quienquiera que esperara revelaciones dramáticas se vería amargamente decepcionado. En lo relativo a reflexiones propias del autor, Monson no ofreció gran cosa más allá de su desprecio generalizado por el sistema judicial escocés. Seguía convencido, al menos en público, de que un forense inglés habría realizado una investigación inicial adecuada de la muerte de Cecil, lo que habría evitado cualquier posibilidad de arresto de Monson semanas después del incidente basándose en cargos improvisados. Era un argumento ambicioso. Un médico forense que descubriera a un hombre muerto de un disparo en la nuca, realizado mientras se encontraba en compañía de otro hombre que, en teoría, se beneficiaba de su muerte, sin duda, habría llegado a conclusiones similares a las de las autoridades escocesas: que había un caso abierto.

La parte más intrigante del libro era la sección que pretendía ser un diario de Scott, y que comprendía el período entre el 7 de agosto y el día de Navidad de 1893. Debe recordarse que esto se publicó en una época en la que Scott/Sweeney seguía en paradero desconocido, en lo que a la amplia mayoría del mundo concernía. Algunos miembros de la prensa canadiense, por ejemplo, informaron erróneamente de que el hombre misterioso probablemente residía en ese país. Un periódico también aseguró, en un estrambótico artículo, que era un hombre «muy conocido en las salas de variedades de Londres como experto tirador, dedicado al tiro de exhibición con armas de *saloon*». El diario que Monson publicó como la versión de Scott de lo sucedido era, en realidad, una curiosidad. Si Monson pretendió hacerla pasar por auténtica, fracasó estrepitosamente. Para empezar, estaba escrita con una voz introspectiva y plagada de intentos poco sutiles de demostrar que ni Scott ni Monson podían haberse vuelto envueltos en la muerte. Por ejemplo, la mañana del tiroteo, Scott se burló «de la forma en que Hambrough portaba el arma: todo el mundo se dio cuenta», y el 18 de agosto, después de dejar Glasgow para, al parecer, marchar a Londres, Scott meditaba: «No me gusta la idea de que parezca que

estoy huyendo».

También hay un elemento claramente picaresco en la narrativa. El 16 de agosto figura como que Scott tomó una copa con un policía que, por supuesto, ignoraba su identidad. Scott revelaba: «Procuró ser buena gente con “el cuerpo”. A su manera, no son malos tipos, pero hace falta un montón de dinamita intelectual para abrir un agujero en el casco de un policía y meterle alguna idea nueva dentro». El 12 de septiembre decidió adoptar un disfraz, puesto que los carteles de «Se busca» comenzaban a proliferar a su alrededor: «Pues bien, como la policía buscaba un hombre con una chaqueta y un bombín, era bastante improbable que arrestaran a un hombre con una levita y un sombrero de copa». El diario procede, entonces, a describir los viajes imaginarios de Scott, primero a Birmingham y después a Manchester, donde oyó a un hombre en una cafetería decir que Hambrough se había suicidado para escapar de las garras de Scott, y que era «solo una de sus múltiples víctimas». En el diario, exclama: «Ya no pude soportarlo más y, tomando la caja de un juego de damas que había frente a mí, sobre la mesa, se la tiré a la cabeza al hombre que hablaba. Este la esquivó, pero la esquina de la caja le rozó la mejilla y le hizo un tajo muy feo, y acabó aterrizando en una mesa y desparramando una bandeja llena de tazas de café caliente que la camarera acababa de dejar». El café salpicó a una mesa llena de hombres, que le habrían propinado una paliza a Scott si el propietario no hubiera salido en su auxilio.

Después, se dirigió a Leeds y, seguidamente, a Liverpool para luego regresar a Londres, donde Scott durmió en la calle hasta que, una noche, un *madero* le despertó en la zona del Embankment: «Estarías muerto si no te hubiera despertado», dijo el ignorante policía, supuestamente, mientras Scott temía haber llegado al final del camino. En cuanto a la época del juicio, según el diario, Scott se mantuvo cercano a los tribunales mientras este duró, listo para dejarse ver si el interés de la justicia así lo exigía. Sin embargo, convencido de que el veredicto nunca estuvo en duda y de que Monson estaba destinado a salir libre, decidió mantenerse entre bastidores. La última entrada del diario, escrita el 25 de diciembre, se componía de solo dos palabras: «Feliz Navidad».

Difícilmente podría haber alguien capaz de no ver que el diario era un

montaje y, sin embargo, Monson defendió su legitimidad y declaró que lo había recibido por correo: «He tenido dudas sobre si publicar o no este reseñable diario». Sin embargo, por lo que explicó: «consideré mi obligación hacerlo: tengo la sensación de no tener más alternativa que la de presentárselo al público, y dejar que este se forme su propio juicio sin comentarios por mi parte». *The Ardlamont Mystery Solved* fue un fracaso comercial, por méritos propios.

Por si alguno aún se aferrara a la esperanza sobre la verosimilitud del «Diario de Scott», el propio Scott/Sweeney dio un paso al frente tres meses después para confirmar que no había tenido nada que ver con aquello y que era pura ficción. Sweeney, en efecto, se presentó en las oficinas de la *Pall Mall Gazette*, el 5 de abril, donde el cívico personal editorial le convenció de que se entregara a la policía. Incluso le proporcionaron representación legal, por no mencionar la plataforma mediante la cual ofrecer su propia versión de los hechos. La publicación aireó su participación en la consecución de la «rendición», a pesar de que Scotland Yard ya no tenía ninguna orden a su nombre ni el procurador fiscal seguía buscándolo.

La *Gazette* publicó un artículo diario durante toda una semana, bajo el titular: «Finalmente, la verdad: por Scott (el Hombre Desaparecido)». Comenzaba con Scott/Sweeney alegando: «No pretendo atribuirme ningún talento literario, pero haré lo posible por demostrar, mediante mi declaración, cómo por culpa de un error (y con ello me refiero a mi inocua adopción de un nombre distinto a aquel por el cual se me conoce comúnmente en el entorno de los hipódromos, por motivos que explicaré) me encontré envuelto en un misterio, acusado de asesinato, perseguido como un perro, declarado proscrito y condenado a sufrir más de lo que, a causa de mi falta de habilidad, podré hacer apreciar a mis lectores». Sus rivales editoriales en Fleet Street quedaron muy poco impresionados, y no solo porque hubieran perdido una exclusiva. El *Sketch* expresó su opinión en una memorable serie de versos:

En vano van paseando a Scott
ante una prensa indiferente
cuando se le quería, no se le encontró

cuando se le encontró, no se le quiere.

En mayo de 1894, Scott/Sweeney se dirigió a Edimburgo, donde presentó una petición formal a los tribunales para que dejara de considerársele en rebeldía. La Corona no se opuso y se aceptó la moción en cuestión de minutos.

Aunque Monson y Scott/Sweeney siguieron siendo figuras de interés público había, no obstante, poca predisposición a aceptarlos como celebridades. Su insistencia en defender por doquier su, en esencia, bastante insulsa versión de lo ocurrido en Ardlamont tampoco les favoreció. Evidentemente habría sido una insensatez por su parte hacer alguna otra cosa: aquella narración de los acontecimientos había salvado a Monson de la horca y había logrado poner fin a la persecución de Scott/Sweeney. Sin embargo, no produjo la clase de titulares que los editores de la nación disfrutaron imprimiendo, cuando sus destinos seguían todavía en el aire y las conjeturas estaban a la orden del día.

Los intentos de Monson por abrirse un hueco en el negocio del espectáculo encontraron un nuevo obstáculo, al verse involucrado en un nuevo juicio a principios de 1894. Aunque carecía del obvio atractivo explosivo del proceso de diciembre, tenía, no obstante, importantes implicaciones legales. De hecho, sería justo admitir que este segundo juicio tuvo un impacto en la práctica legal mucho mayor que el del asesinato. Y esta vez fue Monson el que inició el proceso. En enero de 1894 presentó una demanda contra *Madame Tussauds*, el famoso museo de cera. Monson acusó a Tussauds de difamación. Era una demanda ambiciosa pero, si lograba demostrarse, le proporcionaría una suma considerable en concepto de indemnización.

Como todo lo relacionado con Monson, esta historia podría considerarse de todo menos simple. La peripecia comenzó dos semanas después de la conclusión del juicio por asesinato, cuando *Madame Tussauds*, situado en Marylebone Road, en Londres, abrió al público una escenificación en la que aparecía una figura de Monson bajo el título *El escenario de la tragedia*. No habría habido nada de malo en ello si no hubiera sido por la ubicación de la exposición: justo en la entrada a la Cámara de los Horrores, reservada a las efigies de asesinos, estafadores y otros personajes históricos de mala fama.

Además, entre las figuras de cera que compartían sala con Monson, se encontraban personajes repudiados por el público tales como Napoleón, la señora Maybrick (condenada por asesinar a su marido con arsénico en 1889) y Richard Pigott, que se suicidó tras descubrirse su labor como falsificador. El 22 de enero, Monson solicitó una orden de retirada de su recreación alegando libelo. El tribunal le dio inicialmente la razón, pero la decisión se derogó días después en la apelación, entre otros motivos por la relevante cuestión de si Monson había dado o no originariamente su consentimiento a la exposición. *Madame Tussauds* alegó que algunos de los elementos expuestos se los habían comprado a Tot, quien alegó estar actuando como agente de Monson. Así, una nueva trama comenzaba a forjarse en torno a ese par.

Según la versión de Monson, se había alojado en casa de Tot, en Londres, mientras este iniciaba las negociaciones con Tussauds. Se acordó que Monson posaría para una sesión de modelado, y también proporcionaría el arma que había portado y el traje que vestía en el momento del tiroteo. Dado que el procurador fiscal todavía se encontraba en posesión del arma, Tot compró una de sustitución por treinta y cuatro libras y diez chelines, en Charing Cross Road, y se lo presentó al museo, junto con el traje pardo con pantalones bombachos de Monson. A cambio, recibió un pago de cincuenta libras, con otras cincuenta pendientes para cuando Monson completara su sesión de modelado. Sin embargo, un par de días después, Tot devolvió el cheque alegando que Monson no iba a cooperar, y que estaba furioso porque se hubiera cerrado un trato así sin consultársele. Como de costumbre, tratándose de Monson y Tot, resulta difícil discernir con precisión cuánto de verdad había en todo aquello, pero Tot declararía más tarde que Monson se había mostrado inicialmente partidario de llegar a un acuerdo y que, poco después, se había sentido estafado en unas negociaciones en las que no había estado presente.

Esto ofendió, a su vez, a John Tussaud, el propietario del museo, dado que había iniciado las negociaciones de buena fe. Insistió en que había que obligar a Monson a cumplir con lo pactado. Entre tanto, Tot sugirió a Monson que se dirigiera al museo de cera de Louis Tussaud, en Birmingham, con la intención de obtener un nuevo trato por una suma más dilatada: algo en torno a las doscientas libras. Louis Tussaud era hermano de John Tussaud, pero se había independizado y los dos museos funcionaban como entidades legales

separadas. Este, no obstante, también había decidido exhibir a Monson junto al torno de entrada a la Cámara de los Horrores, si bien la figura se encontraba esta vez junto a una multitud más respetable que incluía a miembros de la familia real, al papa y al arzobispo de Canterbury. A pesar de los esfuerzos de Tot, no se llegó a ningún acuerdo.

Llegados a este punto, Monson perdió la paciencia y adoptó una nueva estrategia. Alegaría que se había violado su privacidad y mancillado su nombre, para solicitar una orden que obligara a Tussaud a retirar la exposición. Aquello iniciaría un año de idas y venidas legales, antes de que el juicio completo por libelo comenzara en los tribunales de The Strand, en Londres, el 28 de enero de 1895. Se presentó el caso frente a un jurado especial y duró tres días. En los tribunales, Monson negó expresamente la alegación de que esperaba lograr mil libras con la denuncia. Declaró que aquello era una cuestión de proteger sus derechos.

Mientras los abogados de Monson lo presentaban como un hombre nuevamente víctima de la difamación pública, Tot hacía una aparición estelar como testigo de la defensa. Se presentó acompañado de un carcelero, pues por aquel entonces se encontraba cumpliendo una condena de tres meses de labores forzosas, por haber sido encontrado culpable de robo en diciembre de 1894. Aquel era un claro síntoma del rápido declive de su amistad con Monson, tras los doce meses siguientes a la absolución del caso Ardlamont. Monson había acusado a Tot de haber dispuesto de mobiliario por valor de setecientas libras, que un prestamista le había estado guardando como depósito en Leeds bajo el pseudónimo de John Kempton. Tot alegó, por su parte, que Monson le había estafado y que, por tanto, se había sentido legitimado a vender su propiedad en compensación por el importe que se le debía. Por desgracia para él, el tribunal no estuvo de acuerdo y lo hallaron culpable de hurto en calidad de depositario.

Ahora, apenas unas semanas después, los dos se enfrentaban de nuevo y Tot no pensaba echarse atrás. Alegó que las negociaciones con John Tussaud se habían torcido, porque Monson tenía la impresión de que las cien libras que le iban a pagar eran demasiado poco. Sin embargo, había sido Monson el que había sugerido comprar un arma que reemplazara el artefacto original que el procurador fiscal retenía: esto suponía una prueba, según se alegó, de que no

se oponía a la exposición en sí misma, sino solo a la cantidad de dinero que iba a recibir por ella. Además, había acompañado a Tot de camino al museo, cuando Tot había acudido a renegociar las condiciones financieras. Por lo que dijo Tot, Monson iba a quedarse en un hotel a la vuelta de la esquina mientras tenían lugar las conversaciones, pero para cuando Tot finalmente fue a buscarlo, tras haber sido incapaz de sacarle ni un chelín de efectivo a Tussaud, descubrió que Monson ya se había marchado. Tot, por tanto, cerró el trato de acuerdo a los términos originales.

Cuando Monson supo lo que había ocurrido, se mostró profundamente insatisfecho, pero Tot le recordó a Monson que este le debía una importante suma de dinero (como el propio Monson admitió, en ese momento ni siquiera le pagaba a Tot ningún alquiler) y, con eso, parecía que se cerraba la cuestión. Tot también aprovechó la ocasión en el estrado de los testigos para anunciar su intención, una vez se encontrara en libertad, de denunciar a Monson por perjurio y robo en relación al juicio por hurto.

En conclusión, la conducta de Monson según la describió Tot, no parecía ser la de un hombre cuya principal preocupación fuera su privacidad o su buen nombre. Lo que es más, los asesores legales de Tussaud rechazaron la idea de que se hubiera difamado a Monson en absoluto, al alegar que se podía representar pictóricamente a cualquier figura pública sin riesgo de libelo. Lo que era más, la inclusión del arma del calibre veinte era, según se dijo, prueba de que el museo no estaba alentando ninguna difamación, ya que había sido la del calibre doce la responsable de la muerte de Hambrough. Los museos se limitaban a mostrar que Monson mantenía una conexión con el juicio por asesinato, sin sugerir que este fuera el asesino.

En su resumen, el juez sugirió que la cuestión no era tanto si se había presentado a Monson como un asesino sin más, sino si se le había representado como a «una persona notoria relacionada con una tragedia (que seguía siendo un misterio) de una forma que le desacreditara». El juez, por tanto, señaló al jurado el propósito dual de una demanda por libelo: justificar a la persona y determinar la extensión de los daños. Se despachó al jurado para que considerara su veredicto, y únicamente necesitaron quince minutos para fallar a favor de Monson. Al hacerlo, establecieron un precedente legal, el de «libelo por insinuación», que ha contribuido a la elaboración de la

legislación británica en torno al libelo desde entonces. En esencia, el caso Monson reconocía dos principios fundamentales: que una efigie en cera podía suponer un libelo y que, incluso, una declaración o representación aparentemente inocua podía considerarse un libelo, si implicaba un significado difamatorio para aquellos que poseyeran un conocimiento particular. En este caso, la figura de cera de Monson no sugería explícitamente la culpabilidad de este, pero su ubicación cerca de la Cámara de los Horrores así lo implicaba. En lo relativo a los daños sufridos por su reputación, el jurado lo calculó en un cuarto de penique. Para colmo de males, también se hizo a Monson responsable del pago de sus costas judiciales. El *Scotsman* señaló con sorna: «Existe una moneda portuguesa llamada maravedí, de la cual se dice que una palada entera equivale a un penique. Quizá un maravedí hubiera sido un cálculo más preciso del valor de los daños emocionales en este caso, pero un cuarto de penique es una medida lo suficientemente cercana a efectos prácticos».

Los intentos de Monson de obtener algún beneficio económico de la tumultuosa situación en la que se encontró tras la muerte de Cecil estaban, al igual que los numerosos planes para hacerse rico que había ido tramando a lo largo de los años, mal diseñados y lamentablemente ejecutados. Haría falta un hombre más agradable, y con el que fuera más sencillo empatizar, para convencer a un público escéptico de que merecía su simpatía, no ya su dinero. O quizá necesitaba intentar una jugada radicalmente diferente y abrazar su imagen más vil, en lugar de intentar seguir presentándose como una inocente víctima de la injusticia. Era cierto que había evitado acabar en una celda pero era mucho más difícil escapar de los grilletes de la sospecha y la murmuración.

Sin embargo, sí hubo un curioso incidente que llegó a aparecer en los periódicos y arrojó una luz diferente sobre aquel hombre. Ocurrió a finales de agosto de 1894 en Mablethorpe, una población costera en Lincolnshire. Un grupo de bañistas estaba chapoteando en el mar cuando se encontraron con que la marea subía rápidamente. Para cuando regresaron a su máquina de baño (un artefacto que permitía a los bañistas pudorosos cambiar su ropa de calle por la de baño, y viceversa, evitando miradas entrometidas) descubrieron que se les había inundado. El caballo que la remolcaba no pudo sacarla de allí,

porque las ruedas se le habían atascado en la arena. Conforme el viento arreciaba y el mar subía, una multitud se fue aglomerando en la costa a contemplar cómo zozobraba la máquina. Según palabras del *Huddersfield Chronicle*:

Los espectadores [...], aunque totalmente conscientes del peligro, parecían incapaces de prestar ningún auxilio hasta que un joven caballero del que se dice que era el señor A.J. Monson, vestido de franela, se aproximó a la carrera. Sin un momento de duda, se precipitó valientemente al mar y pronto alcanzó la máquina de baño. Primero llevó a un niño desde la máquina a uno de los caballos, y otros dos fueron rescatados posteriormente de manera similar. A continuación, el rescatador llevó a dos muchachas escasamente vestidas hasta la orilla, no sin un considerable esfuerzo, ya que, en un momento en que una gran ola le golpeó, la carga debió de volverse demasiado pesada para él. Nuevamente regresó a la máquina y libró a otra dama de la peligrosa situación en la que se encontraba. Finalmente solo quedó una ocupante en la máquina: una anciana. Una gran ola alzó entonces la máquina y arrojó a la señora al agua. Tras un gran esfuerzo físico, logró aferrarse a la collera del caballo que tiraba del carro de baño y fue así llevada hasta la orilla.

Monson pasó, así, de villano a héroe, al menos en Mablethorpe. Sin embargo, sería un estatus del que no disfrutaría durante demasiado tiempo.

Capítulo 16

EL HOMBRE QUE SALIÓ IMPUNE

«¡Ahí va un canalla con auténtica sangre fría!».

SHERLOCK HOLMES,
Un caso de identidad.

Mientras Monson intentaba reconstruir su vida tras el juicio por asesinato, Littlejohn y Bell trataban de sobreponerse como podían. El veredicto había sido un duro golpe y siguió pesando tiempo después de haberse producido. Evidentemente, aquella no había sido la primera ocasión en la que los dos médicos se habían encontrado en el «lado perdedor» de un caso legal, ni sería la última. Después de todo, incluso al gran Sherlock Holmes se le permitieron algunos tropiezos en su trayectoria; y eso que él ni siquiera había sufrido la desventaja de tener que trabajar en el mundo real. En uno de esos casos, «La cara amarilla», publicada en 1893 y ambientada en Norbury, al suroeste de Londres, Holmes se embarcaba en una serie de deducciones que resultaban ser muy erróneas. Tras el desenlace de la historia, le pide a Watson: «Si alguna vez le da impresión de que me muestro demasiado confiado en mis facultades [...], tenga la amabilidad de susurrarme “Norbury” al oído, y le quedaré infinitamente agradecido». Cabe imaginar que Ardlamont fue el Norbury de Bell y Littlejohn.

Queda patente en la entrevista a Bell publicada en la *Pall Mall Gazette*, el 28 de diciembre de 1893, que nuestro dúo había estado convencido de la condena de Monson. Aunque se publicó tras el veredicto, la entrevista se produjo mientras el juicio aún estaba en curso. El artículo concluye:

La conversación se volvió entonces más privada en torno al asesinato Ardlamont, y sobre una cuestión que se me rogó que mantuviera en secreto. Sin embargo, no creo que la prohibición se extendiera a la mención del doctor de que él y sus colegas del bando de la Corona, el doctor Littlejohn y el doctor Heron Watson, contemplaban una última jugada que provocaría el mayor de los... Pero, pensándolo mejor, quizá esa información sí que fuera confidencial después de todo.

Son un par de frases de lo más intrigantes. A su debido tiempo, Bell le confiaría a una amiga, la escritora Jessie Saxby: «Mira lo que ese desgraciado del *Pall Mall* me ha hecho confesar engatusándome [...]. Sin embargo, no le desvelé ningún secreto a ese diablo». Y, sin embargo, se pueden vislumbrar muchas cosas. En primer lugar está el uso de la palabra «asesinato»: una declaración osada, dado que la defensa había argumentado que no se había cometido ningún crimen, y que los miembros del jurado habían sido incapaces de decidir nada con seguridad. Además, estaba el deseo de Bell de que no se guardara constancia de nada de lo comentado sobre el caso. Y eso ¿por qué? Si simplemente se trataba de un caso de integridad profesional, y un deseo de no socavar un proceso judicial en curso, entonces ¿por qué habló con un periodista, para empezar? ¿Estaba Bell al tanto de alguna información que quisiera filtrar discretamente a la prensa? ¿Algo que quizá no se encontrara entre las pruebas de la Corona? Porque, de ser así, no habría tenido necesidad de ser tan cauto. Y ¿qué era esa «última jugada» que Bell, Littlejohn y Heron Watson estaban contemplando? Una que provocaría el mayor de los... ¿qué? ¿De los celos? ¿De los entusiasmos? ¿De los escándalos? Por desgracia, jamás sabremos con certeza lo que se trató en esa conversación privada. De hecho, ni siquiera podemos estar seguros de si esa «última jugada» se llevó a

cabo durante el juicio. De hacerlo, resulta difícil identificar de qué podría tratarse, puesto que el testimonio combinado de los tres fue de manual. Si, por otra parte, no realizaron esa jugada misteriosa, ¿a qué demonios podría estar refiriéndose Bell?

Aunque ni Bell ni Littlejohn expresaron en público su insatisfacción con el veredicto, no tuvieron tantas reticencias en privado. Ambos estaban convencidos de que el juez se había mostrado innecesariamente indulgente con Monson durante el resumen. De hecho, las columnas de opinión tras el juicio, junto con las entrevistas realizadas a miembros del jurado, confirmaron sus temores de que la contribución del juez había sido decisiva. Los doctores estaban convencidos de que se había visto superado por la presión del juicio. Creían que la complejidad del caso, combinada con el intenso escrutinio bajo el que se encontraba, se habían combinado para inclinar la balanza hacia un lado concreto. Y puede que tuvieran algo de razón. Muchos años después, en 1915, lord Kingsburgh no pudo sino decir lo siguiente en relación a los acontecimientos de diciembre de 1893:

[...] Recayó en mí presidir el juicio por asesinato de Alfred John Monson, la investigación más prolongada y extensa desde que me uní a la profesión. Pasé por nueve días de ansiedad como nunca los he experimentado antes o desde entonces. El caso estaba tan plagado de recovecos que no se podía despegar la vista ni un momento, y debía tenerse el más escrupuloso de los cuidados para que el jurado no se viera arrastrado por los sentimientos que pudieran originarse al revelar el carácter perverso del acusado. Tan dominante era la ansiedad que, una mañana tras otra, me despertaba antes de mi hora habitual y permanecía tumbado empapado en sudor, dándole vueltas a todo una y otra vez, empeñado como estaba en ponderarlos y determinar su peso en el contraste. Nunca antes había pasado por experiencia siquiera parecida, y me siento muy satisfecho de no haber pasado por otra similar desde entonces. Era un esfuerzo particularmente atroz, porque yo mismo me sentía incapaz de formarme una opinión determinada por mí mismo. El camino nunca me pareció

claro. Al final, logré quedarme con la sensación de haber planteado el caso ante el jurado de la manera más justa que me fue posible y puedo decir con libertad que el veredicto que fallaron fue el que, dadas las circunstancias, resultaba el más seguro. En más de una ocasión me ha consolado la aseveración de jueces, incluidos algunos de otras partes del Reino Unido, de que, en su opinión, se había guiado al jurado a tomar la decisión correcta. Este juicio fue, en mi opinión, la labor más azarosa a la que he tenido que enfrentarme, e hicieron falta algo más que una o dos noches de reposo y tranquilidad para restaurar mi mente y mi cuerpo.

Como él mismo admitía, el juez había pasado por momentos de gran agitación. Falto de sueño, con ansiedad e incapaz de poner en orden sus propias ideas, difícilmente aquellas podían ser las circunstancias ideales en las que hubiera deseado realizar su alegato final. No es de extrañar que tuviera que señalar, de manera particular, aquellos elementos inciertos del caso que constituían buen reflejo de su propia mente. Quizá, en honor a la verdad, no tuvo más opción que actuar de esa forma. Y, sin embargo, unos veintidós años después, cuando escribió aquel texto, parecía no albergar duda alguna sobre la auténtica naturaleza del acusado: Monson era, según sus propias palabras, perverso. Al aplicar la ley al pie de la letra, ¿es posible que Kingsburgh le hiciera un flaco favor a la justicia? Esa era, sin duda, la opinión de Bell, Littlejohn y Heron Watson, por lo que, según los rumores, estaban siempre dispuestos a comentarle a buena parte de sus conocidos.

Otros, no obstante, se mostraron más proclives a aceptar el veredicto como la menos mala de las opciones. En enero de 1894, el *Edinburgh Evening News* cubrió dos tiroteos accidentales que, según se dijo, guardaban en ambos casos paralelismos con el caso Ardlamont. El primero, del que se tiene constancia, el 8 de enero, tuvo lugar en la pequeña localidad de Fintry, en Stirlingshire. Un grupo de seis tiradores y treinta batidores se encontraban cazando en la hacienda Culcreuch, y uno de los hombres cruzó una zanja con los dos cañones de su escopeta amartillados. Cuando la culata del arma golpeó un objeto indefinido, se disparó y el tiro le rozó el lateral de la cabeza

a otro miembro del grupo, volándole buena parte del cuero cabelludo. El forense describió el siguiente incidente, que tuvo lugar en Yeovil, Somerset, a finales de mes, como «parecido en todos los aspectos al misterio Ardlamont». Un tal doctor F. H. Hudson prestó testimonio en relación a la muerte de un hombre de setenta y un años, el señor Rossiter:

La mañana del martes se me llamó para que viera el cuerpo, que yacía en un cuarto de la granja. Encontré una herida por laceración tras la oreja derecha, por la que sobresalía el cerebro. Al examinar la cabeza encontré todos los huesos destrozados y sueltos pero no existía herida externa más que la de detrás de la oreja derecha. El orificio en el cráneo daba cabida a tres dedos. No había abrasión del cabello, pero sí un ligero ennegrecimiento de la parte inferior de la herida. La muerte debió producirse de manera instantánea. Creo que la herida no pudo haberse autoinfligido intencionadamente, teniendo en cuenta la situación en la que estaba [el] finado y la posición de su herida y su dirección. Soy de [la] opinión de que el accidente se produjo de la siguiente manera: El finado salía del granero con la medida de cebada en la mano izquierda y el arma en la derecha, sujeta por el cañón. Es posible que el señor Rossiter estuviera bajando los escalones de lado, como se suele hacer. Esto colocaría la posición de la herida en línea directa con la puerta del granero. Probablemente no había dado más que un paso escaleras abajo cuando se resbaló y el gatillo se le enganchó en algún saliente.

El jurado falló un veredicto de muerte accidental. Las similitudes entre los tres casos resultaban indudablemente llamativas y contribuyeron a crear la sensación de que quizá, y solo quizá, la muerte de Cecil sí había sido un accidente después de todo. Pero distaba mucho de ser suficiente para convencer a Littlejohn y Bell, quienes no solo mantuvieron una fe inquebrantable en la validez de sus propias investigaciones forenses, sino que también se amparaban en el rico caudal de pruebas circunstanciales. Hacía tiempo que habían llegado a la conclusión de que si tenía el aspecto de un

asesinato y daba la sensación de ser un asesinato, entonces debía ser un asesinato.

Aunque, durante 1894, las vidas de Littlejohn y Bell siguieron siendo tan frenéticas como siempre en lo relativo a sus quehaceres profesionales y públicos, sus experiencias en los tribunales fueron decididamente mucho más tranquilas que el año anterior. Bell mencionó a varios de sus amigos que la policía le invitaba, cada vez más, a cooperar en investigaciones criminales pero, tal y como había sido la norma antes del caso Ardlamont, su labor investigadora apenas merecía alguna mención en la prensa. También se reservó más tiempo para sí mismo y para su familia, quizá en parte como una reacción póstuma a la pérdida de su hijo, el verano anterior. Además de realizar visitas regulares a sus hijas adultas, Joan y Cecil (diminutivo de Cecilia), también compró Mauricewood, una enorme mansión victoriana rematada con una torrecilla redonda y con tres acres y cuarto de terreno boscoso en Milton Bridge, Midlothian. Situada a poco menos de diez millas del centro de Edimburgo, Bell disfrutaba ejercitando sus caballos al ir y volver del trabajo cada día, de tal forma que sus nietos dieron en llamarle por el apelativo «Gigs» (calesín). También disfrutó de una activa vida social en esa época, espoleada por su fama «sherlockiana», y contaba entre sus amistades a figuras tan eminentes como Robert Louis Stevenson y la actriz Ellen Terry.

En cuanto a Littlejohn, tuvo que hacer frente a una serie de problemas de salud pública graves, entre los cuales se encontró ni más ni menos que un brote de sarampión que se saldó incluso con la muerte de un miembro de su personal. En los tribunales no volvió a darse nada remotamente comparable a los fuegos artificiales del juicio de Monson, pero sí se produjeron, no obstante, varios casos de interés. Por ejemplo, se vio envuelto en el trágico asunto de Donald MacDonald, acusado de cortarle la garganta a su hermana y cuyo cuerpo se encontró ahogado en los muelles de Glasgow antes de que la cuestión pudiera resolverse en los tribunales. Después se produjo el curioso incidente de un juez de paz acusado de robar seis platillos de porcelana Wedgwood y tres piezas de una vajilla Spode, que se vendían en una finca de la zona. El acusado alegó un «impulso demente» y Littlejohn causó algo de revuelo al diagnosticarle cleptomanía: una compulsión psicológica a robar.

Algunos columnistas temieron que esto abriera las puertas a una riada de raterillos comunes, que declararan que sus crímenes habían sido el resultado de un impulso inevitable que no podían controlar. El juez, no obstante, se mostró comprensivo para con el argumento de Littlejohn e impuso al juez de paz una multa en lugar de una pena de prisión.

Entre tanto, el juicio de un muchacho de dieciséis años llamado Alan Fergusson hizo posible la reunión de varios de los principales actores en el misterio de Ardlamont: Littlejohn, Comrie Thomson y lord Kingsburgh. El acusado resultó ser el hijo de *sir* James Fergusson, un antiguo director general de Correos (puesto gubernamental importante). Causó cierto revuelo cuando se arrestó al muchacho, tras dos episodios de «piromanía deliberada» en el exclusivo colegio al que pertenecía, el Trinity College de Glenalmond, Perthshire. Tras examinar al joven Fergusson, Littlejohn llegó a la conclusión de que sufría de «retraso en el desarrollo imperfecto de las capacidades intelectuales», una perspectiva que no fue suficiente para salvar a Fergusson de la prisión, pero que al menos lo llevó a recibir una sentencia relativamente misericordiosa de solo doce meses.

En noviembre de 1894 se llamó a Littlejohn a que valorara el estado mental de otro acusado, James Connor, al que se le imputaba haber situado deliberada y maliciosamente una silla en la línea del ferrocarril, poniendo así en peligro las vidas de aquellos que iban a bordo del tren. Connor, que ya había solicitado un veredicto de culpabilidad cuando Littlejohn testificó para indicar que era «un poco estúpido», recibió treinta días de labores forzosas, pero fue el esfuerzo de uno de los oficiales que investigaron el caso lo que dio algo de interés a la historia. Un jefe de la policía local llamado Gerrie, al visitar el escenario del crimen, había percibido huellas creadas por botas a las que recientemente se les había parchado la suela. Con un rigor que indudablemente hubiera deleitado a Sherlock Holmes, Gerrie anotó el patrón de la reparación y, después, visitó las numerosas granjas del distrito para inspeccionar las botas de los peones que trabajaban en ellas. Evidentemente no tardó mucho en echarle el guante al hombre que buscaba.

A pesar de que Littlejohn y Bell tenían mucho en lo que ocupar el tiempo y la mente en aquel período post-Monson, su sentido de la justicia insatisfecha no se extinguió. La forma en que, a todos los efectos, se habían ignorado las

pruebas que habían presentado, con la connivencia de homólogos tan prestigiosos como el doctor Hay, los exasperó. Quizá fuera el inevitable coste de trabajar con los avances más punteros, e involucrarse en análisis científicos adelantados a su tiempo. En 1933, Robert Churchill, el mayor experto de Scotland Yard en armas de fuego durante algo más de media década, revisó la transcripción del juicio. «Es más emocionante que nada de lo que haya escrito Edgar Wallace», comentó entusiasmado, haciendo referencia al hombre que, durante un tiempo, fue el autor literario de mayor éxito del mundo. Churchill, entonces, continuó: «Las pruebas apuntan a la culpabilidad al cien por cien, por lo que el jurado debía estar ciego o ser muy generoso». Es probable que Littlejohn y Bell consideraran que el jurado estaba ciego y el juez fue demasiado generoso.

Para mayor desazón, en un momento determinado obtuvieron un nuevo testimonio que no se oiría durante el juicio, pero que, de haberlo hecho, con total seguridad habría dado lugar a un resultado diferente. Solo se sabe de ello de manera indirecta, por una mención que Arthur Conan Doyle le hizo a su madre, Mary, en una carta con fecha del 23 de enero de 1894. Se envió desde Davos, Suiza, donde Doyle pasó bastante tiempo entre finales de 1893 y principios de 1894 con la esperanza de que el aire alpino pudiera mejorar la salud de su enfermiza esposa, Louisa (conocida como Touie). En una postdata a la carta escrita mientras terminaba una de sus obras no relacionadas con Holmes, *Las cartas de Stark Munro*, Doyle escribió: «He recibido cartas encantadoras de Barrie [J. M. Barrie, autor de *Peter Pan*], Stevenson [Robert Louis Stevenson, autor de *La isla del tesoro* y *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde*] y el doctor Joe Bell; este último sigue convencido de que Monson cometió el asesinato. Scott le contó a su hermano que vio a Monson matando a Hambrough, pero que no había dicho nada por las leyes escocesas».

Escondida entre la copiosa correspondencia de Doyle, allí es donde quizá se encontrara la prueba definitiva de la culpabilidad de Alfred Monson. Pero ¿qué cabe esperar de tan extraordinaria declaración? Por desgracia, es imposible saber cómo supo Bell de tamaña información. Tanto Littlejohn como él dieron testimonio el tercer día de juicio y Littlejohn fue llamado brevemente al estrado de nuevo el sexto día. El hermano de Scott/Sweeney, George Sweeney, testificó el séptimo día. Ciertamente cabe la posibilidad de que sus

caminos se cruzaran mientras ellos esperaban a que se los llamara a la sala. Sin embargo, es evidente que George Sweeney se había propuesto dar una versión muy distinta de los hechos bajo juramento: declarar que no tenía conocimiento del paradero de su hermano, e insistir en que no había forma posible en que pudiera estar involucrado en el fallecimiento de Cecil. Esta era la estrategia con la que esperaba, de una vez y para siempre, que su hermano se librara de la horca. Había, por tanto, una buena razón para no empezar a contradecirse con nuevas y, quizá, improbables revelaciones sobre la culpabilidad de Monson, incluso aunque supiera que eran verdad. Pero entonces ¿habría estado cuchicheando con otros testigos en la forma sugerida en la carta de Doyle? Parece poco probable, pero un humilde portero de hotel, en una situación de estrés extraordinario, en una ciudad extraña... Bueno, cabe imaginar que, bajo ciertas circunstancias, no sería difícil soltarle la lengua.

¿Estaría la revelación de Sweeney relacionada de alguna forma con la «última jugada» que Bell había discutido con el periodista del *Pall Mall Gazette*? ¿Habrían tenido los médicos de Edimburgo en mente apretarle las tuercas a Sweeney hasta hacer que este propinara una estocada final a la defensa de Monson? Es posible imaginar la decepción, cuando el testimonio final de Sweeney se limitó a contribuir a la sensación de confusión y contradicción que prevaleció durante todo el juicio. Y si Sweeney les reveló lo que se guardaba ya después del juicio, la frustración que debieron haber sentido, al saber que Scott había sido la clave del misterio todo ese tiempo, debió ser formidable. No obstante, lo que aún no queda del todo claro es el significado de la afirmación de que Scott/Sweeney no pudo denunciar a Monson «por las leyes escocesas». Ciertamente no existe barrera legal alguna que se oponga a exponer a un asesino, y Scott/Sweeney tuvo la oportunidad de hablar abiertamente al principio. Sin embargo, una vez hubo puesto pies en polvorosa y haber sido declarado proscrito, debió temer que lo acusaran también de asesinato si intentaba ponerse en contacto con las autoridades. Al igual que Monson, como acusado no habría tenido derecho a hablar en su propio juicio, así que ¿sería ese el impedimento legal que preveía? En cualquier caso, para cuando Bell le reveló esta nueva prueba a Doyle, ya no había nada que hacer. La ley no permitiría un nuevo juicio. Sweeney, Bell y Littlejohn podían decir lo que quisieran a quien quisiera escucharlos, pero

Monson nunca tendría que volver a enfrentarse a ellos en un tribunal.

Pero, para mayor tormento, tampoco desaparecería de vista. Una y otra vez Monson volvía a aparecer en los periódicos, como un recordatorio recurrente para Littlejohn y Bell de que no habían sido capaces de entregárselo a la justicia. Después de que en 1894 estuviera en todas partes (dando charlas, escribiendo su libro, demandando a *Madame Tussauds*), volvió a dejarse ver una vez más en mayo de 1895. Tras alcanzar un nuevo acuerdo con el empresario del espectáculo Charles Morritt, Monson aceptó el reto de que lo hipnotizaran en público para, posteriormente, responder una serie de preguntas del público (y, de hecho, se vio a Monson y Morritt tomando algo juntos, en agradable conversación en un *pub* del centro de Edimburgo, la tarde antes la supuesta «revancha»). La noche de la actuación se «durmió» a Monson entre un coro creciente de abucheos y silbidos, entremezclados con algunos tímidos aplausos. Entonces empezó el interrogatorio, en el que Morritt leyó las preguntas de tarjetas que habían circulado entre el público. La primera pregunta fue, inevitablemente: «¿Asesinó usted a Cecil Hambrough?». Monson respondió con una negativa. La siguiente pregunta: «¿Sabe quién lo mató?». La respuesta fue: «No lo sé».

Fue una contestación de lo más sorprendente para venir de un hombre que había defendido desde el principio que Cecil había muerto por su propia mano.

Capítulo 17

UN PERRO CON MALA REPUTACIÓN

«... la espada de la justicia aún debe vengarle».

SHERLOCK HOLMES,
El paciente interno.

A finales de 1894 y comienzos de 1895 reinaba la sensación de que el juicio Ardlamont había sido un «momento» extraordinario y puntual en las vidas de Bell y Littlejohn, e, indirectamente, también de las de Doyle y Sherlock Holmes. Las audiencias en los tribunales de Edimburgo, a finales de 1893, habían situado a los dos primeros en el centro de atención, al mismo tiempo que Doyle orquestaba la desaparición de la escena pública del último. Dos años después, la vida había regresado a algo parecido a la normalidad. Bell y Littlejohn mantenían sus frenéticas agendas (Bell, por ejemplo, les confió a sus amigos que su implicación profesional con la policía en realidad creció en esta época, mientras que él y su equipo del Hospital Real para Niños Enfermos se enfrentaron a 1222 casos quirúrgicos solo en 1895), pero el escrutinio público se había trasladado a otros objetos de interés. Doyle, mientras tanto, llevó a cabo una exitosa gira por Estados Unidos, donde informó a periodistas y seguidores que no tenía en mente resucitar al Gran Detective. Lo estaba pasando en grande presentando al mundo otros de sus

personajes, como el *brigadier* Gerard. Y no es que faltaran autores rivales que presentaran sus propios detectives de ficción a los lectores, a menudo con la etiqueta «el nuevo Sherlock Holmes». Bell, además, parecía haberse cansado de su asociación literaria, a la que se sacó más punta que nunca durante el juicio Ardlamont, y describió en una carta las historias de Holmes como «una sarta de tonterías» que habían provocado que le «cayera encima un montón de basura». Esto demostraba que no todas sus experiencias con la fama habían sido gratas. Y, sin embargo, a pesar de que Ardlamont había arrastrado a Littlejohn, Bell y Doyle al ojo del huracán, su recuerdo había comenzado a desvanecerse.

Para Monson, no obstante, la expectativa de llevar una vida «ordinaria» era más lejana que nunca. Conforme sus esfuerzos por sacarle rédito a su notoriedad iban fracasando, se esforzó por poner algo de orden a su mundo. En 1898 comentaría: «Existe un antiguo proverbio que dice “dale a un perro mala reputación y más te valdrá colgarlo”, un dicho que se aplica con resultados más obvios en los seres humanos». Según su propia valoración, a pesar de verse absuelto del asesinato de Cecil, la naturaleza de los cargos le hizo imposible embarcarse en lo que hubiera considerado una vida normal y respetable. El veredicto del jurado en 1893 podía haberle concedido una segunda oportunidad, pero no lograba encontrar la manera de aprovecharla.

Tras una temporada poco satisfactoria en Londres, a principios de 1894, Monson volvió a mudarse a Yorkshire. Siempre predispuesto a reclamar los derechos que creía que le correspondían, era de la opinión de que sus adinerados parientes y su madre, en particular, estaban en la obligación de rascarse el bolsillo y ayudar a mantenerlo a él y a su familia: «Dadas las circunstancias, no cabe duda de que era su obligación proporcionar algo de asistencia en este sentido. Al menos se tiene, según creo, derecho a esperar de personas tan dotadas de títulos y riquezas y distinciones honorables que ofrezcan un ejemplo de caridad hacia un miembro de la familia, que se encontrara en tal situación de necesidad como yo lo estaba». Su objetivo era exprimir a sus parientes y sacarles al menos algunas libras semanales, lo suficiente para cubrir gastos de alojamiento y comida, pero ese apoyo económico nunca se produjo. Su madre quien, debemos recordar, financió su defensa, lo remitió a sus abogados. Ellos, a su vez, le ofrecieron cien libras y

los gastos de viaje con la condición de que él, su esposa y sus hijos se establecieran en el extranjero.

Los Monson no tardaron en agotar sus fondos de nuevo. Alfred decidió, entonces, regresar una vez más a Londres, donde creía que sus probabilidades de ganarse la vida de alguna manera eran mucho mayores. Durante aproximadamente un año logró apañárselas a duras penas con, entre otras cosas, sus negocios con Morritt, pero la familia tuvo que pasar por graves penalidades. Los sufrimientos se cobraron su precio en Agnes, quien llegó a guardar cama durante diez semanas hasta que su madre, Annie Day, logró devolverle la salud con sus cuidados y acogió a su hija y a los niños en Doncaster.

Entonces, en diciembre de 1894, el nombre de Monson sufrió un nuevo envite cuando el mayor Hambrough denunció a la Mutual Life Insurance Company de Nueva York, para recuperar las 20 000 libras de las pólizas de seguro que Monson había contratado para Cecil. Durante el caso se examinó minuciosamente la conducta de Monson, dado que había hecho al menos diez intentos para obtener la póliza para Cecil entre diciembre de 1890 y agosto de 1893. Al cabo de tres días de deliberaciones, un jurado especial llegó a la conclusión de que las pólizas de la Mutual se habían contratado mediante alegaciones falsas y fraudulentas. Por tanto, ni el mayor Hambrough ni Agnes Monson, que también había probado a iniciar trámites legales contra la compañía de seguros, podían reclamar nada. En una sentencia fulgurante, se describía a Cecil como arcilla en manos de Monson. Lord Esher, el juez vicedecano en Inglaterra y Gales, señaló: «Jamás se ha producido mayor volumen de descaradas falsedades. Las alegaciones sobre las que se contrataron estas pólizas eran infames mentiras. Es evidente que Monson actuó a través de Cecil todo el tiempo; el muchacho estaba bajo su influencia y se le manipuló, por así decirlo, para que firmara las falsas declaraciones de la solicitud que su tirano había escrito por él». Sin embargo, a pesar de unas imputaciones tan condenatorias, Monson no tuvo que hacer frente a cargos por fraude. Llegados a ese punto, había pocos deseos de arrastrarlo a un nuevo juicio criminal en relación a sus tratos con los Hambrough. Al fin y al cabo, ¿qué se podía ganar con todo aquello? La compañía de seguros había demostrado que tenía la razón, y podía olvidarse de aquel episodio sin tener

que incurrir en nuevos gastos. El mayor no tenía nada que ganar en términos económicos, y carecía de los recursos para continuar con nuevas incursiones legales, incluso si hubiera querido seguir adelante.

Entre tanto, a Monson le consumía el rencor contra su suegra, por el papel que esta había desempeñado al separarlo de su esposa. No tardó en trazar un plan para contraatacar. Tras reunir una cantidad cercana a las doscientas libras de sus sufridos parientes, anunció a Agnes su deseo de trasladarse con toda la familia a Montreal, Canadá. En septiembre de 1895 consiguió un camarote de segunda clase en un barco que salía de Liverpool. Agnes y los niños estaban listos para salir con él, pero, en el último minuto, algo cambió. Al parecer Agnes rechazó el camarote por considerarlo inadecuado para una travesía tan larga y, en consecuencia, abortaron su plan de emigrar. En su lugar, tomaron un *ferry* a la isla de Man.

Allí, Monson no tardó en recurrir una vez más a sus viejas artimañas. Les libró de la carga que suponía el apellido Monson y, en su lugar, se presentaron como los Wyvill, el apellido de soltera de su abuela materna. Después, elaboró una historia creíble que sirviera de antecedentes a la familia, y que incluía un largo período de tiempo en Canadá. Monson alegaba que aquel era el motivo por el cual no podía proporcionar a los bancos las referencias necesarias para alquilar la gran vivienda que había llamado su atención. Al final, el casero lo terminó aceptando de buena fe y Monson firmó el alquiler, por diez años, de una mansión espectacular llamada Ballabrooie en la capital de la isla, Douglas. Entonces, contrató a un carpintero local para que fabricara el mobiliario a medida con el que decorar su nuevo hogar; naturalmente, a crédito. El carpintero decidió que un hombre que podía permitirse mudarse a una propiedad como Ballabrooie era digno de confianza. Los Monson no tardaron en congraciarse con la educada sociedad de Man y de disfrutar de sus bondades.

A finales de 1895, Monson había acumulado un gran descubierto en su cuenta bancaria local. Entonces, Ballabrooie se incendió presuntamente a causa de una explosión de gas. El *Isle of Man Times* informó de que, algunas semanas antes, el arrendatario se había quejado de olor a gas en la vivienda pero los fontaneros que habían acudido a investigar no habían sido capaces de localizar ninguna fuga. También se señaló que el señor Wyvill había sufrido

lesiones en un brazo, que estaba arañado e hinchado, después de que un fragmento de la albañilería reventada le alcanzara. A pesar de los esfuerzos de la brigada de incendios local, por no mencionar al obispo de Sodor y Man que estaba tomando el té cerca de allí, el edificio ardió hasta los cimientos. Por supuesto, Monson había asegurado todos los contenidos y no tardó en reclamar quinientas libras de indemnización. La compañía de seguros, no obstante, se opuso.

Existían rumores de que se había encontrado la platería y otros objetos de valor, de los que reclamaba Monson, escondidos en la propiedad.

Monson no se podía permitir dejar así las cosas, por lo que inició un proceso legal contra la aseguradora. Aquello supuso su ruina, pues uno de los más prominentes abogados de la isla casualmente se encontraba en Londres cuando se produjo el juicio del *Madame Tussauds*. Ya albergaba sospechas en torno a la auténtica identidad del señor Wyvill, pero entonces quedó convencido de que Wyvill y Monson eran la misma persona. Por consiguiente, se puso en contacto con la policía para informarles de sus sospechas. Cuando se recuperaron una serie de libros en Ballabrooie con el nombre de Monson en ellos, se acabó el juego. La policía de Leeds no tardó en llegar al escenario y arrestarlo por los cargos de perjurio presentados por Tottenham, ya que, aparentemente, durante el último año o más desde que Tot había presentado la denuncia, no habían sido capaces de localizarlo. Las alegaciones se centraban en una carta, que Tot declaraba que Monson le había enviado, y que se leyó durante el juicio por latrocinio contra Tot. Monson declaró que partes de la carta, que trataban de las supuestas negociaciones para la compra de Ardlamont, estaban falsificadas por Tot. Sin embargo, durante el juicio por perjurio contra Monson, en enero de 1896, un grafólogo testificó que la carta la realizó una sola mano: la del acusado. La denuncia, no obstante, se rechazó cuando el juez dictaminó que las pruebas concernientes a la carta no habían afectado materialmente al veredicto del jurado en el caso original de latrocinio. Una vez más, Monson salía libre pero con una nueva mancha en su personalidad.

Con su «nuevo comienzo» dinamitado en apenas unos meses, Monson regresó a Londres y aceptó todo tipo de trabajos como revendedor, prestamista e incluso vendedor de crecepelo.

Según sus propias palabras, se vio obligado a «suplicar, pedir prestado o a robar con tal de cubrir las necesidades de la vida conforme la oportunidad se me iba presentando». Su principal estratagema implicaba rastrear los testamentos custodiados en el edificio gubernamental londinense de Somerset House, en busca de jóvenes que fueran a heredar grandes sumas de dinero. Seguiría el rastro de estos caballeros, y les haría propuestas para lograr anticipos sobre los fondos que estaban destinados a recibir. Actuando como mediador entre ellos y prestamistas sin escrúpulos (de entre los cuales el más notable sería un hombre llamado Víctor Honour, que también respondía a los increíbles nombres de John Milton y William Shakespeare), Monson consiguió frecuentes anticipos fraudulentos y se quedaba con un porcentaje de la cifra total como comisión. Así, por ejemplo, se involucró en el caso del conde de Rosslyn, quien, por lo que había oído, necesitaba trescientas libras con urgencia. Desgraciadamente para Rosslyn, ya había hipotecado hasta la última de sus propiedades y, por tanto, tenía pocas posibilidades de obtener un crédito con un banco respetable. Monson le presentó así a Honour, quien le proporcionó un préstamo bajo términos punitivos para el aristócrata. Además, Rosslyn fue intimidado para que comprara un negocio de perfumería que Honour tenía a su nombre (Honor Frères) y del que el lord no tenía interés en hacerse cargo. Monson logró quince libras fáciles al sumir a Rosslyn en una nueva ristra de deudas no deseadas, mientras que este se veía forzado a declararse en bancarrota. Así se unía a una larga lista de eminentes jóvenes caballeros que perdían su fortuna a manos de Monson y Honour.

Además de endeudar a jóvenes impacientes por echarle el guante a la fortuna familiar, Monson y Honour empleaban una táctica secundaria de chantaje. Si eran capaces de convencer a cualquiera de sus crédulas víctimas de que cometiera un paso en falso en el curso de sus tejemanejes financieros (como, por ejemplo, falsificar la firma de sus padres), aprovecharían la oportunidad para apretar a los progenitores de la víctima y hacerles pagar con objeto de evitar cualquier escándalo. En su conjunto, era un negocio de lo más pulcro. Monson declaró que tenía una docena de solicitudes de ayuda diarias: «Entre los vendedores y prestatarios, en cuyo favor actué directa o indirectamente, se encuentran un príncipe, dos marqueses, tres condes, cuatro *baronets* y unos ocho hijos de pares, entre los cuales se encontraba un

primogénito que vendió la restitución a todos sus derechos y logró, así, heredar un título vacío a la muerte de su padre, un juez. También puedo nombrar entre mi clientela a numerosos magistrados, personalidades del condado, clérigos, etc.».

Entre tanto, su matrimonio con Agnes había tocado fondo. Obligada a residir en alojamientos cada vez menos salubres, Agnes luchaba por salir adelante a sus hijos con los magros e intermitentes ingresos que Monson le proporcionaba. Y todo ello a pesar de que a Monson se le veía cenando y actuando como un caballero por toda la ciudad. Aunque la pareja había tenido dos hijos más durante el período posterior al juicio, quedaba poco amor entre ellos, y de la relación pronto no quedó nada más que el nombre. Dependiente casi en exclusiva del apoyo económico de su madre, en noviembre de 1897, Agnes llevó a su marido a los tribunales por abandono. Él no acudió a la vista que tuvo lugar en Leeds, donde ella prestó breve testimonio vestida enteramente de negro, salvo por un sombrero marino blanco y el grueso velo que la caracterizaba. El tribunal falló que Monson debía pagarle cuarenta chelines semanales, más costes.

Como era de esperar, ese dinero nunca llegó. En agosto del año siguiente, la madre de Agnes demandó a Monson por 456 libras con 11 chelines, para cubrir los costes de alojamiento y comida de Agnes y sus hijos. Monson, una vez más, no apareció. Agnes fue la única testigo y contó que la señora May los había mantenido desde 1893; testimonio que convenció al jurado, por lo que falló a favor de la demandante. Pero el dinero siguió sin aparecer. En lugar de eso, en noviembre de 1898, Agnes tuvo que sufrir la humillación de comparecer frente al Patronato de Indigencia de Bridlington. Se le garantizó un chelín y cinco peniques semanales por niño, pero, lo que era más importante, logró el apoyo del patronato para su petición de que su suegra contribuyera también a su mantenimiento financiero. La señora Monson se opuso con todas sus fuerzas.

Para entonces, Monson se había enfrentado a una especie de ajuste de cuentas legal. En agosto de 1898 compareció ante el Old Bailey por cargos de conspiración para obtener una póliza de seguros con falsas pretensiones. Junto a él, en el estrado de los acusados, se encontraban Víctor Honour y otro «agente financiero», Robert Ives Metcalfe. El caso se centraba en Percival

Norgate, de veintiocho años de edad y, al igual que Monson, hijo de un párroco anglicano. La acusación alegó que, para obtener una póliza de seguro de vida para Norgate de la Norwich Union Life Insurance Society, Monson y sus secuaces lo habían suplantado por otro socio, Stanley Hobson, para realizar el examen médico que sabían que Norgate, un hombre de prolongada salud delicada, probablemente no lograría pasar. Además, se demostró que habían convencido a Norgate de que falsificara la firma de su madre en numerosas letras de cambio, que se utilizaron posteriormente para extorsionar a sus padres a cambio de silencio en torno a los desmanes del joven. A pesar de que el abogado de Monson alegó que su cliente había «luchado en contra de los prejuicios para poder llevar una vida honesta», al jurado no le llevó más que quince minutos declarar su culpabilidad. Tanto Monson como Honour fueron condenados a cinco años de trabajos forzados, mientras que Metcalfe recibía dieciocho meses. Según el juez, no era probable que aquel fuera un caso aislado. Por lo que se dice, Monson se sonrojó al oír la condena.

Su reacción contrasta profundamente con la de Bell, Littlejohn y Heron Watson, los cuales se deleitaron con lo que consideraron una victoria largamente postergada de la justicia. Por supuesto, aquello no podía compensarles por la decepción de perder el caso Ardlamont, pero, al menos, en palabras del *Scotsman*, «esos especímenes de la peor calaña de plaga social permanecerán bien encerrados durante algún tiempo». El corresponsal en Londres del *Scottish Law Review* señaló con sorna que la legislación inglesa había llevado ante la justicia a aquel que las leyes escocesas habían dejado en libertad. Lo que es más, el veredicto confirmó ante la opinión pública la idea de que Monson era un hombre habitualmente propenso a las estafas a las aseguradoras, y dispuesto a sacrificar las vidas de inocentes en el altar de su propia avaricia. Si bien se le había dado el beneficio de la duda en 1893, era evidente que ya había agotado ese privilegio. Durante un tiempo dio la impresión de que todo episodio de robo o estafa financiera imaginable quedaba ligado a su nombre y al de Honour. En enero de 1899, por ejemplo, el Manchester Courier informó de que «Monson, famoso por el caso Ardlamont y que está en la actualidad cumpliendo un período de prisión por fraude en un negocio de préstamos junto con Víctor Honour, está relacionado con el plan que se fraguó para el robo de las joyas de la duquesa viuda de Sutherland, en

la Gare du Nord, París, en octubre». Jamás se presentaron cargos al respecto.

Mientras cumplía sentencia, Monson realizó un osado intento de volver a presentarse como una especie de cruzado moral. Sugirió que, al ser abandonado por su familia, no le quedó más opción que la de ganarse la vida de cualquier forma que le fue posible. Pero ahora que había salido del negocio de los prestamistas, no dudaba en condenarlo proclamando: «Hay un paso (y, en mi opinión, solo un paso) necesario para poner fin a los males relacionados con el préstamo de dinero, y es establecer un tribunal ante el que el prestatario pueda presentar su caso para que se investigue en caso de oponerse a la reclamación del prestamista. Dicho tribunal debería estar cerrado a periodistas y su investigación debería llevarse en privado; dicho tribunal debería tener poder para decidir en relación a la cantidad a pagar [...]. Se oye a la gente hablar de que tal o cual persona es un prestamista respetable. Yo digo que no me lo creo. No existe una persona así. Es una condición imposible. Es un negocio inmoral y, en consecuencia, las personas implicadas están obligadas hasta cierto punto en convertirse en seres amorales».

Sin embargo, pocos tuvieron estómago para prestar atención a su valoración. Tal y como lo expresó la revista *To-Day*: «Era un hombre inteligente y llevó su frialdad y falta de escrúpulos hasta un extremo en el que la mayoría de los criminales se habrían venido abajo». El *Bridlington Free Press*, por su parte, aprovechó la oportunidad para retratar a Monson como un ejemplo más amplio de los males de la sociedad. Según decían, era:

El más perfecto ejemplo de *dandy* criminal que haya visto este siglo. La vida de Monson ha sido la de esa amplia y, me temo, creciente casta de jóvenes varones cuyo derecho de nacimiento se convierte en su maldición. De cuna demasiado alta como para trabajar, educados de una forma que demuestran ser absolutamente inútiles para establecer una carrera empresarial, incluso si desearan trabajar, criados en un entorno que hace de la vida acomodada algo casi indispensable y que fomenta unos gustos que difícilmente podrían esperar gratificar de forma honesta. Monson recibió un terrible impacto cuando alcanzó la edad adulta [...]. Monson era uno de los

bribones más peligrosos de Europa [...]. Su carrera señala con énfasis terrible una abominable tara en el sistema social actual que ha hecho posible por sí misma semejante personalidad.

Así, Monson se encontró encerrado en la prisión londinense de Holloway y su impresionante récord en fintas al sistema judicial llegó a su fin. Y, lo que es más aún, había agotado definitivamente el amor de Agnes. Ella, que había permanecido leal a su lado durante sus días más oscuros y aceptado las hirientes muestras de condenación pública, y, sin embargo, ahora, la había perdido. Como el propio doctor Watson se sintió una vez obligado a señalar: «En verdad es malvado quien no tiene una mujer que llore su muerte». No obstante, cualquier suposición de que su derrota y su desgracia hundirían a Monson habría sido prematura. Por el contrario, la infame corrupción de su descaro se hizo más evidente que nunca. Cuando un magistrado lo visitó en su celda, le preguntó: «¿Tiene alguna queja?». A lo que Monson contestó: «No». Y cuando el juez quiso saber: «¿Desea alguna cosa?», la respuesta de Monson fue: «Solo la llave de la puerta».

El encarcelamiento de Monson de 1898 fue prueba de algo más: ni siquiera el paso de los años había logrado disipar la facilidad del caso Ardlamont para excitar y estimular la imaginación pública. De igual forma, los cinco años transcurridos desde el legendario episodio de Sherlock Holmes en las cataratas Reichenbach no habían hecho gran cosa por apaciguar la pasión por el Gran Detective: si acaso, el apetito por más aventuras suyas no hacía sino crecer y crecer, un apetito que no tardaría en exigir que lo saciaran. Mientras tanto, dos figuras modestas, Littlejohn y Bell, que proporcionaban el hilo conductor entre el juicio por asesinato más sensacional y la creación de ficción más querida de su época, siguieron con sus asuntos como era su costumbre.

Capítulo 18

¿LA AMANTE EN LA SOMBRA

«¡Pobre muchacha! Desde luego, los caminos del destino son inescrutables».

SHERLOCK HOLMES,
La aventura de la inquilina del velo.

No es imposible que Alfred Monson fuera, como él mismo afirmaba, inocente del asesinato de Cecil Hambrough. Las muertes accidentales por disparo eran, después de todo, mucho más comunes que los homicidios. Quizá Cecil, algo somnoliento tras las desventuras acuáticas de la noche anterior, por no mencionar las bebidas que fluyeron alegremente después, perdió el equilibrio en los bosques de Ardlamont, enganchó el arma en un arbusto o en el tocón de un árbol y la disparó sin darse cuenta. Tal y como demostraron los magistrados y los periódicos, ese tipo de estrambóticas coincidencias ocurrían con más frecuencia de lo que cabría suponer.

Y, sin embargo... Semejante perspectiva de los acontecimientos del 10 de agosto de 1893 exige dejar a un lado un amplio abanico de circunstancias sospechosas. Nos vemos obligados a aceptar como una mera coincidencia que Monson hubiera contratado una póliza de vida sobre la víctima apenas unos días antes; que la noche anterior, un Cecil incapaz de nadar se hubiera visto arrojado de una barca en la que se había perforado deliberadamente un

orificio; que uno de sus compañeros de caza se ocultara tras una identidad ficticia y, posteriormente, pusiera pies en polvorosa por motivos estrictamente inocentes; que Cecil llevara un arma que solía estar en posesión de Alfred Monson y que el disparo que lo mató le hubiera alcanzado en la cabeza desde detrás. Si nos alejamos de las constricciones de un sistema judicial, que exige que una acusación se pruebe más allá de toda duda, es difícil no llegar a la conclusión racional de que Cecil murió a manos de su tutor. Lo que es más, existe otra prueba que así lo sugiere y de la que el jurado no fue consciente, además, esto es, de la revelación de Bell de que, según George Sweeney, Edward Sweeney había sido testigo del asesinato.

Desde el principio, el problema al que se habían enfrentado aquellos que sospechaban de la implicación de Monson había sido cómo explicar los numerosos aspectos anómalos del caso. Una vez se pusieron en duda las pruebas forenses, a pesar de que expertos tan eminentes como Robert Churchill sugirieron a su debido momento que no debía haberse hecho, la acusación debía establecer un motivo inviolable. Naturalmente fueron a por la ganancia económica: específicamente, las 20 000 libras de póliza de seguros. Y, sin embargo, varias cuestiones pendientes socavaron este enfoque. ¿Por qué un hombre que en teoría estaba versado en el fraude a las aseguradoras iba a hacer que su víctima contratara una póliza sin validez legal? Si la intención había sido siempre la de asesinarlo, ¿por qué no esperar a que Cecil tuviera veintiún años y la póliza se activara legítimamente? Lo que, es más, ¿por qué matarlo en cualquier caso si había más ganancias en perspectiva si se le mantenía con vida?

Si se responde primero a esta última pregunta, lo cierto es que nadie parecía estar del todo seguro sobre el valor como activo que la vida de Cecil tenía realmente. La prensa había hablado de cláusulas en el testamento de su abuelo que harían que heredara cerca de un cuarto de millón de libras al alcanzar la mayoría de edad, pero, en realidad, ese nunca había sido el caso: jamás llegó a existir una garantía explícita. Luego, durante el curso del juicio, se estableció un valor para Steephill y las otras propiedades de su padre en Middlesex, que alcanzaba con seguridad el orden de las seis cifras. Sin embargo, esta era también una representación falseada de la riqueza que Cecil podía esperar recibir en un futuro cercano. De hecho, no habría tenido derecho

automático a absolutamente nada al cumplir los veintiuno. Solo cuando su padre muriera (y el mayor tenía solo cuarenta y cuatro años de edad a la muerte de Cecil) heredaría el derecho a las propiedades familiares. Para su siguiente cumpleaños, Cecil podría haber intentado poner límite a la sucesión sobre Steephill con permiso de su padre; lo que es como decir que podría haber eliminado las disposiciones legales que evitaban que la propiedad pasara directamente a la siguiente generación, para así haber podido vender las tierras en régimen de propiedad absoluta. Asimismo, Cecil podía haber contratado una hipoteca sobre su futura herencia, aunque cualquier deudor hipotecario responsable habría exigido una cuantiosa póliza de seguro para compensar en caso de que muriera antes que su padre. Ninguna de estas estrategias estaba clara ni garantizaba riquezas.

Con todo ello se infiere que Cecil no era la fuente de dinero fácil que Monson creyó ver en él. En octubre de 1893, el señor Kime, un abogado que había trabajado para varios miembros de la familia Hambrough durante una serie de años, declaró públicamente que el valor de las propiedades Hambrough se había exagerado considerablemente. En opinión de Kime, al alcanzar la mayoría de edad, Cecil no habría tenido una posición financiera mucho mejor que siendo menor. Creía que si Cecil hubiera hipotecado sus intereses futuros habría logrado una suma equivalente a la compra únicamente de algunos años de su derecho de nacimiento, especialmente dado que el abogado no creía que al muchacho se le pudiera clasificar médicamente como riesgo de primer orden. Por otro lado, si tanto padre como hijo decidían liberarse de los derechos vinculados y vender su patrimonio como propiedad absoluta, la naturaleza obviamente forzosa de dicha venta aseguraría recibir un precio mucho menor que su valor sobre el papel. Tendrían, entonces, que liquidar las numerosas deudas acumuladas entre el padre y el hijo, y eso dejaría pocos fondos para su futuro, mucho menos para pagar su comisión a Monson y Tot. Kime llegó a sugerir que cualquier intento de Cecil de reunir dinero al cumplir los veintiuno probablemente sería un desastre. Una vez quedó patente que el eje Cecil-Monson-Tot no iba a ser capaz de volver a hipotecar Steephill (y, fuera lo que fuese que la defensa sugiriera durante el juicio, era evidente a principios del verano de 1893 que esa oportunidad, en particular, había quedado muerta y enterrada desde el momento en que la

Eagle Insurance Company había expresado su preferencia a negociar con el mayor), Cecil resultaba, de golpe, una perspectiva financiera mucho menos atractiva. Lo que es más, probablemente Monson se diera cuenta de que cualquier nuevo plan requeriría de la cooperación del padre de Cecil, algo de lo que para entonces ya andaba escaso.

En semejantes circunstancias resulta fácil entender por qué a Monson podría haberle resultado tentador lograr algo de dinero rápido, vía el seguro de vida de Cecil. Salvo por el hecho de que la póliza carecía de valor mientras Cecil siguiera siendo menor. Monson, Tot y varios testigos más testificaron que habían entendido esto claramente en el momento en que se contrató la póliza y que, por tanto, no se le podía haber asesinado esperando obtener beneficios económicos con ello. Sin embargo, este argumento contaba con numerosas fisuras. En primer lugar, si sabían que carecía de valor, ¿por qué molestarse en contratar la póliza y hacer que después Cecil realizara aquellas peticiones de reasignación, si no hubieran pensado que semejantes maniobras bastarían a los ojos de la ley? Y, lo que resulta aún más pertinente, ¿por qué reclamar la indemnización del seguro si sabían que no tenían derecho a ella?

Sin duda la respuesta sería el testimonio de Tottenham. Al preguntársele por qué había reclamado la indemnización en nombre de la señora Monson, una vez el marido de esta le hubo dicho que no era válida, respondió: «Por probar». Esa era la base sobre la que Monson y Tot habían construido sus carreras: «Por probar». Y había funcionado bastantes veces. Para demostrarlo, había una larga fila de acreedores sin pagar, por un lado, y clientes endeudados, por el otro. Y ¿qué tenían que perder? El médico había firmado la muerte accidental y Cecil estaba enterrado de forma segura en Ventnor. Dadas las circunstancias, resulta fácil olvidar que la historia podría haber sido muy diferente si un atribulado procurador fiscal no hubiera ordenado la exhumación. Incluso si la compañía de seguros hubiera reunido el pago, lo peor que Monson podía esperar era tener que retirar la demanda de indemnización con el rabo entre las piernas. Una vez terminado el funeral de Cecil, probablemente calculó que las probabilidades de que lo acusaran de su muerte eran muy bajas. Sabemos, por los anteriores escauceos de Monson con la ley, que no le temía al dedo acusador de la sospecha. Mientras no hubiera

suficientes pruebas para atraparlo de verdad, podía sacudirse de encima las acusaciones e insinuaciones con bastante facilidad. Granjearse la confianza, estafar, marcharse y repetir: ese llevaba siendo el sistema de Monson durante mucho tiempo.

Lo siguiente era la aparentemente sorprendente cuestión de por qué Monson habría implicado a un personaje tan poco digno de confianza como Scott/Sweeney en toda aquella historia. Sweeney, un hombre de físico mucho menos imponente que Cecil, era una elección un tanto peculiar como compinche. Todas las pruebas sugieren que simplemente era lo que parecía ser: un corredor de apuestas que trabajaba al margen de la sociedad. No era un matón, y mucho menos un asesino. La idea de que había acudido a Ardlamont para ayudar a Monson a asesinar a Cecil carecía de credibilidad. Entonces, ¿qué hacía allí? Lo más probable era que Monson le hubiera invitado para que ejerciera su actividad laboral habitual y luego compartir los beneficios. Los amigos que Cecil había hecho en el ejército iban a acudir a la finca a causa del *Glorious Twelfth*, y un grupo de militares con dinero en el bolsillo y algo de tiempo libre suponían una potencial fuente de ganancias. Sweeney no habría dudado en aceptar la invitación. Pero ¿a qué venía la identidad supuesta de Scott, el ingeniero? Según Sweeney, no era un personaje que él adoptara, sino uno que Monson le asignó, bajo la excusa de que la presencia de un hombre con una profesión tan poco distinguida podía arquear alguna que otra ceja. Si aceptamos este argumento a pies juntillas, Sweeney se vio, por tanto, coaccionado para adoptar ese papel.

Pero ¿con qué propósito? Si Monson había tenido la intención de matar a Cecil, debía haber sabido que la sospecha recaería inmediatamente sobre él si Cecil moría encontrándose únicamente en su compañía. Sin embargo, si hubiera un tercero que atestiguara que había sido un accidente... Sweeney, un pobre joven de mala salud y sin habilidades sociales era el tipo de individuo al que Monson podía manipular sin problemas. Cabe imaginar el dilema de Sweeney al encontrarse con el cuerpo de Cecil Hambrough. Allí estaba él, llegado desde Londres con la idea de conseguir algo de *guita*, paseándose mientras fingía ser alguien que no era. Monson le cuenta que Hambrough se ha disparado a sí mismo. ¿Qué debía hacer Sweeney? ¿Seguir adelante con ello? Quizá no vio cómo se produjo el disparo fatal, en cuyo caso quizá pudiera

convencerse a sí mismo de que Monson está diciendo la verdad. Pero ¿y si presencié el asesinato? ¿Quién le iba a creer? ¿Le harían caso a él antes que a Monson, un hombre educado de modales impecables? Era mejor dejar que las cosas siguieran su curso y después salir de allí tan rápido como fuera posible.

Por su parte, Monson tenía una coartada. Sweeney podía apoyarlo frente al doctor y después cada uno se iría alegremente por su lado. Y si el corredor de apuestas se rebelaba y lo implicaba, sería fácil desenmascararlo y decir: «Aquí está este tipo que no es en absoluto quien afirma ser. Debe de ser el auténtico asesino». Aquella misma mañana entre los serbales, Sweeney ya debió temer por su vida. Y así, el plan de Monson se desarrolló a la perfección. El doctor Macmillan estaba convencido de que la muerte de Cecil no había sido sino un terrible accidente, y les aseguró que no habría necesidad de ninguna otra investigación formal. Sweeney dejó el escenario nada más comer, algo antes de lo que Monson esperaba. Se le oyó exclamar su decepción por la pronta marcha de Scott. No había necesidad de levantar sospechas con una partida tan apresurada. Pero, en cualquier caso, el trabajo estaba hecho. Todo iba bien.

Ni siquiera la consiguiente desaparición de Scott/Sweeney obstaculizó los planes de Monson. Se limitó a incrementar aún más la sensación de confusión que Monson había estado cultivando cuidadosamente. En el momento de ir a juicio, no se sabía nada relevante con certeza acerca de Scott. A pesar de que su marcha había levantado algunas sospechas contra Monson, era del todo imposible que la acusación pudiera exprimirlo demasiado. Una vez más, los que acusaban a Monson se veían obligados a hacer meras insinuaciones, pero no eran capaces de proporcionar pruebas fehacientes. Es más, el hecho de que Monson retirara y limpiara las armas, sugiriera que Cecil y él se las habían intercambiado y declarara que el cuerpo de Cecil se había trasladado desde donde se había encontrado originariamente ayudó a crear una sensación de incertidumbre que la defensa aprovecharía. Incluso la prueba del seguro de vida, que parecía ser el as en la manga de la acusación, se volvió confusa en torno a la cuestión de quién sabía qué sobre su validez. Todo esto terminó por jugar a favor de Monson y su equipo. Es posible imaginarse a Monson como un ladrón de bancos tirando una bomba de humo que le permita dedicarse tranquilamente a lo suyo, en medio del pandemonio que él mismo ha creado. Si

Monson era el asesino que Bell y Littlejohn creían que era, su conducta supuso toda una lección magistral de ofuscación. Tras toda una carrera de toscos planes para hacerse rico, parece plausible que Monson hubiera llegado a alcanzar un nivel de sofisticación criminal hasta entonces bien oculto. Era una exhibición de prestidigitación y engaño más asombrosa que ninguna de las creadas por Charles Morritt. O quizá simplemente había tenido suerte y las circunstancias habían conspirado para ocultar la verdad entre las sombras de la incertidumbre y la contradicción. Monson no podía jactarse de haber cometido el crimen perfecto; pero sí había logrado salir de aquel embrollo con su libertad intacta.

Pero ¿y si la acusación se equivocaba sobre los motivos por los cuales Monson había asesinado a Cecil? Supongamos que el beneficio económico no era el auténtico móvil o, al menos, no el móvil principal. ¿Podría haberse tratado en realidad de un crimen pasional? Mientras la defensa estiraba sus argumentos para sugerir que Cecil valía más para Monson vivo que muerto, resulta peculiar el momento en que todo se produjo. En menos de un año, Cecil podría haber reasignado legalmente las pólizas de seguros y eso habría asegurado que la cuestión de la indemnización a su muerte se volviera mucho más sencilla. Es cierto que Monson vivía bajo la constante necesidad de amasar dinero rápido, pero, si el asesinato se había producido a causa del seguro, entonces su principal seña distintiva habría sido la precipitación. Pero ¿y si la indemnización resultaba ser solo un beneficio secundario de la muerte de Cecil, en el supuesto improbable de que Tot lograra sacar de alguna forma su reclamación adelante? ¿Y si el seguro tuvo siempre como objetivo servir de distracción, de un supuesto móvil que quedara desacreditado en cuanto se expusiera la validez nula de la póliza? Más espejos y más humo.

Agnes Monson es una figura enigmática en la historia de la muerte de Cecil Hambrough. Es la belleza oculta bajo el velo, que solo ocasionalmente mostraría su rostro antes de regresar a las sombras. Podemos suponer, por lo que sabemos, que fue todo un espíritu libre durante su juventud: una muchacha sin miedo, dispuesta a correr riesgos y a recorrer el mundo por amor. También era leal y permaneció junto a su marido incluso cuando toda esperanza de una vida feliz y estable se había marchitado. Fuera cual fuese el problema que su marido se buscara, lo hondo que llegara a caer, la humillación por la que ella

tuviera que pasar, se mantuvo constante. Allá adónde él fuera, ella le seguía. Si hacía oídos sordos a sus planes criminales o si se implicaba activamente en ellos, es algo que jamás se sabrá con certeza. Lo que sí se conoce es que permitió que su marido utilizara su nombre en sus negocios financieros. E incluso, cuando este se enfrentó a una denuncia pública, allí estaba ella, sobre la cubierta del *Lord of the Isles*, proclamando la inocencia de su esposo a quien quisiera escucharla, igual que estaría presente al fondo de la sala mientras duró el juicio.

Sin embargo, si esperaba que esa devoción se viera recompensada en lo más mínimo, debió sufrir la más brutal de las decepciones. Prácticamente en cuanto terminó el juicio, los Monson tomaron caminos distintos: ella intentaba sacar adelante a una familia numerosa, mientras que él se involucraba en nuevos planes para hacer dinero que eran descabellados, arriesgados o, con frecuencia, ambas cosas. El poco dinero que llegaba a manos de Monson, generalmente volvía a marcharse para mantener su estilo de vida de caballero antes que a su familia. Finalmente, se vio obligada a recurrir a los tribunales en un último y desesperado intento de obligarlo a frente a sus responsabilidades. Incluso, entonces, las sentencias a favor de Agnes fueron en vano. ¿Sería que Monson simplemente se había aburrido de su mujer? ¿Habría extinguido el trauma de Ardlamont los sentimientos que antaño habían tenido el uno por el otro? ¿O es simplemente que él albergaba un longevo resentimiento? El 20 de junio de 1898, Monson presentó una demanda de divorcio. En la petición alegaba que, el 24 de julio de 1891, Agnes había cometido adulterio con un desconocido en Riseley Hall. Además, en octubre y noviembre de 1891 había «cometido adulterio con un cierto Cecil Hambrough en el Hotel Metropole, Whitehall, en el condado de Londres».

El divorcio nunca se formalizó, probablemente porque Monson inició su condena de cinco años por fraude antes de que el proceso llegara a completarse. La demanda, no obstante, arrojó una nueva luz sobre los sucesos de 1893. Pero ¿sería cierta esa declaración? En 1898 la relación entre marido y esposa eran tan mala que, sin duda, él habría estado encantado de arrojarle encima tanta podredumbre como le fuera posible con la esperanza de que quizá alguna le salpicara. Si ella pretendía forzarle a una pensión mediante los tribunales, entonces él bien podría arrebatarse lo poco que le quedaba de

reputación. Quizá incluso pensara que podría conseguir algo de dinero reavivando los recuerdos de los sucesos de Ardlamont. Sea como fuere, sus aseveraciones no carecen de cierto fundamento.

Una imagen comienza a formarse a partir de las diversas apariciones estelares de Agnes. En 1898 le dijo a un periodista que, en la época en la que los Monson vivían en Riseley Hall, el hogar familiar se había vuelto «insoportable» y que se había apoyado en Cecil para que la protegiera de una «violencia brutal». Después, estaba el testimonio aportado en el juicio por Alexandra Shand, la niñera de la familia. En un comentario secundario y casual, describió que había visto a Cecil y Agnes caminar juntos por los acantilados bajo Ardlamont Point, mientras su marido y el hombre que Shand conocía como Scott habían salido en barca. ¿Con qué frecuencia saldrían a pasear aquellos dos, y cómo habría evolucionado su relación durante esos momentos de mutua compañía? En los salones de la Gran Bretaña victoriana hacía falta menos que un paseo por la romántica costa escocesa para desatar las malas lenguas. Mientras tanto, el *Aberdeen Weekly Journal* aludió, en septiembre de 1893, a los cotilleos locales sobre «ciertas relaciones de naturaleza bastante peculiar» que supuestamente habrían «existido entre el difunto teniente Hambrough y la familia Monson». Como sin duda era la intención del periodista, es inevitable que surja la sorpresa y la sospecha de relaciones sexuales indecorosas. Después de todo, Cecil era joven y guapo y Agnes, encantadora. No supone forzar los límites de lo posible que hubieran encontrado refugio el uno en el otro, especialmente si, como Agnes sugería, su matrimonio ya estaba en decadencia.

Se sabía que Cecil y los Monson habían visitado el Hotel Metropole en una ocasión. Inaugurado en 1885 en la esquina de Northumberland Avenue y Whitehall Place, en Londres, el Metropole no tardó en establecerse como uno de los favoritos de la flor y la nata de la capital. Se jactaba de ofrecer «todo tipo de comodidades y equipamiento», se decía que albergaba habitualmente las fiestas del príncipe de Gales e, incluso, se cree que apareció en uno de los relatos de Sherlock Holmes como «uno de los hoteles más selectos de Londres», y en el cual se alojó Francis H. Moulton en «La aventura del aristócrata solterón». En enero de 1893, un iracundo mayor Hambrough le siguió la pista a Cecil hasta allí, donde le encontró en compañía de Alfred y

Agnes.

Durante el juicio contra Monson hubo un intercambio extraordinario entre los dos abogados enfrentados y John Campbell Shairp, el ayudante del comisario de Argyllshire. El 30 de agosto de 1893, el día del arresto de Monson, Shairp supervisó un registro de Ardlamont House en busca de papeles relevantes que, en este caso, incluyeron cartas, recibos de casas de empeño y el diario de Monson.

—Cuando se estaba realizando el registro aquel día, ¿vio a la señora Monson? —le preguntaron a Shairp.

—Sí —respondió.

—¿Le preguntó sobre algún documento?

Llegados a este punto, Comrie Thomson protestó en nombre de la defensa y el juez expresó sus dudas acerca de que aquello fuera una «cuestión competente». El testigo continuó entonces con su testimonio:

—Vi un pequeño montón de documentos en un cajón del armario del dormitorio de la señora Monson. Les eché un vistazo, pero no tomé posesión de ellos. Había dos cartas, pero no sabría decir cuál era su contenido. No puedo explicar el porqué no tomé posesión de las cartas sin decir lo que la señora Monson me dijo.

—A consecuencia de lo que ella le dijo, ¿no le pareció a usted necesario tomar posesión de ellas? —le preguntó entonces el juez.

—No —respondió Shairp.

Comrie Thomson protestó, entonces, contra cualquier otra pregunta relacionada con el contenido de esas cartas, basándose en el hecho de que no se habían presentado como pruebas: no podía haberse hecho, puesto que Agnes se las había guardado.

No hay forma de saber qué había en aquellas cartas, como tampoco queda claro por qué no podía el testigo revelar lo que Agnes le había dicho para

convencerlo de que las dejara donde estaban. Sin embargo, no hace falta tener mucha imaginación para pensar que ella habría sugerido que aquella correspondencia era de una naturaleza tan sensible y personal (por ejemplo, cartas de amor) que debía permitírsele conservarlas. ¿Cómo iba a poder un noble ayudante del comisario a negarse, cuando era una arrebatadora dama en apuros lo que tenía enfrente? Era el tipo de incompetencia en la recopilación de pistas que hubiera desesperado a Holmes, Littlejohn y Bell. Sin embargo, ¿podrían ser aquellas misivas la prueba de la relación que Monson sospechaba que existía entre su pupilo y su esposa?

En lo relativo al destino de Cecil, probablemente importaba menos el hecho de que fuera realmente amante de Agnes que el que Monson así lo creyera. O, en su defecto, si Monson creía que existía un vínculo creciente entre Cecil y Agnes, ¿es posible que temiera que ella le contara a Cecil algo de los planes que Monson y Tot llevaban tanto tiempo trazando a su alrededor? La correspondencia de Cecil con su padre revelaba una fe inocente en las buenas intenciones de Monson. Pero si Agnes le advertía de que sus planes no eran tan virtuosos como él pensaba, el castillo de naipes de Monson corría el riesgo de venirse abajo.

Cabe, por tanto, especular que, a principios de agosto de 1893, Monson había llegado a la conclusión de que Cecil era prescindible: ya no ofrecía garantía de ningún beneficio económico y también suponía una amenaza existencial para el matrimonio de Monson. Quizá este hubiera sido capaz de hacer de tripas corazón frente a un coqueteo, o puede que incluso un auténtico amorío entre Agnes y Cecil, siempre que Cecil pudiera aún proporcionarle un dinero caído del cielo. Pero si esta esperanza se disipaba, ¿sería posible que dos años de sospechas de infidelidad acabaran por explotar? Además, si la lealtad de Agnes se extendía a advertir a Cecil sobre Monson y Tot, también podía haber repercusiones legales. El mayor Hambrough estaba convencido de que Monson perseguía de manera fraudulenta la riqueza que le correspondía a su familia por derecho y, si Cecil lograra alguna prueba que lo corroborara, Monson podría estar en peligro. En resumidas cuentas, Cecil se había convertido en un problema y había que eliminarlo. Si se añade una póliza de seguros contratada en el último minuto, entonces su desaparición incluso podría suponer una ventaja económica. Aquellos pocos días de relativa

soledad en Ardlamont antes de la llegada de los amigos de Cecil, el 11 de agosto, proporcionaba la ventana de oportunidad ideal para llevar a cabo un plan.

Pero, por supuesto, todo esto no es más que una hipótesis. Parafraseando las palabras de Heron Watson, concedo que hemos rondado el terreno de la conjetura. No obstante, si se baraja la idea, como quizá debería haber hecho la acusación, de que la muerte de Cecil no estuvo meramente motivada por una posible estafa al seguro, es posible explicar algunas de las aparentes irregularidades de las pruebas contra Monson. De hecho, el *Sketch* planteó el tema del adulterio mientras el juicio aún se encontraba en curso:

Por supuesto, ha habido cínicos que, adoptando la máxima de «*Cherchez la femme*», se han presentado con la sugerencia de que se trata de un caso de crimen por celos, infundados o no; y otros, aún más crueles, con la pretensión de que debía haberse incluido un tercer nombre en el «cartel»; sin embargo, por fuertes que sean los rumores, nada se ha publicado de tal naturaleza que justifique dichas sugerencias y, por tanto, deben ignorarse. Pese a ello, le otorgan un aire de romance a las diversas y misteriosas circunstancias que rodean este sorprendente caso.

Harían falta otros cinco años antes de que Monson hiciera públicas sus sospechas de que Agnes y Cecil habían sido amantes. Como señaló Sherlock Holmes en «La aventura del aristócrata solterón», publicado solo un año antes de la muerte de Cecil, «los celos pueden causar extraños cambios en el carácter».

Capítulo 19

LO QUE OCURRIÓ DESPUÉS

«¿Cómo logró escapar de aquel espantoso abismo?».

DOCTOR WATSON

La aventura de la casa deshabitada.

Aunque algunos salieron de la experiencia mejor parados que otros, el caso Ardlamont dejó huella en las vidas de todos aquellos que desempeñaron un papel importante en él. Incluso para aquellos que podrían vanagloriarse de haber logrado los éxitos más extraordinarios a lo largo de sus carreras, la implicación en el caso siempre figuraría en los resúmenes más generales de sus vidas. Para los menos afortunados (y los que menos lo merecían), aquellos pocos meses de finales de 1893 definirían toda su existencia.

El juicio por fraude de 1898 fue, para muchos, la confirmación de que Monson se había librado de una sentencia por asesinato cinco años atrás. Como mínimo, lo condenó para siempre a los ojos de todos salvo unos pocos. Según las, por lo general, mesuradas palabras del *Scotsman*: «Resulta inevitable que la opinión pública se vea cuanto menos influenciada a la hora de formarse una imagen del carácter y conducta de este hombre, a tenor de las revelaciones realizadas ante el Tribunal Superior de Justicia, y otras apariciones en los tribunales que Monson ha tenido desde entonces. Sea cual fuere lo que quedara sin demostrar, lo que sí se ha demostrado con creces es

que Alfred John Monson carecía absolutamente de escrúpulos o conciencia, y era capaz de descender a la más profunda de las simas con tal de lograr alguna ganancia».

Y, sin embargo, a pesar del lamentable estado de su reputación, Monson, sorprendentemente, no carecía de partidarios. En 1909, la prestigiosa publicación literaria *Academy* reseñó la transcripción del juicio, de reciente publicación, esta incluía un ensayo introductorio obra de John W. More. La crítica del *Academy* contenía un fulgurante ataque contra el sistema que había hecho rendir cuentas a Monson: «El veredicto en el caso Monson fue una desgracia para Escocia, una desgracia para la justicia escocesa y el juego limpio, una desgracia para la humanidad [...]. Que este artículo sirva como un tardío desagravio, ofrecido a la memoria de una de las víctimas más lamentables de la inhumanidad del hombre contra el hombre, que jamás apartó la vista, valeroso, impávido y gallardo frente a la jauría de perros rabiosos que le dio caza».

Existe la extendida creencia de que el autor del artículo fue, nada más y nada menos, que lord Alfred Douglas, más conocido como Bosie, poeta y editor de la revista; por no mencionar, amante de Oscar Wilde y cuyo padre, el marqués de Queensberry, fue actor principal en la caída en desgracia de Wilde. Jamás sabremos si Bosie realmente creía en la inocencia de Monson, o si simplemente mostraba su displicencia para con el sistema británico de justicia que había hundido a su antiguo enamorado. Resulta difícil deducir cómo podría haber aceptado Monson dicha simpatía. ¿Habría sido capaz de alegar que le «dieron caza», no ya de describirse a sí mismo como una víctima «de la inhumanidad del hombre contra el hombre»?

Tras su traslado a Parkhurst Prison, en la isla de Wight, para cumplir su condena, Monson salió prematuramente bajo fianza, en torno a 1901 o 1902, y se supo de él por última vez en África. En 1902 escribió a lord Galway desde Colonia del Cabo, donde había adoptado una nueva identidad y pedía dinero para poder establecer un negocio como criador de caballos. Lo que fue de él después de eso solo cabe en la imaginación de cada uno, aunque resulta difícil imaginar que pudiera vivir lo que le quedara de vida pacíficamente o de manera totalmente honesta. Agnes, por su parte, siguió luchando por salir adelante en Inglaterra. Según el censo de 1901, residía en Leeds con el nombre

de Agnes Wyvill y, una década después, apareció en Brighton con el mismo nombre. Murió en septiembre de 1941 en Bournemouth, tras recuperar el mancillado apellido Monson.

En lo relativo a los padres de Cecil, jamás se recuperaron de la pesadilla que habían sufrido. Marión Hambrough murió en 1900 y el mayor la siguió ocho años más tarde. Puesto que no logró recuperar sus antiguas propiedades, dejó un patrimonio valorado en menos de cien libras. Cada año, en el aniversario de la muerte de Cecil, los Hambrough publicaban una nota en los principales periódicos que repetía las palabras de la defensa en el juicio de Monson: «En afectuoso recuerdo de nuestro hijo fallecido, Windsor Dudley Cecil Hambrough, encontrado muerto por disparo en un bosque de Ardlamont, Argyllshire, el 10 de agosto de 1893 a los veintiún años de edad. “Yo pagaré, mía es la venganza, dice el Señor”».

¿Y qué fue de Tot y Sweeney? Lo último que se sabe del primero fue en 1901, cuando hizo acto de presencia en los tribunales de bancarrota de Londres para explicar sus pérdidas, en parte debidas a los anticipos que les había ofrecido a los Hambrough y los Monson. Sería justo decir que pocos lloraron su desgracia. Sweeney, entre tanto, desapareció rápidamente del escrutinio público tras intentar brevemente exprimir su notoriedad al asociarse, al igual que había hecho Monson, con el empresario del espectáculo Morrith en 1894. Apareció en una «desconcertante ilusión» en el «teatro de variedades» de Piccadilly, el London Pavilion, titulada *El hombre desaparecido*. Amarrado a una silla, se le elevaba por el aire con las luces del escenario centelleando a su alrededor antes de que la silla volviera de nuevo a tierra, sin Sweeney en ella. Quizá fuera significativo para el joven el hecho de haber reemplazado a Arthur Orton en esa función. Orton, más conocido como el «Pretendiente Tichborne», era el hijo de un carnicero del East End londinense, que, en la década de 1870, recibió una condena de catorce años cuando regresó tras varios años en Australia en los que había reclamado que era el legítimo heredero del título de *baronet* Tichborne. Dado que pesaba cerca de veinte *stones* (medida imperial de peso que equivaldría a unos seis kilos actuales), la desaparición de Orton era bastante espectacular, pero el público pronto se aburrió de la novedad de verlo... o de no verlo. Sweeney tendría en breve un destino similar y se le vio por última vez en 1895, cuando

testificaba en un juicio en el que un abogado de Lincoln's Inn Fields presentó una demanda por veinte guineas contra Morrith, alegando gastos impagados por presentarle a este al antiguo proscrito.

En relación al líder de la defensa de Monson, John Comrie Thomson, el caso Ardlamont resultó ser el último gran proceso criminal de su vida. Murió repentinamente en agosto de 1898 tras resbalar y caer de la cubierta de un barco. Quien le atendió en sus últimos días fue nada más y nada menos que Joseph Bell. El contrincante de Comrie Thomson, Alexander Asher, tampoco volvió a participar en un combate judicial de tal envergadura y dimitió de su puesto como fiscal general en 1894. Según *The Times*, su decisión vino motivada «en gran medida por la remuneración del todo inadecuada recibida entonces» en ese puesto. Cabe sospechar que el juicio Monson hizo poco por convencerlo de que el trabajo merecía la pena. Miembro del parlamento por el Partido Liberal en representación de Elgin Burghs desde 1881, Asher cayó enfermo al abandonar una de las sesiones vespertinas en la Casa de los Comunes en julio de 1905 y murió al mes siguiente.

El juez, lord Kingsburgh, los sobrevivió a ambos, el abogado defensor y el fiscal, y no murió hasta 1919, si bien su carrera nunca escaparía del todo a la sombra de 1893. Según la nota que el *Dundee Evening Telegraph* publicó como homenaje:

Con un historial de veintisiete años como juez vicedecano, fue responsabilidad del difunto lord Kingsburgh (*sir* John Hay Athole Macdonald) desempeñar un papel más prominente en buena parte de los juicios más famosos de los tribunales escoceses del último medio siglo que ningún otro juez en la judicatura escocesa [...]. De todos los casos del difunto juez vicedecano, no obstante, el extenso juicio en torno al que fue, y sigue siendo, el misterio de Ardlamont fue, indudablemente, el más destacado. No ha habido juicio en los anales de los tribunales escoceses que haya creado más interés en su momento o del que se haya hablado más desde entonces.

En lo relativo al triunvirato de la universidad de Edimburgo, Littlejohn,

Bell y Heron Watson, para ellos nunca desapareció del todo el sabor amargo de la conclusión del juicio. Sin embargo, aunque no lograron proporcionar un veredicto de culpabilidad, esto no hizo que se diluyera ni un ápice de la estima en la que se les tenía. Si Sherlock Holmes era, como en una célebre ocasión le describió el doctor Watson, «un cerebro sin corazón, tan falto de compasión humana como superior en inteligencia», Littlejohn, Bell y Heron Watson exudaban compasión en la misma medida que se deleitaban con el intelectualismo. Aunque el veredicto de Monson fue un duro golpe y una afrenta a su compartida fe en el racionalismo, el caso en su conjunto puso de manifiesto la predominante humanidad que había dado forma a sus carreras a lo largo de numerosas décadas. El veredicto del jurado les dolió porque les importaba no solo resolver simplemente el caso, sino lograr que se hiciera justicia para Cecil y su familia. Aunque el caso Ardlamont debía considerarse como una derrota provisional, cada uno de ellos se elevó, quizá, a alturas mucho mayores que cuando se embarcaron en sus investigaciones de los sucesos de Ardlamont.

Heron Watson llegó a ejercer de cirujano tanto para la reina Victoria como para Eduardo VII, fue nombrado caballero en 1903 y elegido durante dos mandatos como presidente del Real Colegio de Cirujanos de Edimburgo en 1905. Murió justo antes de la Navidad de 1907, apenas unas semanas antes de su septuagésimo sexto cumpleaños. Littlejohn solo tuvo que esperar hasta 1895 para que lo nombraran caballero y, dos años después, primer catedrático de jurisprudencia médica de la Universidad de Edimburgo, puesto que le cedería a su hijo Harvey en 1906. No fue hasta 1908 cuando Henry Littlejohn dimitió del puesto de oficial médico de salud pública, tras cuarenta años de labor. En 1907, uno de sus antiguos estudiantes, el doctor William Smith, llegó a aislar la labor que realizaba en la sociedad escocesa como algo único, al decir: «Littlejohn tiene el cerebro de un abogado además del de un doctor; su trabajo se encuentra a medio camino de las dos profesiones y es un maestro en ambas». Sin embargo, tras su muerte en 1914, apenas hubo quien sugiriera su influencia en la obra de Arthur Conan Doyle, y solo el *Liverpool Daily Post* tituló su obituario como «El Sherlock Holmes original».

Este título solía concederse con más regularidad a Joseph Bell. Bell comenzó a reducir lentamente su carga de trabajo en los años posteriores a

Ardlamont, permitiéndose así algo de tiempo libre para dedicarse a sus numerosas aficiones, entre las que se incluían el mundo natural, largas caminatas y, con posterioridad, el motor (en 1907 se convirtió en uno de los primeros propietarios de automóvil de Edimburgo). A pesar de que tenía relativamente poca relación con Doyle, al inicio del nuevo siglo, en 1900, ayudó al ahora mundialmente conocido autor y figura pública en su campaña para obtener un asiento en el parlamento. Doyle se presentaba como candidato liberal unionista en la circunscripción de Edimburgo Central cuando se le tachó públicamente de «papista». Bell, furioso ante la lapidación a la que se le sometió, salió en su defensa y lo acompañó durante toda la campaña. Compareció junto a él en el Edinburgh Literary Institute, donde instó a una animada multitud a que votara a su «antiguo asistente» y añadió: «Si Conan Doyle lo hace en el parlamento la mitad de bien de lo que lo hizo en la Enfermería Real de Edimburgo, dejará una huella imborrable en la política inglesa». Por desgracia, su intervención no fue suficiente para volver la votación a favor de Doyle.

Bell siguió realizando consultas hasta apenas unos meses antes de su muerte, en 1911. El *Edinburgh Academy Chronicle* declaró que su fallecimiento dejaba «su ciudad nativa considerablemente más pequeña», mientras que *The Times* encontró espacio para reconocer su papel no solo como médico, sino también como perito forense. Según dijo su obituario, era el hombre ideal para el trabajo, ya que era «frío, sereno, preciso y conciso [...]». Hubo pocos casos, civiles o criminales, en los que no se reclamara su conocimiento experto ya fuera para la Corona o para el bando opuesto». Doyle, por su parte, reveló: «Siempre me pregunté qué podría haber hecho un cerebro tan afilado como el suyo en la detección del crimen».

Sin embargo, la fama de ninguno de estos personajes llegó a aproximarse a la que disfrutó Sherlock Holmes, los rumores de cuya muerte, que se reveló en el momento en que Monson se enfrentaba a juicio por la muerte de Cecil Hambrough, resultaron ser exagerados. A Doyle se le ofrecieron tales sumas para que lo resucitara, que terminó por hacerlo en 1901 cuando publicó la más famosa de las narraciones de Holmes, *El sabueso de los Baskerville*. En 1903 le siguió un relato breve, *La aventura de la casa deshabitada*, en el que se explicó la muerte aparente de Holmes en las cataratas Reichenbach. Le

seguirían veintinueve relatos más y una novela, antes de que Doyle terminara definitivamente con el personaje en 1927. En cierta ocasión, un año después de esto y solo dos antes de su propia muerte, Doyle reflexionaba: «He escrito mucho más sobre él de lo que jamás tuve intención, pero forzaron mis manos buenos amigos que continuamente querían saber más, y así fue que esta monstruosa mata ha surgido de lo que, en comparación, era una semilla pequeña».

El autor nunca llegó a comprender el atractivo que su detective tenía para el público lector. En parte, el encanto de Holmes se encontraba en que enlazaba con un anhelo fundamental que reside en nosotros, el deseo de enfrentarse, quizá incluso de rebelarse, ante los instintos más oscuros del hombre y dominarlos. Esto es, también, lo que estaba ocurriendo en el Tribunal Superior de Justicia de Edimburgo en diciembre de 1893, mientras Holmes se precipitaba por su catarata suiza. Bell y Littlejohn, los Holmes de carne y hueso, intentaban explicar lo inexplicable, una muerte brutal, anteponiéndole el frío y tranquilo raciocinio. En *Estudio en escarlata*, Holmes reflexiona: «Aquí tenemos la hebra escarlata del asesinato atravesando la madeja incolora de la vida, y nuestro deber es desenmarañarla, aislarla y exponer cada pulgada». No cabe duda de que Littlejohn y Bell, sus padres espirituales, se habrían mostrado de acuerdo.

BIBLIOGRAFÍA

La investigación para este libro ha sido una grata labor de amor que me ha llevado por numerosos e interesantes caminos y a extraños *cul-de-sac*. No resultaría práctico detallar cada fuente que he utilizado durante el camino, pero las principales aparecen aquí enumeradas.

He escarbado en varios archivos y colecciones especiales y el personal de cada uno de ellos me ha sido de inestimable ayuda. Entre los más importantes se encuentran los Archivos Nacionales de Escocia (en especial los archivos previos al juicio, AD14/93/1/23, AD14/93/1/24/89, AD14/93/1/28, AD14/93/1/30 y AD14/93/1/31), el Real Colegio de Cirujanos (numerosa correspondencia y documentación relacionados con Bell y Littlejohn, referencias GD16/2/1/1/1, GD16/2/1/5/1, GD16/2/3/1, GB779 GD23/1/2/4, GB779; GD23/1/3/2/1 y GB779 GD23/2/1/5), la División de Colecciones Especiales de la Biblioteca de la Universidad de Edimburgo (particularmente las notas sobre las clases de Littlejohn, referencias EUA IN1/ACU/F1/1), la de Manuscritos y Colecciones Especiales de la Universidad de Nottingham (especialmente la correspondencia de la familia Monson, referencias GA 2 E 1068, 1069, 1070, 1077, 1078, 1079, 1080, 1081, 1082, 1083, 1089 y 1563) y la Wellcome Library (especialmente las notas de John Dixon Comrie sobre las clases de Littlejohn en 1897, referencia MS3305). También le debo mucho a los Archivos Nacionales, el Centro de Colecciones Especiales de la Universidad de Aberdeen y los archivos de la Linley Sambourne House, la Rugby School y la Universidad de Oxford.

Particularmente, entre agosto de 1893 y abril de 1894, el caso Ardlamont fue un elemento habitual en la prensa nacional y local. Los que más he citado han sido el *Aberdeen Evening News*, el *Aberdeen Weekly Journal*, el *Dundee Courier*, el *Edinburgh Evening News*, el *Graphic*, el *Illustrated Police News*,

el *Pall Mall Gazette*, el *Scotsman*, el *Sketch*, *The Times*, *Tit-Bits* y *To-Day*.

ALBORN, TIMOTHY., *Regulated Lives: Life Insurance and British Society, 1800-1914*, University of Toronto Press (2009).

BAGGOLEY, MARTIN., *Scottish Murders*, The History Press (2013).

BAIN, M., BENTLEY, A. y SQUIRES, T., «Sir Henry Duncan Littlejohn., Dynamic Figure in Forensic Medicine and Public Health in the Nineteenth Century», *Proceedings of the Royal College of Physicians of Edinburgh*, vol. 29, n.º 3 (1999).

BELL, SUZANNE., *Crime and Circumstance: Investigating the History of Forensic Science*, Praeger Publishers Inc. (2008).

BOOTH, MARTIN., *The Doctor, The Detective and Arthur Conan Doyle*, Hodder & Stoughton (1997).

BRAY, PETER., *Steephill*, Ventnor Local History Society (1991).

BRAY, R. M. Y BOXALL, W. P. G., «Hambrough Versus the Mutual Life Insurance Company of New York», *Journal of the Institute of Actuaries*, vol. 31, n.º 6 (1895).

BURNABY, EVELYN., *Memories of Famous Trials*, Sisley's Ltd (1907).

BURNEY, IAN A., *Bodies of Evidence: Medicine and the Politics of the English Inquest, 1830-1926*, Johns Hopkins University Press (2000).

CARR, JOHN DICKSON., *The Life of Sir Arthur Conan Doyle*, Harper and Brothers Publishers (1949).

CLARK, MICHAEL Y CRAWFORD, CATHERINE (eds), *Legal Medicine in History*, Cambridge University Press (1994).

COSTELLO, PETER., *The Real World of Sherlock Holmes: The True Crimes Investigated by Arthur Conan Doyle*, Robinson Publishing (1991).
Publicado en España como *Conan Doyle, detective: los crímenes reales que investigó el creador de Sherlock Holmes*, Alba Editorial (2008) [Trad.:

Gregorio Cantera].

CROWTHER, M. ANNE Y WHITE, BRENDA., *On Soul and Conscience: The Medical Expert and Crime*, Aberdeen University Press (1988).

DAVIE, NEIL., *Tracing the Criminal: The Rise of Scientific Criminology in Britain, 1860-1918*, The Bardwell Press (2006).

DENBY, ELAINE., *Grand Hotels: Reality and Illusion*, Reaktion Books (1998).

DOYLE, ARTHUR CONAN (ed. Howard Haycraft), *The Boys' Sherlock Holmes*, Harper & Row (1961).

DOYLE, ARTHUR CONAN., *The Penguin Complete Sherlock Holmes*, Penguin Books (1981).

DOYLE, ARTHUR CONAN., *Sherlock Holmes anotado* (Vol. 1-3), Ediciones Akal, 2010. [Trad.: Lucía Márquez de la Plata y Silvana Appeceix].

FLANDERS, JUDITH., *The Invention of Murder: How the Victorians Revelled in Death and Detection and Created Modern Crime*, HarperPress (2011).

GREEN, RICHARD LANCELYN., *The Uncollected Sherlock Holmes*, Penguin Books (1983).

GUTHRIE, DOUGLAS., «Medicine and Detection», *Medicine Illustrated*, III, n.º 5 (1949).

HOUSE, JACK., *Murder Not Proven?*, Penguin Books (1989).

HYDE, H. MONTGOMERY., *Their Good Names: A Collection of Libel and Slander Cases*, Hamilton (1970).

JAEGER, JENS., «Police and Forensic Photography» en *The Oxford Companion to the Photograph* (ed. Robín Lenman), Oxford University Press (2005).

KEMP, DAWN Y MACKAILL, ALAN., *Conan Doyle and Joseph Bell: The Real Sherlock Holmes*, Royal College of Surgeons (2007).

LAXTON, PAUL Y RODGER, RICHARD., *Insanitary City: Henry Littlejohn and the Condition of Edinburgh*, Carnegie Publishing Ltd (2013).

LELLENBERG, JON L. Y LOFTS, W. O. G., «John H(eron) Watson, M.D», *The Baker Street Journal*, vol. 30, n.º 2 (1980).

LELLENBERG, JON, STASHOWER, DANIEL Y FOLEY, CHARLES., *Arthur Conan Doyle: A Life in Letters*, HarperPress (2007).

LEWIS, JOHN BENJAMIN Y BOMBAUGH, CHARLES CARROLL., *Stratagems and Conspiracies to Defraud Life Insurance Companies: An Authentic Record of Remarkable Cases*, J. H. McClellan (1896).

LIEBOW, ELY M., *Dr. Joe Bell: Model for Sherlock Holmes*, Bowling Green University Press (1982).

LITTLEJOHN, H. D., «On the Practice of Medical Jurisprudence», *Edinburgh Medical Journal*, vol. 21, n.º 1 (1875).

LITTLEJOHN, H. D., obituario, *The British Medical Journal*, vol. 2, n.º 2806 (1914).

LYCETT, ANDREW., *Conan Doyle: The Man Who Created Sherlock*, Weidenfeld & Nicolson (2007).

MACDONALD, SIR J. H. A., *Life Jottings of an Old Edinburgh Citizen*, T. N. Foulis (1915).

MACINTYRE, IAIN Y MACLAREN, IAIN (eds), *Surgeons' Lives: Royal College of Surgeons of Edinburgh: An Anthology of College Feliows Over 500 Years*, Royal College of Surgeons of Edinburgh (2005).

MARSH, JOHN B., *Steephill Castle*, Dangerfield Printing Company.

MONSON, ALFRED JOHN, *The Ardlamont Mystery Solved*, Mario & Co. (1894).

MORE, JOHN W., *Trial of A. f Monson*, William Hodge & Company.

MUNTING, ROGER, *An Economic and Social History of Gambling in Britain and the USA*, Manchester University Press (1996).

O'BRIEN, JAMES., *The Scientific Sherlock Holmes: Cracking the Case with Science and Forensics*, OUP USA (2013).

PILBEAM, PAMELA., *Madame Tussaud and the History of Waxworks*, Hambledon Continuum (2006).

PUGH, BRIAN W., *A Chronology of the Life of Arthur Conan Doyle*, MX Publishing (2012).

RAMSLAND, KATHERINE, *Beating the Devil's Game: A History of Forensic Science and Criminal Investigation*, Berkley Publishing Group (2007).

ROUGHEAD, WILLIAM., *Classic Crimes*, New York Review of Books(2000).

SANDFORD, CHRISTOPHER., *The Man Who Would be Sherlock: The Real Life Adventures of Arthur Conan Doyle*, The History Press (2017).

SAXBY, J. M., JOSEPH BELL: *An Appreciation by an Old Friend*, Oliphant, Anderson and Ferrier (1913).

SMITH, SIR SYDNEY., *Mostly Murder*, D. McKay Co. (1959).

TRACY, JACK., *The Encyclopaedia Sherlockiana*, Avon Books (1979).

WALLACE, IRVING., *The Fabulous Origináis*, Longmans, Green & Co. (1955). Publicado en España como *Argumentos fabulosos*, Grijalbo (1966) [Trad.: A. Vergara].

WHITTINGTON-EGAN, RICHARD., *Jack the Ripper: The Definitive Casebook*, Amberley Publishing (2015).

WILSON, JOHN GRAY., *Not Proven*, Secker & Warburg (1960).

WOOD, WALTER., *Survivors' Tales of Famous Crimes*, Cassell (1916).

WORMERSLEY, TARA Y CRAWFORD, DOROTHY H., *Bodysnatchers to Lifesavers: Three Centuries of Medicine in Edinburgh*, Luath Press Ltd (2010).

www.oldbaileyonline.org (para las transcripciones del juicio de Monson

de 1898).

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, quisiera darle las gracias a mi agente, James Wills (y su ayudante, Megan Carroll) y a Louise Dixon de Michael O'Mara, que me encargó el libro. George Maudsley, de Michael O'Mara, hizo frente de manera admirable a la labor de editar uno más de mis libros, recorriendo con su ojo experto el texto y mejorándolo de incontables maneras. Aprecio sinceramente tu trabajo duro, habilidad y paciencia. Gracias también a mi corrector, Howard Watson, por darle un último pulido.

Estaré eternamente agradecido a todos los que han empleado su tiempo en compartir sus conocimientos e impresiones conmigo. Entre ellos se encuentran Sheila McClue y Sue Thomson (descendientes de Alfred Monson y John Comrie Thomson, respectivamente), Andrew Lycett, Jon Lellenberg y Daniel Stashower, Timothy Alborn, Martin Bagolley, Catherine Cooke, Cynthia Liebow, Robert Linford, Jan Bondeson, Eleanor McKay del Argyll and Bute Library Service, Otto Penzler y Richard Rodger. Sin olvidar a Val Wilson, que realizó una labor experta de investigación para mí en Edimburgo cuando llegó mi bebé y me retuvo en Londres.

Este libro tampoco se habría escrito sin la British Library o, de hecho, Cubitt Town Library (¡larga vida a las bibliotecas locales!) y el Café Forever, que se ha convertido en algo parecido a un segundo hogar para mí. Sobre todo, gracias a mi familia por su apoyo constante a lo largo de los años. Mi madre y mi padre leyeron algunas de las primeras versiones del texto y me instaron a continuar con el proyecto. Mis dos pequeñines, por su parte, siempre se aseguran de hacerme sonreír incluso al final del más duro de los días. Y, como siempre, gracias a Rosie, que no solo acepta de buen grado los devenires de tener un marido escritor, sino que ¡me anima a seguir con ello! Al igual que Sherlock Holmes dijo de Irene Adler, ella siempre será *la* mujer.



DANIEL SMITH (Estados Unidos, 1977). Es uno de los mayores expertos actuales en la literatura de Conan Doyle y ha publicado más de 25 libros sobre temas sociales, históricos, políticos y económicos. Su obra incluye una serie de títulos para aprender a pensar como Steve Jobs, Da Vinci, Einstein, Churchill y otros personajes conocidos por sus capacidades intelectuales. Uno de los temas que más se menciona en sus libros gira en torno al método de la lógica deductiva y las famosas aventuras de Sherlock Holmes.

Actualmente vive en Londres y es un contribuidor asiduo de *The Statesman's Yearbooks*, donde publica artículos sobre geopolítica.